

HARRY CLEAVER

UNA LECTURA POLÍTICA DE “EL CAPITAL”

Traducción de
EDUARDO L. SUÁREZ

COLECCIÓN



POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1979
Primera edición en español, 1985

A ONDINE y ALICIA

Título original:
Reading Capital Politically
© 1979, Harry Cleaver
Publicado por University of Texas Press, Austin
ISBN 0-292-77015-4

D. R. © 1985, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1865-3

Impreso en México

AGRADECIMIENTOS

Estoy agradecido con varias personas por sus comentarios críticos y su apoyo moral durante la producción de este trabajo. Tengo la mayor de las deudas con el Profesor George Caffentzis de Brooklyn College, un viejo amigo y uno de los fundadores originales de *Zerowork*. Su apoyo fue valiosísimo durante el verano de 1975, cuando se escribió el primer borrador, y el manuscrito refleja, así sea de modo imperfecto, varias de sus intuiciones brillantes sobre el significado del trabajo de Marx. Entre las personas cuyos comentarios me han ayudado a aclarar muchas de las ideas de este libro, quisiera expresar especialmente mi agradecimiento a Amy Hirsch, Rayna Reiter, Rich Bethel, Rick McGahee, Bob Korstad, Phil Mattera, Peter Bell y William Cleaver. Estoy particularmente en deuda con quienes leyeron e hicieron comentarios útiles sobre algunas partes del manuscrito: Phil Mattera, Peter Linebaugh, Silvia Frederici, Paolo Carpi gnano, John Merrington, Yann Moulier, Sergio Bologna, Martín Glaberman, y Mark Richie, Trudy Cooper y Mariarosa Dalla Costa. Gracias también a las siguientes personas por haberme ayudado a obtener materiales de diversos grupos de importancia histórica en el desarrollo de la clase de análisis presentado en este libro: Bruno Cartosio y Martín Glaberman por los materiales de la Tendencia Johnson-Forest, *Correspondencia*, *Encarando la Realidad*, y *Noticias y Cartas*; Peter Linebaugh por los documentos internos de la Oxford Road Collective y los materiales publicados de *Matériaux pour L'intervention* y *Camarades*; Alain Guillerm por compartir conmigo su colección de *Socialisme ou Barbarie* y sus conocimientos al respecto; Bruno Cartosio, Yann Moulier, John Merrington y Antonio Negri por ayudarme a aclarar algo de la historia de la Nueva Izquierda Italiana y a encontrar materiales importantes de su desarrollo.

PRESENTACIÓN

NINGUNA de las revoluciones sociales que han triunfado en América Latina después de Marx contaba, al acceder al poder, con una teoría revolucionaria emanada del marxismo o con una organización política construida según sus cánones.

La afirmación es dura, tan dura como los hechos que la sustentan. Aquí no es posible explicarla y mucho menos “demostrarla”. Pero tampoco eludirla.

Marx llegó tarde a la América Latina. Y llegó mal.

No nos referimos a su conocida incompreensión respecto al continente. Reconozcamos la pertinencia de ese hecho. Admitamos, por ejemplo, que la polémica sobre su *Bolívar* no es asunto académico y que resolverla *prácticamente* tendrá las más amplias consecuencias políticas.¹ Recordemos la posición general de Marx y Engels sobre la necesidad histórica de la expansión capitalista a escala mundial, como prerrequisito para el socialismo, y la necesidad correlativa de subvalorar a los países “atrasados”, los “pueblos sin historia”, etcétera. Pero aquí se trata de la *forma de inserción* del pensamiento marxista en América Latina, o sea, de traducciones, versiones y lecturas de Marx, más que de él, de sus luces y de sus oscuridades. Se trata, sobre todo, de las prácticas políticas cometidas y acometidas en su nombre.

¹ Ver al respecto, José Aricó, “Marx y América Latina”, en *Estudios Contemporáneos*, UAP. Puebla, abril-junio 1980, núm. 2. También: Domingo P. de Toledo, *México en la obra de Marx y Engels*, México, FCE, 1939.

Quizá el asunto de las traducciones no merezca muy amplia consideración. Pero no es por azar que las primeras traducciones al español de *El capital* se hayan publicado en Madrid.² Que el monumental y valiosísimo esfuerzo de Wenceslao Roces, cálida contribución del exilio *español*, haya erigido en versión oficial de Marx para los latinoamericanos una traslación desprolija tan cuajada de errores y omisiones como de aciertos. Y que hayamos tenido que esperar hasta los años setenta para contar con una buena edición crítica de *El capital* (la tarea de Pedro Scaron).

Tampoco es simple anécdota que José Carlos Mariátegui, quien acaso sea el pensador marxista latinoamericano de mayor originalidad y vigor, haya tomado contacto con el marxismo en Europa, durante el largo viaje que realizó entre 1920 y 1923. El fenómeno ha tendido a repetirse, con los consabidos resultados de todas las segundas partes. Louis Althusser no es lo mismo que Karl Marx, como bien demuestra Cleaver. El asunto se torna grave cuando el lector latinoamericano se acerca a Marx en la versión evangélica de Martha Harnecker sobre el catecismo de Louis Althusser.

En 1980 Michael Lowy se ocupó de llenar un vacío: presentar, mediante un recorrido antológico, la evolución histórica del pensamiento marxista en América Latina.³ Lowy detecta en el marxismo latinoameri-

cano dos tentaciones opuestas: el exotismo indoamericano y el europeísmo. La primera conduce a absolutizar la especificidad de la región, lo que desemboca habitualmente en la negación del marxismo. En los términos de Haya de la Torre: puesto que “el espacio-tiempo histórico indo-americano” obedece a leyes propias, distintas a las que se aplican en el “espacio-tiempo europeo”, es preciso “negar y continuar el marxismo” con una nueva teoría aplicable a nuestras condiciones.

La segunda tentación es la más extendida y la que ha cobrado más víctimas. Corresponde a una “concepción que se limita a trasplantar mecánicamente a la América Latina los modelos de desarrollo económico y social de Europa en su evolución histórica hasta el siglo XIX”. Es un ejercicio laborioso que intenta encontrar equivalentes latinoamericanos para cada uno de los aspectos de la realidad europea que estudiaron Marx y Engels, a fin de fundamentar las equivalencias políticas, que definen dogmáticamente los puntos de partida y de llegada. De esta manera, “se clasifica la estructura agraria del continente como feudal, se supone que la burguesía local es progresista, si no revolucionaria, se considera al campesinado como reticente para con el socialismo colectivista, etcétera. En esta problemática, se niega implícita o explícitamente cualquier especificidad de América Latina, y el continente parece concebirse como una especie de Europa tropical, con un siglo de retraso y sometida al dominio del imperio norteamericano”.⁴

No cabe descartar a la ligera estas dos líneas de pensamiento. Ninguna crítica al populismo ecléctico

rica Latina. Este esfuerzo tenía que ser historicista y pluralista, a la vez, como el de Lowy, para tener auténtica utilidad.

⁴ Lowy, *op. cit.*, p. 13.

² La de Juan B. Justo (1898) y la de Manuel Pedrosa (1931). Incluso la versión parcial de Paul Lafargue se preparó durante su exilio en España.

³ *Le marxisme en Amérique Latine-Anthologie*, París, Maspero, 1980. [*El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días)*. Antología, Era, México, 1982]. Desde luego, el espacio que llena este libro no estaba ocupado por la aproximación sesgada de Luis E. Aguilar (*Marxism in Latin America*. Filadelfia, Temple University Press. 1978) y por algunos otros intentos aislados semejantes. Mucho menos por las múltiples “historias” de partidos comunistas que circulan en Amé-

del APRA, por ejemplo, debe desconocer que por muchos años representó un gran avance histórico para las masas, que su continuidad refleja vitalidad sociopolítica e ideológica y enraizamiento popular, que ninguna corriente de izquierda ha podido sustituir su fuerza de masas. Es cierto que esta primera línea tiende a negar la revolución y la segunda a posponerla indefinidamente. Pero siempre cabe la posibilidad de que se combinen en una síntesis como la cubana, que reconozca especificidades histórico-espaciales reales dentro de concepciones de valor universal, de tal modo que la segunda línea revolucione a la primera y ésta evite que la segunda desemboque en postergación.

En todo caso, el avance paralelo por esas líneas tendió a dejar sin explicación la condición social de existencia de las mayorías latinoamericanas y sin caracterización teórica suficiente la cuestión estratégica de las estructuras políticas de la región.

Esas mayorías estuvieron constituidas predominantemente por campesinos durante la primera mitad del siglo. En la segunda, campesinos y "marginales" urbanos formaron el grueso de la población del continente. Desconocerlas no ha sido, solamente, producto de la insuficiencia teórica. Representa también una actitud política, en que la lógica del pragmatismo se trasmuta, inevitablemente, en lógica de la represión.

"Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución."⁵ La fascinante frase de Womack, al inicio de su peregrinaje por la tierra de Zapata, muestra una cara más del prejuicio que ha sustentado, entre mar-

xistas y no marxistas, la percepción del mundo rural. La *resistencia* de los campesinos es absolutamente real e intensa, pero hay un salto mortal en la operación ideológica que la percibe como "resistencia al cambio". La traslación acrítica del costal de papas, la adhesión dogmática a las pautas clásicas de proletarianización, la terca afiliación a las concepciones stalinianas sobre el evolucionismo lineal y por etapas y otros muchos velos ideológicos levantaron esta imagen de los campesinos. Se les presenta como supervivencia del pasado y se atribuyen sus comportamientos a la defensa a ultranza de su tradición, su cultura y sus recursos: a una resistencia sin destino ante los vientos de la modernización. Es una imagen prejuiciosa y deformada que se prolonga al encontrarlos en las ciudades; ahí construye el mito de la ruralidad urbana y luego desemboca en el discurso ideológico de la "marginalidad". En todo ello ha influido el predominio, dentro de la izquierda, de grupos e intereses urbanos y clasemedios, que sienten desconfianza y temor hacia el campesinado y se encuentran adheridos a un esquema teórico-político de tipo dogmático, como la visión leninista-stalinista, en que los campesinos y los "marginales" urbanos se consideran reaccionarios, inertes, masa de maniobras que debe ser conducida por otros.

Como es sabido, la modernización de América Latina, dinamizada desde afuera, se expresó en una violenta explosión demográfica y urbana. Cayeron las tasas de mortalidad sin reducción en las de fecundidad, o sea, se registró progreso técnico y económico en la capacidad curativa y preventiva sin transformación estructural. La esperanza de vida al nacer pasó de 31.1 años en 1920 a 38 años en 1940 y a 55.8 en 1960. La mayor parte del crecimiento tuvo lugar en el medio rural, donde hasta 1950 vivía el 75% de la población

⁵ John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1969.

latinoamericana. El porcentaje se redujo a 67.1 en 1960 y a 58.6 en 1970. Pero el fenómeno no se redujo al traslado de la población del campo a la ciudad: jugó un papel decisivo el paso de los pequeños a los grandes centros urbanos y, sobre todo, la metropolización de las sociedades.

En este proceso, la estructura histórica de las ciudades quedó colocada en minoría; el régimen habitacional cayó en pedazos; la expulsión de campesinos de sus comunidades, que pudo parecer semejante a las clásicas operaciones de *clearing of states*, no se correspondió con un rápido incremento en la productividad del trabajo agrícola. Nuevos grupos y clases se formaban y recombinaban con fluidez.

Ante estas realidades emergentes, congelada en la larga noche del stalinismo la frescura del pensamiento revolucionario de los años 20, con sus Mariátegui y sus Mella, sólo teníamos respuestas de impotencia:

—La *negación* de los fenómenos en cuestión, o sea, negar su especificidad, su novedad, para subsumirlos en una generalidad informe que los tornaba difusos;

—La *esterilización*, que suponía confinar esos procesos en un espacio marginal, periférico, que se consideraba secundario y subordinado al “centro” dinámico de la realidad social, mediante la descalificación *a priori* de sus potencialidades propias;

—La *absorción manipulada y castrante*, como fórmula de negación y esterilización, a través de la asimilación de esos procesos a los “centrales” en calidad de mero apéndice: “masa de militancia” aprovechable por tirios y troyanos.

Mientras los intelectuales marxistas se perdían en la disputa interminable sobre las sagradas escrituras marxianas, esas “nuevas” mayorías, aún difusas para ellos, se ponían en movimiento. Mientras se ocupaban

de la transformación de la verdad, los pueblos se entregaban a la verdad de la transformación.

En nuestras sociedades la conmoción social impuesta por la modernización adoptó en los años cincuenta la forma de extensos y vigorosos movimientos de masas. Pero no se les ofreció un programa de clase. Las proposiciones proletarias seguían concentradas en la minoría obrera, a la cual separaban de las mayorías de trabajadores cuya identidad de clase se negaba o se ignoraba y cuya participación legítima como actores específicos, autónomos, en una lucha potencialmente liberadora de la sociedad, se despreciaba. La alianza impía con las estructuras a las que se atribuía el carácter de burguesías nacionalistas y progresivas era el triunfo del optimismo sobre la realidad: el desarrollismo permitiría que se formase un *auténtico* proletariado industrial, la clase revolucionaria por excelencia.

El 12 de abril de 1945, por ejemplo, los titulares de *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista Mexicano, celebraron con entusiasmo el pacto de unidad nacional recién firmado: “Histórico pacto obreros-patronos. Base sólida para el desarrollo y el progreso del país.” El pacto, se sostenía, reflejaba las nuevas condiciones del mundo “que obligan a una alianza de los obreros con los capitalistas”.

Fuera de contexto, este hecho se presta a la interpretación maniquea. No caigamos en ella. Percibamos en él la transitoria vigencia del browderismo explícito, reflejo de la tradición política impuesta por Moscú en los años 30 y 40. Reconozcamos, entre otras cosas, que en esta historia no hay *traición* al marxismo, aunque se le haya utilizado como disfraz de una práctica no revolucionaria. Ante el empuje del capital, en el marco de la flamante hegemonía norteamericana y en virtud de que la destrucción del sistema parecía imposible,

“las modificaciones del capitalismo determinaron las del movimiento obrero”, que así tomó parte activa en las reformas del capital, para el incremento de la productividad del trabajo y la intensificación imperialista de la competencia. La lucha de clases se convirtió en colaboración de clases.”⁶

Esta línea de pensamiento podrá acaso llevarnos a la recuperación crítica del valor revolucionario de los reformismos europeos y contribuir a explicar el comportamiento de los obreros y de quienes aspiraban a formular su programa de lucha en nuestra región. Nos conduciría a rechazar la falsa opción reforma-revolución: la elección no depende de preferencias subjetivas de dirigentes y cuadros sino de actores en juego, relaciones de fuerzas, alianzas y enfrentamientos, mayores o menores posibilidades políticas. Las sociedades no cambian al mismo tiempo en todos sus niveles y aspectos, con las mismas direcciones e intensidades. Los grandes actores sociales (clases, grupos, organizaciones) son entes vivos, complejos y contradictorios. Se hacen reformas o revoluciones según se puede, no cuando se quiere. Reformas preparan revoluciones; revoluciones se realizan en reformas. Por este camino, a cambio de abandonar las confortables seguridades y optimismos de la ortodoxia, renunciaremos a constituir nuevos dogmas y haremos que la teoría, en cambio, identifique potencialidades y obstáculos (Paramio).

Entre nosotros, empero, esto no basta. Necesitamos examinar los supuestos sociales de las tenden-

⁶ Paul Mattick, “Marxismo: ayer, hoy, mañana”, en *Nueva Política*, vol. II, núm. 7, julio de 1979, p. 7. Para una revaluación de estas cuestiones, ver los artículos de Ludolfo Paramio y Adolfo Sánchez Vázquez en *Nexos*, núms. 33, 43 y 44.

cias, actitudes y comportamientos que hoy revaloramos críticamente. Revisar, en particular, los nudos teóricos—y su gestación de clase—que impidieron por tanto tiempo reconocer el sentido y la calidad de la movilización de las mayorías latinoamericanas. Es preciso averiguar por qué no podíamos percibir la lucha por la tierra como el símbolo de la unidad profunda de campesinos y “marginales” urbanos y de la circulación de sus luchas. Por qué no percibimos que las tierras de cultivo o los territorios urbanos que palmo a palmo conquistaban eran expresión de la gestión autónoma de sus empeños y base objetiva para llevarlos más lejos. Por qué, sobre todo, no logramos enterarnos a tiempo de que así se *fundaban* como grupo humano, a partir de una movilización que los construía en el proceso como clase para sí, según el título de jerga que pocos se aventuran aún a reconocerles.

En este marco, me parece, cobra su plena pertinencia la publicación en América Latina de este libro de Cleaver.

Aclaremos, ante todo, que no es una *lectura* de Marx, en el sentido de las *lecturas* y *relecturas* que han estado practicando los althusserianos —tema que el propio Cleaver ventila desde la introducción. “Independientemente de cualquier otra consideración y, particularmente de su *función política*, las *lecturas* de Marx están al lado del problema, precisamente porque no son sino *lecturas*. Marx no ha escrito para ser objeto de lecturas y, para ser más preciso, hacer de Marx un objeto de *lectura* es caer en la inmensa trampa que Marx tendió a los demás y a sí mismo.”⁷

En este libro hay un proceso de autovalorización, no

⁷ Cornelius Castoriadis. “Las funciones de Marx”, en *Nueva Política*, vol. III., núm. 7, julio de 1979, p. 25.

de lectura. Se valora *El capital* al darle uso: se le emplea como arma; se recoge su sentido profundo como instrumento de lucha.

El trabajo de Cleaver produce así sensación de novedad. No es la de descubrimiento que causó la publicación tardía de los manuscritos del 44, lo cual dio lugar a la paradoja de que el viejo Marx resultase tener influencia decisiva sobre el joven Marx —porque a éste sólo pudimos verlo después de haber adquirido las pupilas de aquél. Es la sensación de la imagen “verdadera” (en tanto praxis), que contrasta con “la del Marx corriente, manoseada, cual ciertos Cristos, por manos devotas e ignorantes, o abofeteada por otras, irreverentes y no menos ignorantes”.⁸

Concentrado en el capítulo I del Libro I de *El capital*, Cleaver nos recuerda que el capital es, en su esencia, una relación; que el capitalismo es, en su esencia, el sistema social en que se producen y reproducen las relaciones sociales de producción capitalistas, a través de la imposición de trabajo. Nada más, pero nada menos.

Una consecuencia: la existencia de la fábrica social. Por ende: la existencia de relaciones sociales de producción capitalistas *fuera* de la fábrica (privada), en la fábrica social. Por ende: la existencia de sectores de la clase trabajadora *fuera* de la fábrica (privada), en la fábrica social, lo que comprende a trabajadores no asalariados al servicio del capital.

Otra consecuencia: la autonomía objetiva de la clase trabajadora, su existencia autónoma frente al capital. Por ende: su capacidad y potencialidad de organización autónoma, por una parte, y de autovalorización,

por la otra; la necesidad de que asuma y realice esta autonomía como su propio proyecto subjetivo. Por ende: la importancia del proyecto histórico y de sus contenidos socioculturales y políticos.

Tales “ideas fuerza”, desarrolladas en este libro, tienen inmediata aplicación en América Latina. Contribuyen a dar cuenta, con un marco conceptual integrativo, de las luchas que han estado librando en todas partes del continente las mayorías de trabajadores, luchas que en buena medida negó o marginó el pensamiento revolucionario.

Los populismos reivindicatorios de los años 50 y los modificados de las dos décadas siguientes no son producto artificial ni ideología importada, sino que se han correspondido con la realidad material. Suponen auténticos movimientos de masas, cuando no profundas necesidades de esas masas. Con su acción, “se desplazaban hacia el único espacio aparentemente político que había dejado el sistema dominante y por el cual expresaban, sin el esclarecimiento (que eso es la política) sus reivindicaciones sociales y nacionalistas”.⁹

Por la ausencia de un programa orgánico de clase, el liderazgo político de esos movimientos sociales fue asumido por *élites* de formación burguesa, pequeña o grande, y sobre todo por elementos desclasados, aventureros, con inclinaciones bonapartistas. Estaban abiertas a las reivindicaciones populares, con límites variables en cuanto a las capacidades reales de transformación estructural. Su ideología nacionalista, industrializadora, desarrollista y antiimperialista era una fórmula de compromiso entre las estructuras dominantes, expuestas a un cambio que desgarraba sus

⁸ Juan David García Bacca, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, FCE, 1965, p. 10.

⁹ Juan María Almonte, “El debate teórico sobre el populismo”, en *UnomásUno*, 22 de marzo de 1981

formas tradicionales de dominación, y las masas en movimiento, frecuentemente radicalizadas y portadoras de la misma contradicción.

Tal liderazgo no es en modo alguno expresión del pensamiento revolucionario ni del impulso profundo de transformación que los pueblos manifiestan en su dinámica. En general, no sólo resulta extraño a sus intereses históricos sino contrario a ellos. Su autoritarismo vertical y su paternalismo tienen severos efectos desmovilizadores. Se plantea, inevitablemente, como una conducción acrítica: capaz de dar cabida a las reivindicaciones populares y nacionalistas y hasta de llevarlas a la exaltación, tiene que serlo también de *impedir* que se profundicen realmente y lleguen a convertirse en programas de clase. Debe tomarse en cuenta, además, que las autolimitaciones de *élites* y bases populistas se presuponen, se influyen, se mantienen y refuerzan mutuamente, hasta agotar sus alcances reformistas. Ante la perspectiva siempre presente de un rebasamiento por los movimientos radicalizados, tal liderazgo es separado finalmente de la conducción política, para dar paso a una variedad de formas de configuración del Estado, en que predominan las autoritarias.

En este marco de circunstancias, no es asunto académico sino político preguntarse por qué el pensamiento revolucionario ha tendido a reproducir el discurso ideológico de la dominación. Cuenta, evidentemente, esa presencia clasemediera con sus inclinaciones dogmáticas. Pesa la impaciencia ante las limitaciones de las masas para darse ideología, conciencia, organización y estrategia, que se expresa en la necesidad de subordinación al partido, que lo introyecta todo desde arriba y desde afuera. Interviene el énfasis burocrático autoritario. Y en todo ello hay problemas teóricos de los cuerpos de doctrina

que el texto de Cleaver puede ayudar a resolver. En su lectura política de *El capital*, destaca que las categorías de Marx, en tanto instrumento de lucha, encierran siempre un doble punto de vista: el del capital y el de los trabajadores. Al no percibirlo así, al tomarlas como objetos teóricos "neutros", muchos estudios marxistas de la dinámica social y política de América Latina tendieron a sesgarse a la perspectiva del capital: coincidían de hecho con ella y la reproducían, al tiempo que negaban y omitían la de los trabajadores, aunque se propusiesen expresamente lo contrario.

En la cuestión central de la identidad social de las mayorías latinoamericanas, por ejemplo, cuando empezaba a pasar de moda el discurso staliniano del desarrollo unilineal y por etapas y se hacía cada vez más difícil seguir sosteniendo las mixtificaciones sobre el precapitalismo, se intentó el rescate de la categoría del ejército industrial de reserva *desde el interior* del discurso ideológico de la marginalidad. Tanto los ortodoxos, que defendían su plena aplicación al caso latinoamericano, como los innovadores (a la Nun o a la Quijano) que pretendían darle especificidad a la categoría mediante el expediente de agregarle algunas etiquetas, se dedicaron a discurrir sobre el papel del ejército de reserva *para el capital*, adoptando, a su paciencia ya que no a su ciencia, el punto de vista de éste y no el de los trabajadores.

Recordemos.

*"Esta guerra [industrial de los capitalistas] tiene la particularidad—dice Marx—de que en ella las batallas no se ganan tanto enrolando al ejército obrero como licenciando a sus efectivos. Los generales, los capitalistas, rivalizan entre sí a quién más soldados industriales despide".*¹⁰

¹⁰ Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, en: *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, p. 28.

Estas frases de Marx nada dicen, probablemente, para la economía convencional, que persiste en la extravagante ilusión del pleno empleo —contra toda experiencia histórica. Con ellas o sin ellas, proseguirá su discurso apologético, atribuyendo a la explosión demográfica o a otros factores “autónomos” y más o menos fantasmales los problemas que no puede explicar. Pero son frases que deberían haber bastado para inhibir las contorsiones intelectuales de quienes se impresionaron por la desproporción entre el número de obreros industriales y la población total en los países periféricos y quisieron desechar, limitar o utilizar como evasiva teórica la categoría del ejército industrial de reserva.

Es preciso tener constantemente presente que la reserva inempleada de potencial productivo, humano y material, y por consiguiente la tendencia misma del sistema al subempleo “es la que le permite al capitalismo funcionar de acuerdo con su naturaleza, de algún modo al revés de cualquier otra sociedad humana: en vez de consumir en función creciente del potencial de producción y en función decreciente de la inversión, produce e invierte en función creciente del consumo improductivo”.¹¹

Los capitalistas desechan los trabajadores que les sobran a medida que se incrementa su capital productivo. No los desechan con el propósito de que les sirvan como reserva, o sea, *para* que cumplan esa función. Simplemente se deshacen de ellos. Es claro que, una vez ahí, los aprovechan cuando los necesitan, como hacen con cuanto queda a su alcance. Y los aprovechan, muy específicamente, para ventilar su antago-

nismo fundamental con los trabajadores: al crear competencia entre ellos, dividirlos y exacerbar las contradicciones existentes en el seno de la clase obrera, pueden seguirle imponiendo sus condiciones.

Los capitalistas no tienen por qué ocuparse de la suerte de los obreros que no emplean directamente y con un salario. Cuando lo hacen, con el seguro del desempleo o las instituciones asistenciales por ejemplo, es siempre como concesión ante las constantes presiones de los obreros o cuando el número, las condiciones y la actividad de los no asalariados amenaza los cimientos mismos de la vida social y pone en peligro su reproducción sobre bases capitalistas. Interviene entonces el Estado, como garante de la reproducción del sistema, para introducir los correctivos indispensables. Y el Estado crece, para ello y para promover la autodinamización y el crecimiento acumulativo de los grupos e intereses que lo encarnan y manejan. Los gobiernos populistas y los que incorporan sus rasgos se relacionan con las clases populares y las manipulan en función de esa doble y contradictoria dinámica de reproducción del sistema y de quienes manejan el Estado. En suma: no es la función que cumple el ejército de reserva lo que explica su existencia sino al revés: su existencia explica su función —cuando la cumple.

No podemos saber por qué Marx la llamó *ejército industrial de reserva*. La primera vez que empleó el término lo acompañó de inmediato de la expresión *contingente disponible*, que describe mucho mejor el estado en que quedan colocados los obreros que el capital desecha, no tanto por su acepción militar, que parecería propia del contexto (“número de soldados que cada pueblo da para las quintas”), como por su sentido específico: el contingente es una parte proporcional del conjunto que puede o no usarse (lo contingente es

¹¹ Arghiri Emmanuel, *La ganancia y las crisis*, México, Siglo XXI, 1978, p. 280.

lo que puede o no suceder). Se trata, aclara Marx en esta ocasión, del “material humano dispuesto siempre para ser explotado a medida que los reclamen sus necesidades variables de explotación (las del capital) e independientemente, además, de los límites que pueda oponer el aumento real de población”.¹² La categoría se plantea para *cargar de contenido* “la existencia de una superpoblación obrera” que Marx acaba de plantear como “producto necesario de la acumulación o del incremento de la riqueza dentro del régimen capitalista”. No se trata de dos categorías, como quiere Nun, sino de una sola: *el ejército de reserva es la forma de existencia de la superpoblación obrera*. La superpoblación “se convierte en palanca de acumulación de capital y, más aún, en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción” precisamente porque no es simple superpoblación —un peso muerto, un lastre y hasta una amenaza, sino ejército de reserva, o sea, el mecanismo que permite al capital funcionar sin estar encerrado en los límites “que pueda oponer el aumento real de población”. El capital no se ahogó en la primera crisis, no llegó a su límite absoluto al acercarse al pleno empleo a pesar del desequilibrio fundamental entre la producción y los réditos, porque existían las reservas de potencial productivo, creadas por el propio proceso de acumulación, que permiten reiniciar indefinidamente el ciclo.¹³

Podemos suponer, en todo caso, que Marx empleó el vocablo por extensión, después de estarse refiriendo al ejército de obreros en activo. El uso del término *ejército* tiene una significación múltiple: a) en la guerra

entre capitalistas que se deriva de la competencia, cada uno de ellos cuenta con cuerpos de ejército, sus obreros, que le permiten dar la batalla; b) dado el antagonismo fundamental que define el régimen capitalista, las expresiones militares resultan pertinentes; c) el ejército, como cuerpo jerárquico y disciplinado, en que los soldados carecen de voluntad propia e iniciativa, expuestos como están a la orden y subordinados a la autoridad, guarda analogía con la organización del trabajo en la empresa capitalista, cuando el obrero queda sujeto a la jerarquía y la disciplina que impone el capitalista; etcétera, etcétera.

La maquinaria, dice Marx, “va desalojando a los obreros en pequeños pelotones”. Los capitalistas van ganando sus batallas licenciando sus ejércitos. Parece lógico que los *contingentes* desechados, que quedan expuestos a la posibilidad de ser enrolados de nuevo y que deben existir en esa condición para que el capitalismo pueda seguir funcionando, sean denominados ejército de reserva, que lo es industrial porque es la industria quien lo desecha y puede enrolarlo de nuevo. Pero además, y esto es aquí lo importante, Marx considera que esta contradicción fundamental es ley absoluta de la acumulación capitalista, o sea, una tendencia que se impondrá necesariamente, ampliando en forma ilimitada el ejército de reserva y deprimiendo constantemente los salarios. Marx considera, pues, que si bien el rápido incremento del capital es la condición más favorable para el trabajo asalariado, el concomitante incremento en la competencia entre obreros, que disminuirá en términos relativos los medios de empleo y de vida de la clase obrera, *será la clave de su lucha de liberación*. La contradicción que puede enfrentar a los obreros entre sí,

¹² K. Marx, *El capital*, México, FCE, 1956, t. 1, p. 535.

¹³ Véase para el desarrollo completo de este argumento, A. Emmanuel, *op. cit.*, en particular el último capítulo.

oponiendo unos a otros en la lucha por el empleo y así deprimiendo sus salarios, será también la que los unifique para constituirse en ejército de emancipación. Como es sabido, Marx atribuye el papel decisivo a los obreros industriales, que constituirán la vanguardia, no a los desempleados, y es bien conocido también el desprecio y la desconfianza que le inspiran los lumpen. En él se combinan, acaso, realismo analítico y reflejos de clase; quizás se dejó llevar por la necesidad de combatir el romanticismo “miserabilista”. Pero no hay que olvidar que, en este plano del análisis de Marx, los empleados y los desempleados son unos y los mismos: los obreros en activo son desempleados en potencia y los desempleados obreros en potencia; todo el planteamiento se desarrolla bajo supuestos de completa movilidad —del capital y del trabajo— que implican constante circulación de la fuerza de trabajo de una rama a otra, de un empleo al otro, de la ocupación a la desocupación. Por tanto, está aludiendo a contradicciones de la *clase* obrera con el capital y no a las que se presentan entre los obreros: se refiere, muy concretamente, a la superación de las contradicciones entre los obreros, para que pueda elevarse sobre ellas la contradicción con el capital.

Sea de ello lo que fuere, dejemos para la marxología la interpretación sobre lo que Marx dijo o quiso decir. Aquí se propone la *reivindicación* cabal de su enfoque analítico como explicación de la existencia de los trabajadores directos de la fábrica social (tradifas)¹⁴ al

¹⁴ Tal categoría se aplica a los *trabajadores*, asalariados o no, que se encuentran al servicio del capital que poseen, *además*, una organización productiva autónoma en la que se autovalorizan y que, trabajen o no para una personificación del capital, lo hacen para la fábrica social capitalista. En la investigación del Fondo de Cultura Campesina sobre “El trabajo directo para la fábrica social” (México 1981, mimeo) se expone y fundamenta esta categoría.

mismo tiempo que su *transformación*: se plantea que los tradifas son todo lo que implica para el capital la categoría del ejército industrial de reserva (como producto necesario de la acumulación de capital y palanca para ésta) y, *además ejército de reserva de los trabajadores*, o sea, que no sólo lo son para el capital sino también para la clase que se le opone. Y son precisamente *de reserva*.

En jerga militar, la reserva es la parte del ejército que no está en servicio activo; ésta sería la carga del término en la categoría, en la perspectiva del capital. Pero la reserva es también “el cuerpo de ejército que se tiene en prevención para auxiliar o reforzar a los que combaten”. En acepción común es “provisión de alguna cosa para que sirva a su tiempo”. Y *este es el tiempo de los tradifas*. Su entrada en liza, que ha tenido de vigor y entereza lo que le ha faltado de gallardía, llega en buen momento cuando los cuerpos “principales” parecen cansados, debilitados; los héroes en servicio activo están fatigados. Y no tanto por la lucha misma, que ha sido larga, tensa y dura, como por sus propias conquistas, que los han *comprometido* vitalmente con sus enemigos de clase. Por haber obtenido garantías sólidas de reproducción a un nivel histórico abrumadoramente superior al de las mayorías que los rodean, no siempre pueden asumir como propia una contradicción que en apariencia no los afecta. Si a esto se agrega que las propias condiciones de funcionamiento de la sociedad capitalista han tendido a llevarlos a adoptar como propia, en cambio, la ideología de las estructuras de dominación, y a percibir como peligro y amenaza externos a ellos los que plantean esas mayorías en expansión, podrá verse la medida en que esos cuerpos “principales” tienden a dejar de serlo: están en activo para el capital, lo están en cierta medida para sí mismos, pero no siempre lo están para la clase trabajadora, para las

mayorías que han tomado parte decisiva en esa lucha. (En Europa y Estados Unidos ha reaparecido bajo nuevas formas y grados el viejo racismo de los obreros respecto a los trabajadores del Tercer Mundo.)

Esta aplicación analítica del uso político de las categorías marxistas, aquí apenas esbozadas, no tiene más objeto que ilustrar el significado del tratamiento que les da Harry Cleaver en este libro. Nos ofrece "un enfoque enraizado en la dinámica misma de la lucha de clases". Tal es el sentido "de una lectura política de *El capital*. . . y de una lectura política de la situación misma de clase".

No basta reconocer la existencia de dos lados en las relaciones de producción capitalistas: es preciso concentrar el esfuerzo en la perspectiva de nuestro lado, el de los trabajadores.

No basta negar las estructuras y las ideologías de la dominación: lleva a reproducirlas mecánicamente, como ha ocurrido con harta frecuencia en el pensamiento y la acción de los marxistas. Hace falta *negar la negación*, "abandonar las definiciones *a priori* en favor del desarrollo de nuestras luchas", para mantenernos de pie y en movimiento con los trabajadores de todas partes. A quienes pertenece, en propiedad, este pensamiento marxista.

GUSTAVO ESTEVA

PREFACIO A LA EDICIÓN MEXICANA

ME HA encantado saber que *Reading Capital Politically* ha sido traducido al español y que se va a publicar en México. México y América Latina se han convertido en un foco de la crisis capitalista y la lucha de clases en este decenio. Lo que ocurra al sur de los Estados Unidos es muy importante para el pueblo norteamericano. Estamos estrechamente ligados a América Latina no sólo por una red capitalista de empresas multinacionales, comercio e instituciones financieras internacionales y una creciente intervención militar norteamericana, sino también por el movimiento internacional de la migración de la clase trabajadora. Al publicar este libro en América Latina, los editores están facilitando una circulación internacional de las ideas que se requiere con premura para mejorar nuestro entendimiento del carácter de la crisis, de los conflictos sociales que la crearon y de los nuevos antagonismos que está generando.

La mayor parte de este libro fue escrita en 1975 y revisada en 1977 y 1978. Aunque sigo satisfecho con la obra en conjunto, quiero aprovechar esta oportunidad para reformular algunas de las ideas principales a la luz de la investigación posterior. Además, en virtud de que este libro fue escrito primordialmente para el público norteamericano, me gustaría indicar con brevedad por qué lo escrito aquí puede resultar interesante para los intelectuales y trabajadores marxistas del Tercer Mundo y en qué sentido las exposiciones teóricas continúan teniendo validez fuera de los Estados Unidos.

En primer lugar formularé algunos comentarios sobre el marco general. Mi interés por *El capital* es estratégico, no escolástico. Para mí, *El capital* sigue siendo importante porque Marx lo escribió para que se leyera en términos políticos, como un arma que los trabajadores podrían esgrimir en la lucha de clases. Tal perspectiva se necesita ahora con apremio, en medio de la crisis, cuando están cambiando con tanta rapidez las líneas de batalla entre las clases. La mayor parte de lo que se considera teoría marxista pasa por alto la lucha de la clase trabajadora, o la trata simplemente como un tema entre otros. Para muchos marxistas sólo hay un tema histórico: el capital. El poder de las empresas, no el de los trabajadores, es lo que les interesa. Por incapacidad para reconocer la subjetividad revolucionaria de la clase trabajadora, en muchos esfuerzos teóricos marxistas se adoptan unilateralmente la perspectiva y el lenguaje del capital. Un aspecto esencial de la metodología seguida en este libro es la concentración en el carácter *bilateral* de todos los conceptos y relaciones existentes dentro del capitalismo: dos lados que corresponden a las dos posiciones clasistas antagónicas. Existe ahora una urgencia vital para llevar a cabo esta clase de análisis: entender la realidad del capital y reinterpretar en función de la lucha de clases el análisis que de esa realidad hizo Marx.

Este problema se pone de manifiesto en la discusión del *valor*. En la historia del marxismo raras veces se ha examinado con detenimiento el concepto del valor. Los marxistas hablan de "valor" y de "plusvalía" como si todos supieran lo que son, como elementos dados del discurso. Hablan también de la "ley del valor" como un principio determinante del capitalismo (y

del socialismo, en opinión de algunos), pero sólo contadas veces se define este concepto. Ninguno de estos conceptos se enfoca jamás desde el punto de vista de la clase trabajadora.

Cuando se define el valor, se hace de ordinario en términos de la economía clásica, dentro del marco de referencia de Adam Smith o de David Ricardo. El sustantivo *valor* se entiende como una alusión a la calidad que tiene una mercancía a causa del trabajo que incorpora. Se entiende que la teoría del valor-trabajo establece que una mercancía tiene valor si, y sólo si, es el producto del trabajo. Es el trabajo lo que da a una mercancía su valor.

Esta teoría se yuxtapone a menudo a la "teoría subjetiva del valor" de la microeconomía neoclásica contemporánea, según la cual el valor de una cosa se encuentra en los ojos de su poseedor. Los marxistas rechazan esta concepción "subjetiva" y prefieren la "objetividad" de la teoría del valor-trabajo, teoría objetiva porque el trabajo incorporado es independiente de las perspectivas individuales. Es tan sólo la cantidad de trabajo media socialmente necesaria para la producción de esa cosa.

Para desgracia de los marxistas, los teóricos burgueses inteligentes no dejan las cosas en ese punto. Por el contrario, tenderán a objetar que si bien es cierto que puede estar dada la cantidad de trabajo necesaria para producir una mercancía dada, ¿qué sentido tiene decir que una mercancía *posee* valor, o hablar del valor contenido *en* una mercancía, o decir que los trabajadores *producen* valor? Si el valor de una cosa no es su valor para alguien, ¿no es éste un valor metafísico? ¿No es redundante la aseveración de que los trabajadores producen valor cuando es precisamente su trabajo lo que constituye el valor? Esto oscurece de nuevo el

significado del valor y lo hace aparecer como una calidad mística impartida a un objeto por los dedos de un trabajador. Me parece que estas objeciones son enteramente legítimas y apropiadas, en vista del uso que dan a menudo los marxistas al concepto del valor de Marx.

En este libro he tratado de aclarar estas cuestiones enfocando la teoría del valor-trabajo como una teoría de las relaciones sociales entre los trabajadores y el capital. Según entiendo *El capital*, el *valor* es un término heredado de la economía política clásica que Marx utiliza para designar la esencia de la relación de clase existente en el capitalismo: el trabajo. En suma, en este sistema social el valor designa el *trabajo*.

A lo largo del libro trato también el valor como trabajo "impuesto". ¿Por qué? Sabemos, por el estudio de la acumulación primitiva que Marx inició en los *Grundrisse* y en *El capital*, que el capital *impone* el trabajo a la gente al asumir la dirección de la sociedad. Sabemos que el capital reorganiza la sociedad al apropiarse la tierra y las herramientas de la gente y al *obligar* a ésta a trabajar para él. El trabajo no es sólo una actividad entre otras en la sociedad capitalista: es la actividad central a cuyo derredor organiza la vida el capital, y es una actividad impuesta. En *El capital* explica Marx con detalles sangrientos que "la teoría del valor" es fundamental para el análisis de la sociedad capitalista porque el trabajo forzado es, y siempre ha sido, el corazón del dominio capitalista. Por esto no podemos comprender a Marx sin la teoría del valor, como sugieren a veces los neorricardianos modernos. Todo el análisis que hace Marx del capitalismo coloca el valor, o trabajo impuesto, en el centro de la atención.

La teoría del valor de Marx es objetiva en el sentido de que la producción requiere cierta cantidad dada de trabajo que es el resultado de las dos subjetividades

opuestas de la clase capitalista y de la clase trabajadora. Pero podemos percibir que en cierto modo la teoría del valor-trabajo es también subjetiva. Para el capital, el trabajo tiene valor en el sentido de que resulta esencial para sus esfuerzos por organizar la sociedad. Una mercancía que demanda una gran cantidad de trabajo es más "valiosa" para el capital que una que demande poco, porque la producción de la primera ofrece un campo de acción mayor que la producción de la segunda para poner a trabajar a la gente.

Por supuesto, la situación es exactamente la opuesta desde el punto de vista de los trabajadores. Éstos, al revés de lo que ocurre con el capital, no definen sus vidas sólo por el trabajo. Suelen preferir, *ceteris paribus*, las tecnologías que exijan el menor trabajo para producir una mercancía dada. El problema afrontado por los trabajadores a resultas de la tecnología intensiva en capital no radica en la reducción del trabajo requerido sino en la pérdida de empleos, que constituyen la forma primordial de obtención de ingresos dentro del capitalismo. Incluso podemos decir que en la época de la producción en serie posterior a la artesanía, una mercancía tiene mayor valor para los trabajadores entre *menos* trabajo requiere, porque la reducción de éste permite a aquéllos emplear su tiempo en otras actividades.

Para entender el valor tal como lo he delineado se precisa una redefinición del capitalismo y de la clase trabajadora. En lugar de describir el capitalismo en función de la propiedad de los medios de producción, podemos decir que es un sistema social basado en la imposición del trabajo. También podemos definirlo en términos del control sobre los medios de producción, pero sólo si reconocemos que el significado más importante del "control" en este contexto es el de la

capacidad para obligar a la gente a trabajar. De igual modo, en lugar de adoptar la concepción usual de la clase trabajadora como el conjunto de trabajadores asalariados, podemos definirla como la clase de personas a quienes el capital puede imponerle el trabajo. No se incluye aquí sólo al proletariado industrial que produce mercancías, sino también a las mujeres y a los estudiantes que hacen el trabajo doméstico y el trabajo escolar de reproducción de la fuerza de trabajo, a los desempleados del ejército de reserva cuyo trabajo es poner a funcionar el mercado de trabajo, y (como veremos) a los campesinos.

De acuerdo con la concepción anterior del valor y el capital como relaciones sociales de trabajo impuesto, podemos centrar ahora nuestra atención en lo que debe ser el tema principal: *el contenido de la lucha de la clase trabajadora*. Mientras que el capital trata de hacer de la clase trabajadora una clase en sí obligando a la gente a trabajar para él, aquélla se define como una clase para sí luchando *contra* esa imposición del trabajo, contra la reducción de la gente a meros trabajadores. Además, y de mayor importancia todavía: hay un contenido *positivo* en la lucha de la clase trabajadora cuando la gente pugna *por* su propio desarrollo separado del capital y en contra de él. Veamos con brevedad estos dos aspectos de la subjetividad de la clase trabajadora.

En el capital, el trabajo excedente domina y subordina al trabajo necesario, es decir, el hecho de que pueda realizarse algún trabajo útil depende de su capacidad para proveer trabajo excedente (valor excedente) al capital. La lucha de la clase trabajadora contra el trabajo equivale a afirmar el imperativo de que el trabajo necesario domine al trabajo excedente, de que no haya más trabajo excedente que el requerido por el

desarrollo del trabajo necesario. Para el capital, el trabajo es un fin en sí: la única forma que conoce para organizar la sociedad. Para el común de la gente, el trabajo es primordialmente un medio para la adquisición de los valores de uso que precisa. Para el capital, el aumento de la productividad —el centro de su estrategia del valor excedente relativo— es un medio para arrebatar más trabajo. Para los trabajadores, que luchan por terminar con la subordinación de sus vidas al capital, el aumento de la productividad es el medio para la abolición del trabajo: la reducción continua de la esfera del trabajo necesario hacia el trabajo nulo, al mismo tiempo que se expande constantemente la riqueza disponible.

Estas observaciones nos conducen de modo inevitable al siguiente paso del análisis: la exploración del contenido positivo de la lucha de la clase trabajadora. El análisis de esta lucha por parte de los marxistas ha descartado a menudo, por “economicistas”, las demandas concretas de los trabajadores. Estos marxistas se han privado así de la exploración de estas demandas y de las necesidades en que se basan. Pero sólo en este punto, una vez que vislumbramos las distorsiones de los esfuerzos del capital por hacerse del control cultural, podemos empezar a identificar la forma en que las luchas de los trabajadores prefiguran y crean los elementos de una nueva clase de sociedad. Se revela aquí que la demanda de “control” de los medios de producción por parte de la clase trabajadora se refiere a su empleo para reducir el trabajo necesario y para satisfacer diversas exigencias humanas que se están redefiniendo constantemente.

La concentración que se hace en este libro en el carácter bilateral de todos los conceptos y todas las relaciones existentes dentro del capitalismo constituye

un primer paso para la identificación y el análisis de la lucha de la clase trabajadora. Si en este análisis enfocamos en forma exclusiva y consistente el lado de esa clase, daremos un segundo paso en el estudio del contenido de su subjetividad revolucionaria. El tercer paso es la separación del contenido positivo de esa subjetividad.

Veamos, por ejemplo, la discusión del *valor de uso* desde el lado de la clase trabajadora, por oposición al del capital. Éste trata de controlar los alimentos para obligar a aquélla a trabajar para él. Los trabajadores buscan alimentos para fortalecer su lucha pero también para su disfrute. El capitalismo emplea la energía para la dominación: los trabajadores la emplean para liberarse del papel de trabajadores y para ampliar su creatividad. El valor de uso de la tierra para el capital ha sido siempre la provisión de un lugar para poner a trabajar a la gente, y el de un recurso del que puede privarse a otros para que puedan ponerse a trabajar en otra parte. El valor de uso de la tierra para los trabajadores es el de un recurso que puede ayudarlos a independizarse del capital, un recurso donde pueden reducir su trabajo al trabajo necesario, y a medida que aumenta la productividad, reducir el trabajo necesario más aún. La tierra los provee también de espacio para la libre realización de sus propios proyectos. Alimentos *para* el disfrute. Energía para liberar el tiempo y la creatividad. Tierra *para* liberar el tiempo y proveer espacio para la propia actividad. Disfrute, tiempo libre, espacio libre y creatividad, todo esto como base de nuevas luchas y el inicio del desarrollo autodirigido.

En el análisis del *trabajo abstracto* sostengo que este concepto expresa la indiferencia fundamental del capital hacia las cualidades peculiares del trabajo útil. Es el resultado buscado por el capital en su intento por

homogeneizar a todas las personas y toda la vida humana en una esencia no diferenciada, maleable: el trabajo. Contra esto, la clase trabajadora aporta su propia homogeneidad a la lucha, la que se basa realmente en una multilateralidad, la del valor de uso y las maneras de ser. El capital trata de amasar a la gente en una clase "trabajadora". Las luchas de esa gente afirman su irreductibilidad a una sola dimensión, su negativa a permitir que sus vidas se definan por el trabajo. Frente a la unicidad del capital, los trabajadores plantean su propio yo múltiple y diferenciado, sus deseos y sus metas particulares. Frente a la composición del capital, los trabajadores se recomponen en sus propios términos. A medida que la multilateralidad de los grupos sociales hace explotar la unidad del capital, también hace explotar su propia existencia como clase trabajadora. Diferencia y multilateralidad son elementos decisivos de la autodirección. De aquí deriva la autonomía, no sólo de la clase frente al capital y para ella misma, sino de los sectores de la clase entre sí.

El análisis bilateral y el examen de la perspectiva de los trabajadores se vuelven más complicados que nunca en la categoría de la *magnitud del valor: el tiempo de trabajo*. Dentro del tiempo de trabajo la división parece simple: en el total, el tiempo de trabajo necesario crea valores de uso para los trabajadores; el tiempo de trabajo excedente crea beneficio como un medio de dominación para las empresas. Pero el análisis clasista del valor de uso nos ha enseñado que gran parte del trabajo "necesario" crea mercancías de escaso o ningún valor de uso efectivo para los trabajadores. También parece simple la división entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre: el primero es tiempo para el capital (excepto por la parte del tiempo de trabajo necesario); el segundo es tiempo para el autodesarrollo de los

trabajadores. Pero también aquí sabemos que el capital estructura una parte del tiempo libre para inhibir su uso creativo por parte de los trabajadores. En suma, el autodesarrollo sólo ocurre en la porción del tiempo de trabajo y del tiempo libre que puede analizarse claramente como un tiempo arrebatado a la dominación capitalista y usado para el autodesarrollo.

En el análisis de las *formas del valor* podemos ver que el dinero y el salario monetario, que constituyen la forma más clara y apropiada del valor, se convierten por parte de la clase trabajadora en palancas de poder contra el capital. Sabemos que el dinero es el equivalente universal. En el mercado de trabajo vemos que el capital trata de usar el salario para señalar como “trabajador” a cada persona que lo reciba. Casi podemos imaginar una humeante “T” marcada en las manos extendidas. Si el capital logra sus propósitos, estos “trabajadores” asalariados llegan a existir para aquél sólo como factores productivos. El salario monetario es, para el capital, una primera manifestación formal de su redefinición de las personas como fuerza de trabajo, de su designio de degradar la humanidad multilateral de ellas a una sola calidad: el trabajo. Dentro y fuera del trabajo, la clase “trabajadora” ahora constituida existe sólo para el capital. En el trabajo, la clase produce mercancías; fuera de él, el resto de su vida está ligado a la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo: se organiza alrededor del trabajo de recrear la capacidad y la disposición para regresar a trabajar. Si todo marcha bien para el capital, esto es lo que ocurre.

Pero las cosas no marchan siempre bien, por supuesto. Una vez y otra las empresas fracasan en su intento de imponer su organización de la vida a la gente, no pueden restringirla a su definición de clase trabajadora, no pueden controlar, o dirigir, o anticipar el autode-

sarrollo polifacético, autónomo, de la clase. Le enseñan a la gente el salario monetario como un espejo donde aparece vestida y lista para trabajar; pero ella toma el dinero y luego recurre al absentismo, a las huelgas y al sabotaje para demostrar que es un factor de la producción, que no es tan sólo herramienta viviente definida por el trabajo. La gente usa el mercado de trabajo para obtener dinero y luego emplea éste como medios para convertir en juego el tiempo de trabajo, o para escapar de él a fin de realizar sus propios planes, en forma individual y colectiva. La gente toma el dinero y lo usa como ingresos (destruyendo su papel como capital) para adquirir los valores de uso que necesita para su propio desarrollo. Al apoderarse del tiempo y convertir el dinero —la expresión por excelencia del valor— en un arma contra el capital, los trabajadores se forjan una zona creciente de autonomía para su desarrollo autodirigido.

Contra la dialéctica del trabajo que todo lo resuelve para el capital, la clase trabajadora desarrolla su propia autodeterminación. Los marxistas casi no exploran este camino de la autodeterminación, y sin embargo sólo a lo largo de este camino podrá encontrarse algún futuro más allá del capital. En su brillante y reciente lectura política de los *Grundrisse*, *Marx Beyond Marx*, el marxista italiano Antonio Negri ha explorado esta ruta de la autodeterminación de la clase trabajadora, tal como surge del análisis de la lucha de clases de Marx. Frente a la valorización del capital existe lo que Negri llama la *autovalorización* de la clase trabajadora. Autodirección y autovalorización son términos que evocan no sólo la autonomía de la lucha de la clase trabajadora contra el capital sino también la noción de una dirección separada, de un proceso independiente que destruye y escapa a las determinaciones del capi-

tal. La separación y la independencia son las cualidades centrales de la subjetividad de la clase trabajadora, a medida que se libera del capital y surge como una subjetividad *humana* multilateral.

La formación de este poder de autovalorización, separada y antagónica del capital, ocurre en todos los momentos y espacios de la vida que la clase trabajadora puede extraer de la dominación capitalista. Sin embargo, ¿cómo vamos a *identificar* estos momentos y espacios en un mundo donde —como ha analizado tan profundamente la Teoría Crítica— el capital ha tratado de moldear toda la vida dentro y fuera de la fábrica? Mientras que el marxismo ortodoxo ha localizado con rapidez el despotismo capitalista en la fábrica, y la Teoría Crítica ha detallado con minuciosidad la dominación cultural capitalista y la integración de la lucha de la clase trabajadora, *nosotros* debemos aprender a reconocer y explorar la esfera de la lucha de la clase trabajadora que *no* está dominada ni integrada. Debemos aprender a identificar la esfera de la autovalorización como el único camino posible para lograr la destrucción del capital y crear nuestro propio mundo nuevo.

El análisis de la dominación cultural nos enseña que no podemos recurrir a los criterios psicológicos del “disfrute” como una clave de la autovalorización. La psicología de la dominación y la liberación es demasiado compleja para admitir fórmulas tan simples como ésta: el capitalismo es tan enajenante que cualquier cosa que disfrutes debe ser liberadora. Sabemos que la dominación reside en parte en el hecho de que se inculca una aceptación, así sea superficial, que a menudo incluye el “disfrute” del trabajo asalariado, del trabajo doméstico, del trabajo escolar, etcétera. No, para entender los momentos y los espacios de la auto-

valorización debemos *conservar la lucha de clases* como nuestro único criterio. ¿Qué significa esto?

Cuando los trabajadores le ganan tiempo al trabajo asalariado (por ejemplo, semanas laborales más cortas, vacaciones) o cuando ganan espacio para sus actividades (verbigracia, un centro juvenil, tierra), debemos analizar lo que hacen con ese tiempo y ese espacio. Si las actividades se convierten en mecanismos de pacificación y dominación que logran ayudar al capital a confinar la lucha de clases dentro de la competencia de su propio desarrollo dialéctico, tendremos que aceptar que *no* estamos en el terreno de la autovalorización. *En cambio, si tales actividades dan fuerza y se convierten en trampolín para nuevas luchas que perturben el desarrollo capitalista, nos encontramos en efecto dentro del espacio de la autovalorización.* Aquí, la clase trabajadora profundiza su antagonismo con el capital mediante el desarrollo autónomo de sus propios proyectos múltiples. Los ejemplos de tales momentos son tan diversos como la experiencia de la clase trabajadora. Veamos algunos.

Los teóricos de la hegemonía capitalista se han cuidado de señalar que el capital puede organizar la lucha de la clase trabajadora si está en posibilidad de conducirla de tal manera que se promueva el desarrollo capitalista. Después de la segunda Guerra Mundial es probable que el caso más importante sea el de las luchas por los aumentos salariales y las reducciones del tiempo de trabajo. En la medida en que el capital eslabone tales aumentos y reducciones con los incrementos de la productividad, impulsará el desarrollo tecnológico capitalista y no habrá ninguna amenaza para él. Pero lo que no han podido reconocer o abordar esos teóricos es la *ruptura* de estos eslabones en los años sesenta y setenta cuando la lucha por el aumento

del ingreso y la lucha contra el trabajo se combinaron para minar la acumulación capitalista. El brote de la insurgencia industrial y la revuelta comunitaria (derechos civiles, insurrección urbana, luchas de estudiantes y de mujeres) hicieron horadaciones en la tersa superficie de la acumulación y crearon espacios y momentos nuevos para luchas ulteriores. El surgimiento de esas oleadas incontenibles de lucha que se alimentan de sí mismas, creando toda una esfera de “contracultura” y autovalorización, ha puesto en crisis al sistema capitalista. La crisis continúa porque el capital no ha podido recuperar el control, no ha podido descubrir estrategias adecuadas para reducir la autovalorización a su propia valorización. Debemos proponernos movilizarnos con tanta rapidez, difundir nuestras luchas tan ampliamente, fortalecer nuestro poder de modo tan completo que podamos destruir o aislar toda nueva iniciativa capitalista. La lucha de la clase trabajadora contra el trabajo impuesto ha generado una crisis para el capital. Esa crisis para el capital es al mismo tiempo una oportunidad para nosotros. Sólo explorando y construyendo sobre el contenido positivo de nuestras luchas podremos aprovechar al máximo esa oportunidad.

II

El análisis anterior se desarrolla en gran medida en lo abstracto, de modo que resulta aplicable a todas las zonas del capitalismo; sin embargo, me gustaría examinar algunos de los sentidos específicos en que esta perspectiva es pertinente para el Tercer Mundo. Este libro es una obra primordialmente teórica, pero su elaboración surgió de un proyecto de investigación sobre el orto y el ocaso de la Revolución Verde. Duran-

te los años cincuenta y sesenta algunas fundaciones y agencias de ayuda extranjera norteamericanas estaban promoviendo el empleo de variedades de granos de alto rendimiento en México y Asia. La investigación de los orígenes de esa política me llevó a redescubrir la participación de tales fundaciones en China en los años veinte y treinta, y luego me llevó a explorar los esfuerzos que emprendió el Capital Norteño con el propósito de reestructurar el sur de los Estados Unidos a principios del siglo.

Al elaborar un marco teórico para el análisis de esa experiencia histórica, empecé por subrayar la distinción entre los modos de producción y la transformación de los modos precapitalistas por parte de un capitalismo norteamericano en activa expansión. Sin embargo, al investigar los orígenes de la Revolución Verde empecé a ver una pauta de interacción de las clases que no encajaba en mi análisis del modo de producción del capitalismo imperialista. Las que al principio parecieron “ofensivas” capitalistas unilaterales eran a menudo reacciones *defensivas* ante luchas campesinas autónomas que habían tomado la iniciativa en la confrontación de las clases.

Empecé a advertir que la Revolución Verde era sólo la última de una larga lista de intervenciones que utilizaban la tecnología como arma para contener y pacificar la insurgencia rural. Los diversos esfuerzos tendientes a transformar el sur rural de los Estados Unidos habían sido en gran parte una reacción empresarial a la revuelta de los esclavos negros, y luego de los agricultores y aparceros (negros y blancos) en los disturbios populistas de fines del siglo pasado. De igual modo, los experimentos realizados por la Fundación Rockefeller en China no sólo habían aprovechado su experiencia en los Estados Unidos sino que habían evolucionado

en respuesta a la rápida difusión de la revolución campesina china.

Aun en México, los primeros afanes de la Fundación Rockefeller en los campos de la creación de plantas y de la salud pública podrían verse como una reacción "progresista" al creciente nacionalismo —atizado por las demandas populares frente a la élite— que alcanzó su clímax con la reforma agraria y la expropiación de la industria petrolera realizadas por Cárdenas a fines de los años treinta. Después de la segunda Guerra Mundial el imperialismo norteamericano en Asia y América Latina era de nuevo algo más que un expansionismo simplón y agresivo. Había una necesidad apremiante de contener y aplastar la generalizada insurgencia rural.

Tras este reconocimiento del aspecto defensivo del intervencionismo norteamericano, resultaba muy fácil advertir que las tecnologías de la Revolución Verde inventadas alrededor de las variedades de granos de altos rendimientos constituían una estrategia de reacción para contener y controlar las luchas campesinas. Aquí surgió la lucha de clases (las relaciones de producción) como el impulso central de las fuerzas de producción. Esto no encajaba en ninguna de las variantes del materialismo histórico.

Desde el punto de vista del entendimiento del valor y de las relaciones de clase mencionados en la sección anterior, podemos reinterpretar el significado de la "transformación capitalista de los modos de producción precapitalistas" a través de las tecnologías de la Revolución Verde. En primer lugar, el sector de los campesinos ricos en el que se introdujo la Revolución Verde se caracterizaba ya, en general, por el predominio de la forma salarial de la explotación. Donde no ocurría así, las transformaciones de la condición de los

trabajadores implicaban movimientos entre los trabajadores *no asalariados* y los asalariados, no entre los *precapitalistas* y los capitalistas. La propia tecnología de la Revolución Verde implicaba por lo común una superior composición orgánica del capital, lo que ejercía su habitual efecto directo negativo sobre el empleo asalariado. Al aumentar la productividad, la Revolución Verde incrementaba la plusvalía relativa (la cantidad relativa de trabajo excedente extraída de quienes todavía estaban empleados en la producción), pero también acentuaba extensamente el problema de la imposición del trabajo. La incapacidad de la Revolución Verde para alcanzar su meta política de estabilización rural se debió en parte a esta clase de contradicciones y en parte a la autonomía agresiva de un campesinado que se negaba a aceptar con pasividad tales cambios.

En esta reinterpretación resulta fundamental la inclinación a tratar al campesinado como una parte de la clase trabajadora y a analizar la dinámica de la relación entre el campesinado y el capitalismo en términos clasistas. Aquí quiero ser explícito acerca del rechazo de la concepción del campesinado como perteneciente a algún modo de producción precapitalista. Ya lo han señalado autores como Andre Gunder Frank e Immanuel Wallerstein: los campesinos han sido incorporados al sistema capitalista mundial y explotados por él desde la época colonial; pero esto no basta, como han subrayado con vehemencia muchos observadores: no contesta el alegato de que los campesinos no forman parte de la clase trabajadora porque no reciben un salario. Es claro que se requiere un marco teórico que nos permita abordar al mismo tiempo su inserción dentro del capital y la especificidad de su situación.

Yo sostengo que el análisis del capitalismo como una sociedad basada en la imposición del trabajo, del valor como trabajo impuesto, nos dota del marco necesario. Este análisis reconoce que la imposición del trabajo puede asumir más formas que el salario del mercado laboral. El salario es la forma más perfecta para la expresión de la reducción de los seres humanos al trabajo abstracto bajo el capitalismo, pero no es la única con que puede lograrse tal cosa. Dentro de esta perspectiva teórica, cuando los campesinos no están ganando un salario constituyen una fracción importante del sector *no asalariado* de la clase trabajadora. Entonces desempeñan un papel parcialmente similar al de las amas de casa y los estudiantes no asalariados: el papel de la reproducción de su propia fuerza de trabajo como parte del ejército de reserva.

Examinemos un poco más de cerca esta posición del campesinado. Es claro que los campesinos se ligan con frecuencia al capital en forma muy directa a través del trabajo asalariado a tiempo parcial. Éste es el único papel que suelen reconocer la mayoría de los marxistas como una "función de la clase trabajadora". La dificultad del análisis habitual es en parte metodológica. Se quiere clasificar a los individuos en una categoría u otra por su papel dominante. Si un individuo labora la mayor parte de un año en una fábrica, se le clasifica como miembro de la clase trabajadora. Si una persona vive de la tierra la mayor parte del tiempo, es un campesino, no un trabajador. Esto es estúpido. Lo que debemos comprender es que la clase trabajadora desempeña muchos papeles o funciones en su relación con el capital, y que los individuos pasan de una función a otra en diferentes momentos. Cuando un trabajador se encuentra en la fábrica es un trabajador productivo. Cuando realiza labores domésticas o ara

la tierra en la agricultura de subsistencia, la función ha cambiado —ahora nos encontramos en la esfera de la reproducción de la fuerza de trabajo—, pero el trabajador sigue siéndolo, todavía pertenece a la clase trabajadora.

Cuando un campesino dedica unos cuantos días o semanas a la búsqueda de trabajo asalariado, pasa del ejército de reserva latente al ejército de reserva flotante. Si no hay empleos, después de algún tiempo regresará del papel flotante al papel latente. Si hay un empleo, formará parte, durante algún periodo, de la fuerza de trabajo asalariada en lugar de la no asalariada. No hay ningún cambio en la condición de clase, sólo uno en la forma de la relación con el capital. Todas las personas que se ven obligadas a trabajar para el capital —ya sea reproduciéndose como fuerza de trabajo en el ejército de reserva latente o flotante, o produciendo en efecto una mercancía— pertenecen a esa clase trabajadora. La forma de la imposición del trabajo es secundaria.

¿Pero qué decir de los campesinos que producen un excedente que venden en el mercado? ¿No son éstos pequeños burgueses productores que quedan fuera de la clase trabajadora? La respuesta es que siguen siendo integrantes de la clase trabajadora en gran medida, si el resultado de su trabajo es sólo la autorreproducción. Ni siquiera importa que contraten mano de obra asalariada si únicamente están ganando su subsistencia. En esencia, estos campesinos son trabajadores a destajo por el capital, y el precio por unidad que obtienen por sus productos agrícolas es su tarifa. Para entender esto tenemos sólo que subordinar el análisis de la forma al del contenido. Si los campesinos se ven obligados a trabajar, y si es el capital, no ellos, quien gana un excedente en su producción por encima del nivel de

subsistencia, el hecho de que el excedente se extraiga por la vía del mercado y no mediante un salario directo a destajo es secundario. En el caso de los salarios a destajo el intercambio ocurre dentro de la fábrica; en el caso de las tarifas del mercado el intercambio se da fuera de ella. Cuando la fábrica está integrada por campos agrícolas, la distinción se borra en la realidad física al igual que en la teoría. Esto lo saben bien los agricultores contratados, y a veces lo reconocen también los pequeños agricultores "independientes". Durante una reciente huelga de los agricultores norteamericanos, los huelguistas dividieron su "ganancia", o ingreso neto, entre el número de horas que trabajan y calcularon su salario efectivo por hora. Luego, en busca de solidaridad de clase, mostraron a los trabajadores industriales ese salario, que en promedio resultaba muy bajo. Repito: el salario no es el único conducto para la reducción de los seres humanos a trabajo abstracto bajo el capital. No sucede así en el Tercer Mundo ni en el Primero. En todos los mundos donde predomina, el problema central del capital es la imposición del trabajo: cómo lo logre es algo enteramente secundario.

Este entendimiento del carácter fundamental de la necesidad de imponer el trabajo en el Tercer Mundo se vuelve explícito en las discusiones contemporáneas sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, sobre todo en lo tocante al comercio exterior y la transferencia de tecnología. Las élites capitalistas del Tercer Mundo han demandado la *liberalización del comercio* de los productos de los sectores intensivos en mano de obra que son más eficaces en la solución de los problemas del desempleo del Tercer Mundo, es decir, más eficaces en cuanto a la provisión de oportunidades para poner a trabajar a la gente. El "problema" del des-

empleo fue una de las controversias principales del desarrollo durante los años setenta. Desde las instituciones del Primer Mundo tales como la Organización para el Desarrollo Económico y Cultural hasta numerosos portavoces del Tercer Mundo señalaron la liberalización del comercio como la clave del uso óptimo del recurso en el que tienen una "ventaja comparativa" los países pobres, según se dice: la mano de obra barata. Desde Taiwán y Singapur hasta la frontera mexicana se señalaron las líneas de ensamblado intensivas en mano de obra como un conducto para la industrialización y la solución del "problema del desempleo" al mismo tiempo. Esta cuestión de los "empleos" se encuentra también en el centro del debate sobre la *tecnología apropiada*. Se condena la transferencia de una tecnología intensiva en capital porque desalienta la creación local de empleos, es decir, la posibilidad de poner a trabajar a la gente. Ésta ha sido una fuente continua de irritación, desde la crítica al desarrollo industrial de tipo de enclave (como ocurre con el petróleo y otras industrias extractivas) hasta la crítica a la mecanización agrícola.

Una de las objeciones principales a la Revolución Verde era que los ingresos y los precios crecientes de la tierra que generaba conducían a una mecanización destructiva de empleos. Algunas personas humanitarias honradas se preocuparon por la pérdida de ingresos para los campesinos. Los estrategos políticos capitalistas se inquietaron ante la posibilidad de que esos campesinos transformaran su ira en una lucha revolucionaria. Cuando los individuos humanitarios no entienden el papel central del trabajo impuesto en una sociedad capitalista aceptan a menudo una solución propuesta por una facción de los estrategos capitalistas: los métodos de cultivo intensivos en mano de

obra (el encomiado modelo japonés) y la ayuda a los agricultores en pequeño (la estrategia del Banco Mundial). En cuanto entendemos ese papel, podemos someter tales planes a un análisis político mucho más preciso de la forma en que cualquier sugerencia dada podría afectar el equilibrio de fuerzas de las clases. Por ejemplo, podemos examinar si los métodos intensivos en mano de obra en cualquier situación dada serán un medio para imponer el trabajo y estabilizar al campesinado, o bien un paso inevitable pero temporal hacia la continuación de la lucha.

Pero aun cuando reconozcamos el carácter central de la imposición de trabajo en el capitalismo del Tercer Mundo y la forma en que tal reconocimiento conduce a una redefinición de la clase trabajadora, ¿qué decir de la inseparable *lucha contra el trabajo*? ¿Es éste un atisbo válido de las demandas y las luchas de los trabajadores del Tercer Mundo? Algunos observadores pueden tener dificultades con esta noción. Quizá digan: ¿Cómo puede hablar usted de una lucha contra el trabajo, una lucha por el trabajo nulo, a los habitantes de los países pobres, donde el alto desempleo y la escasez de trabajo son razones fundamentales de la pobreza? En primer lugar, el desempleo y la escasez de trabajo (pagado) son derivaciones del mercado de trabajo capitalista. Una crítica básica del capitalismo ha señalado siempre el hecho de que éste ha asignado el trabajo en forma desigual: quienes laboran por un salario se ven obligados a hacerlo en demasía; quienes carecen de empleo asalariado no tienen trabajo en absoluto (aunque también se ven obligados a trabajar demasiado en busca de ocupación y en su propia reproducción). La supresión revolucionaria del mercado de trabajo eliminará estos fenómenos tal como ahora los conocemos. La menor cantidad del trabajo necesari-

rio podrá distribuirse en forma más igualitaria en la sociedad.

En segundo lugar, cuando analizamos el contenido real de las luchas de los trabajadores del Tercer Mundo descubrimos que, como todos los trabajadores, raras veces buscan el trabajo *por sí mismo*, sino que procuran un salario (y luego salarios más altos y menos trabajo) o una tierra que les permita escapar del mercado de trabajo. Veamos a *quienes luchan por un salario*. Un ejemplo muy importante para los Estados Unidos es el de los campesinos latinoamericanos que cruzan la frontera en pos de un empleo asalariado. Muchos de estos trabajadores migrantes buscan el salario como un medio para obtener ciertas metas específicas (por ejemplo, una cantidad dada de dinero para la compra de tierra o equipo para cultivar su predio). En estas situaciones, el buen éxito de su migración, de sus huelgas y sus acciones legales para obtener salarios y luego salarios más altos significa también una reducción de la cantidad de tiempo que deben trabajar para ganar el ingreso que desean. Para quienes tienen un trabajo asalariado, la lucha por salarios más altos no es sólo una demanda de mayor riqueza material. Los salarios más altos se utilizan para reducir el trabajo empleado en la reproducción (labores domésticas, agricultura de subsistencia, etcétera). El hecho de ganar más dinero significa tener que bregar menos para satisfacer sus necesidades; significa más alimentos de las tiendas y menos hurgamiento en los botes de la basura; motocicletas o automóviles en lugar de horas de espera de transportes públicos; máquinas lavadoras en lugar del lavado manual. Y los salarios más altos proveen una base más fuerte para la demanda de jornadas, semanas y años laborales más cortos.

Uno de los ejemplos más claros de la lucha contra el

trabajo es la demanda muy generalizada de tierras por parte de los campesinos. ¡Algunos observadores afirman que éstos sólo quieren trabajar! ¿Pero es cierto acaso que los campesinos son hombres imbéciles que sólo pueden imaginarse la autoimposición del trabajo desde la aurora hasta el crepúsculo? Me parece que el examen de las luchas campesinas revela algo muy diferente. En muchos países del Tercer Mundo, donde el acceso al salario es escaso y las oportunidades de incrementarlo son pequeñas, los campesinos no ven en la tierra sólo la independencia frente a un mercado de trabajo que los explota, sino un medio para reducir el trabajo necesario que deben realizar y para disponer de más tiempo que puedan dedicar a las actividades comunitarias autodeterminadas. Podemos discernir si tienen razón, en general, observando el gasto de energía dedicado al trabajo y la reproducción por quienes se encuentran en el mercado de trabajo y comparándolo con el gasto que se hace en la comunidad campesina. Pero una cosa es segura —como lo demuestra con creces un estudio detallado del campesinado mexicano que publicará próximamente Ann Lucas—: la adquisición de tierra por parte de los campesinos no asalariados no logra a menudo pacificarlos ni sacarlos del conflicto social. Por el contrario, así se amplía su base de poder. Tal adquisición fortalece sus demandas de una tecnología que eleve la productividad. ¿Y qué quieren conseguir con los pozos, los tractores, las semillas de alto rendimiento, etcétera? Lo mismo que desean otras personas: mayor producción, *menor trabajo necesario* y mayor tiempo para las actividades autocontroladas.

¿Actividades autocontroladas? Esto nos lleva al concepto de la autovalorización y al análisis del contenido positivo de las demandas de la clase trabajadora. Acer-

ca de la importancia específica de este tema para el Tercer Mundo, sólo quiero hacer dos observaciones.

Primera: Aunque los trabajadores del Tercer Mundo ocupan un lugar inferior en la jerarquía salarial internacional del capital, y con mucha frecuencia no son asalariados, y en consecuencia pueden tener menor poder, menor riqueza y menor espacio de manobra que los trabajadores de los países desarrollados, la identificación del tiempo y el espacio que poseen sigue siendo esencial como el punto de partida de nuevas luchas. Hay pocos trabajadores tan abismalmente oprimidos y totalmente controlados, en términos físicos y psicológicos, que hayan perdido todos sus deseos y acciones independientes. Por limitada que sea, esa independencia constituye el único cimiento posible de la lucha autónoma. Sólo recurriendo a ese cimiento, y construyendo sobre él, podrá cualquier grupo de trabajadores movilizarse o extenderse y movilizar a otros en una acción complementaria, ya se trate de una resistencia pasiva coordinada (tortuguismo, sabotaje) o de actos agresivos (huelgas, manifestaciones, luchas armadas).

Segunda: Creo que la esfera de las luchas campesinas por la tierra —que han hecho tanto por perturbar el desarrollo capitalista en este siglo— provee uno de los ejemplos más claros de la autodeterminación independiente en contra del capital y en busca de metas separadas. Así como la adquisición del salario puede ser un medio de pacificación dentro del capital o un medio para la renovación de la lucha en su contra, ocurre lo mismo con la tierra. Sin duda existen muchos casos en que los campesinos, una vez obtenida la tierra, se retiran del conflicto con el capital y se convierten en una parte autorreproductora del ejército de reserva latente o en pequeños burgueses terratenientes.

Pero la historia y la realidad actual de los movimientos campesinos están llenas también de ejemplos contrarios, en los que la adquisición de la tierra se convierte en la base de demandas nuevas. Cuando la tierra es un medio para la creación de necesidades nuevas y provee el espacio necesario para el establecimiento de instituciones culturales comunitarias independientes —festivales, bailes, narraciones, historia oral— que rechazan los valores capitalistas y conducen a formas nuevas de organización contra la dominación, nos encontramos dentro de la esfera de la autovalorización. El hecho de que estas actividades puedan asumir una forma distinta de las actividades de los trabajadores urbanos, o que las visiones campesinas de una sociedad alternativa puedan ser muy diferentes de los proyectos de los intelectuales universitarios, tiene el mismo orden de importancia que el hecho de que muchos otros sectores de la clase (hombres, mujeres, negros, blancos, etcétera) difieran en sus visiones. No es preciso que haya homogeneidad en la lucha, ni siquiera una complementariedad sin fricciones. Bajo el capital, la clase trabajadora se organiza en forma jerárquica, y por esta razón es inevitable el conflicto intersectorial (las mujeres, lucharán contra los hombres, pero lucharán también contra el capital, etcétera). Sólo podemos tratar de organizar nuestras luchas de tal modo que su efecto colectivo sea el debilitamiento del capital y el aliento al surgimiento de la diversidad y del crecimiento independiente.

Tenemos aquí un enfoque teórico arraigado en la dinámica misma de la lucha de clases. Éste es el significado de una lectura política de *El capital* y el significado de una lectura política de la propia situación de las clases. En la Introducción que sigue sostengo que debemos “empezar por un análisis estratégico del mo-

delo de desarrollo del poder de la clase trabajadora como la única base posible para el incremento de ese poder. Tal análisis requiere que se parta de un examen de las luchas efectivas de los trabajadores: su contenido, cómo se han desarrollado y adónde se dirigen”. Ésta es sólo otra manera de decir que, aunque reconocemos el carácter doble de las relaciones sociales del capital, siempre debemos enfocar nuestro lado. Debemos identificar los conflictos que escapan a la integración capitalista, las luchas que constituyen verdaderos momentos de autovalorización. Este camino nos permitirá eludir la taxonomía de los modos de producción. Abandonamos las definiciones *a priori*, a favor del desarrollo de nuestras luchas. Aquí debemos empezar, si es que queremos ganar.

Austin, mayo de 1981

H.M.C.

I. INTRODUCCIÓN

EN ESTE libro reviso el análisis que hace Karl Marx del valor mediante un estudio detallado del capítulo 1 del Libro 1 de *El capital*. Este estudio se propone aclarar la utilidad política del análisis del valor situando los conceptos abstractos del capítulo 1 dentro del análisis global que hace Marx de las luchas de clases de la sociedad capitalista. Me propongo volver a lo que, según creo, era el propósito original de Marx: escribir *El capital* para poner un arma en las manos de los trabajadores. En esa obra presentó Marx un análisis detallado de la dinámica fundamental de las luchas entre la clase capitalista y la clase trabajadora.¹ Al leer *El capital* como un documento político, los trabajadores podrían estudiar en profundidad las diversas formas en que la clase capitalista trataba de dominarlos y los métodos que ellos mismos usaban para luchar contra esa dominación.

Sin embargo, durante el último medio siglo, *El capital* se ha leído raramente en esta forma, y además ha

¹ Para Marx, y para la mayoría de los marxistas que lo siguieron, el término "clase trabajadora" se ha referido primordialmente a la clase trabajadora industrial de los trabajadores asalariados que producen bienes (ya sean bienes manufacturados, productos agrícolas, o servicios). Por razones que se aclararán más adelante en este texto, yo utilizo el término "clase trabajadora" para designar no sólo a los trabajadores asalariados industriales sino también a una gran diversidad de trabajadores no asalariados. Se incluye aquí a las amas de casa, los niños, los estudiantes, y los campesinos cuyo trabajo bajo el capitalismo consiste primordialmente en la producción y la reproducción de la capacidad y el deseo de realizar actividades (incluido el trabajo industrial) que contribuyan al mantenimiento del sistema.

sido olvidado en gran medida. No es exagerado decir que, a pesar de la reputación mundial de *El capital* y de su posición cuasi-religiosa en el mundo socialista, su estudio serio ha sido un fenómeno raro y aislado, tanto en el Este como en el Oeste. Muchos han hablado de esta obra, pero pocos la han estudiado realmente. Cuando se ha leído, con gran frecuencia ha sido tratada por los marxistas de diversas corrientes como una obra de economía política, de historia económica, de sociología, o aun de filosofía. En consecuencia, ha sido un objeto de estudio académico antes que un instrumento político. El legado de esta tradición marxista ha servido a todos pero elimina el libro de los campos de batalla de la lucha de clases.

Este olvido ha sido sustituido recientemente por un resurgimiento mundial del estudio meticuloso de los escritos de Marx, sobre todo de *El capital*. Este resurgimiento ha generado una proliferación de diversas "escuelas de pensamiento" marxistas, entre grupos académicos y activistas por igual. Desafortunadamente, gran parte de este estudio nuevo está duplicando las interpretaciones anteriores que han pasado por alto o subestimado la utilidad de *El capital* como un instrumento político en manos de los trabajadores. Quienes han redescubierto *El capital* como un arma y lo han leído con criterio político han sido pocos y muy dispersos. Esta introducción bosqueja los diversos enfoques tradicionales y contemporáneos de la interpretación de Marx y sitúa entre ellos las lecturas políticas de *El capital*. El cuerpo de este libro trata de contribuir a tal lectura de *El capital* en su totalidad mediante la realización de una lectura política del análisis del valor de Marx.

Para bosquejar los diversos enfoques de Marx, empiezo por discutir la naturaleza general del resurgimiento contemporáneo, situándolo dentro del drama más amplio del que sólo es un momento: la crisis global del sistema capitalista. Fue la iniciación de la crisis actual lo que llevó a muchos de regreso a las ideas teóricas y políticas de Marx.

Una vez trazados los diversos enfoques de la lectura de Marx, incluida la naturaleza de las recientes lecturas políticas, me ocupo del análisis del capítulo I en sí mismo. En el capítulo II examino las razones políticas que justificaron que Marx empezara por el análisis de la mercancía: porque la forma mercantil es la forma básica de la imposición capitalista del trabajo y por ende de la lucha de clases. En el capítulo III interpreto el análisis que hace Marx de la sustancia del valor como trabajo impuesto por el capitalista y examino las luchas por el tiempo de trabajo que se encuentran detrás de la medida del valor: el tiempo de trabajo socialmente necesario. En el capítulo IV analizo en secuencia los modos en que las diversas formas del valor (la forma simple, la desplegada, la general y la forma dinero) expresan las relaciones de clase en la sociedad capitalista y las lecciones que nos enseñan acerca de la lucha de la clase trabajadora.

Al realizar este estudio dentro del contexto del entendimiento global de *El capital* por parte de Marx, al aplicar a la lectura del primer capítulo el material de capítulos subsecuentes, y al tratar de aprehender las diversas determinaciones del valor dentro del contexto de la crisis contemporánea, espero hacer alguna contribución a la desmitificación de la "teoría del valor" y al incremento de su utilidad para el desarrollo de las estrategias de los trabajadores en su lucha con el capital.

La crisis actual del capitalismo empezó a surgir en los años sesenta bajo la forma de una gran diversidad de desórdenes aparentemente inconexos en que varias instituciones sociales básicas empezaron a desmoronarse bajo el impacto de numerosos conflictos sociales nuevos. Al principio, las demandas de derechos civiles por parte de los negros en los Estados Unidos, el desasosiego creciente de los estudiantes y las mujeres en muchas partes del mundo, y el resurgimiento de las luchas campesinas de Asia, África y América Latina parecían simplemente actos independientes de resistencia a la difusión del capitalismo y la hegemonía norteamericana después de la segunda Guerra Mundial. La discriminación racial, la regimentación académica, la alienación, la explotación, el imperialismo, la deshumanización, la represión sexual, el consumismo, la destrucción ambiental: uno tras otro, estos males de la sociedad moderna se exponían en un conjunto confuso de conflictos que parecían amenazar con la desintegración misma de esa sociedad.

Cuando estos conflictos sociales encontraron una expresión verbal y física y se convirtieron en movimientos sociales, se hizo cada vez más evidente que su independencia recíproca era sólo una ilusión superficial. En los Estados Unidos, la rebelión contra la discriminación racial brincó del Sur rural para explotar en los ghettos norteros en la guerra de guerrillas urbana y los movimientos por los derechos a la ayuda social. Cuando los empresarios trataron de sacar a los jóvenes negros de las calles, éstos llevaron su agresividad a las fábricas, haciendo de la lucha contra la "negromación" una parte decisiva de la creciente revuelta industrial contra el trabajo. La rebelión negra se di-

fundió también a las escuelas y el ejército, convirtiéndose en un elemento decisivo de la lucha contra la regimentación, la universidad como una fábrica, y luego la conscripción para la guerra contra Vietnam. El movimiento antibélico unió muchas de estas luchas diversas, y su conexión con los campesinos del Sudeste Asiático se completó con el lema de "Victoria para el FLN" y con el ondeo de banderas del Vietcong en edificios universitarios ocupados. Las conexiones existentes entre estas agitaciones sociales no se limitaban a la relación de Estados Unidos-Sudeste Asiático.

Al norte de Vietnam, la gran revolución cultural china atrajo la atención mundial cuando izó la bandera de la revuelta popular dentro del campo socialista: un recordatorio de Budapest y un presagio de Praga a la vez. En el norte de Asia, Japón—el milagro capitalista del Este— se vio sacudido por revueltas crecientes e interconectadas de los estudiantes, trabajadores y campesinos, cuando la Ofensiva de Primavera y el Ejército Rojo terminaron con el mito de la estabilidad japonesa. En Europa brotaron revueltas similares en algunas áreas decisivamente importantes. Las manifestaciones francesas de simpatía por la causa de Vietnam ayudaron a incubar el levantamiento histórico de mayo de 1968, cuando millones de estudiantes y trabajadores llevaron las banderas rojas y negras de la revuelta hasta las barricadas de París. Fue la agitación de estudiantes y trabajadores en Europa Oriental, contra la represión local y la dominación soviética, lo que ayudó a provocar, primero, la reforma económica y política y, luego, la invasión por los tanques rusos. En Italia, el Otoño Ardiente de 1969 fue sólo una explosión en una emergencia social cada vez más crónica. En Portugal se repitió la experiencia norteamericana en forma más dramática aun, cuando las prolongadas

guerras coloniales en África escindieron a la sociedad y el ejército portugueses por igual, generando una revolución dentro del país en respuesta a las del exterior.

Dentro de todos los aspectos del "movimiento" norteamericano, al igual que los de otras partes, la revuelta de las mujeres maduró y aplastó las acciones del "liderazgo" masculino, trascendiendo la "libertad sexual" del movimiento *hippie* y de la Izquierda en la demanda autónoma de la liberación femenina como un impulso irreductible de todas estas luchas. En efecto, fue la feroz autonomía de las mujeres, los negros, los morenos, los indios norteamericanos, y diversas "nacionalidades", lo que ocultó en parte el alto grado de complementariedad de las luchas. Aun los movimientos internacionales de la demografía y la ecología, originalmente diseñados por los arquitectos del capitalismo para sus propios fines, se transformaron parcialmente en desafíos radicales a un orden que atacaba al pueblo en lugar de atacar la pobreza y que esparcía herbicidas y venenos mortíferos en el Sudeste Asiático mientras predicaba la limpieza ambiental.²

A medida que estos conflictos —cada uno de ellos con toda su diversidad sectorial y global— circulaban y se fundían, llegaron a constituir una enorme marea creciente de peligro para el sistema capitalista internacional. Llegaron a formar un ciclo global de luchas, un conjunto complejo pero interconectado que sacudió hasta sus raíces todo el orden social capitalista y lo arrojó de cabeza a una crisis de proporciones históricas.³

² Steve Weissman, "Why the Population Bomb Is a Rockefeller Baby", en *Ramparts* 8, núm. 11 (mayo de 1970), pp. 42-47.

³ En *Zero work* 1 (1975) y 2 (1977) aparece un análisis parcial de ese ciclo de luchas.

En algunos aspectos, sin embargo, el carácter mundial de estas luchas y la profundidad de esta crisis sólo se hicieron evidentes en los años setenta, cuando varias crisis de dimensión internacional universalmente reconocida ocurrieron una tras otra en rápida sucesión. En junio de 1971, la détente y la apertura de Richard Nixon hacia China marcaron el fin de la larga Guerra Fría bipolar, al igual que el inicio de problemas diplomáticos entre los Estados Unidos y Japón. En agosto, el abandono por parte de Nixon de la convertibilidad del dólar en oro destruyó los arreglos monetarios internacionales del sistema capitalista occidental después de la segunda Guerra Mundial. Esta acción, aunada al recargo impuesto a las importaciones, creó una nueva crisis diplomática, ahora con Canadá y Europa Occidental, al igual que con Japón. Todas estas acciones, aunadas a la imposición de la austeridad dentro del país, anunciaron el fin de la ideología del crecimiento y el fin de la Gran Sociedad, de la Nueva Frontera, y del Decenio del Desarrollo.

A estos cambios siguieron rápidamente otros. Primero, la crisis alimenticia mundial de 1972-1974, en que los precios se elevaron enormemente en Occidente y se permitió la inanición masiva en Asia y África. Segundo, la crisis energética mundial de 1973-1974, cuando aumentaron los precios del petróleo en forma dramática y el punto focal del desarrollo capitalista pareció desplazarse hacia los países de la OPEP, mientras que el noreste de los Estados Unidos, Gran Bretaña y gran parte de Europa Occidental se hundían en la recesión mundial de 1974-1975. Por último, en 1975 y 1976 aparecieron estas mismas crisis de alimentos y energéticos en Europa Oriental y la Unión Soviética, cuando los planeadores socialistas también elevaron los precios de estos bienes, provo-

cando una agitación social generalizada. En ese punto se completaba el ciclo. Ya no pudo ponerse en duda el carácter mundial y la profundidad de la crisis.

EL RESURGIMIENTO DE MARX

Fue en medio de estos ciclos de conflicto social y crisis mundial que resurgió el interés por Marx y que empezó otra vez a leerse y estudiarse *El capital* por todo el mundo. Puede advertirse que este interés por Marx constituye un elemento de los esfuerzos muy difundidos por comprender y afrontar todas estas crisis. Por una parte, el regreso a Marx por parte de quienes realizaban las luchas sociales de este período constituía una búsqueda de autoaclaración y de estrategia en una situación que escapaba a todas las experiencias anteriores. Ha sido esta búsqueda lo que ha originado el estudio de Marx por grupos independientes en escuelas, fábricas, prisiones, y una gran diversidad de organizaciones sociales activistas. Enfrentados a la esterilidad de las teorías y las fórmulas estratégicas de la izquierda reformista y tradicional, estos grupos han regresado a la evaluación del análisis que hace Marx de la lucha de clases y la revolución contra el capitalismo.

Al mismo tiempo dentro de las universidades, a resultas de una larga serie de demandas, esta misma búsqueda ha impuesto la creación de cursos oficiales, y aun carreras, de marxismo.⁴ El movimiento de los

⁴ Las luchas de los años sesenta transformaron la situación del decenio anterior, cuando sólo había un marxista prestigiado enseñando economía en una universidad norteamericana (Paul Baran en Stanford), de modo que ahora hay docenas de marxistas enseñando en universidades por todo el país, muchos de ellos con pue-

derechos civiles exigía estudios étnicos. El movimiento antibélico generó apoyo para la historia revisionista, la sociología insurgente, y la economía radical. El movimiento feminista obligó a la creación de programas de estudios feministas. Dentro de estos nuevos espacios radicales abiertos en la estructura tradicional de la educación, el estudio del propio Marx ha ocupado un lugar cada vez más grande a medida que los estudiantes y los profesores radicales se han topado con las mismas limitaciones del conocimiento radical convencional que sus similares fuera del mundo académico: la imposibilidad de tales enfoques para explicar la crisis social actual o proveer los medios para evaluar con utilidad las estrategias de acción alternativas.

Sin embargo, cometeríamos un error si viéramos el resurgimiento del marxismo sólo en términos de los problemas y las necesidades de los diversos individuos y grupos que han formado el núcleo de las revueltas sociales de los años sesenta y setenta. La crisis ha sido, sobre todo, una crisis del sistema capitalista y por ende una crisis para los ideólogos y los planeadores del capitalismo. En consecuencia, también tales ideólogos tienen interés en una reevaluación de Marx. Para entender esto debemos reconocer que esta crisis es tan profunda y fundamental (y tal vez más aún) como la última gran crisis del sistema capitalista mundial: la Gran Depresión de los años treinta. Ese pe-

tos de planta. En varias universidades hay programas de carreras que conducen a algo equivalente a un doctorado en marxismo, entre ellas la Universidad de Massachusetts (Amherst), la Nueva Escuela de Investigación Social (Nueva York), y la American University (Washington, D. C.). En otras universidades, como Stanford, Universidad de Texas, Yale y Harvard, los estudiantes pueden tomar especializaciones en economía marxista y encontrar suficientes asesores simpatizantes para escribir tesis de doctorado marxistas.

ríodo constituyó un profundo punto de inflexión en el desarrollo histórico del capitalismo porque demostró que las relaciones de poder existentes entre las clases y por ende la estructura social básica se habían alterado tanto que la antigua depresión económica cíclica ya no podía proveer una solución para la agitación social mediante el mecanismo clásico de la elevación del desempleo y la reducción de los salarios. La intensificación de las luchas y el poder de los trabajadores durante los años veinte y treinta imposibilitaba tal solución al impedir toda reducción sustancial de los salarios y al aumentar las exigencias de empleos y de más servicios sociales formuladas al estado como capitalista colectivo. Para sobrevivir a esa crisis, el capitalismo necesitaba una estrategia nueva y una ideología nueva en sustitución del "laissez faire". La solución que surgió fue la ideología del crecimiento y el pleno empleo basada en una estrategia de control de las luchas de los trabajadores en demanda de mayores salarios mediante arreglos de productividad negociados en forma colectiva. La intervención estatal con una política monetaria y fiscal garantizaría que los salarios, y por ende la demanda de los consumidores, no aumentarían más de prisa que la productividad. En otras palabras, la respuesta norteamericana a la última crisis del capitalismo fue el keinesianismo como una estrategia y por lo tanto una ideología.⁵ La derrota

⁵ Este análisis ha sido desarrollado por Mario Tronti, "Workers and Capital", *Telos* 14 (invierno de 1972), pp. 25-62; Guido Baldi, "Theses on Mass Worker and Social Capital", *Radical America* 6, núm. 1 (mayo-junio), pp. 3-21; y Antonio Negri, "John M. Keynes e la teoria capitalistica dello stato nel '29", en *Operai e Stato*, por Sergio Bologna y otros. Más adelante, en la sección que se ocupa de la lectura de *El capital* como obra política, se encontrará una discusión más detallada de este análisis.

del fascismo alemán e italiano en la segunda Guerra Mundial, y el frenamiento del socialismo chino y soviético después de la guerra, significaban que la respuesta norteamericana se convirtiera en la solución para todo el Occidente capitalista. Esta solución se institucionalizó a nivel internacional mediante el sistema de las Naciones Unidas y el Fondo Monetario Internacional creado en Bretton Woods en 1944.

Lo que ahora debemos advertir es que el ciclo internacional de conflictos sociales de fines de los años sesenta marcó el derrumbe de esa estrategia keinesiana dentro de países individuales y que el derrumbe del sistema monetario internacional en 1971 demostraba que la crisis constituía el derrumbe de la era keinesiana a nivel mundial. Esto es debido a que afrontan esta clase de crisis histórica profunda del sistema total, que los teóricos y arquitectos de la política económica y social capitalista se interesan en una revisión de Marx.

En esta época de ruptura sistémica general, cuando los ajustes fiscales y monetarios de los economistas y los tecnócratas keinesianos revelan a diario su inadecuación, no deberá sorprendernos el hallazgo de una nueva tolerancia para todas las teorías totalizadoras de la crisis y el desarrollo social.⁶ En virtud de que los gobernantes del capitalismo no han podido encon-

⁶ Junto al resurgimiento de Marx se ha observado también el resurgimiento de Hegel, el único pensador burgués cuya visión totalizadora rivaliza con la de Marx. Pueden verse reseñas del resurgimiento de Hegel en Antony Quinton, "Spreading Hegel's Wings", *New York Review of Books*, 29 de mayo de 1975, pp. 34-37; Mark Poster, "The Hegel Renaissance", *Telos* 16 (verano de 1973), pp. 109-127; y John Heckman, "Hyppolite and the Hegel Revival in France". *Telos* 16 (verano de 1973), pp. 128-145.

trar respuestas más creativas al derrumbe social mundial que la crisis misma, están dispuestos a escuchar cualquier concepción nueva que pueda ayudarlos a encontrar una solución. En otras palabras, les gustaría recurrir al resurgimiento de Marx para ver si pueden aprender algo útil.

Aunque esto podría parecer al principio un poco descabellado, aun una breve reseña de la tradición marxista revelará algunos casos importantes en los que se ha usado a Marx, no para promover la revolución sino para frenarla. Los teóricos del ciclo económico, los especialistas de la teoría del crecimiento, los expertos en organización industrial y otros economistas ortodoxos, han utilizado a menudo los escritos de Marx en el desarrollo de su trabajo.⁷ Uno de los ejemplos más conocidos es tal vez el de Wassily Leontief, el padre de las técnicas modernas del análisis de insumo-producto que constituyen la base de muchos modelos de la planeación capitalista contemporánea. Las raíces de sus ideas, como lo reconoce sin ambages Leontief, derivan en parte de los esquemas de reproducción de Marx que aparecen en el Libro II de *El capital*. Es posible que sean más obvios aun, y de implicaciones mayores, los usos que ha dado el estado soviético a muchas interpretaciones ortodoxas de Marx para justificar sus políticas de represión y contrarrevolución. En vista de esta historia, no resulta difícil entender por qué se ha dis-

⁷ Varias evaluaciones burguesas de la utilidad de Marx para la teoría burguesa se incluyen en David Horowitz (comp.), *Marx and Modern Economics*, en traducción española, *Marx y la economía moderna*, Barcelona, Ed. Laia, 1973. Véanse especialmente los ensayos de O. Lange, W. Leontief, J. Robinson, Fan-Hung, L. R. Klein, y S. Tsuru. También han recurrido a Marx otros autores tales como William Baumol en *Economic Dynamics* e Irma Adelman, *Theories of Economic Growth and Development*. Es bien conocida la deuda que tienen con Marx algunos economistas como Joseph Schumpeter.

puesto de fondos para los estudios marxistas y por qué se ha concedido a veces espacio en los periódicos nacionales y en las revistas académicas para registrar y evaluar el curso de las nuevas investigaciones marxistas.⁸

DISTINTOS ENFOQUES A MARX

En virtud de la doble fuente del interés por el resurgimiento del marxismo—quienes desean utilizar a Marx para promover el cambio social y quienes desean utilizarlo para frenar dicho cambio social—, es importante que aclaremos los diferentes enfoques de la lectura de sus obras y las implicaciones de estos enfoques. La forma básica del resurgimiento ha consistido en desempolvar y estudiar las obras del propio Marx y de sus principales discípulos e intérpretes. En conjunto, estas obras constituyen la totalidad de la “tradición marxista”, entendida como un cuerpo de pensamiento acumulado. Hasta cierto punto, el resurgimiento del marxismo ha incluido también algunos esfuerzos más útiles por estudiar esa tradición dentro de su contexto histórico: estudiar el “pensamiento marxista” como una parte de la historia social viva. En ambos casos se pueden clasificar en diversas formas la literatura del

⁸ Algunos ejemplos de tales reseñas del pensamiento radical en las revistas profesionales y la prensa elitista son los siguientes: Martin Bronfenbrenner, “Radical Economics in America: A 1970, Survey”, *Journal of Economic Literature* 8, núm. 3 (septiembre de 1970), pp. 747-766; S. T. Worland, “Radical Political Economics as a ‘Scientific Revolution’”, *Southern Economics Journal* 39, núm. 2 (octubre de 1972), pp. 274-284; y “The Marx Men”, *Wall Street Journal*, 5 de febrero de 1975. El *New York Times* llegó a solicitar al economista radical David Gordon, de la Nueva Escuela, que presentara sus opiniones sobre la crisis actual en el *New York Times Magazine* (“Recession Is Capitalism as Usual”), 27 de abril de 1975.

resurgimiento y la tradición en que se ha basado en términos de los enfoques a la lectura de Marx en general y de *El capital* en particular.

Un enfoque común de tal clasificación utiliza las distintas líneas ideológicas, sobre todo la división entre el marxismo ortodoxo —por lo cual se entiende normalmente el marxismo-leninismo de diversas variedades estalinistas o trotskistas— y el marxismo no ortodoxo, dentro de la cual pueden distinguirse diversas clases de tendencias revisionistas que van desde la socialdemocracia de la Segunda Internacional hasta los Comunistas Consejistas y los llamados Marxistas Occidentales del período de entreguerras y las diversas tendencias neomarxistas del primer decenio posterior a la segunda Guerra Mundial. Desafortunadamente, tal análisis nos conduce en forma más directa a una comparación de las conclusiones políticas obtenidas que de los enfoques utilizados para leer a Marx.

Una clasificación mucho más útil es la que se establece entre las lecturas de Marx que son esencialmente ideológicas —independientemente de su orientación— y las que podríamos llamar estratégicas. Esta distinción trata de diferenciar entre las lecturas de Marx que contemplan su obra fundamentalmente como una crítica ideológica, o una interpretación crítica del capitalismo y las lecturas que contemplan tal obra como una crítica de la ideología y un descifre estratégico de la guerra de clases.

Aquí el concepto de una lectura estratégica tiene en gran medida un sentido militar, porque sólo busca en el pensamiento de Marx algunas armas para usarlas en la guerra de clases. Yo aceptaría la objeción de que la ideología es un tipo de arma. Pero para continuar con la analogía militar, me estoy refiriendo aquí a la diferencia existente entre un arma como la

propaganda, que es una táctica estricta, y el arma de la estrategia, que se encuentra en un nivel muy distinto. En los términos de Karl von Clausewitz; la estrategia nos permite entender la forma básica de la guerra de clases, situar las diferentes luchas que la componen, evaluar las tácticas opuestas en cada una de estas luchas, y ver cómo pueden conectarse las diferentes tácticas y las diferentes luchas para alcanzar la victoria.⁹

En este caso debe distinguirse además si el descifre estratégico se hace desde el punto de vista del capital o desde el punto de vista de la clase trabajadora. En el primer caso encontramos la clase de lectura realizada por Leontief, que ayuda a desarrollar la estrategia capitalista. En el segundo caso encontramos las lecturas que ayudan a aclarar y desarrollar la lucha de la clase trabajadora.

Aparte de esta división entre las lecturas ideológicas y estratégicas de Marx hay una tercera clasificación, primordialmente importante por su utilidad para entender la situación actual de los estudios marxistas. Tal es la distinción que se establece entre la lectura de Marx como filosofía, la lectura como economía política (sobre todo la de *El capital*), y la lectura como política. Si leemos a Marx en sentido filosófico, sólo leeremos sus obras, a lo sumo, como interpretaciones críticas, como una forma de la ideología. La lectura de Marx como economía política puede incluir algunos elementos de ideología —cuando se trata de criticar el capitalismo—, pero también puede incluir, lo que es más importante, algunos elementos de una lectura estraté-

⁹ La aseveración de Clausewitz se formula en estos términos: "La estrategia forma el plan de la guerra, proyecta el curso propuesto de las diversas campañas que componen la guerra, y regula las batallas que se librarán en cada una de tales campañas" (citado en B. H. Liddell Hart, *Strategy*, p. 319).

gica de los intereses del capital. Esto incluye las lecturas de *El capital* como una obra de teoría económica dentro de un marco de materialismo histórico. Por lo menos, las deficiencias y los peligros de la lectura de Marx como filosofía o como economía política son los de todas las lecturas ideológicas. Por muy críticas que sean de diversos aspectos del capitalismo, no son básicamente más que interpretaciones pasivas de la situación social. A propósito de tales teorías críticas, convendrá no olvidar nunca la frase justamente famosa de Marx: "Hasta ahora los filósofos no han hecho más que *interpretar* el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*".¹⁰ No es sólo que las interpretaciones sean simplemente inútiles. Si son correctas, tales interpretaciones pueden proveer exactamente una de las cosas que necesita el capital para ayudarse a planear sus estrategias. Las lecturas de economía política que elaboran interpretaciones del pensamiento de Marx en formas que generen implicaciones estratégicas potencialmente útiles para el capital en este período no son simplemente inocuas sino que deben verse como potencialmente peligrosas para la clase trabajadora.

Debo definir ahora lo que entiendo por una lectura política de Marx. Todas las lecturas son políticas por cuanto su ejecución involucra elecciones políticas reales e implicaciones con respecto a las relaciones de clase.

Sin embargo, yo usaría aquí el término "político" sólo para designar la lectura estratégica de Marx que se hace desde el punto de vista de la clase trabajadora. Es una lectura que en forma consciente y unilateral estructura su enfoque para determinar el significado y

¹⁰ Esta es la Undécima Tesis de Feuerbach.

la importancia de cada concepto para el desarrollo inmediato de la lucha de la clase trabajadora. Es una lectura que evita toda interpretación fría y toda teorización abstracta para tomar los conceptos sólo dentro de esa totalidad concreta de la lucha cuyas determinaciones designan.

Yo sostendría que esta es la única clase de lectura de Marx que puede llamarse con propiedad derivada de una perspectiva de la clase trabajadora, porque es la única que habla directamente a las necesidades que tiene esa clase de aclarar el alcance y la estructura de su propio poder y estrategia.

El diagrama siguiente ilustra las distinciones principales que se establecen entre los diversos enfoques de la lectura de Marx. Desde luego, estas no son las únicas distinciones que pueden hacerse entre los enfoques a la lectura de Marx, pero yo las he encontrado útiles para clasificar las diversas corrientes del resurgimiento marxista actual y las tradiciones en que se basan tales corrientes. En virtud de que he tratado de escribir este trabajo como una lectura política de *El capital*, ahora trataré de aclarar más aún estas distinciones para situar mi trabajo y para indicar por qué representa su enfoque un alejamiento radical de otros enfoques.

Iniciaré esta aclaración bosquejando algo de la historia y las características y deficiencias básicas de las lecturas tradicionales de Marx como economía política y como filosofía, y luego precisaré lo que significa leer a Marx en sentido político e ilustraré la forma en que este enfoque permite una reinterpretación política útil de las ideas de los otros enfoques al mismo tiempo que evita sus errores.

Enfoques para la Lectura de Marx

	Lecturas Ideológicas	Lecturas Estratégicas
Lecturas de Economía Política	Desde la perspectiva del capital	Desde la perspectiva del capital
Lecturas Filosóficas	Desde la perspectiva del capital	Conjunto vacío
Lecturas Políticas	Conjunto vacío	Desde la perspectiva de la clase trabajadora

LA LECTURA DE "EL CAPITAL" COMO ECONOMÍA POLÍTICA

Uno de los aspectos más destacados del resurgimiento marxista actual es el retorno a la lectura de *El capital* como una obra de economía política. Este enfoque tiene una larga tradición iniciada en el período de la Segunda Internacional (1898-1914) y se ha observado a lo largo de la historia del marxismo ortodoxo y a través de varios enfoques revisionistas no ortodoxos. La definición de *El capital* como una obra de economía política, utilizada por muchos, requiere que se explique no sólo lo que es el campo de la economía política sino también cuáles son los campos excluidos de sus límites.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

El procedimiento tradicional de esta distinción ha consistido en definir la "economía política" en los términos de los economistas políticos clásicos, desde Adam Smith hasta David Ricardo. En consecuencia, la economía política se ocupa de la esfera social que incluye la producción, el intercambio y la distribución de los bienes. A partir de una lectura de las observaciones ahora famosas que hace Marx en el Prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política*, esta esfera de la economía política se identifica con la "base económica" de la sociedad "sobre la que se construye una superestructura legal y política".¹¹ Dentro de esta base económica, se ve como determinante el modo de producción, cuyo propio desarrollo se determinó por la interacción dialéctica de las fuerzas productivas materiales (tecnología, organización, etc.) y las relaciones sociales de la producción (capitalistas contra trabajadores). Dentro de este marco de base y superestructura, Engels y sus seguidores interpretaron *El capital* como el análisis más válido, más científico del modo capitalista de producción y de las relaciones de intercambio y distribución basadas en él. Cuando se observaba que Marx tituló la *Contribución*, y subtitólo *El capital*, como una crítica de la economía política, la respuesta era que se trataba de una crítica a la economía política clásica y que Marx se había concretado a corregir sus errores y elaborar un trabajo más científico. En otras palabras, *El capital* de Marx difería de los *Principios* de Ricardo sobre todo por ser más correcto.

¹¹ Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, pp. 225 ss. "Prefacio".

Se considera a Marx como el realizador de la promesa de la economía política clásica o como el corrector de sus errores.¹²

Según esta concepción, lo que *El capital* no proveyó fue una teoría de la llamada superestructura, sobre todo una teoría de la política y del Estado. Esta dicotomía clara entre la política y la economía política fue una característica primordial de los debates de la Segunda Internacional (y los que siguieron). Se confinaba a *El capital*, y en última instancia a Marx, al campo de la "economía", y se dejaba el terreno de la política para los políticos marxistas del momento: los social-demócratas (por ejemplo, Karl Kautsky, Eduard Bernstein) por una parte, y los constructores del partido revolucionario (por ejemplo, Rosa Luxemburgo, Lenin) por la otra. Esta dicotomía era la expresión intelectual y política de la estructura de la socialdemocracia alemana y del carácter doble de la lucha de la clase trabajadora en ese período: la militancia de los trabajadores en las fábricas y el surgimiento del partido político como una respuesta al problema de organización de la unidad de clase. Esta división tajante entre lo económico y lo político configuró todos los aspectos del debate durante ese período y después. En su teoría, Bernstein hacía hincapié en la lucha "económica" y por ende en la necesidad fundamental de la organización sindical, mientras apoyaba en la práctica un partido que sólo actuaba a nivel parlamentario. Los bolcheviques y Lenin atacaron este "economismo" y desarrollaron una teoría de la autonomía de la esfera

¹² Tales distinciones acerca de si Marx estaba completando la obra de los economistas clásicos o corrigiendo sus errores preocupaban a Henryk Grossman en su "Marx, Classical Political Economy and the Problem of Dynamics", en *Capital and Class* 2 (verano de 1977), pp. 32-55.

política que explicaría la democracia social al mismo tiempo que racionalizaría un partido centralizado de vanguardia que actuaba a nombre de la clase trabajadora. En todos los casos, la política se colocaba al lado del análisis económico de Marx (aceptado por todos los participantes en el debate, aunque diferían en sus interpretaciones).¹³

A pesar de verse confinado por esta dicotomía a la esfera de la economía política, la lectura de *El capital* proveyó la base de un aspecto fundamental de la posición de Bernstein: la teoría de la crisis. En su *Socialismo evolucionista*, Bernstein sostuvo que, de acuerdo con su lectura de *El capital*, la teoría de la crisis económica de Marx se fundaba en una competencia muy anárquica entre capitalistas. Señalando el aumento del capital monopolístico, sostuvo Bernstein que la declinación de la competencia reduciría la anarquía del capital y permitiría una planeación capitalista suficiente, con lo que podría evitarse la crisis.¹⁴ Como ha observado Lucio Colletti, una posición similar a ésta era una respuesta natural al hecho de que la crisis esperada no ocurriera antes de la primera Guerra Mundial y al período relativamente extenso de prosperidad consiguiente. Era también una teoría económica que apoyaba la posición política de Bernstein que hacía hincapié en la lucha "económica" y el reformismo democrático social.¹⁵

Rosa Luxemburgo respondió a estos argumentos con su propia lectura de *El capital*, primero en *¿Reforma o*

¹³ Véase un análisis más amplio de las relaciones discutidas aquí en Tronti, "Workers and Capital", pp. 31-37, y Sergio Bologna, "Class Composition and the Theory of the Party at the Origin of the Workers-Councils Movement", *Telos* 13 (otoño de 1972), pp. 14-21.

¹⁴ Eduard Bernstein, *Socialismo evolucionista*, traducción al español, Ed. Fontamara, Barcelona.

¹⁵ Lucio Colletti, "Bernstein and the Marxism of the Second International", en *From Rousseau to Lenin*.

revolución? (1900) y luego en *Acumulación del capital* (1913), donde sostenía que la crisis era inevitable.¹⁶ Para construir su argumento, Luxemburgo invirtió el razonamiento de Bernstein y afirmó que el aumento del capital monopolístico elevaba el nivel de la anarquía capitalista al conflicto entre estados nacionales y elaboró una teoría del imperialismo que presagió la primera Guerra Mundial. En la *Acumulación del capital* utilizó los esquemas de la reproducción del Libro II para sostener la imposibilidad de una acumulación en uniforme expansión. Como en el caso de Bernstein, la teoría económica de Luxemburgo apoyaba su posición política, ahora contra el reformismo y en favor de la preparación de la revolución violenta.

Estas obras fueron el principio de una larga serie de escritos dedicados al desarrollo de teorías de la crisis y el imperialismo basadas en la lectura de *El capital* como economía política. Entre los autores más importantes de esta tradición durante el período de la Segunda Internacional y la primera Guerra Mundial se encontraban el austriaco Rudolf Hilferding, cuyo *Capital financiero* apareció en 1910 y quien, como Bernstein, trató de tomar en cuenta el aumento del monopolio y el mayor papel de los bancos; Otto Bauer, otro austriaco, quien criticó la *Acumulación* de Luxemburgo en *Die Neue Zeit* (1913); y Nikolai Bujarin, quien publicó *La economía mundial y el Imperialismo* en 1915 (una obra anterior y mejor que la de Lenin de 1916).¹⁷

¹⁶ El libro *¿Reforma o revolución?*, de Rosa Luxemburgo, está integrado por dos artículos publicados en *Leipziger Volkszeitung* en 1898 y 1899. Hay una edición en español en Ed. Grijalbo, México, 1967, y en Ed. Era, México, 1978: Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas*, I, Escritos políticos I, pp. 27-84.

¹⁷ Hay una traducción al español de Hilferding en Ed. El Caba-lito, México, 1973. La crítica de Otto Bauer apareció en *Neue Zeit*, 7-14 de marzo de 1913.

Después de la revolución rusa y la primera Guerra Mundial, a excepción de Bujarin, quien publicó en 1924 una extensa crítica de la *Acumulación* de Luxemburgo, la mayor parte de esta clase de trabajo se concentró en Europa Occidental. Fritz Sternberg publicó en 1926 su *Imperialismo* donde desarrollaba el enfoque de Luxemburgo.¹⁸ En 1929, Henryk Grossman recolectó sus conferencias del Instituto de Investigación Social de Francfort en *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*.¹⁹ Tanto Sternberg como Grossman fueron criticados por Natalie Moszkowska en sus "Theories of Crisis" (1935) y "Dynamics of Late Capitalism" (1934).²⁰ Grossman, Bauer y Luxemburgo fueron criticados en 1934 por el marxista holandés Anton Pannekoek.²¹ Sus colegas comunistas del Consejo, como Paul Mattick quien se trasladó a los Estados Unidos en los años treinta, también contribuyeron a estos debates sobre la economía política de la crisis y el imperialismo a través de revistas tales como *Ratekorrespondenz* y *Living Marxism*.

Los argumentos particulares de estos autores variaban considerablemente, ya fuese refutando, de-

¹⁸ Fritz Sternberg, *El imperialismo* S. XXI, México, 1979.

¹⁹ Henryk Grossman, *Die Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalistischen Systems*, traducido al español, S. XXI, México, 1979.

²⁰ Ambos trabajos han sido traducidos recientemente al español, *Zur kritik moderner krisentheorie* ["Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis"], Siglo XXI Ed., México, 1978, en "Cuadernos de Pasado y Presente," núm. 50, y *Zur dynamik des spätkapitalismus* ["Contribución a la dinámica del capitalismo tardío"], Siglo XXI Ed., México, 1981, en "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 91.

²¹ Anton Pannekoek, "La teoría del derrumbe del capitalismo", en K. Korsch, Paul Mattick y Anton Pannekoek, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Siglo XXI Ed., México, 1978, en "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 78. Este artículo fue publicado originalmente en *Ratekorrespondenz* 1 (1934, junio). V. tam-

sarrollando o alejándose de sus predecesores. Pero aunque su trabajo puede revisarse con utilidad en términos de la coyuntura política y la composición de clases de su tiempo (y no por el estéril contraste usual con Marx), lo que más me interesa no es la diversidad ni la relativa agudeza del análisis. Me interesa más bien señalar que, a pesar del hecho de que la mayoría de estos autores trataron de tomar en cuenta los nuevos aspectos del capital que se estaban desarrollando, su restricción del alcance de *El capital*, y de las teorías de la crisis y el imperialismo derivadas al campo de la economía política, limitaba la plenitud de sus análisis, dejando sin examen algunos aspectos importantes del sistema, y lo volvía unilateral: analizaban el crecimiento y la acumulación capitalistas independientemente de la iniciativa de la clase trabajadora. Por esta razón, tiene una importancia secundaria el hecho de que algunos de estos autores apoyaran la socialdemocracia. Y/o colaboraran con gobiernos capitalistas (por ejemplo, Bernstein, Kautsky, Hilferding, Bauer, Sternberg), mientras que otros apoyaban una perspectiva "revolucionaria" (por ejemplo, Luxemburgo, Lenin, Pannekoek, Mattick). En todos los casos, al leer *El capital* como economía política, estos autores se limitaban a una crítica de la inestabilidad anárquica capitalista o de su carácter explotador. En consecuencia, se veían orillados a buscar (mediante la reforma o la revolución) el remedio a estos aspectos malos del capitalismo en la planeación socialista (ya fuese de la variedad burocrática central o del consejo de trabajadores) y el fin de la propiedad privada. Entre los

bién: Paul Mattick, *Marx y Keynes*, México, Era, 1975, así como las referencias que se encuentran en el libro reciente de Peter Rachleff, *Marxism and Council Communism*.

autores mencionados, sólo los Comunistas Consejistas desarrollaron una crítica coherente del estado soviético emergente como un planeador capitalista colectivo.²² Esta exigencia de la racionalización de la anarquía capitalista ha sido característica de toda la izquierda. Los trotskistas, por ejemplo, quienes no hicieron ninguna aportación notable a estos debates durante este período y abrazaron totalmente la solución capitalista estatal surgida en respuesta a la revolución rusa, sólo pudieron ofrecer la crítica de la burocracia soviética, extremadamente estrecha y políticamente inútil (la que había expulsado a León Trotski).

EL MARXISMO COMUNISTA

En la propia Unión Soviética, tras la derrota de la revolución de 1917, el estudio de *El capital* en todas sus formas, la de economía política y las demás, quedó rápidamente abolido. La crítica de Bujarin a Luxemburgo, publicada en 1924, fue una excepción que pronto se corregiría bajo las purgas estalinistas.²³ El supuesto "período heroico" de la aplicación del marxismo al problema de la acumulación socialista, a mediados de los años veinte, fue en realidad uno de los mejores ejemplos de los esfuerzos del capital soviético por usar a Marx para justificar sus políticas de explotación e industrialización.²⁴ El estudio de las obras de

²² Rachleff, *Marxism and Council Communism*.

²³ Véase la crítica que hace Nikolai Bujarin a Rosa Luxemburgo en "El imperialismo y la acumulación de capital", en R. Luxemburgo y N. Bujarin, *El imperialismo y la acumulación de capital*, Siglo XXI Ed., México, 1975, en "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 51.

²⁴ Horowitz utiliza este término, "el período heroico", en su introducción a la colección *Marx y la economía moderna*. Horowitz señala correctamente, pero en forma increíble subraya con apro-

Marx fue sustituido por la recitación de sus intérpretes principales: Lenin y Stalin. A medida que el partido bolchevique pasó de la toma del poder estatal al desarrollo de la solución socialista a la revolución —la orquestación planeada de la acumulación—, se movilizó para destruir toda la independencia de los soviets obreros y para imponer una nueva disciplina de trabajo y de producción máxima. En este movimiento se hizo más hincapié en el leninismo del poder centralizado del partido que en el análisis marxista de la naturaleza de la explotación en la sociedad de clases. Después de todo, las obras de Marx, sobre todo *El capital*, eran un análisis del capitalismo, y ¿acaso no había sido derrocado el capitalismo en la Unión Soviética y más tarde en China? ¿Qué importancia podría tener *El capital* para el desarrollo del socialismo? Convendría concentrarse mejor en las obras de los nuevos arquitectos del socialismo. Stalin, por ejemplo, sostuvo en forma explícita que el leninismo era el desarrollo más pleno del marxismo y que podía prescindirse del estudio de los textos de Marx.²⁵ Esto servía claramente a los propósitos ideológicos de evitar un escrutinio demasiado meticuloso de la relación existente entre el capitalismo y el socialismo, especialmente las semejanzas

bación, respecto de Alexander Erlich, que "tanto las cuestiones que se plantearon los economistas soviéticos como las respuestas que les dieron constituyen un precedente clarísimo del trabajo que [la teoría de la industrialización o el crecimiento], a un nivel más sofisticado y en un marco conceptual distinto, han efectuado durante las dos últimas décadas algunos economistas ajenos a la órbita soviética" (p. 11).

²⁵ Citado en Douglas Kellner, "Korsch's Revolutionary Historicism", *Telos* 26 (invierno de 1975-1976), pp. 70-93. Como observa Kellner, aun Korsch apoyó la posición de Stalin a principios de los años veinte.

de la represión estatal y las luchas de la clase trabajadora en ambos sistemas.

Entre los “marxistas” más respetables cuya reinterpretación de Marx desempeñó un papel importante en su abandono en el Este se encontraba el economista polaco Oskar Lange. Al principio de su carrera (1935) Lange, quien más tarde presidió el Consejo Económico de Polonia, redujo la “significación” del marxismo a su capacidad para proveer una visión a largo plazo de las tendencias evolutivas del capitalismo. Lange prescindió por completo de la teoría del valor de Marx, a la que consideró un modelo de intercambio de equilibrio general inadecuado, y declaró —con razón y más honestamente que muchos economistas orientales— que la economía marshalliana “ofrece más que la economía marxiana para la administración actual del sistema económico de la Rusia Soviética”. En vista de que el problema de Lange, como el de otros administradores socialistas, era la organización de la acumulación del capital, tenía toda la razón al afirmar que la economía neoclásica ofrece instrumentos más precisos para la extracción de plusvalía, por lo menos cuando tales administradores tienen el poder necesario para usarlos.²⁶

También en China, a medida que crecía la fuerza de la revolución campesina, y con ella el poder y el prestigio de Mao Tse-tung, Marx era una autoridad a menudo evocada pero no estudiada. En su lugar quedaba el presidente Mao, cuyos ensayos, folletos y citas, más bien que los escritos de Marx, proveían el material principal de la discusión entre los cuadros y las masas. A resultas de tal desarrollo, la referencia a Marx se convirtió ante todo en un gesto religioso. En

²⁶ Oskar Lange, *La economía marxista y la teoría económica moderna*, ed. Horowitz, op. cit., pp. 71-90.

efecto, el título “marxista” fue sustituido en gran medida por el término “marxista-leninista”, con un hincapié marcado en el segundo de los elementos.

Si esa ausencia de lectura de Marx hubiese sido sólo una desaparición del marxismo, habría significado precisamente eso. Pero los líderes comunistas, tanto en los países socialistas como en sus partidos aliados en el exterior, han convertido también su interpretación de Marx en un arma contra los trabajadores. Dentro y fuera de su país, el Partido Comunista de la Unión Soviética ha conservado su dedicación al frenamiento de la revolución, no a su aliento. Dentro de la madre Rusia, el marxismo soviético se utilizó en los años veinte y treinta para justificar el aplastamiento de los campesinos y los trabajadores industriales en nombre de la acumulación socialista. Cuando brotó la rebelión de la clase trabajadora y de los campesinos de los nuevos satélites de Europa Oriental en los años cincuenta, de nuevo se utilizó el marxismo soviético para justificar la intervención y la represión, como lo demostró obviamente el aplastamiento de la revolución húngara. Aun en los años sesenta, cuando los comunistas soviéticos y europeos orientales introdujeron su propia marca de keinesianismo comunista para alentar el crecimiento con cierto incremento de los salarios reales, el objetivo seguía siendo el control, como lo demostró la invasión de Checoslovaquia. Sólo la provisión de armas del gobierno soviético a Vietnam y su apoyo económico a Cuba generaron la ilusión de un apoyo a sus pretensiones de ser una fuerza progresista prorrevolucionaria en el mundo. En el resto del Tercer Mundo y en Europa, el papel de los partidos comunistas dirigidos por Moscú y su marxismo ortodoxo fueron patentemente reaccionarios y contrarrevolucionarios.

En ninguna parte fue esto más obvio que en América Latina y algunas partes de Asia, donde el Partido asumió posiciones fuertes en apoyo de grupos locales de capitalistas y en contra de los movimientos revolucionarios que trataban de destruirlos. Aquí se utilizó su economía política marxista para sostener que el enemigo real era el feudalismo y que su derrocamiento por las clases medias emergentes era necesario para fortalecer al estado nacional capitalista contra otras potencias imperiales y para echar las bases de alguna revolución socialista nacionalista futura que quizá pudiera realizarse en forma pacífica. En América Latina, esto asumió la forma de una oposición a la generalización del modelo cubano de insurgencia guerrillera rural y de un apoyo a la socialdemocracia.²⁷ En la India asumió la forma de un apoyo al partido del Congreso y sus planes de desarrollo que se consideraron progresistas frente a la *élite* terrateniente hindú.²⁸

En el continente europeo, a medida que se aceleraba en los años sesenta la lucha de los trabajadores industriales, los trabajadores inmigrantes, los estudiantes, las mujeres y los campesinos, entraba en conflicto creciente con la política del Partido. En consecuencia, hubo repetidas escisiones políticas y teóricas, como había ocurrido en otras partes. Acontecimientos tales

²⁷ No es difícil ver que la combinación de la presión soviética sobre los partidos comunistas locales para que rechacen la insurgencia, con su ayuda económica a Cuba para el desarrollo interno de este país, equivale a una gran contribución a la estabilización capitalista de América Latina.

²⁸ La posición del Partido Comunista de la India varió considerablemente a través del tiempo, pero después de la abortada Revuelta Telengana (1946-1951) se convirtió, en su mayor parte, en un firme aliado del Congreso. Esta posición generó numerosas escisiones que produjeron el PCI-M y diversos PCI-ML y que se prolongaron hasta la Emergencia de Ghandi.

como los disturbios de trabajadores y estudiantes franceses en mayo de 1968, o el Otoño Ardiente de Italia en 1969, generaron la separación creciente de las luchas y las jerarquías del partido comunista y los sindicatos. En ambos casos, el Partido se alineó con la burguesía en contra de los trabajadores. Con sus acciones demostró su propia bancarrota como un órgano de la lucha de la clase trabajadora. Con sus esfuerzos de justificación ideológica de su propio papel y del imperialismo soviético, demostró la bancarrota de su estrategia política y de su interpretación osificada del marxismo. Como en otras partes, estos acontecimientos condujeron al surgimiento de nuevas alternativas de organización y teóricas, que en ambos casos implicaría una revisión de un Marx liberado del escolasticismo y el oportunismo del Partido.

EL KEINESIANISMO NEOMARXISTA Y LA NUEVA IZQUIERDA

Surgiendo al principio en forma paralela a esta tradición de economía política marxista y luego uniéndose a ella en ciertos puntos, apareció la obra de varios economistas occidentales cuyo trabajo antes de la segunda Guerra Mundial y durante ella se vio grandemente influido por los rápidos cambios de la composición de la clase trabajadora y el ascenso del estado keinesiano. Entre tales autores se encontraban Michael Kalecki, Joan Robinson, Paul Sweezy y Paul Baran. El trabajo de Kalecki sobre el ciclo económico político precedió a muchos de los esfuerzos del propio Keynes, pero se desarrolló con un claro acento marxista a pesar de que Kalecki no utilizó las categorías marxianas de *El capi-*

tal.²⁹ En el *Essay on Marxian Economics* (1942) de Joan Robinson, se revalúa positivamente a Marx frente a la ortodoxia clásica, pero se le encuentran ciertas limitaciones donde “es necesario recurrir al análisis de Keynes para completar” sus teorías. En el proceso, Robinson rechaza por completo la teoría del valor-trabajo de Marx como “mucho ruido para nada” y reproduce su trabajo en el marco de las variables agregadas keynesianas. En su trabajo posterior, que ayudó a desarrollar la llamada Teoría de Cambridge, Robinson añadió a su empleo de Keynes y Kalecki el trabajo de Piero Sraffa, cuyos modelos de la producción de mercancías por mercancías se basan en parte en los esquemas de la reproducción de Marx pero siguen direcciones muy diferentes.³⁰

Es probable que Paul Sweezy y Paul Baran hayan sido los más importantes —porque en el terreno político fueron los más influyentes— economistas occidentales que evolucionaron desde un análisis estrictamente neoclásico hacia alguna forma de marxismo. El trabajo de Sweezy sobre la economía política marxiana no es sólo una de las mejores realizaciones de los economistas influidos por Marx sino que también tipifica

²⁹ Véase a Michael Kalecki, *Essays in the Theory of Economic Fluctuations*, *Studies in Economic Dynamics*, y *Theory of Economic Dynamics*, este último traducido al español, *Teoría de la dinámica económica*, México, FCE, 1956.

³⁰ Véase a Joan Robinson, *Ensayo sobre la economía marxista*, México, FCE, 1944, y su artículo “Marx y Keynes”, reproducido en *Marx y la economía moderna*, comp. Horowitz, pp. 105-118. Las opiniones de Robinson acerca de Marx han permanecido virtualmente sin cambio durante los últimos treinta años. Véase una enunciación reciente de tales opiniones en su reseña del libro de Ronald Meek, *Studies in the Labor Theory of Value*, en *Monthly Review* 29, núm. 7 (diciembre de 1977), pp. 50-59, donde Robinson resume brevemente su propia posición y la de Sraffa.

los problemas planteados por una lectura no ortodoxa de economía política de *El capital*. La primera contribución importante de Sweezy a la literatura de la economía política marxiana, *Teoría del desarrollo capitalista*, apareció en 1942³¹ y constituye un eslabón extremadamente informativo entre la antigua tradición del debate sobre las crisis y el imperialismo que bosquejé antes y el neomarxismo más nuevo de quienes, como Kalecki y Robinson, estaban fuertemente influidos por las cambiantes relaciones sociales de la Gran Depresión y simpatizaban con los enfoques teóricos keynesianos. En su libro, Sweezy reseña no sólo la “economía” de Marx sino también la de los principales intérpretes de Marx, desde Bernstein hasta Grossman. El resultado de su reseña y su reflexión fue una reinterpretación de la teoría de la crisis de Marx en una forma de subconsumo muy semejante a la de Bauer, quien le pareció “esencialmente correcto” y a quien reformuló y corrigió en los términos matemáticos de la moderna teoría del crecimiento.³² En última instancia, puede apreciarse que su obra se aproxima más aún a la de Keynes, cuyo lenguaje y formas de análisis adopta crecientemente. Quizá sea más obvia en este sentido su colaboración con Shigeto Tsuru, cuya traducción directa del marxismo a los conceptos keynesianos se incluye en el libro como un apéndice.³³ En el desarrollo de la obra de Sweezy podemos ver que, mientras su marxismo representaba una ruptura con su economía ortodoxa anterior, la teoría que elaboró, en la medida en que se alejaba de los antiguos debates, trató en

³¹ Paul Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1945.

³² *Ibid.*, pp. 239 ss.

³³ *Ibid.*, pp. 397 ss. Véase también a Shigeto Tsuru, “Keynes contra Marx: La metodología de los agregados”, en *Marx y la economía moderna*, comp. Horowitz, pp. 141-167.

última instancia de conciliar las concepciones de Marx con las de la nueva macroeconomía keinesiana. Para el efecto se unió a Kalecki y Robinson en el abandono del análisis del valor de Marx como la base de su trabajo analítico. Como ocurre con la obra de estos otros autores, puede interpretarse que la evolución de Sweezy se desenvolvió como un momento del proceso general de desencanto que acompañó al ascenso del fascismo y de la afortunada respuesta keinesiana a las luchas de la clase obrera en los años treinta, primero con la segunda Guerra Mundial y más tarde con la derrota de los frentes unidos en Europa por el Plan Marshall, el derrumbe de la oleada de huelgas de la posguerra en los Estados Unidos, y el surgimiento de un nuevo período de crecimiento capitalista dentro del contexto del nuevo imperio norteamericano. Sin duda, todo esto debe ayudar a explicar el abandono, por parte de Sweezy, del marco teórico marxiano en favor del keinesianismo en ascenso. A esto se unía en el caso de Sweezy la creciente insatisfacción que compartía con muchos otros por los continuos excesos del estalinismo, un fenómeno que también parecía señalar la incapacidad del marxismo para explicar y pronosticar el patrón del desarrollo socialista.³⁴

No estaba Sweezy solo en esta pérdida de fe en el meollo de la teoría marxista. El economista Paul Baran de la Universidad de Stanford, quien se convirtió en su colaborador más íntimo, compartía estas dudas. Tanto en *La economía política del crecimiento* de Baran, publicada en 1956, como en su obra conjunta *El capital mono-*

polista, que apareció en 1964, las herramientas analíticas básicas aplicadas al análisis del desarrollo capitalista en los países subdesarrollados y desarrollados fueron algunas variantes de la economía política neoclásica ortodoxa y keinesiana.³⁵ En su mayor parte, el marxismo quedaba reducido a la provisión de la retórica y el fondo moral de estas obras.

En su *Economía política del crecimiento*, por ejemplo, Baran no sólo basa su discusión del capital monopólico en la teoría neoclásica del comportamiento de la firma monopólica, sino que además, prescinde explícitamente del concepto de la plusvalía (y por ende el del valor) de Marx, y lo sustituye con un concepto genérico de excedente que puede encajar casi en cualquier modelo ortodoxo de la teoría del crecimiento.³⁶ Al mismo tiempo que hacía una contribución duradera al explicar las "raíces del atraso" del mundo subdesarrollado en términos de la extracción imperialista de su excedente, lo lograba en una forma que pasaba por alto el valor y las relaciones de clase que dicho valor expresa. Así echó las bases de un paradigma de subdesarrollo carente de un análisis de las luchas entre las clases. De igual modo en *El capital monopolista*, Baran y Sweezy

³⁴ El concepto del "excedente efectivo" de Baran es simplemente el concepto keinesiano del ahorro derivado del ingreso corriente y disponible para la inversión. Su concepto muy atacado del "excedente potencial" es en algunos sentidos más interesante. Aunque sus definiciones del consumo "esencial" y la producción "potencial" son creaciones de sus propias nociones de racionalidad, que juxtapone la irracionalidad del capitalismo, por lo menos sugieren una perspectiva de clase trabajadora. Es cierto que el capital tiene su propia "racionalidad" y que es inútil llamarla "irracional" desde un punto de vista moral, como lo hacen Baran y Sweezy. Pero es cierto también que la clase trabajadora tiene su propia racionalidad y que podemos, con toda legitimidad, hacer lo que hizo Marx y señalar que el capital no responde a las necesidades de la clase trabajadora.

³⁴ Véase un análisis de la historia de la posición de Sweezy sobre la Unión Soviética y China en Peter Clecak, *Radical Paradoxes*.

³⁵ Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, México, FCE, 1959, y Paul Baran y Paul Sweezy, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1968.

trasladan el concepto del excedente y estudian lo que en su opinión constituye el problema de su "disposición" en términos de las limitaciones que encuentran en la capacidad de la política fiscal y monetaria keynesiana para manipular la demanda agregada. En esta forma continúan una tendencia iniciada en sus obras anteriores, de ver el problema del excedente no en términos de su producción y disposición sino sólo en términos de la última. Esto parecería reflejar su evaluación de que la clase trabajadora primero había sido derrotada en la posguerra y luego comprada por el capital, de modo que sus luchas en la producción habían sido neutralizadas y la única esperanza de revolución se veía en el Tercer Mundo y en los grupos de la clase no trabajadora de negros y estudiantes del mundo desarrollado.

Dadas las circunstancias en que se encontraron Sweezy y Baran en los años cincuenta y el carácter derrotista de la versión osificada del marxismo como economía política que habían heredado, estos desarrollos son ciertamente entendibles, aunque sean lamentables. En efecto, puede sostenerse convincentemente que, en esos años, una lectura cuidadosa de Keynes era sin duda más iluminante de la realidad del capitalismo de principios de la posguerra que cualquier lectura del marxismo ortodoxo.³⁷

Durante el ciclo de luchas de los años sesenta, a pesar de estas limitaciones, y quizá debido en parte a su

³⁷ Me parece lamentable la persistencia de la mayoría de los economistas políticos marxistas en criticar a los economistas burgueses como Keynes porque no son marxistas (véase, por ejemplo, el libro de Mattick, *Marx y Keynes* Era, México, 1975). Lo realmente interesante de Keynes o de cualquiera otro autor es lo que podamos aprender acerca de la naturaleza y los parámetros del conflicto de clases y las estrategias usadas en tal conflicto. Desde el punto de vista

rechazo del marxismo tal como entonces se interpretaba, los libros de Baran y Sweezy parecían proveer una clara alternativa a la síntesis neoclásica ortodoxa, a la economía política marxista ortodoxa, y a la política que ambas implicaban.

En los Estados Unidos, donde el marxismo sectario había sido desacreditado mucho tiempo antes de los movimientos de derechos civiles, el poder negro, el poder feminista, los derechos de beneficencia y la oposición a la guerra, la "Nueva Izquierda" encontró en las teorías neomarxistas tales como las de Baran y Sweezy una interpretación más convincente y útil que las de los viejos dogmatismos. Viendo que su época estaba llena de desarrollos nuevos, la Nueva Izquierda consideró que sus luchas caían en el terreno de la revuelta contra la alienación, o la discriminación y el imperialismo, productos de una "sociedad industrializada" sofocante, cada vez más reglamentada, o el sexismo y el racismo en sí mismos. El análisis de Baran y Sweezy proveía una descripción de la crisis capitalista que culpaba de los problemas actuales a un "sistema" irracional y explicaba la guerra de Vietnam como el resultado del imperialismo norteamericano. Al mismo tiempo, sin embargo, el análisis de la crisis capitalista permanecía aprisionado dentro de las antiguas categorías de la economía política. Baran y Sweezy, y sus seguidores, aún definían a la clase trabajadora sólo como trabajadores asalariados, de modo que identificaban las luchas de los Panteras Negras desempleados, los militantes Estudiantes por una Sociedad Democrática, las fe-

de quienes participan en la lucha, ya sean trabajadores o capitalistas, la obra de Keynes no fue esencialmente teórica, sino estratégica. Y si ahora nos encontramos en un mundo poskeynesiano, ello no se debe a que sus "teorías" sean deficientes, sino al hecho de que sus estrategias hayan sido derrotadas por la clase trabajadora.

ministas radicales, o los activistas de los derechos a la ayuda social, como situados fuera de esa clase.³⁸ Todo lo que podía verse de la clase trabajadora dentro de esta perspectiva eran los ataques de los obreros de la construcción contra los manifestantes antibélicos. ¿Qué lugar podría haber para Marx en una visión donde la clase trabajadora se había vendido y aliado a la clase capitalista y los únicos revolucionarios verdaderos eran estudiantes, mujeres, minorías del Tercer Mundo y campesinos, no miembros de la clase obrera? En lugar de la visión de la clase obrera como el principal protagonista de la lucha surgió “el pueblo”.

Este rechazo de los activistas críticos de lo que era entonces la teoría marxista tradicional fue un punto de referencia importante para la nueva generación de intelectuales radicales surgidos en los Estados Unidos a fines de los años sesenta. Estos intelectuales eran al principio categóricamente no marxistas, pero estaban unidos en su oposición a las políticas del capitalismo dentro y fuera de su país. Afrontaban la necesidad de explicar el alcance mundial de los esfuerzos contrainsurgentes de los gobiernos de Kennedy y Johnson que ostentaban títulos tan engañosos como la Nueva Frontera, la Alianza para el Progreso, la Gran Sociedad. También trataban de entender la creciente resistencia mundial a estos esfuerzos que se estaban difundiendo bajo el lema del grito de batalla de Guevara: “¡Dos, tres, muchos Vietnams!” y se guiaba por la prescripción de Lin Piao de la guerra de guerrillas rurales “para asediar a las ciudades”.

Su respuesta a estos fenómenos fue doble. Por una parte, estos activistas convertidos en intelectuales mi-

³⁸ Esto se aprecia claramente en su libro *El capital monopolista*, Siglo XXI, México, 1968, y en las páginas de la revista de Sweezy, *Monthly Review*.

raron hacia adentro y descubrieron las formas en que las universidades y las disciplinas académicas estaban fuertemente involucradas en el apoyo al sistema dentro y fuera del país.³⁹ En consecuencia centraron gran parte de su atención en tales instituciones, produciendo huelgas de clausura y una nueva oleada de militancia. Por otra parte, trataron de teorizar estos fenómenos y se reunieron en nuevos agrupamientos de organizaciones profesionales alternativas, como la Unión de Economistas Políticos Radicales. Unidos más por su oposición a un orden social dominante y sus paradigmas teóricos que por una visión propia coherente —marxista o no—, iniciaron un estudio serio del ciclo de luchas en que estaban involucrados. Para tal efecto, muchos recurrieron a la economía política y trataron de desarrollar las teorías de Baran y Sweezy.

Entre los resultados de la elaboración de la economía política neomarxista cobraron importancia las teorías de quienes, como Andre Gunder Frank, ayudaron a desarrollar la teoría alternativa del imperialismo y la revolución. Frank y otros sostuvieron que el feudalismo atacado por los marxistas ortodoxos en América Latina y Asia era una ilusión. El capitalismo era, y había sido desde el principio, un sistema internacional que incorporó en sí mismo todos los sistemas sociales anteriores, en una jerarquía internacional de relaciones entre metrópolis y satélites. Estas teorías implicaban el rechazo del apoyo del Partido Comunista a las fuerzas burguesas locales. Se veía a estas

³⁹ Véase un ejemplo de esta clase de evaluación estratégica del papel político de las universidades que sirvió de base para la acción en su contra en Anne Bauer y Harry Cleaver, “Minority Report on the Stanford Research Institute”, en *The Radical Attack on Business*, comp. Charles Perrow.

últimas como meros capitalistas compradores o encargados, administradores de menor nivel del sistema capitalista internacional. El apoyo a tales capitalistas sólo podía significar el apoyo al sistema en conjunto y una disminución, en lugar de un incremento, de las posibilidades de una revolución triunfante de la clase obrera.⁴⁰

Estas teorías estaban más acordes con los intereses de los trabajadores y campesinos que las de la Antigua Izquierda. Expresaban más correctamente el nuevo ciclo de luchas y su dimensión internacional. Y en general apoyaban las agitaciones revolucionarias entre el campesinado, al igual que entre los negros, estudiantes y mujeres, identificando el capitalismo y el comunismo ortodoxo como el enemigo. Al mismo tiempo, tenían muchas deficiencias teóricas. En virtud de que no se basan en Marx, ni directamente en la teoría económica burguesa contemporánea, sus formulaciones de los mecanismos y la dinámica del imperialismo eran una mezcla inconsistente de retórica marxista acerca de la explotación y la dependencia y del comercio burgués y de la teoría keinesiana del desarrollo. No deseando aceptar las herramientas de la teoría burguesa con toda franqueza, pero habiendo abandonado las teorías del valor y la plusvalía de Marx, sus escritos contenían a veces intuiciones brillantes, pero a menudo tenían una construcción confusa y una consistencia lógica débil.

⁴⁰ Véase a Andre Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America, Lumpenbourgeoisie: Lumpendevelopment*, "Lumpen-burguesía: lumpendesarrollo", México, Era, 1971, ed. en español; y "Not Feudalism - Capitalism", en *Monthly Review*, diciembre de 1963, pp. 468-478. Véase también a Martin Nicolaus, "Who Will Bring the Mother Down", en *Readings in U. S. Imperialism*, comps. K. T. Fann y D. C. Hodges, y *Monthly Review* en general.

A resultas de estas deficiencias, los economistas políticos de la Nueva Izquierda quedaron expuestos al contraataque de la Antigua Izquierda, en el terreno de la economía política, por lo menos en dos direcciones diferentes. El primer aspecto de la respuesta apareció en el empleo de la envoltura conceptual del "modo de producción" contra su incapacidad para integrar su teoría de un sistema económico capitalista mundial conectado por los flujos de comercio y capital con una teoría de la producción que pudiera explicar la enorme variación de las condiciones de producción observable dentro de ese sistema. Para este problema de la especificidad de las relaciones de producción —particularmente marcado en el Tercer Mundo—, el teórico del partido Comunista francés Louis Althusser, y sus seguidores, elaboraron el concepto de los modos de producción diferentes pero articulados, donde un modo de producción dominaba a otros.⁴¹ Ernesto Laclau, por ejemplo, atacó directamente el trabajo de Frank sobre América Latina concentrándose en las diferencias estructurales existentes entre las formas, o los modos, de producción de la industria urbana capitalista y de la sociedad rural agrícola todavía dominada por minifundios o latifundios.⁴² El éxito de este ataque puede medirse por el grado en que el análisis de las luchas del Tercer Mundo ha sido sustituido por un debate sobre la especificación exacta de

⁴¹ El libro de Louis Althusser y Etienne Balibar, *Para leer El capital*, Siglo XXI, México, 1967, fue uno de los primeros disparos de este contraataque. En la sección siguiente examinaremos brevemente los fundamentos filosóficos y políticos.

⁴² Ernesto Laclau, "Feudalism and Capitalism in Latin America", en *New Left Review* 67 (1971), pp. 19-38.

las “formaciones sociales periféricas” o la naturaleza del modo de producción en diversas agriculturas. No sólo se ha reanimado este nuevo materialismo histórico como un arma del Partido Comunista, sino que además ha sido aceptado como el campo teórico del debate por una gran diversidad de escritores izquierdistas, tanto dentro como fuera de los partidos de la Antigua Izquierda, incluidos varios antropólogos, sociólogos y economistas políticos marxistas.⁴³ El debate ha sido particularmente prolongado en América Latina y Asia, donde tiene una profunda importancia política para la estrategia.⁴⁴ Pero también ha impregnado ciertos círculos de economistas políticos de los Estados Unidos y Europa Occidental, donde sus ramificaciones políticas son menos directas pero los conflictos subyacentes son igualmente reales. Los esfuerzos que se han hecho para conciliar la economía política neomarxista de autores como Baran, Sweezy y Frank con tal análisis del “modo de producción” —como los de Samir Amin— sólo han producido incoherentes conglomerados eclécticos.⁴⁵

⁴³ Entre los antropólogos marxistas más conocidos que se han visto profundamente afectados por estos conceptos se encuentran Claude Meillasoux, Maurice Godelier, Emmanuel Terray y Pierre-Philippe Rey.

⁴⁴ Véase un resumen crítico del debate indio en Harry Cleaver, “The Internationalization of Capital and the Mode of Production in Agriculture”, en *Economic and Political Weekly*, 27 de marzo de 1976, pp. A2-A16. Véase una parte del debate latinoamericano en *Latin American Perspectives* 1, núm. 1 (primavera de 1974), Número Especial: “Dependency Theory: A Reassessment”.

⁴⁵ Es espléndida la idea básica de Samir Amin, de analizar el tema en *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo* Siglo XXI, México, 1974. Desafortunadamente, a pesar de algunos puntos brillantes y profundos, la forma en que brinca una y otra vez del marco teórico marxista al burgués, y viceversa, hace del libro un

El otro lado del ataque a la economía política neomarxista por parte de una ortodoxia renovada se ha observado en la teoría económica del capitalismo, sobre todo en la economía política de la crisis internacional actual, donde el papel del campesinado es mucho menos importante y las economías nacionales son fundamentalmente capitalistas, según convienen en general todos los interesados. A pesar del gran volumen de la literatura producida por este ataque—que ha constituido un momento importante del resurgimiento actual de la economía política marxista—, en su mayor parte no ha representado un retorno a Marx sino un retorno al marco y los problemas del marxismo anterior a la segunda Guerra Mundial. En los últimos años sólo encontramos algunas versiones revisadas de teorías del pasado. De una generación anterior han provenido autores tales como Ernest Mandel, teórico de la Cuarta Internacional Trotskista, y Paul Mattick, el último de los Comunistas Consejistas originales.⁴⁶ De una generación más joven han surgido autores tales como Mario Cogoy, David Yaffe o Michael Kidron.⁴⁷ Esgr-

conjunto de parches de cortar y pegar, carente de toda consistencia interna. En suma, fracasa Amin por completo en la integración del keinesianismo neomarxista con un enfoque de modo de producción o una teoría marxista del valor.

⁴⁶ Véanse los libros de Ernest Mandel, *Tratado de teoría económica marxista*, Era, México, 1969 y *El capitalismo tardío*, Era, México, 1979. Así como su ensayo “Where Is America Going”, en *Readings in U.S. Imperialism*, comps. Fann y Hodges, y “The Laws of Uneven Development”, en *New Left Review*, enero-febrero de 1970, pp. 19-38. Véase el ataque de Paul Mattick a Baran y Sweezy en su ensayo “Marxism and ‘Monopoly Capital’”, en *Progressive Labor* 6, núm. 1 (mayo de 1967), pp. 34-49.

⁴⁷ Mario Cogoy, “Les Theories neo-Marxistes, Marx et l'accumulation du capital”, en *Les Temps Modernes* 314-315 (septiembre-octubre de 1972), pp. 396-426, y “The Fall of the Rate of Profit and

miendo las armas de las interpretaciones tradicionales de la teoría del valor de Marx y, a menudo, de su teoría de la tendencia descendente de la tasa de ganancia contra la teoría del subconsumo keinesiano del neomarxismo, lo han obligado a retroceder y reagruparse.

Replegándose ante este ataque, Sweezy ha reformulado sus argumentos en términos marxistas en lugar de los anteriores términos keinesianos, y ha lanzado de nuevo su versión particular de la teoría de la crisis basada en el subconsumo contra estos enemigos.⁴⁸ Desafortunadamente, esta teoría renovada utiliza los mismos conceptos básicos del valor que sus oponentes. En consecuencia, vemos que muchas de las batallas del periodo 1900-1940 se están librando de nuevo, casi en los mismos términos de antes. Este espectáculo antiguo resulta extraño y tiene un claro carácter macabro. Sería de esperarse que la "reivindicación" del marxismo fuese algo así como un ejercicio de arqueología destinado a revelar la naturaleza de las armas políticas desarrolladas durante la historia del conflicto de clases, tratando de descubrir su posible utilidad actual en una época de crisis. Lo que encontramos en cambio, muy a menudo, es un ejercicio de nigromancia donde se invoca al espíritu de un hombre u otro, muertos hace mucho tiempo, para que salgan de la tumba a dirigir las batallas del presente. Serían de esperarse

the Theory of Accumulation of Capital: A Reply to Paul Sweezy", en *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, invierno de 1973, pp. 52-67; David Yaffe, "Marxian Theory of Crisis, Capital and the State", en *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, invierno de 1972, pp. 5-58; y Michel Kidron, *Western Capitalism since the War*.

⁴⁸ Paul Sweezy, "On the Theory of Monopoly Capitalism", en *Monthly Review* 23, núm. 11 (abril de 1972), pp. 1-23, y "Some Problems in the Theory of Capital Accumulation", en *Monthly Review* 25, núm. 12.

algunos esfuerzos para entender las teorías y la práctica de estas grandes figuras históricas del marxismo dentro de la lucha de clases de su tiempo como un insumo para la solución de nuestros propios problemas (y dejándolas descansar una vez que hayamos aprendido las lecciones que puedan enseñarnos). Por el contrario, una y otra vez vemos una ceguera anti-marxista a la especificidad histórica de nuestro periodo y un deseo de encontrar la clave del presente en algún punto del pasado.

LOS LÍMITES DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Encontramos así, en la literatura actual, todas las limitaciones fundamentales de la lectura de Marx como economía política que han afectado el enfoque desde el principio. En el caso de la ortodoxia, del revisionismo o del neomarxismo, el campo del examen se confina estrictamente a la economía, y el marxismo como economía política se convierte a lo sumo en un apoyo ideológico para posiciones políticas geográficas junto con estas críticas del capitalismo. En cada caso podemos ver cómo los diversos autores permanecen atrapados en un mundo donde los conceptos designan relaciones abstractas y la fuente de la crisis o del imperialismo se encuentra en las misteriosas "leyes económicas del movimiento" del sistema que regulan el comportamiento de la clase capitalista.

Lo que tenemos aquí es una lectura de *El capital* no sólo limitada a una interpretación pasiva, sino que además, al restringirse a la esfera o "base" "económica", hace en efecto de la economía política la teoría de la fábrica capitalista y sus trabajadores asalariados

solamente.⁴⁹ Esto excluye del análisis al resto de la sociedad: no sólo al Estado y la política partidista, sino también a los desempleados, la familia, la escuela, la atención médica, los medios masivos, el arte, etc. En consecuencia, los economistas políticos que desean tomar en cuenta estas cosas se ponen a hurgar los escritos de Marx en busca de pistas sugerentes de "otras" teorías.⁵⁰ Pero es precisamente en estas "otras" esferas sociales que están ocurriendo muchos de los grandes conflictos sociales de hoy. A principios del siglo, cuando la lucha de la clase trabajadora se localizaba primordialmente en la fábrica (pero no sólo allí, por supuesto), había tal vez alguna excusa para leer *El capital* como un modelo teórico de la fábrica capitalista. Pero a resultas de la extensa manipulación social de los años veinte y treinta, por la cual trataban los planeadores sociales capitalistas de reestructurar virtualmente toda la sociedad, y a causa de la naturaleza de las recientes luchas sociales contra tal planeación, tales interpretaciones resultan ahora muy inadecuadas. La Nueva Izquierda se percató correctamente de esta circunstancia y evitó las interpretaciones ortodoxas. La inadecuación de las teorías ortodoxas y neomarxistas

⁴⁹ La "fábrica capitalista" se usa aquí como una metáfora de toda la red de firmas industriales que constituye el capital industrial. Se dice que los trabajadores "productivos" se encuentran en estas firmas, y generalmente se considera que lo que ocurra en la producción y venta de los bienes producidos por estos trabajadores asalariados es lo que determina todo lo demás.

⁵⁰ En la sección siguiente examinaremos algunos de estos esfuerzos. Las dos áreas de la vida social fuera de la fábrica que han recibido probablemente más atención por parte de los economistas políticos han sido la escuela y el hogar. Véase, por ejemplo, a Samuel Bowles y Herbert Gintis, *Schooling in Capitalist America*; Martin Carnoy, *Education as Cultural Imperialism*; y Wendy Edmond y Suzie Fleming, comps. *All Work and No pay*.

se puso fehacientemente en claro a fines de los años sesenta. Ambos tipos de teorías eran incapaces de explicar las revueltas de los trabajadores no asalariados y se vieron obligados a recurrir a soluciones *ad hoc*. La ortodoxia revivió el materialismo histórico y trató de encerrar las revueltas campesinas en la caja de los modos de producción precapitalistas. Las revueltas estudiantiles se clasificaron como pequeño-burguesas o lumpen. Las revueltas feministas se enmarcaron en algún modo de producción "doméstico". Todas ellas se hicieron así a un lado como fenómenos secundarios sin importancia porque no se trataba realmente de la clase trabajadora. Por supuesto, esto establecía de nuevo al Partido como el intérprete mediador de los intereses reales de la clase trabajadora y justificaba el intento de represión o coopción de estas luchas.

Aunque el neomarxismo de la Nueva Izquierda colocó estas luchas en el centro de su noción de la revolución, tampoco así logró mejores resultados teóricos. Por aceptar la exclusión de estos grupos de la clase trabajadora, postulada por la ortodoxia, sólo podía ofrecer evocaciones vagas de los intereses "del pueblo". En virtud de que caían fuera de la esfera "económica" u ocupaban dentro de ella un lugar oscuro, estas revueltas debían verse como subproductos de la irracionalidad general del sistema. Podemos ver así que una de las grandes deficiencias de la lectura de Marx como economía política ha sido la reducción y el aislamiento de su análisis al examen de la fábrica. Pero si esta es una deficiencia que ha vuelto al marxismo ortodoxo y al neomarxismo totalmente incapaces de explicar la crisis actual, no es ese el único problema.

Más importante aún es la unilateralidad de todos estos análisis, desde los de la Segunda Internacional hasta los debates contemporáneos sobre la teoría de la

crisis. Esta unilateralidad reside en la forma limitada en que la clase trabajadora, como quiera que se defina, hace su aparición en estos modelos. Cuando aparece en absoluto, proviene del exterior y habitualmente como una víctima que libra batallas defensivas. Es por esta razón que yo llamaría "cosificadas" a las categorías marxistas o neomarxistas empleadas en estos modelos.

Son "cosificadas" porque en lugar de entenderse como designaciones de relaciones sociales entre las clases se han convertido en designaciones de cosas, cosas que están dentro del capital, separado de la relación social. En efecto, el mismo concepto del capital que aparece en estos modelos no designa de ordinario la relación de clase (que a veces se incluye como un corolario) sino los medios de producción, el capital monetario, el capital mercantil, y la fuerza de trabajo, todos circulando como entidades sin conciencia a través de los altibajos de sus circuitos. ¿De dónde proviene, en estos modelos, el impulso para el movimiento, el cambio tecnológico, o la expansión? Proviene del interior del capital, por supuesto, de ordinario como resultado ciego de la competencia entre capitalistas. Cuando la competencia se derrumba en el capital monopólico, los marxistas como Baran, Sweezy y Josef Steindl deducen una tendencia inevitable al estancamiento. En todo caso, la clase trabajadora es sólo un espectador del vals mundial del desarrollo autónomo y autopropulsado del capital.

Esta no era la concepción del mundo que tenía Marx. No sólo insistió reiteradamente en que el capital era una relación social de clases, sino que también asentó explícitamente que, al nivel de la clase, las llamadas relaciones económicas eran en efecto relaciones políticas:

Todo movimiento en que la clase trabajadora surja *como una clase* contra las clases gobernantes y trate de forzarlas mediante la presión ejercida desde afuera, es un movimiento político. Por ejemplo, el intento que se haga en una fábrica particular, o aun en una industria particular, para imponer una jornada de trabajo más corta a los capitalistas mediante huelgas, etc., es un movimiento puramente económico. En cambio, el movimiento tendiente a imponer una *ley* para la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político*. Y en esta forma surge por todas partes, de los movimientos económicos separados de los trabajadores, un movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, que trata de alcanzar sus intereses en una forma general, en una forma que posea una fuerza social general de compulsión.⁵¹

Lo importante aquí es que, a medida que se desarrolla la lucha por la jornada de ocho horas, a medida que se generaliza, excede las demandas particulares de un grupo de trabajadores estrechamente definido y se convierte en una demanda de toda la clase y por ende en una demanda política. Esto corresponde a un movimiento histórico que se inicia con las demandas de un número de trabajadores cuantitativamente pequeño pero que circula para convertirse en un nuevo punto focal cualitativo de la lucha de clases. Tales demandas se difunden si corresponden a las condiciones sociales básicas de la clase en general. Marx identificó y analizó varias de estas luchas: sobre la duración de la jornada de trabajo, la intensidad del trabajo, la productividad, la mecanización, el salario social, etc. En *El capital* traza la historia específica de su desarrollo en Inglaterra y su lugar general dentro del capital, es decir, dentro de la lucha de clases global. Desde el momento en que se generalizan estas áreas de disputa, se las llama relaciones de clase y por ende políticas. En cual-

⁵¹ Marx a Bolte, Londres, 23 de noviembre de 1871, en Karl Marx y Frederick Engels, *Correspondence 1846-1895*, pp. 315-319.

quier momento dado, algunos grupos particulares de trabajadores pueden estar luchando o no en forma activa por una demanda u otra, pero si lo hacen, la lucha individual en cada fábrica o industria ya no puede considerarse como una lucha "puramente económica" aislada, sino como parte del todo, como una lucha política por el poder. Ahora podemos ver esto con mayor claridad aún que en tiempos de Marx a causa del nuevo papel del Estado. El surgimiento del Estado keinesiano ha significado la fusión virtual, no sólo del Estado y la "economía", sino del Estado y la "sociedad" misma.

Este es otro peligro mental de la lectura de Marx como economía política y como ideología. Se nos presentan algunas interpretaciones críticas muy detalladas de este monstruo autopropulsado en una forma que pasa por alto por completo el modo en que el poder efectivo de la clase trabajadora constriñe y frena el desarrollo capitalista. Marx percibió cómo la lucha fructífera por una jornada de trabajo más corta causaba una crisis para el capital. Estos economistas políticos no lo perciben: ven la plusvalía absoluta como un concepto abstracto cosificado. Marx percibió cómo esa lucha imponía el desarrollo de innovaciones elevadoras de la productividad que aumentaban la composición orgánica del capital. En consecuencia, percibió la plusvalía relativa como una respuesta capitalista estratégica. Estos economistas políticos no lo perciben: sólo ven competencia entre capitalistas. Marx percibió cómo las luchas salariales de los trabajadores podrían ayudar a precipitar crisis capitalistas. Estos economistas políticos sólo ven "leyes del movimiento" abstractas.⁵² Estas clases de interpretaciones glorifican la di-

⁵² Hay ahora algunos economistas políticos que han empezado a percibir que el poder de la clase trabajadora desempeña un papel en

la dinámica del capital, por mala que sea, y presentan a la clase trabajadora como una víctima desdichada. Por esta razón, aun si queremos ver la crítica ideológica como un arma en la lucha de clases, debemos concluir que las teorías que conceden todo el poder al capital sólo pueden beneficiarlo. Tales críticas convienen particularmente a las necesidades de los partidos leninistas o de cualesquiera otros grupos elitistas que se presenten como la única solución para la clase. Si la clase carece de poder en la lucha "económica", como afirman las teorías, su única solución consiste obviamente en "unirse al Partido y aplastar al Estado". La forma en que esta masa de víctimas desdichadas pueda realizar tal hazaña parece un misterio que sólo entiende la jerarquía del Partido, lo que proveerá el liderazgo y los conocimientos necesarios. Pero la verdad es que la clase no está indefensa en absoluto y que los líderes del Partido tratan de movilizar su poder como un preludio de su propia toma del control para convertirse en los administradores de una economía "socialista" racionalizada, planeada, donde esperan que los trabajadores laborarán más duro aún que antes.

En vista de estas limitaciones y peligros de las lecturas de economía política de *El capital*, algunos autores han tratado de ir más allá. La primera limitación —la

el surgimiento de la crisis capitalista. Desafortunadamente, permanecen encerrados dentro de los términos de la discusión que hace Marx en *Valor, precio y ganancia* y en el capítulo 25 de *El capital* (Libro I), donde estas luchas se libran esencialmente por la distribución, a lo sumo son responsables de la inflación, y siempre son eficazmente controladas por la crisis capitalista. Véase, por ejemplo, A. Glyn y B. Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze*; R. Boddy y J. Crotty, "Class Conflict, Keynesian Policies, and the Business Cycle", en *Monthly Review* 26, núm. 5 (octubre de 1974.), pp. 1-17; y John G. Gurley, "Unemployment and Inflation", en *Monthly Review* 29, núm. 7 (diciembre de 1977), pp. 23-29.

incapacidad de la economía política marxista para captar todo el alcance de las relaciones sociales capitalistas fuera de la fábrica y la incapacidad consiguiente para explicar las crisis sociales de mediados del siglo veinte— expuso a la economía política a una crítica profunda, desarrollada a lo largo de varios decenios por varios marxistas que trataban de llenar el vacío. En la sección siguiente examinaremos sus esfuerzos. Veremos que la segunda y más profunda de las deficiencias —la de pasar por alto a la clase trabajadora— no aparece sólo en la obra de los economistas políticos sino también en la de sus críticos.

LA LECTURA FILOSÓFICA DE MARX

La tradición de leer a Marx como un filósofo es por lo menos tan antigua como la lectura de la economía política, y mucho más variada que esta última. Durante el resurgimiento marxista de los años sesenta y setenta, la tradición del marxismo filosófico ha ocupado un lugar prominente. Dentro de esa tradición podemos bosquejar dos tendencias generales: la ortodoxa y la revisionista. La primera, mucho más estrecha, es la adoptada por el marxismo comunista: el materialismo dialéctico cuya evolución abarca desde la obra de Engels hasta la era estalinista y su “reformulación” más reciente a manos de Althusser y sus seguidores. La tendencia revisionista, mucho más amplia y compleja, reagrupa todos los intentos de reinterpretación de Marx a la luz de otros filósofos y de algunos elementos nuevos del desarrollo del capitalismo. Aquí deben incluirse corrientes tan diversas como las del llamado Marxismo Occidental de Gyorgy Lukács, Antonio Gramsci y Karl Korsch, quienes subrayaron la influencia de Hegel sobre Marx; el neokantianismo de Gal-

vano Della Volpe y Lucio Colletti; el hegelianismo marxista de Jean Hyppolite y Alexandre Kojève; el existencialismo de Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty; el marxismo fenomenológico de Tranc Duc Tao y Karel Ponty; y la teoría crítica de los asociados a la Escuela de Francfort, como Herbert Marcuse, Max Horkheimer, Theodor Adorno y Jürgen Habermas. El vasto campo de las cuestiones filosóficas investigadas por estos autores, ortodoxos o revisionistas, desafía todo resumen breve de esta tradición, lo que sí pudimos hacer en el caso de la economía política. En lugar de tal resumen, examinaré brevemente dos elementos de esta tradición que ilustran algunas de las limitaciones de la lectura de Marx como un filósofo: a) el intento contemporáneo de resurrección del materialismo dialéctico a través de una lectura “filosófica” de *El capital*, realizado por Louis Althusser, y b) algunos aspectos del análisis de la “esfera cultural” del capitalismo avanzado en el Marxismo Occidental y la teoría crítica.

LA ORTODOXIA RENACIDA

Es desafortunado, pero cierto, que una de las lecturas filosóficas de *El capital* más importantes desde el punto de vista político en este período es la de Louis Althusser, un teórico destacado del Partido Comunista francés. En *Pour Marx* (1965) y *Lire Le Capital* (1965), Althusser y sus colegas trataron de reinterpretar toda la obra de Marx, desde su juventud hasta su madurez, para reavivar el materialismo dialéctico como una ideología y paliar el gran descrédito de la práctica política del Partido Comunista francés.⁵³ Su obra re-

⁵³ Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México, Si-

presenta el esfuerzo más sólido del antiguo marxismo ortodoxo por justificarse y recuperar el terreno perdido durante los decenios precedentes.

Como la versión ortodoxa del marxismo-como-filosofía, el materialismo dialéctico data de las formulaciones hechas por Engels en *Anti-Duhring*, *Ludwig Feuerbach* y la *Dialéctica de la naturaleza*.⁵⁴ En esas obras, Engels trató de expandir el análisis del capital hecho por Marx en un sistema filosófico universal que abarcaría no sólo toda la historia humana sino todo el cosmos del mundo natural. Este proyecto significaba un retorno al terreno del debate con el idealismo alemán que Marx había abandonado tras completar *La sagrada familia*, *La ideología alemana*, y su estudio de Feuerbach.⁵⁵ Olvidándose de la Undécima Tesis sobre Feuerbach con la que Marx había cerrado sus contactos con la filosofía, Engels emprendió una reinterpretación de la relación existente entre Marx y Hegel que presentaba al "marxismo" como una reversión y una corrección del sistema hegeliano. Confundiendo la crítica de Hegel y la de Marx, Engels interpretó la fórmula de Marx acerca de que la dialéctica hegeliana estaba "de cabeza" y "debe ponerse otra vez sobre sus pies para descubrir el grano racional dentro de la cáscara mística" en el sentido de que la dialéctica de Hegel era un método (el grano racional) que podría extraerse de su idealismo (la cáscara mística) y aplicarse dentro de un marco de materialismo; de aquí

derivó la formulación del "materialismo dialéctico". Esta interpretación entendía el idealismo de Hegel como una afirmación de que sólo las ideas son reales y la realidad material es sólo un pálido reflejo de tales ideas. De acuerdo con Engels, el materialismo invertía la relación, haciendo de las ideas un reflejo de la realidad material. Pero esto constituía una completa falsificación del concepto de lo "real" de Hegel, que no se refería a la existencia sino a la lógica. En lugar de ver que el *Zeitgeist* de Hegel era en última instancia una formulación filosófica de la dialéctica del capital y que su idealismo residía en la percepción de una capacidad infinita para resolver lógicamente la contradicción existente dentro de la sociedad capitalista, Engels pensó que el problema consistía en adaptar esa dialéctica al análisis del mundo. Así estableció una pauta, que sobrevive todavía en algunos círculos, de entender la dialéctica no como una característica del capital que la lucha de la clase trabajadora trata de destruir sino como una lógica y un método universales que deben adoptarse! Irónicamente, Engels y sus seguidores preservaron así en una forma distorsionada la visión hegeliana de un cosmos dialéctico: una visión que puede contemplarse como un momento optimista de la filosofía burguesa que teoriza la tendencia del capital a imputar e imponer su propia lógica sobre el mundo.

Una vez que la dialéctica se separa del capital, una vez que el materialismo ya no se entiende como la capacidad de la clase trabajadora para destruir el idealismo del capital sino como "materia" en abstracto; en suma, una vez que la forma dialéctica se separa de su contenido, Engels puede aplicar esa forma en todas partes: en el análisis de la naturaleza y de la historia humana por igual. En el primer caso, como ha demostrado convincentemente Lucio Colletti, el resultado

glo XXI, 1968, y Althusser y Balibar, *Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1967.

⁵⁴ El *Anti-Duhring* fue escrito en 1876-1878, *Ludwig Feuerbach* en 1886, y la *Dialéctica de la naturaleza* durante el período de 1873 a 1883.

⁵⁵ Marx y Engels escribieron *La Sagrada familia o la crítica de la crítica crítica* en 1844; escribieron *La ideología alemana* en 1845-1846; y Marx escribió sus *Tesis sobre Feuerbach* en 1845.

fue poco más que una pretenciosa reformulación de Hegel.⁵⁶ En particular, en opinión de Colletti, la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels es una distorsionada adaptación de la *Naturphilosophie* de Hegel que pierde por completo de vista el hecho de que toda la obra de Hegel se basa en la dialéctica de la materia dentro de un movimiento infinitamente totalizador.⁵⁷ En el caso del análisis de la historia humana, Engels revisó las ideas de la *Ideología alemana* y el Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* para formular el “materialismo histórico” que le permite proyectar hacia atrás la dialéctica (del capital) a todas las sociedades anteriores. El resultado fue el análisis de la sociedad en términos de la famosa dicotomía de base y superestructura, donde la superestructura de la política, la ley, la cultura, etc., está determinada por la base económica que se funda en un “modo de producción” dado. A su vez, el desarrollo del modo se explicaba por la interacción dialéctica de las fuerzas y las relaciones de producción.

Esta formulación sencilla fue adoptada en una forma u otra por los participantes de la Segunda Internacional (por ejemplo, Kautsky en *La cuestión agraria*, Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*).⁵⁸ Las dificultades de esta formulación son claras. La presentación habitual huele a puro determinismo económico: la economía del modo de producción determina en forma unilateral la superestructura. A pesar de la fa-

⁵⁶ Véase el ensayo de Colletti, “From Hegel to Marcuse”, en su libro *From Rousseau to Lenin*.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 123-128.

⁵⁸ Karl Kautsky, *La Question Agraire*. Esta es una reproducción en facsímil de la edición de 1900 de Giard et Briere. Véase también a V. I. Lenin, “The Development of Capitalism in Russia”, en *Collected Works*, vol. 3.

mosa carta de Engels a Joseph Bloch en la que niega toda intención de esa clase, el problema del significado de la interacción recíproca de la base y la superestructura permanece insoluto.⁵⁹ Entre otros problemas bien conocidos se encuentra el del análisis de la interacción de diversos modelos (por ejemplo, el capitalista, el socialista) para explicar las sociedades complejas o en transición. El materialismo histórico fue simplificado más aún, en última instancia, por Stalin, quien lo convirtió en una rígida progresión lineal de modos por la que todos los grupos sociales deben pasar.⁶⁰ En su encarnación estalinista, el materialismo histórico se convirtió en una descarada ideología de dominación: la justificación teórica de la explotación de los trabajadores rusos.⁶¹ Este propósito se beneficiaba al interpretar la interacción existente entre las relaciones y las fuerzas de producción como un verdadero determinismo tecnológico. Las observaciones que hizo Marx en el Prefacio, acerca de las fuerzas que rompían los grilletes impuestos por las relaciones de producción, se transformaron en una teoría según la cual el desarrollo de las fuerzas productivas no era sólo necesario sino también suficiente para garantizar la transformación permanente de las relaciones de producción. Esto proveía una justificación ideológica del uso de la fuerza para impulsar a la mayor velocidad posible la

⁵⁹ Engels le dice a Bloch: “Marx y yo somos parcialmente culpables de que los jóvenes hagan a veces más hincapé de lo que debieran en el aspecto económico. Debimos subrayar el principio básico frente a nuestros adversarios, quienes lo negaban, y no siempre tuvimos el tiempo, el lugar o la oportunidad necesarios para considerar debidamente los otros factores involucrados en la interacción” (Engels a J. Bloch, 21 de septiembre de 1890), *Marx-Engels Selected Correspondence*, p. 396.

⁶⁰ José Stalin, *El materialismo histórico y el materialismo dialéctico*.

⁶¹ Charles Bettelheim, *Class Struggles in the USSR* [“Las luchas de clases en la URSS”, Siglo XXI, México, 1976].

acumulación “socialista” para garantizar que no retornará el “capitalismo” a la Unión Soviética. El papel obviamente reaccionario desempeñado por el materialismo histórico y por el materialismo dialéctico en la Unión Soviética fue una de las razones de su abandono por parte de los economistas políticos de Occidente en el período posterior a la segunda Guerra Mundial (véase antes). En el Este, los comunistas chinos reformularon el materialismo histórico para satisfacer sus propias necesidades. Evitaron el determinismo económico y tecnológico de Stalin al subrayar la autonomía relativa de la superestructura (la política) sobre la base económica (la economía). Esto constituía una interpretación en reversa que —como podría sugerir un cínico— servía para justificar la intervención del Partido y buscaba la reglamentación política de todas las esferas de la producción mediante la reeducación ideológica.⁶²

Así pues, esta era la triste condición de la filosofía marxista ortodoxa en los años cincuenta. Principiando por los primeros intentos frustrados de Engels de convertir a Marx en un filósofo, el marxismo ortodoxo se había convertido en una ideología de dominación pretenciosa pero estéril y dogmática. Fue a partir de esta posición desacreditada que Althusser y sus amigos iniciaron el rescate a principios de los años sesenta.

Ya hemos visto en la sección anterior el papel político desempeñado por su reinterpretación del materialismo histórico, en la respuesta del Partido Comunista a los economistas políticos que atacaban el apoyo dado por el Partido al desarrollo capitalista frente a los “elementos feudales” del Tercer Mundo. Esa modifi-

⁶² Véase, por ejemplo, a Hung Hsueh-ping. “The Essence of ‘Theory of Productive Forces’ Is to Oppose Proletarian Revolution”, en *Peking Review*, 19 de septiembre de 1969, pp. 5-8.

cación del materialismo histórico se presentó en *Para leer El capital* como una nueva “ciencia de la historia” y se basó en varias posiciones filosóficas acerca de la naturaleza del marxismo y de la metodología marxista.

En las primeras páginas de *Para leer El capital*, Althusser delineó explícitamente su proyecto como la lectura de *El capital* hecha por un filósofo, por oposición a la de un economista, un historiador, o un lógico.⁶³ Define Althusser este proyecto como un planteamiento de la cuestión del “objeto específico” del discurso de Marx y su distinción frente a otras formas. ¿Para qué se hace esto? Para descubrir “el lugar que ocupa *El capital* en la historia del conocimiento”. Así pues, desde el principio sabemos que debemos esperar un ejercicio puramente teórico en el terreno de la ideología. Cuando Althusser pasa a ilustrar a sus lectores sobre el análisis de los “silencios” y las “indivisibilidades” de un discurso, llegamos inevitablemente a descubrir en el propio Althusser un silencio total sobre las verdaderas luchas y pruebas revolucionarias de la clase trabajadora.⁶⁴ Para Althusser, no hay tal historia. Sólo hay la “ciencia de la historia”. ¿Qué es esta “ciencia” que Althusser construiría olvidándose por completo de la historia? Es la construcción de una conceptualización ahistórica, congelada, de estructuras teóricas eternas. Es la reconstrucción de un antiguo dogmatismo.

Para volver a encontrar este antiguo dogmatismo, Althusser procedió por lo menos en dos sentidos. Primero, dejó fuera de consideración las primeras obras de Marx, como los *Manuscritos económico filosóficos de 1844*, estableciendo una discontinuidad epistemoló-

⁶³ Althusser y Balibar, *Para leer El capital*, op. cit., pp. 19-20.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 24-25.

gica entre un joven Marx hegeliano desorientado y un maduro Marx "científico": el Marx de *El capital*.⁶⁵ Esta posición eliminaba limpiamente toda una serie de interrogantes acerca de la naturaleza y la calidad del trabajo (por ejemplo, la problemática de la alienación) que son ahora tan molestas para el Estado soviético —por el que Althusser ha seguido disculpándose— como para el Occidente. Segundo, lo que es más importante, sostuvo Althusser que el trabajo científico maduro de Marx —*El capital*— era un trabajo puramente teórico cuyo objeto, el concepto del modo de producción capitalista, se analiza en una forma abstracta. Este concepto se generaliza luego como la categoría básica de una ciencia teórica de la historia donde toda la experiencia humana se clasifica de un modo u otro.

Al sostener la autonomía de su "práctica teórica", Althusser estaba creando a la vez un espacio para su trabajo dentro del Partido Comunista francés y para una lectura de *El capital* que lo divorciaba por completo de la historia concreta analizada allí o de cualquiera otra historia en la que pudiera insertarse. El material histórico que rebosa en *El capital* se considera meramente ilustrativo y carente de importancia para el desarrollo del modelo teórico del modo de producción capitalista. En esta forma, Althusser elude tranquilamente toda necesidad molesta de verificar su teoría en la historia (de ordinario un aspecto esencial de toda "ciencia"), y al mismo tiempo hace de su teoría un científicismo aburridamente dogmático.⁶⁶

A pesar de las dudas de algunos miembros de la jerarquía del Partido acerca de este enfoque "nuevo", desde

⁶⁵ Véase la introducción de *La Revolución Teórica de Marx*, de Althusser.

⁶⁶ Véase una de las críticas más deleitosas y completas del cientifi-

su punto de vista lo bueno de este marxismo estructuralista (como lo bautizaron rápidamente los comentaristas) debía ser que, para todos los fines prácticos, seguía sacando a la lucha de clases del centro del escenario y arrojándola a una subestructura de una estructura (las relaciones de producción existentes dentro de la estructura económica) Se piensa así que *El capital* analiza el concepto del capital independientemente de la lucha de clases que puede introducirse (o no) más tarde como un desarrollo posterior, derivado. Esta interpretación es obviamente conveniente para un Partido Comunista francés dedicado a minimizar la lucha de la clase trabajadora y mantenerla frenada. Para resolver los problemas obstinados del determinismo económico y tecnológico, Althusser sólo pudo tomar de Freud el concepto de la sobredeterminación, y de Mao la "autonomía relativa" de la superestructura. El resultado es una mescolanza: una admisión de cualquier número de "determinaciones", mientras que el derecho a la determinación se reserva en última instancia (cuyo significado nunca se define con claridad) para la economía. Esta reformulación equivale sólo a una justificación un poco más refinada de un marxismo-leninismo donde el marxismo sigue proveyendo un análisis de las economía y el leninismo continúa proveyendo un análisis de la esfera política que Marx nunca desarrolló.

A pesar de que Althusser en sus *Elements d'autocritique*, y Nicos Poulantzas —uno de los althuserianos más prolíficos— en *New Left Review*, han admitido que sus obras anteriores (*Para leer El capital*, *La revolución teórica de Marx* y *Poder político y clases sociales*) olvidaron en gran medida la lucha de clases, se han aferrado a su

cismo de Althusser en François George, "Reading Althusser", *Telos* 7 (primavera de 1971), pp. 73-98.

estructura teórica básica con todas sus ramificaciones políticas.⁶⁷ La revisión limitada que Althusser ha considerado necesaria se indica en su cambio de la definición de filosofía, que no es una "teoría de la práctica teórica" sino "la lucha de clases en teoría". La única lucha de clases que parece dispuesto a considerar es la de las batallas ideológicas de los intelectuales izquierdistas.

Todo este ejercicio es a la vez notable y deprimente. Pronto se hace evidente, para quienquiera que haya leído a Engels y a Stalin, que Althusser y sus amigos no han añadido casi nada a las discusiones originales del materialismo histórico, fuera de un vocabulario más oscuro y un brillo cientificista más profundo. Todavía nos quedamos con una taxonomía sociológica inerte de los modos de producción, los problemas insolutos de las interacciones existentes entre el dualismo de base y superestructura, el misterio de la articulación de los modos,⁶⁸ la ausencia de la lucha de clases, y un fetichismo de la producción que justifica el socialismo contemporáneo.⁶⁹ La aceptación general de estas posiciones por quienes se aferran a las promesas del "método científico" y tratan de separar la "ciencia" de la

⁶⁷ La admisión más bien renuente, por parte de Nicos Poulantzas, de que él y Balibar "subestimaron" el "papel" de la lucha de clases, se encuentra en su ensayo "The Capitalist State", *New Left Review* 95 (enero-febrero de 1976), especialmente pp. 74, 78. La autocritica de Althusser se encuentra en su libro en traducción española: *Elementos de autocritica*, Laia, Barcelona, 1975.

⁶⁸ Véase en Pierre-Phillippe Rey, *Les Alliances de classes*, uno de los intentos más serios de elaboración de una teoría de la "articulación" de los modos que demuestra los límites del concepto.

⁶⁹ Véase en Jean Baudrillard, *Le miroir de la production* ["El espejo de la producción"], ed. española en Gedisa, Barcelona, 1980. Una crítica útil al fetichismo de la producción que afecta a muchos marxistas. Desafortunadamente, su uso de la lingüística estructural

filosofía política del Partido que la engendró, revela el aislamiento intelectual y político, frente a las luchas concretas de la clase trabajadora, de muchos de quienes tratan de revivir a Marx en este período.

En este punto voy a recapitular brevemente lo que se ha dicho hasta ahora acerca de la lectura de Marx durante el resurgimiento contemporáneo como un punto de referencia para la discusión que seguirá. Una crítica básica de la lectura de *El capital* como economía política fue que tal lectura aceptaba la tradición del establecimiento de una dicotomía nítida entre la economía y la política y confinaba a *El capital* a la primera esfera. Como hemos visto, esta tradición se ha justificado también "filosóficamente" en las diversas ramas del materialismo dialéctico, incluida la versión althusseriana. Ya sea en el caso de la revivida tradición marxista de la teoría de la crisis, o en el caso del neomarxismo keinesiano, el análisis se centra predominantemente en el desarrollo del capital mismo, definido en forma autónoma de la lucha de clases. En suma, la economía política se ha ocupado de la teorización de la fábrica capitalista como el sitio de la producción de valor excedente junto con la circulación y realización de valor. Dentro de la fábrica se ve virtualmente completa la dominación capitalista. Aunque los trabajadores podrían luchar legítimamente para impedir que los salarios bajaran en periodos de crisis, tales luchas "economicistas" están constreñidas en última instancia dentro de la dinámica del crecimiento capitalista y no pueden plantear ninguna amenaza real a su existencia. La conclusión inevitable de esta clase de análisis es la colocación de toda esperanza de lucha eficaz en la esfera "política", lo que implica de ordinario el apoyo a alguna

y su entendimiento incorrecto de Marx limita la utilidad de su trabajo a dicha crítica.

forma de organización partidista. En tal situación, la discusión del surgimiento y la organización de la lucha de clases gira generalmente alrededor de la cuestión de la "conciencia de clase". ¿Bajo cuáles circunstancias y a través de cuáles procesos obtienen los trabajadores la conciencia de sí mismos como una clase cuya organización resulta esencial para derrotar al capital? Con respecto a esta cuestión, como hemos visto, la ortodoxia marxista se ha asociado a la respuesta dada por el Lenin de *¿Qué hacer?*: que los trabajadores serían educados por un partido educado de revolucionarios profesionales que son los únicos que pueden ver más allá de los intereses economicistas particulares de cada grupo de trabajadores, o sea los intereses de la clase como un todo.⁷⁰

UNA TEORÍA CRÍTICA: LA FÁBRICA Y LA ESFERA CULTURAL

Es en este marco de la tradición marxista-leninista que podemos examinar la del Marxismo Occidental y la Teoría Crítica y empezar a ver sus innovaciones y sus semejanzas. En lo que sigue enfocaré sólo dos de los posibles puntos de comparación: a) el análisis de la fábrica capitalista, donde las teorías críticas de la Escuela de Francfort muestran una semejanza notable con el elemento básico de la economía política marxista tradicional, y b) el análisis de la esfera cultural donde el Marxismo Occidental y la Teoría Crítica dejan atrás el marxismo ortodoxo al mismo tiempo que reproducen sus deficiencias más fundamentales.

⁷⁰ Antonio Carlo ha demostrado fehacientemente que *¿Qué hacer?* no fue la única ni la última posición adoptada por Lenin sobre la organización. Véase "Lenin on the Party", *Telos* 17 (otoño de 1973), pp. 3-52.

LA RACIONALIDAD TECNOLÓGICA Y LA PLANEACIÓN

El Marxismo Occidental y la Teoría Crítica se asocian más comúnmente con el retorno a Hegel y la problemática de la conciencia, la alienación y la cultura: un retorno ocurrido en el contexto de un esfuerzo por reflexionar sobre el marxismo a la luz del derrumbe de la Segunda Internacional en 1914, la revolución rusa de 1917, y las experiencias de los trabajadores consejistas inmediatamente después de la primera Guerra Mundial. Sin embargo, detrás de estos temas culturales definitorios están implícitas y a veces explícitas algunas posiciones sobre los temas marxistas de economía política tradicionales. Esto puede verse en grados variables en la Escuela de Francfort. En efecto, en virtud de que la Teoría Crítica se desarrolló alrededor del Instituto de Investigación Social de Francfort, hubo una discusión considerable acerca de la economía política en el debate con algunos exponentes de concepciones más tradicionales tales como Henryk Grossman, y con los Comunistas Consejistas Paul Mattick y Anton Pannekoek (cuyo trabajo mencionamos en la sección anterior sobre la lectura de *El capital* como economía política). Gran parte de esta discusión se centró en la cuestión de la crisis capitalista y las implicaciones políticas de ver o no ver su carácter inevitable. Las posiciones variaron ampliamente en lo tocante a tal carácter inevitable y a sus implicaciones. Lukács, por ejemplo, abrazó el concepto de las leyes ciegas de la crisis en *Historia y conciencia de clase* y al final permaneció fiel al partido leninista. Grossman, Mattick y Horkheimer aceptaron también lo inevitable del derrumbe, pero negaron la conclusión política leninista. Por otra parte, Pannekoek y Korsch (al final) rechazaron el carácter inevitable y la política leni-

nista.⁷¹ En última instancia, sin embargo, el debate sobre la teoría de las crisis era una cuestión derivada. La base de toda la discusión era una certeza compartida acerca de la dominación capitalista absoluta en la esfera económica, del despotismo capitalista en la fábrica. A este nivel, sólo diferían estos autores en sus formulaciones del carácter de tal control. Y a este nivel los Teóricos Críticos avanzaron más aún que la mayoría de los economistas políticos en el análisis del carácter de ese despotismo.

El impulso fundamental que llevaba a los asociados a la Escuela de Francfort más allá de la economía política marxista tradicional en esta área era su análisis de la dominación tecnológica, por una parte, y de la planeación capitalista, por la otra. A fines de los años veinte y durante los años treinta, el marxismo crítico debió ocuparse no sólo del fracaso de los consejos de trabajadores sino también de los cambios radicales que luego ocurrieron en la administración de la acumulación capitalista en relación con el surgimiento del fascismo europeo, de la acumulación "socialista" en la Unión Soviética, y del Estado keinesiano durante el Nuevo Trato en los Estados Unidos. Los resultados finales de este ajuste son bien conocidos. Incluyen el análisis de la Unión Soviética como capitalismo de Estado (una posición compartida por los Comunistas del Consejo), la discusión de la unidimensionalidad de Marcuse, y la formulación del capitalismo de Estado a manos de Horkheimer, ya fuese de la variante "liberal", "fascista" o "socialista", como el estado autoritario. Los fundamentos esenciales de estas posiciones se han reconocido menos claramente hasta hace poco tiempo: el

entendimiento de que el capitalismo había superado sus crisis de los años veinte y treinta mediante la implantación de la planeación económica sistemática, no sólo por parte de la burocracia soviética sino también de los estados capitalistas de Occidente. Una figura destacada en la aclaración de este análisis fue Friedrich Pollock del Instituto de Francfort.⁷² Sus estudios de la planeación económica, en Oriente y Occidente, lo llevaron a concluir que los antiguos mecanismos "automáticos" de la competencia del mercado capitalista que habían conducido a la creciente crisis internacional estaban siendo abandonados a favor de un "nuevo orden económicamente planeado" basado en la intervención estatal. Esta nueva acumulación del capital, de planeación central, era la esencia del "capitalismo de Estado" y del "estado autoritario". Para Pollock, este desarrollo fue una consecuencia de la creciente concentración del capital que permitió la extensión del modelo fabril del control despótico al conjunto de la sociedad. Influyó en su desarrollo de esta concepción su investigación de la nueva forma de la tecnología de la organización como dominación dentro del plan del capital monopólico: la automatización. "Entre las consecuencias más graves de la automatización", escribió Pollock, se encuentra "el peligro de que tal automatización refuerce la tendencia ya existente hacia una sociedad totalitaria".⁷³ Esto ayuda a explicar cómo la Teoría Crítica pudo cambiar su atención hacia el análisis del "reino cultural". Porque suponía el control capitalista total en la fábrica y veía que el Estado autoritario

⁷² Giacomo Marramao subrayó la importancia del trabajo de Pollock y su influencia sobre la Teoría Crítica en "Political Economy and Critical Theory", *Telos* 24 (verano de 1975), pp. 56-80.

⁷³ Friedrich Pollock, *Automation*, citado en Marramao, "Political Economy and Critical Theory", p. 75.

⁷¹ Russell Jacoby, "The Politics of the Crisis Theory: Towards the Critique of Automatic Marxism II", en *Telos* 23 (primavera de 1975), pp. 3-52.

extendía esa hegemonía al resto de la sociedad, la implicación obvia era el estudio de las nuevas formas de dominación emergentes que constituían tal extensión.

En este marco, debe quedar claro que la preocupación general del marxismo occidental y la Teoría Crítica por los temas "culturales" era inmanentemente política y no un retroceso a los campos "puramente filosóficos" de la especulación, como algunos han sostenido,⁷⁴ por lo menos en sus años más fructíferos (los años treinta). El abandono de los años cuarenta y cincuenta, por parte de Horkheimer, Adorno y otros, del proyecto de fundación de una crítica políticamente radical de la sociedad capitalista, fue un capítulo separado en la evolución de la Teoría Crítica. Por ejemplo, los numerosos escritos de Gramsci sobre el papel de los intelectuales y las instituciones educativas, religiosas y culturales de otra índole en los años veinte, formaron parte de sus esfuerzos por analizar la forma en que el capital lograba la hegemonía a través de la inculcación ideológica del consentimiento: una problemática cuya importancia aumentó con la creciente penetración y planeación de estas instituciones por parte del Estado capitalista. Aunque en los años treinta y cuarenta Adorno, Horkheimer y Marcuse aceptaron y expandieron el trabajo de Pollock sobre la tiranía de la racionalidad tecnológica y la extensión de la reglamentación fabril y la forma mercantil a toda la sociedad, fue primordialmente por el trabajo de Marcuse en los años

⁷⁴ Véase, por ejemplo, a Perry Anderson en su *Considerations on Western Marxism*. En sus esfuerzos por defender la versión trotskista del marxismo-leninismo, Anderson no puede captar las verdaderas aportaciones del marxismo occidental y pierde de vista su enfoque básico al agrupar erradamente bajo ese título a tales anti-hegelianos como Althusser, Della Volpe y Colletti.

sesenta que estas ideas se preservaron y se volvieron ampliamente conocidas e influyentes en la Nueva Izquierda.

En *El hombre unidimensional*, Marcuse elaboró las ideas fundamentales de la crítica de la Escuela de Francfort a la nueva "sociedad de la abundancia".⁷⁵ El estado keinesiano como capitalista colectivo se interpreta como la administración no sólo de la fábrica colectiva sino también de la esfera del consumo donde las demandas de la clase trabajadora se satisfacen por una nueva lógica de dominación consumista. Al satisfacer las demandas cuantitativas de la clase trabajadora al mismo tiempo que manipula y configura tales demandas en su sentido cualitativo, el capitalismo avanzado puede integrar las luchas economicistas de los trabajadores dentro del capital y frenar así la formación de la conciencia y la revuelta de la clase trabajadora. Este es el aspecto "cultural" de la planeación. Ya no se trata de aplastar las luchas salariales de los trabajadores mediante crisis periódicas, sino de manejar las necesidades de la clase trabajadora en sentido cuantitativo y cualitativo para que no desafíe al sistema. Con la extensión de la forma mercantil a todos los aspectos de la vida, esto involucra el control de la virtual totalidad de la esfera cultural mediante la manipulación del consumo. En instituciones tales como el sistema educativo, esta clase de control se complementa con otras formas de la integración, lo que también asume la forma de la cooptación en lugar de la represión directa. Este fue el concepto básico del famoso ensayo de Marcuse sobre la "tolerancia represiva" del disenso dentro del marco de la "liber-

⁷⁵ Herbert Marcuse, *One Dimensional Man* ["El hombre unidimensional"], traducción al español en Joaquín Mortiz, México, 1968.

tad" académica, publicado en 1965.⁷⁶ Encontramos aquí, en un contexto nuevo, la reiteración de muchos de los temas de la Escuela de Francfort de los años cuarenta. El ataque de Marcuse a la violencia institucionalizada del capital evoca el análisis hecho por Horkheimer, del carácter represivo generalizado del estado autoritario, en 1940.⁷⁷

Fue también en los años sesenta que la Teoría Crítica se unió otra vez, en forma tenue, a la economía política. El análisis de la hegemonía capitalista hecho por Marcuse, que en *Un ensayo sobre la liberación* se entiende explícitamente como fenómeno global, encontró un eco en los escritos de Baran y Sweezy.⁷⁸ Cierta influencia de la Escuela de Francfort se había hecho ya evidente en *La economía política del crecimiento* (1956), de Baran, quien en 1931 había pasado un año formativo como ayudante de investigación de Pollock en Francfort.⁷⁹ Esa influencia no había aparecido sólo en los argumentos de Baran en el sentido de que la clase trabajadora norteamericana estaba totalmente integrada en un imperialismo "popular" norteamericano sino también en su formulación de la contradicción existente entre la racionalidad capitalista y el progreso de la razón histórica.⁸⁰ En *El capital monopolista*, la crítica hecha por Baran y Sweezy de la "irracionalidad"

⁷⁶ R. P. Wolff, B. Moore, Jr., y H. Marcuse, *A Critique of Pure Tolerance*.

⁷⁷ Max Horkheimer, "The Authoritarian State", en *Telos* 15 (primavera de 1973), pp. 3-20. Hay traducción española de este trabajo en Revista *Palos*, núm. 1, México (1980), pp. 113-135.

⁷⁸ Herbert Marcuse, *An Essay on Liberation*. [*Un ensayo sobre la liberación*] ed. española en Joaquín Mortiz, México, 1970.

⁷⁹ Paul M. Sweezy y Leo Huberman (comps.), *Paul Baran: A Collective Portrait*, pp. 32-33.

⁸⁰ Baran, *La economía política del crecimiento*, op. cit., pp. 122-123.

del capital avanzado, y su negación continua de la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora norteamericana, recordaban el trabajo de Marcuse, como ocurría también con su búsqueda de agentes revolucionarios "fuera" del capital, entre grupos de clase no trabajadora de campesinos del Tercer Mundo, estudiantes descontentos y negros desempleados.⁸¹ Como Marcuse, Baran y Sweezy deploraron el consumismo, el desperdicio y la violencia del capitalismo keynesiano como partes integrales de la hegemonía económica y cultural. En todos estos aspectos, Marcuse, Baran y Sweezy expresaban algunas cuestiones importantes del ciclo de luchas de los años sesenta en una forma que eclipsaba al mismo tiempo las teorías osificadas del marxismo ortodoxo y la Antigua Izquierda y revivían los avances logrados por el marxismo occidental y la Teoría Crítica en los años treinta y cuarenta. Desafortunadamente, como se indicó en la discusión anterior de Baran y Sweezy y debe reiterarse aquí a propósito de Marcuse y la Teoría Crítica, estos enfoques contienen un defecto básico que mina su capacidad para captar plenamente la importancia de las luchas de los años sesenta o del período subsecuente del contraataque capitalista en los años setenta.

El defecto que se encuentra en el centro mismo del concepto de la hegemonía cultural burguesa de la Teoría Crítica (que también afecta a la teoría de economía política de la dominación tecnológica capitalista en la fábrica) es su unilateralidad total. La postulación de la hegemonía cultural, como la de una racionalidad tecnológica todopoderosa, refleja la incapacidad para reconocer o teorizar sobre el surgimiento de algún

⁸¹ Véanse los caps. X y XI, "Sobre la calidad de la sociedad capitalista monopolista" y "El sistema irracional", en Baran y Sweezy, *El capital monopolista*, op. cit.

poder de la clase trabajadora capaz de amenazar al sistema. Aunque la teoría puede haber reflejado correctamente los nuevos problemas que acompañaron al ascenso de Hitler, Stalin y Roosevelt, su pesimismo exagerado se manifestó en los años sesenta. La lógica de la teoría de la integración consumista absoluta obligó a Marcuse, Baran y Sweezy a interpretar las agitaciones de la época como algo que quedaba "fuera" de la lucha de clases y basaron sus esperanzas en lo que consideraban como revueltas contra la represión racial y sexual y contra la irracionalidad general del sistema. Esta exteriorización de la contradicción les impidió apreciar la eficacia de las luchas efectivas de los trabajadores asalariados y su interacción con las luchas complementarias de los no asalariados. En consecuencia, Marcuse sólo pudo ver una derrota en la disolución del "movimiento" a principios de los años setenta, así como el peligro creciente de un nuevo fascismo. Incapaz de entender cómo el ciclo de las luchas de los años sesenta había arrojado al capital a la crisis, Marcuse se vio obligado a recurrir a la economía política de Baran y Sweezy en busca de una explicación de la crisis económica internacional de los años setenta.⁸² Resulta irónico que Marcuse haya hablado de una "contrarrevolución" capitalista que podría conducir a 1984, pero no pueda ver la "revolución" que se contraataca y sólo pueda proclamarla como una acción "preventiva" del capital.⁸³ Marcuse percibe la revuelta contra el trabajo, pero interpreta su absentismo generalizado, la reducción de la productividad, el sabotaje industrial, las huelgas locas, y las deserciones escolares, simplemente

⁸² Herbert Marcuse, *Contrarrevolution and revolt* [*Contrarrevolución y revuelta*], ed. española en Joaquín Mortiz, México, 1973.

⁸³ *Ibid.*, p. 12.

como signos "prepolíticos" de descontento y del posible derrumbe de la hegemonía cultural burguesa por la vía del consumismo manipulado.⁸⁴ En consecuencia, Marcuse ha empezado, en *Contrarrevolución y revuelta* (1972), a modificar su teoría crítica para considerar la forma en que la lógica consumista del capitalismo contemporáneo puede estar minando a sí misma por la producción de necesidades no integrables, trascendentes. Postula Marcuse una divergencia creciente entre las promesas consumistas de la ideología capitalista propagada por los medios masivos y la inclinación a terminar en un período de crisis económica: "una contradicción entre lo que es y lo que es posible y debiera ser".⁸⁵ Las conclusiones políticas obtenidas de este análisis por Marcuse formulan la situación política actual en términos de la cuestión ideológica de la posibilidad de que la creciente insatisfacción popular pueda ser convertida por un esfuerzo educativo y de organización de la Nueva Izquierda revivificada en una amenaza real para el sistema. A pesar de su afirmación de que el consumismo ha ensanchado la base de la explotación y de la revuelta política, y sus exhortaciones para un resurgimiento de la Nueva Izquierda, debe observarse que Marcuse señala reiteradamente lo que parecen a veces dificultades insuperables para la realización de este programa. En vista de su insistencia en el aislamiento de los radicales, su reiterada afirmación de la "debilidad política y actitud no revolucionaria de la mayor parte de la clase trabajadora", y su afirmación de la necesidad de una "larga marcha a través de las instituciones" (trabajar dentro del sistema), no sorprende encontrar en su declaración final la evocación

⁸⁴ *Ibid.*, p. 33.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 31.

del “camino largo” tradicional en la Antigua Izquierda: “la siguiente revolución será cosa de varias generaciones y la ‘crisis final del capitalismo’ puede tardar mucho, pero no un siglo”.⁸⁶ Ha desaparecido su optimismo acerca de las luchas de los años sesenta. Marcuse parece haber redescubierto el pesimismo inherente al concepto de la hegemonía de la Escuela de Francfort, así como su limitado programa político para un proceso prolongado de “fortalecimiento de la conciencia” mediante la crítica ideológica de la sociedad. Incapaz de ver el poder real desarrollado y esgrimido por los trabajadores de hoy, Marcuse no puede captar la extensión ni las dificultades de los esfuerzos actuales de reestructuración capitalista, ni la forma en que las luchas continuas de los trabajadores están frustrando tales esfuerzos. De este drama, Marcuse sólo puede captar el lado represivo de la ofensiva capitalista y se refugia en un programa izquierdista más o menos tradicional de defensa contra el capitalismo estatal autoritario por la vía de las luchas ideológicas de la *Teoría Crítica*.

Resumimos: a pesar de la originalidad y utilidad de su investigación de los mecanismos de la dominación capitalista en las esferas económica y cultural, y precisamente en la formulación de tales mecanismos como algo unilateralmente hegemónico, los Teóricos Críticos han permanecido ciegos a la capacidad de las luchas de la clase trabajadora para transformar y amenazar la existencia misma del capital. Su concepto de la dominación es tan completo que el “dominado” desaparece virtualmente como un sujeto histórico activo. En consecuencia, estos filósofos no han podido salir del marco de la mera crítica ideológica de la sociedad capitalista.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 145.

Volviendo a la analogía militar utilizada antes en esta introducción, podemos plantear la dificultad en esta forma: si centramos nuestra atención sólo en las actividades del enemigo en el campo de batalla, seguramente perderemos la batalla. En la guerra de clases, como en los enfrentamientos militares convencionales, debemos principiar por un estudio minucioso de nuestras propias fuerzas, es decir, por la estructura del poder de la clase trabajadora. Sin un entendimiento de nuestro propio poder, el movimiento de avance y retroceso de las líneas de batalla puede aparecer como un proceso incesante, impulsado por la actividad unilateral del enemigo. Cuando el enemigo se reagrupa o reestructura, como lo está haciendo el capital en la crisis actual, sus acciones deben entenderse en términos de la derrota de tácticas y estrategias anteriores por nuestras fuerzas, no simplemente como otro movimiento astuto. Es obvio que se requiere un análisis de la estrategia enemiga. Lo esencial es que sólo puede obtenerse un entendimiento adecuado de esa estrategia si la captamos en relación con nuestros propios puntos fuertes y débiles.

En la película *Patton* hay una escena muy instructiva en la que Patton ve que derrotará al ejército de tanques de Rommel en el Norte de África y grita: “¡Ya leí tu libro, bastardo!” Se está refiriendo a una traducción del libro de Rommel sobre la guerra de tanques. Si Patton hubiese leído ese libro de su oponente declarado en la forma en que los Teóricos Críticos leen a los autores burgueses, todavía estaría sentado en su cuartel general escribiendo “críticas” de este punto o el otro cuando Rommel le pasara por encima con su ejército. Por el contrario, Patton leyó el libro como un arma enemiga, lo que realmente era, para desarrollar mejores estrategias y derrotarlo. También le habría servido

de poco si, enfrentado finalmente al ejército de Rommel, no tuviese ningún entendimiento de su propio poder de combate.⁸⁷

De poco sirve el estudio de las estructuras de la dominación capitalista si no se reconocen como estrategias que el capital debe luchar para imponer. La estrategia revolucionaria no puede crearse a partir de una crítica ideológica; se desarrolla dentro de la intensificación efectiva de la lucha de la clase trabajadora. Si no vemos esto, inevitablemente tendremos que regresar al terreno de la "formación de conciencia" como el único camino para cerrar la brecha percibida entre la indefensión de la clase trabajadora (la hegemonía capitalista) y la victoria de la clase trabajadora (la derrota revolucionaria del capital).

Este breve bosquejo de la Teoría Crítica no pretende en modo alguno presentar una imagen completa de su desarrollo y alcance, sino sólo una idea de su tema básico y sus limitaciones. Una evaluación completa del trabajo realizado por los Teóricos Críticos tendría que ocuparse de toda la obra de los autores mencionados,

⁸⁷ El uso de analogías militares ayuda a conceptualizar la lucha de clases como una guerra de clases, pero esta línea de pensamiento tiene limitaciones claras. Quizá la más obvia sea el hecho de que las guerras entre ejércitos, al revés de las guerras entre las clases, son dirigidas de ordinario por generales. La conceptualización de la estrategia de la lucha de clases como algo formulado y aplicado por generales se aproximaría mucho al concepto habitual de la vanguardia marxista-leninista. Si bien es cierto que la clase capitalista tiene algo parecido a los jefes de estado mayor conjunto en los organismos de sus instituciones de planeación, es raro que la clase trabajadora tenga una organización muy centralizada (a pesar de las pretensiones leninistas). Por lo tanto, el concepto de la estrategia de la clase trabajadora debe entenderse en términos del impulso efectivo de la lucha de la clase trabajadora. La unidad eficaz de la estrategia depende del grado de complementariedad de las estrategias de los diversos sectores de la clase.

al igual que de la obra de figuras contemporáneas tales como Oskar Negt, Alfred Schmidt y, especialmente, Jürgen Habermas. Sin embargo, como podrá apreciarse en una lectura de obras tales como *Legitimation Crisis*, de Habermas, las características básicas del análisis siguen siendo su apego a la crítica ideológica y su impotencia para captar el surgimiento y el desarrollo del poder de la clase trabajadora.

LA LECTURA POLÍTICA DE "EL CAPITAL"

La alternativa de la crítica ideológica, ya sea de la variedad de economía política o la filosófica, consiste en principiar por un análisis estratégico del patrón de desarrollo del poder de la clase trabajadora como la única base posible para resolver la cuestión del incremento de ese poder. Tal análisis requiere que se parta de un examen de las luchas efectivas de los trabajadores: su contenido, cómo se han desarrollado, y hacia dónde se dirigen. Entiendo por tal las luchas de los propios trabajadores, no las de sus organizaciones "oficiales" (sindicatos, partidos, etc.). Las acciones de estas organizaciones pueden expresar o no fielmente las luchas de los propios trabajadores. A menudo se oponen por completo a tales luchas. Por esta razón, debemos principiar por las propias luchas sin mediadores. Dado que la clase no es monolítica sino que se encuentra dividida —el capital gobierna por la división—, el examen de dichas luchas requiere un análisis de los diferentes sectores de la clase y sus interrelaciones, sobre todo la forma en que las luchas de un sector están circulando o no hacia otros sectores. La unidad real contra el capital sólo se logra mediante una circulación de las luchas, donde los miembros de diversos

sectores de la clase se interconectan para volverse complementarios. Sin tal complementariedad, la “conciencia de clase” es sólo un mito ideológico; con ella, la “conciencia de clase” resulta superflua. Por lo tanto, una evaluación del poder actual de la clase trabajadora exige como requisito esencial la percepción clara de las divisiones existentes dentro de la clase —que deben entenderse como divisiones básicamente jerárquicas del poder frente al capital— y el grado en que tales divisiones estén siendo superadas. Sólo dentro de este marco podremos evaluar con provecho las iniciativas del capital en la fábrica y en la esfera “cultural” más amplia.

Para realizar tal evaluación de la lucha de clases desde el punto de vista de la clase trabajadora, es necesario percibir primero su punto de partida: la actividad de la clase que la hace algo más que un engrane explotado de la maquinaria del capital y más que una masa fragmentada que requiere instrucción acerca de sus intereses de clase. Esta percepción básica parece haberse impuesto reiteradamente a algunos marxistas, por lo menos, durante los períodos de la agitación revolucionaria, y parece haberse perdido con frecuencia en los períodos de derrota. En el caso de Marx, su entendimiento de la autonomía de la clase trabajadora frente a otras clases se vio impulsado por su participación en las revoluciones de 1848 y sus estudios de la Comuna de 1871, y se confirmó en sus estudios detallados del desarrollo histórico del capitalismo. Encontramos muchos ejemplos claros de entendimiento en *El capital*, por ejemplo en su análisis de las luchas de los trabajadores por acortar la jornada de trabajo (véase más adelante, capítulo II).

En el caso de Lenin, el rápido desarrollo de los soviets por parte de los trabajadores rusos en 1905 y de

nuevo en 1917 lo obligó a revisar su análisis anterior de *¿Qué hacer?* (1902). Antes había insistido Lenin en el carácter fragmentado y defensivo de las luchas de los trabajadores y en la necesidad de que algunos revolucionarios profesionales enseñaran a la clase sus intereses. A resultas de la autonomía demostrada por los soviets frente al capital y los bolcheviques por igual, Lenin volvió al ejemplo de la Comuna al escribir *El Estado y la revolución* y lanzó el lema de “Todo el Poder para los Soviets”. Más tarde, con la burocratización de los soviets y la lucha por la “acumulación socialista”, se borró del léxico de los planeadores soviéticos y del marxismo ortodoxo el concepto del poder autónomo de los trabajadores.⁸⁸

Como vimos en la sección anterior, a pesar de su experiencia en los consejos de trabajadores, los Comunistas Consejistas no pudieron desarrollar ningún concepto duradero de la autonomía de los trabajadores. Por ejemplo Karl Korsch, quien participó en los abortados gobiernos de los trabajadores alemanes de 1923, conservó una posición leninista de la variedad del libro *¿Qué hacer?* durante todo el período. Cuando abandonó más tarde esta posición, lo hizo en el contexto de su expulsión del Partido Comunista alemán y de un análisis de las luchas de los trabajadores en la propia Unión Soviética. Para esa época (1927), sin embargo, la contrarrevolución estaba bien atrincherada en Europa Occidental y en la Unión Soviética, y las luchas de los trabajadores estaban predominantemente a la defensiva.⁸⁹ Estos antecedentes ayudan a explicar la incapacidad de los marxistas occidentales

⁸⁸ Carlo, “Lenin on the Party”.

⁸⁹ Véase el examen que hace Douglas Kellner del cambio de posición de Korsch en su ensayo “Korsch’s Revolutionary Historicism”.

para conceptualizar cualquier papel autónomo de la lucha de la clase trabajadora dentro del capital.

LA TENDENCIA JOHNSON-FOREST

Un importante momento de reconocimiento de la realidad de la autonomía se encuentra en la obra de la llamada Tendencia Johnson-Forest, surgida en los años cuarenta dentro del movimiento trotskista y luego separada de este movimiento en 1950.⁹⁰ La Tendencia Johnson-Forest tomó su nombre de los seudónimos J. R. Johnson y F. Forest, adoptados durante ese período por C. L. R. James y Raya Dunayevskaya, respectivamente. La lucha de los miembros de esta tendencia por el reconocimiento de la actividad de los trabajadores y en contra de los conceptos del partido leninista del libro *¿Qué hacer?* ocurrió a muchos niveles.

⁹⁰ La Tendencia Johnson-Forest surgió por primera vez en 1941 dentro del partido de los Trabajadores Trotskistas que se había separado del partido de los Trabajadores Socialistas (la rama norteamericana de la Cuarta Internacional) el año anterior. En 1947, Johnson-Forest abandonó el partido de los Trabajadores para volver al Partido de los Trabajadores Socialistas donde permaneció hasta que finalmente abandonó por completo el movimiento trotskista en 1950. La única historia de esta Tendencia y de los grupos posteriormente asociados con ella que he podido encontrar, escrita por un observador externo, es la introducción que hizo Bruno Cartosio a una colección italiana de los escritos de Martín Glaberman, *Classe Operaia, Imperialismo e Rivoluzione negli USA*. Varios de los documentos de la propia tendencia examinan su desarrollo y hay un relato partidista de Raya Dunayevskaya en su libro *For the Record, the Johnson-Forest Tendency or the Theory of State-Capitalism, 1941-51: Its Vicissitudes and Ramifications*. Muchos de los documentos de la Tendencia pueden encontrarse en los Archivos de Historia Laboral y Asuntos Urbanos, Biblioteca Walter Reuther, Universidad Estatal de Wayne, Detroit, Michigan.

James, un negro de Trinidad, parece haber llegado a su posición a través de su participación en diversas luchas de trabajadores, o de conexión con luchas tales como el movimiento de independencia de Trinidad, el de los negros norteamericanos del Sur y el de las fábricas automotrices de Detroit. Desde fines de los años treinta, James defendió el reconocimiento de la vitalidad y la importancia de la independencia de las luchas de los negros en los Estados Unidos y se opuso a todo intento de inclusión de tales luchas en un partido izquierdista. En efecto, para fines de los años cuarenta, James sostenía que los trabajadores negros constituían "la vanguardia de las luchas de los trabajadores" en la industria automotriz y en otras partes.⁹¹

Sin embargo, el reconocimiento de la autonomía por parte de los miembros de la Tendencia no se aplicó sólo a los trabajadores negros. También reconocieron la autonomía de la clase trabajadora misma, frente al capital y frente a sus organizaciones "oficiales": el Partido y los sindicatos. Esto se advierte claramente en su tratamiento de los acontecimientos de los Estados Unidos y la Unión Soviética en los años treinta y cuarenta. Durante los años cuarenta, tanto James como Dunayevskaya realizaron algunos estudios intensos de la naturaleza del sistema en la Unión Soviética y su relación con el capitalismo occidental como parte de sus esfuerzos por entender ese período de la lucha de clases y el significado de la segunda Guerra Mundial. A medida que proseguía su análisis, aumentaba su conflicto con el análisis trotskista ortodoxo de la situación

⁹¹ Véase a C. L. R. James, "The Revolutionary Solution to the Negro Problem in the United States (1947)", en *Radical America* 4, núm. 4 (mayo de 1974), p. 18, un número especial sobre C. L. R. James.

existente en los Estados Unidos y la URSS como un “estado de trabajadores degenerado”, y también con las concepciones de las direcciones políticas correctas implicadas por estos análisis. En una serie de artículos, folletos y pronunciamientos, James y Dunayevskaya establecieron sus propias posiciones sobre estas cuestiones. Es posible que el documento más importante de este período, ya que fue el último, haya sido *State Capitalism and World Revolution*, escrito al parecer primordialmente por C. L. R. James y sometido a la convención de 1950 del Partido de los Trabajadores Socialistas.⁹² Fue poco después de esta convención que la Tendencia se separó oficialmente para constituirse en 1951 como el Comité de Publicación de Correspondencia.

En *State Capitalism and World Revolution* analizó James el modo de producción existente en los Estados Unidos y sostuvo que el surgimiento del *tailorismo* y el *fordismo* anunciaban una nueva fase de la lucha de clases. Como los miembros de la Escuela de Francfort, aunque sin ninguna conexión directa que yo pueda encontrar, percibió James que las nuevas tecnologías constituían nuevos métodos de dominación. Al revés de los miembros de la Escuela de Francfort, James percibió también el poder de los trabajadores y cobró una conciencia clara de la importancia fundamental de este reconocimiento.

⁹² C. L. R. James, *State Capitalism and World Revolution*, p. 22. El ensayo fue presentado originalmente como un documento y luego publicado en forma de libro. Glaberman se refiere en esta forma a su autor en la introducción: “El origen de este trabajo como el punto de vista colectivo de la Tendencia Johnson-Forest exigía también que su autoría fuese anónima. Resulta agradable poder reconocer que, con la clase de ayuda de otros miembros de su grupo que es habitual en los documentos políticos, el autor fue C. L. R. James”.

James sostuvo que el *tailorismo* se había transformado desde una fase de aplicación experimental antes de la primera Guerra Mundial para convertirse en un “sistema social” donde la fábrica se “arregla para permitir un flujo continuo de la producción, así como la planeación por adelantado de la producción, la operación y el control”.⁹³ Y luego el *fordismo*, entre 1924 y 1928, añadió una nueva “racionalización de la producción” asociada con “la subdivisión constantemente creciente del trabajo, la disminución de la necesidad de habilidades, y la determinación de la secuencia de las operaciones y la velocidad por la máquina”.⁹⁴ Esta nueva organización de la producción proveía la base del totalitarismo moderno, no sólo en los Estados Unidos sino también en Alemania y la Unión Soviética. “El régimen de Ford antes de la sindicalización”, escribió James, “es el prototipo de las relaciones de producción en la Alemania fascista y la Rusia estalinista”.⁹⁵ Pero donde James y la tendencia Johnson-Forest diferían radicalmente de otros que también percibían la dominación era en su insistencia no menor en el poder de los trabajadores para oponerse a estas formas nuevas: “Pero —y sin esto está perdido *todo* el marxismo— inextricablemente ligada a la *tendencia* totalitaria está la respuesta de la clase trabajadora. Todo un estrato nuevo de trabajadores, resultado del desarrollo económico, se rebeló en la CIO”.⁹⁶

Cuando luego analizó el período subsecuente, en el que las burocracias sindicales se volvieron contra los

⁹³ *Ibid.*, p. 39.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 40.

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ *Ibid.*

trabajadores y se transformaron "en un instrumento de la producción capitalista", otra vez vio James algo más que la simple dominación. Vio la rebelión autónoma de las masas de trabajadores contra la aceleración del trabajo y el sindicato: "Pero junto con esta intensificación de la producción capitalista y esta atadura del trabajador durante cinco años [con el contrato] *debe* ir inevitablemente la intensificación de la revuelta, de las huelgas locas. . . Es precisamente por esta razón que la burocracia, tras de tratar en vano de detener las huelgas locas prohibiéndolas en el contrato, se ha dado ahora a la tarea de reprimir por la fuerza esta interrupción de la producción".⁹⁷

La crítica de la Unión Soviética hecha por James y Dunayevskaya fue también similar a la de la Escuela de Francfort. Sostenían estos autores que la Unión Soviética era un capitalismo de estado y básicamente sólo una variación de la fase histórica actual del desarrollo capitalista.⁹⁸ "La burocracia estalinista", escribió James, "es la burocracia norteamericana llevada a su conclusión última y lógica, ambas como productos de producción capitalista en la época del capitalismo de estado".⁹⁹ Como ocurría en la obra de Friedrich Pollock, esta conclusión se basaba en un estudio de la organización de la producción en la Unión Soviética. James trazó el patrón de la introducción del trabajo no pagado, el trabajo a

⁹⁷ *Ibid.*, p. 41.

⁹⁸ Aunque tanto James como Dunayevskaya escribieron sobre la teoría del capitalismo estatal de la Unión Soviética, la mayor parte de la investigación parece haber sido realizada por Dunayevskaya trabajando en la División Eslávica de la Biblioteca del Congreso. Véase un ejemplo de este trabajo inicial en Raya Dunayevskaya, *The Original Historical Analysis: Russia as State Capitalist* (1942).

⁹⁹ James, *State Capitalism and World Revolution*, p. 42.

destajo, y el sistema de Taylor. Pero a pesar del éxito estalinista y derrotas de los trabajadores en este período, sostuvo James que se trataba sólo de fenómenos temporales y que los trabajadores recobrarían de nuevo la iniciativa. En su opinión, la organización de esa iniciativa no ocurriría a través de las organizaciones leninistas tradicionales. "El proletariado", escribió James, "siempre rompe la antigua organización por un impulso, un brinco. . . La nueva organización, el nuevo organismo se iniciará con espontaneidad, es decir, con la actividad creativa libre, como su necesidad".¹⁰⁰ Además, a medida que los trabajadores desarrollan formas nuevas de "espontaneidad disciplinada", sostenía James, destruirán a los partidos comunistas que se han convertido en agentes del capital. Cuando surgió la revuelta en 1956, James apoyó a los consejos de trabajadores húngaros contra la intervención soviética. Mientras que la Tendencia Johnson-Forest permaneció como una facción del movimiento trotskista, había limitaciones para la claridad de su rechazo de las fórmulas antiguas de la organización. Pero una vez separada, la Tendencia se ocupó de esta cuestión con toda claridad. En el Prefacio a la Segunda edición (1956) de *State Capitalism and World Revolution* se hace un ataque directo al leninismo: "Las conclusiones políticas de este análisis económico pueden resumirse en su repudio total de la teoría y a la práctica de la teoría leninista del Partido de Vanguardia para nuestra época".¹⁰¹

En cuanto a la naturaleza de las nuevas formas de organización que serían apropiadas para la nueva

¹⁰⁰ James, "Notes on the Dialectic", en *Radical America* 4, núm. 4 (mayo de 1974), p. i.

¹⁰¹ James, *State Capitalism and World Revolution*, p. 10.

época, James y sus seguidores observaron los movimientos de los propios trabajadores:

Las grandes organizaciones de las masas del pueblo y de los trabajadores observadas en el pasado no fueron forjadas por ninguna élite teórica o de vanguardia. Tales organizaciones surgieron de la experiencia de millones de personas y de su necesidad de superar las presiones intolerables que la sociedad les había impuesto durante generaciones. . . las nuevas organizaciones surgirán como surgió el Partido Nivelador de Lilburne, como las secciones y las sociedades populares de París en 1793, como la Comuna en 1871 y los soviets en 1905, sin que nadie tuviera ninguna idea concreta al respecto hasta que aparecieron con todo su poder y su gloria.

Pero en cuanto tenemos una perspectiva histórica clara podemos ver bosquejos del futuro en el levantamiento ocurrido en 1953 en Alemania Oriental, la gran huelga de Nantes de 1955, la huelga general contra Reuther de la UAW. . . la increíble lucha de diez años de los alijadores británicos y ahora, en el momento de escribir estas líneas, la de los trabajadores de Coventry. . . Todas estas luchas, con su diversidad de alcance y significación, tienen esto en común: que encarnan formaciones y actividades que trascienden o conscientemente tratan de sustituir las organizaciones tradicionales de los trabajadores por nuevas formas sociales. *Por mucho que se eleven, estas luchas se basan en las organizaciones del taller y en la acción desarrollada en el trabajo (subrayado de Cleaver).*¹⁰²

Este hincapié en la iniciativa de los trabajadores de la base, de las masas, surgió de los estudios y los contactos con los trabajadores fabriles por parte de los miembros de la Tendencia Johnson-Forest y luego en el Comité de Publicación de Correspondencia, y era la característica distintiva de la tendencia política representada por ellos. Desde este punto de vista, es probable que sus publicaciones más importantes hayan sido las que presentaban y analizaban las luchas de los trabajadores de

¹⁰² *Ibid.*, pp. 10-11.

base contra los patrones y los sindicatos por igual. Entre tales publicaciones se encontraban ensayos tales como *The American Worker* (1947) que se ocupa de las luchas diarias en una planta automotriz, *Punching Out* (1952) que se ocupa de la vida fabril, y *Union Committeemen and Wild Cat Strikes* (1955) que habla de las huelgas locas ocurridas en 1955 en la industria automotriz y del papel de los miembros radicales del comité sindical.¹⁰³ Durante los años cincuenta y a principios de los sesenta, mantuvieron viva la política de la actividad autónoma de los trabajadores mediante el estudio, la publicación y la intervención activa en las luchas de los trabajadores.¹⁰⁴

“SOCIALISME OU BARBARIE”

La creciente crisis del trotskismo en los Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial y después, de donde surgió la Tendencia Johnson-Forest, se vio acompañada por una crisis similar en Europa. La

¹⁰³ Phil Romano y Ria Stone [Raya Dunayevskaya], *The American Worker*; Martin Glaberman, *Punching Out* y *Union Committeemen and Wild Cat Strikes*. El trabajo de la Tendencia Johnson-Forest tuvo muchos ángulos y originó muchos grupos. Tanto James como Dunayevskaya han tenido, desde el principio, una clara predilección por la generalización filosófica. Como parte de su trabajo teórico durante su rompimiento con el trotskismo, volvieron a leer y a estudiar no sólo a Marx sino también a Hegel. El fuerte acento hegeliano de su marxismo es evidente en obras tales como el ensayo de James, “Notes on the Dialectic” (1948), y el libro de Dunayevskaya, *Philosophy and Revolution* (1973). Todo intento de análisis de su desarrollo en conjunto tendría que tomar en cuenta tales intereses diversos, al igual que su evolución.

¹⁰⁴ En virtud de que sólo me interesa aquí el reconocimiento del poder autónomo de los trabajadores por parte de los miembros de la

misma insatisfacción con el análisis de la Unión Soviética y del papel del partido hecho por Trotsky llevó a varios miembros de la sección francesa de la Cuarta Internacional (el *Partie Communiste Internationale*) a formar primero una facción de oposición y luego un grupo enteramente separado que publicó la revista *Socialisme ou Barbarie* (1949-1965).¹⁰⁶ La evolución del grupo formado alrededor de *Socialisme ou Barbarie* tuvo muchas semejanzas notables con la Tendencia Johnson-Forest, y además ambos grupos estaban en contacto directo entre sí, publicaban los materiales del otro grupo y firmaron conjuntamente diversos documentos que indicaban las semejanzas de sus concepciones. Lo más importante para lo que ahora me interesa es que compartían una concepción similar del papel fundamental de la autonomía de la clase trabajadora y realizaban proyectos similares de investiga-

Tendencia Johnson-Forest, no entraré en mayores detalles de la evolución de los involucrados. Quienes se interesen en la historia subsecuente, que incluye la escisión de 1955, cuando Raya Dunayevskaya y sus seguidores se separaron para formar el Comité de Noticias y Cartas, y la escisión de 1962, cuando James y Grace Lee Boggs se marcharon y el Comité de Publicación de Correspondencia cambió su nombre al de "Facing Reality", pueden consultar los materiales citados en la nota 90.

¹⁰⁶ Como en el caso de la Tendencia Johnson-Forest, no hay una historia ni un análisis adecuados de *Socialisme ou Barbarie*. Sin embargo, el lector interesado puede consultar, en inglés, las notas introductorias elaboradas por Dick Howard para una entrevista con Castoriadis, al igual que esa entrevista que contiene cierto material histórico, en *Telos* 23 (primavera de 1975), pp. 131-155; una entrevista similar con Claude Lefort en *Telos* 30 (invierno de 1976-1977), pp. 173-192; y el ensayo de Andre Liebich, "Socialisme ou Barbarie, a Radical Critique of Bureaucracy", en *Our Generation* 12, núm. 2 (otoño de 1977), pp. 55-62. Estos ensayos, especialmente el primero, contienen muchas otras referencias a las obras de Castoriadis y Lefort disponibles en inglés y en francés.

ción y análisis de la realidad concreta de las luchas de los trabajadores.

Como Johnson-Forest, *Socialisme ou Barbarie* tuvo dos voceros principales, en este caso Cornelius Castoriadis, un economista griego y Claude Lefort. El rompimiento de Castoriadis con el trotskismo se originó en sus experiencias durante la segunda Guerra Mundial en Grecia, cuando empezó a percibir que el análisis trotskista del Partido Comunista era peligrosamente inadecuado. Castoriadis percibió que ese partido no tendría mayores probabilidades de volverse "inestable" si llegara al poder (lo que apoyaban los trotskistas de Grecia) que el Partido Comunista ruso, que había surgido de la guerra más fuerte que nunca. Como sus colegas norteamericanos, Castoriadis pensó que la realidad del poder creciente de la burocracia rusa contradecía en forma dogmática la teoría de Trotsky de un "Estado de los Trabajadores degenerado".¹⁰⁶ Lefort, quien tenía la misma percepción, también aplicó a la crítica de la ortodoxia trotskista la influencia de quien había sido su maestro, el filósofo Merleau-Ponty, y una fuerte dosis de fenomenología existencial.¹⁰⁷ Junto con otros miembros de su grupo, realizaron no sólo un análisis detallado de la Unión Soviética (basado en el estudio de las relaciones sociales de la producción, como el trabajo de James y Dunayevskaya) sino también la crítica inevitable de los conceptos leninistas del Partido y el socialismo.¹⁰⁸

Aunque la crítica de la burocracia desarrollada en

¹⁰⁶ Véase "An Interview with C. Castoriadis", pp. 131-132.

¹⁰⁷ Véase "An Interview with Claude Lefort", pp. 173-174.

¹⁰⁸ Véanse algunos ejemplos de este trabajo en Cornelius Castoriadis, "From Bolshevism to the Bureaucracy", *Our Generation* 12, núm. 2 (otoño de 1977), pp. 43-54; y Claude Lefort, "What Is Bureaucracy?" *Telos* 22 (invierno de 1974-1975).

Socialisme ou Barbarie difería en algunos sentidos muy importantes de la teoría del capitalismo estatal, el grupo francés y el norteamericano compartían su rechazo de las categorías cosificadas del marxismo ortodoxo y su hincapié en el análisis de las luchas de los trabajadores en la producción y en la comunidad sin la mediación de ninguna organización oficial. En una entrevista reciente (1975) que se ocupó de la evolución de *Socialisme ou Barbarie*, Claude Lefort comentó así su relación con el grupo norteamericano: "Ellos (C. L. R. James y R. Dunayevskaya) habían llegado a conclusiones similares a las nuestras en lo tocante a la URSS, la burocracia, y las condiciones para una lucha autónoma de los explotados. Su concepción de la resistencia diaria de los trabajadores en la industria era particularmente fructífera".¹⁰⁹ El interés de Castoriadis y Lefort en esa concepción se expresó primero mediante la traducción y reimpresión de *The American Worker* (como una serie iniciada en el primer número de *Socialisme ou Barbarie*) y luego a través de numerosos artículos en los que se desarrolló este enfoque en el contexto francés. Este trabajo fue emprendido en parte por Daniel Mothé y Henri Simon, trabajadores y militantes sindicalistas como Paul Romano. Como Romano había escrito sus experiencias en una planta automotriz de la General Motors, Mothé escribió acerca de sus luchas en una planta Renault, y Simon escribió acerca de su trabajo en una gran compañía de seguros. Castoriadis, al igual que otros, también contribuyeron con diversos artículos al análisis de tales luchas.

En el caso de *Socialisme ou Barbarie* y de la Tendencia Johnson-Forest, su marxismo no ortodoxo y su concentración en las luchas de los trabajadores tam-

bién los hicieron salir de la fábrica para ocuparse de la comunidad. En los Estados Unidos, el trabajo de James sobre las luchas de los negros presagió el surgimiento posterior de los movimientos de derechos civiles y del poder negro. Tanto en los Estados Unidos como en Francia, los dos grupos se encontraron entre los primeros que centraron su atención en las luchas no fabriles, incluidas las de los jóvenes y las mujeres, que habrían de cobrar tanta importancia en el decenio siguiente.

A pesar de que ambos grupos siguieron siendo pequeños durante toda su existencia y a pesar de que, por lo menos en el caso de Castoriadis y Lefort, sus voceros principales llegaron a rechazar no sólo el marxismo ortodoxo sino todo el marxismo, su contribución al desarrollo de un entendimiento útil de las luchas de los trabajadores en la sociedad contemporánea ha sido duradera. Por una parte, a través de sus escritos han dejado una documentación muy valiosa y todavía importante de sus análisis de temas tales como la naturaleza de la sociedad soviética, las formas y el carácter de las luchas de los trabajadores, la crítica del marxismo ortodoxo, y la cuestión de la organización. Por otra parte, aunque la distribución de sus obras era limitada y sus miembros eran pocos, su trabajo constituyó una experiencia importante y un punto de referencia para muchos seguidores. Así como el reconocimiento y la apreciación de sus escritos parece empezar apenas ahora a ponerse a la altura de su importancia, apenas empiezan a estudiarse las líneas de influencia que ejercieron. Una importante línea de influencia que mencionaremos en la siguiente sección, aunque no exploraremos adecuadamente, fue el impacto de sus análisis de las luchas autónomas de los trabajadores sobre algunas figuras importantes del ala de la "autonomía de

¹⁰⁹ "An Interview with Claude Lefort", p. 177.

los trabajadores" de la Nueva Izquierda italiana en los años sesenta y setenta.

LA NUEVA IZQUIERDA ITALIANA

La nueva conciencia de la autonomía de los trabajadores que surgió en los años sesenta produjo muchos análisis nuevos de las implicaciones teóricas y políticas de este fenómeno. Esto ocurrió especialmente en Francia e Italia, donde el surgimiento de la insurgencia de los trabajadores asumió la forma de una confrontación y un rechazo del poderoso partido comunista por parte de gran número de trabajadores industriales, estudiantes e intelectuales. Al revés de lo ocurrido en los Estados Unidos, donde el retorno a Marx ocurrió en el marco de la influencia predominante del neomarxismo, en Italia y Francia surgió del conflicto con el Partido Comunista y los sindicatos dominados por los comunistas. Esta confrontación surgió cuando la rápida circulación de formas nuevas de las luchas de la clase trabajadora en la fábrica y la comunidad empezó a escaparse del control del Partido. En Francia el punto de inflexión ocurrió en los acontecimientos dramáticos de mayo de 1968, cuando millones de trabajadores y centenares de miles de estudiantes tomaron las fábricas y levantaron barricadas en un levantamiento autónomo que tomó por sorpresa al Partido tanto como al gobierno. En Italia fue menos dramática la revuelta pero creció rápidamente durante los años sesenta, escapando al control y el entendimiento de la ortodoxia marxista. Cuando, en ambos casos, el Partido Comunista se unió a las fuerzas capitalistas para tratar de contener los movimientos de rebelión, reveló su naturaleza como una organización dentro del capi-

tal. Como ocurrió también en Asia y América Latina, el creciente conflicto entre la clase trabajadora y los militantes intelectuales y las organizaciones "oficiales" de la clase produjeron escisiones y la formación de nuevas organizaciones y nuevas teorías como parte de una nueva política. Un elemento esencial de varios de estos grupos nuevos fue el lugar central ocupado por el concepto de la autonomía de los trabajadores.

En Italia, algunos de los análisis más importantes de los asociados a las nuevas tendencias de la Izquierda "extraparlamentaria" se publicaron en una serie de revistas nuevas, como *Quaderni Rossi* (1960-1966), *Classe Operaia* (1964-1967), *Lavoro Zero* (1975-), *Contropiano* (1967-1972), *Primo Maggio* (1973-), y *Quaderni del Territorio* (1976-). Los grupos extraparlamentarios formados durante este período incluían organizaciones tales como *Potere Operaio*, *Il Manifesto*, y *Lotta Continua*.

El hecho central de las luchas de la clase trabajadora surgidas reiteradamente en forma autónoma, y a menudo en contra, de la influencia de los sindicatos o del Partido, era un tema fundamental de la discusión, la teorización y el debate entre la nueva generación de militantes. A partir del estudio de la realidad de la autonomía entre los trabajadores de la base, y de una revisión de la historia de la lucha de la clase trabajadora, sobre todo en los Estados Unidos, pudieron articular con nueva claridad y profundidad la posición de que la clase trabajadora no es una víctima pasiva, reactiva, que defienda su interés frente al ataque capitalista, y que su poder final para derrotar al capital se basa en su poder actual para iniciar la lucha y obligar al capital a reorganizarse y desarrollarse.

Los estudios de la insurgencia en las fábricas italia-

nas y de la historia de la clase trabajadora incluían y aprovechaban una reformulación de algunos de los mejores análisis marxistas de períodos anteriores. Por ejemplo, una figura prominente de *Quaderni Rossi*, Raniero Panzieri, combinó un análisis del crecimiento del fordismo en Italia y el surgimiento del “trabajador masivo” descalificado con una nueva evaluación del trabajo de la Escuela de Francfort y una nueva lectura de Marx en lo tocante a la dominación tecnológica. En el proceso redescubrió las ideas elaboradas antes (por los Teóricos Críticos y los miembros de los grupos de Johnson-Forest y *Socialisme ou Barbarie*) en el sentido de que la organización del trabajo constituía un plan capitalista para la división y el control de la clase trabajadora. Y si la gente de Johnson-Forest y *Socialisme ou Barbarie* había trascendido a Pollock al advertir el poder de la clase trabajadora dentro de tal dominación, Panzieri fue aún más allá. Gracias a sus estudios pudo formular la evolución tecnológica del capital en términos de la respuesta capitalista a la lucha de la clase trabajadora mediante niveles de planeación crecientes. En su artículo “Surplus Value and Planning: Notes on the Reading of *Capital*”, Panzieri elaboró un análisis de la forma en que la lucha autónoma de la clase trabajadora supera las divisiones del capital y lo obliga a reorganizar la producción en la fábrica y a ampliar su planeación hacia niveles más altos.¹¹⁰ Así puede situar Panzieri la nueva fase de la planeación capitalista de los años treinta, identificada por la Escuela de Francfort y por James, dentro de un marco teórico general para el análisis de las revoluciones de la tecnología capitalista y

¹¹⁰ Raniero Panzieri, “Surplus Value and Planning: Notes on the Reading of *Capital*”, en *The Labour Process and Class Strategies*, pp. 4-25.

de la organización de los trabajadores dentro de la dinámica de la lucha de clases. En efecto, lo que surge de su trabajo es el concepto de que, en última instancia, el único elemento no planeable del capital es la clase trabajadora. Esto constituía un avance teórico y político frente a la Escuela de Francfort, que sólo había visto la planeación capitalista, y un avance teórico frente a quienes habían subrayado la lucha autónoma de la clase trabajadora contra tal planeación pero no habían elaborado una teoría general. La incorporación de la autonomía de la clase trabajadora a la teoría del desarrollo capitalista implicaba una nueva forma de captación del análisis de la lucha de clases en la estructura cambiante de la división capitalista del trabajo. No se percibe sólo la división del trabajo como una división jerárquica del poder para debilitar a la clase —cierta composición del poder—, sino que, dentro de este uso capitalista de la tecnología, se percibe la lucha de la clase trabajadora contra estas divisiones, modificando políticamente las relaciones de poder a su favor. Esto implicaba, a su vez, un nuevo entendimiento de la naturaleza del capital y del problema de la organización de la clase trabajadora.

Si el poder autónomo de los trabajadores impone la reorganización y los cambios del capital que le da origen, no puede entenderse el capital como una fuerza externa, independiente de la clase trabajadora. Debe ser comprendida como la misma relación de clase. Esto condujo al nuevo hincapié de Mario Tronti, otra figura importante de *Quaderni Rossi* y más tarde de *Classe Operaia*, en la yuxtaposición teórica que hace Marx de la fuerza de trabajo a la clase trabajadora. En otras palabras, el capital trata de incorporar en su interior a la clase trabajadora simplemente como fuerza de trabajo, mientras que la clase trabajadora se

afirma como una clase independiente en sí misma sólo a través de las luchas que rompen la autorreproducción del capital.¹¹¹

Estas clases de consideraciones iluminaron dos tipos de estudios nuevos. El primero fue el estudio concreto de las luchas de clases contemporáneas. Como lo indica la obra de Danilo Montaldi, quien había traducido al italiano *The American Worker* a partir de la versión francesa publicada en *Socialisme ou Barbarie*, y también había traducido algo de la obra de Daniel Mothé publicada en la misma revista, los italianos se vieron influidos y aprovecharon esta experiencia franco-norteamericana del examen directo de las luchas de los trabajadores.¹¹² A esto se añadió el redescubrimiento de *Workers' Inquiry*, un bosquejo elaborado por Marx para un estudio empírico que se proponía hacer de las vidas y luchas de los trabajadores. Esta obra se tradujo

¹¹¹ Mario Tronti, "Social Capital", *Telos* 17 (otoño de 1973), pp. 119-121.

¹¹² La traducción hecha por Montaldi de *The American Worker* apareció en *Battaglia Comunista*, febrero-marzo de 1954. El ejemplo norteamericano ha sido un importante punto de referencia durante todo el desarrollo teórico y político de este trabajo italiano. Las razones de este fenómeno pueden encontrarse no sólo en el trabajo señero de los asociados a la Tendencia Johnson-Forest (las obras de C. L. R. James, James Boggs, George Rawick y Martin Glaberman, entre otros, se han traducido al italiano y probablemente recibieron mayor circulación y discusión en Italia que en los Estados Unidos) sino también en la percepción de que, así como el capitalismo norteamericano es el más avanzado del mundo y por lo tanto su estudio es particularmente importante, las luchas de los trabajadores norteamericanos, que han forzado y continúan desafiando ese desarrollo, deben ser particularmente importantes para los trabajadores de todo el mundo. Como han afirmado muchos, probablemente con razón, la evolución de las luchas revolucionarias de los Estados Unidos es determinante para las luchas de todas partes.

al italiano y se analizó en *Quaderni Rossi*.¹¹³ La realización de esta clase de trabajo en Italia fue iniciada por un amigo de Montaldi, Romano Alquati, quien empezó a entrevistar trabajadores en las fábricas italianas y estudió los procesos concretos de la composición y la reagrupación política de la clase trabajadora italiana.¹¹⁴ El segundo tipo de estudio involucraba una nueva evaluación de las luchas anteriores en la historia de la clase trabajadora de todo el mundo. Mario Tronti, Sergio Bologna y otros, emprendieron la revisión de la experiencia de las clases trabajadoras europeas y norteamericanas, en términos de sus luchas con la planeación capitalista y en términos de su historia de organización. Rastreando y yendo más allá del surgimiento del fordismo, examinaron la relación existente entre la composición de la clase y la organización de la clase trabajadora. En su artículo "Class Composition and the Theory of the Party", Bologna situó la experiencia de los soviets y los consejos de trabajadores alemanes como formas de organización en la concentración de trabajadores calificados cuyo control parcial previo de sus instrumentos de producción los llevó a concebir la organización en términos de un control completo de sus herramientas.¹¹⁵ Luego yuxtapuso esta experiencia a la de los trabajadores industriales del Oeste de los Estados Unidos, cuya experiencia de organización muy diferente reflejaba una diferente composición de clase: la fuerza de trabajo no calificada

¹¹³ Véase a Dario Lanzardo, "Intervento Socialista nella lotta operaia: l'Inchiesta Operaia di Marx", en *Quaderni Rossi* 5, pp. 1-30. La traducción de la investigación por Maniuccia Salvati y Piero Scaramucci se agregó como un apéndice al análisis de Lanzardo.

¹¹⁴ Véase a Romano Alquati, *Sulla Fiat e Altri Scritti*.

¹¹⁵ Bologna, "Class Composition and the Theory of the Party at the Origin of the Workers-Councils Movement"

y muy móvil del Oeste norteamericano. En "Workers and Capital", Tronti trazó la experiencia del período de la socialdemocracia alemana y del sindicalismo industrial norteamericano en términos de la composición de clase subyacente y de las interacciones entre las luchas de los trabajadores y la planeación capitalista.¹¹⁶ En estos estudios vemos un rico desarrollo de la observación fundamental hecha un decenio atrás por C. L. R. James: "El proletariado siempre rompe la organización antigua por impulso, y da un brinco". Las luchas de la clase trabajadora sólo logran la nueva composición de cierta división del trabajo (por ejemplo los trabajadores calificados o los jornaleros masivos) mediante formas de organización apropiadas (por ejemplo, los consejos de trabajadores o los sindicatos industriales). En otras palabras, en cada etapa de la composición de clase cambia la forma de organización apropiada. Estos estudios encontraron un nuevo entendimiento marxista de la autonomía y la organización de la clase trabajadora. Al mostrar cómo desarrollaron y descartaron los trabajadores diversas formas de organización de acuerdo con el carácter concreto de la relación de clase, se demostraba que el sindicalismo, la democracia social, los consejos de trabajadores y el partido leninista han sido productos históricos particu-

¹¹⁶ Tronti, "Workers and Capital". Debe señalarse que este ensayo es una traducción de la posdata de 1970 al libro de Tronti *Operai e Capitale*, escrita después del regreso de Tronti al Partido Comunista italiano. Por lo tanto, a pesar de su útil análisis histórico, su interpretación trata de proveer una justificación a los programas demócratas sociales que tenía a la razón el Partido Comunista italiano. Su evaluación del grado en que los trabajadores norteamericanos obtuvieron ganancias en sus luchas de los años treinta se toma ahora como un modelo para los trabajadores italianos; es un argumento conservador para limitar las luchas a las actividades sindicales y confiar el futuro al Partido.

lares. Cambiando el foco del estudio, del desarrollo del capital al desarrollo de la clase trabajadora, estos autores revelaron el idealismo de los marxistas que tratan la forma del capital y la forma de la organización de la clase trabajadora como algo dado para siempre (véase el capítulo V, más adelante). De este modo elaboraron un marco teórico para el entendimiento de la creciente insatisfacción de los trabajadores italianos con sus organizaciones "oficiales", al mismo tiempo que cambiaban su propio marco de referencia para poder "ver" el surgimiento de nuevas formas de organización.

Estos conceptos se aplicaron no sólo a los estudios fabriles de la masa de trabajadores (como lo hizo, por ejemplo, Alquat), sino también al estudio del papel del Estado keinesiano en el "milagro económico" de la posguerra italiana. Aquí también se hicieron algunos avances importantes en relación con el trabajo anterior. He mencionado brevemente la percepción que tenía la Escuela de Francfort del keinesianismo como la satisfacción de las necesidades cuantitativas de los trabajadores al mismo tiempo que las mismas necesidades se modifican cualitativamente para controlar la clase a través de una nueva lógica consumista. El análisis del keinesianismo realizado en este período por teóricos tales como Tronti y Antonio Negri constituye una importante respuesta parcial a estas teorías de dominación.¹¹⁷ Primero, al entender la estrategia keinesiana como la respuesta del capital al éxito de los trabajadores en cuanto a volver los salarios "rígidos hacia abajo", estos autores reconocieron tal estrategia como una respuesta al poder de la clase trabajadora, no simplemente como otra artimaña hábil. Segundo,

¹¹⁷ Negri, "John M. Keynes e la teoria capitalistica dello stato nel '29'".

mediante una revisión del análisis que hizo Marx de la plusvalía relativa y de la crisis, y mediante un estudio meticuloso de la estrategia keinesiana, pudieron especificar el meollo de la "estrategia cuantitativa": el trato de la productividad keinesiana que pretendía conectar los aumentos salariales a los aumentos de la producción y controlar así la lucha de la clase trabajadora como un motor del desarrollo capitalista (James y sus seguidores habían estudiado también la relación salario-productividad en los años cincuenta, así como la resistencia de los trabajadores). Cuando este entendimiento se encontró con sus estudios de las luchas de los trabajadores italianos en los años sesenta, advirtieron que las demandas salariales explosivas y una revuelta creciente contra el trabajo y la productividad estaban rompiendo tales tratos. Se hizo evidente que ya se estaba derrumbando la estrategia "cuantitativa" keinesiana aplicada por las políticas de ingresos del gobierno italiano. En efecto, localizaron la creciente crisis de la economía italiana parcialmente en esta ruptura del trato de la productividad. Al entender la estrategia económica keinesiana como una respuesta política del capital a la crisis de los años treinta y cuarenta, causada en parte por el crecimiento del poder de los trabajadores, estos autores pudieron ver que la distinción entre la economía y la política que dominaba el pensamiento izquierdista desde la Segunda Internacional ya había sido derribada por el capital en una forma nueva y dramática.

Estas consideraciones tuvieron en Italia una importancia política considerable. Basados en el análisis, algunos grupos como Potere Operaio (PO) atacaron la participación del Partido Comunista en los esfuerzos del gobierno por imponer a los trabajadores italianos los arreglos de productividad de tipo keinesiano, con-

siderándola una complicidad con una estrategia capitalista para el control y el frenamiento del poder de los trabajadores. El PO apoyó la estrategia autónoma de los trabajadores de exigir más salarios y menos trabajo, menos productividad; una estrategia que trataba de minar directamente la estrategia keinesiana.¹¹⁸

Esta posición fue apoyada también en teoría por el abandono de la antigua perspectiva izquierdista sobre el trabajo (arraigada en la experiencia de los trabajadores calificados desde el período del capitalismo temprano hasta los consejos y los soviets): que la lucha trataba de liberar el trabajo del capital, de lograr el trabajo no alienado. Como señaló Tronti, bajo las condiciones del trabajador masivo no calificado, el trabajo mismo podía verse sólo como un medio de control social que debe abolirse, no mejorarse. Este entendimiento condujo directamente a la percepción de que la característica básica de la lucha de la clase trabajadora en este período no es sólo un escape del capital sino también un escape de la existencia como clase trabajadora. El objetivo del trabajador masivo es dejar de ser un trabajador, no hacer del trabajo una religión.¹¹⁹ Esto representaba también un avance sobre el trabajo anterior. James, por ejemplo, quien había reconocido y estudiado las luchas autónomas de los trabajadores contra el trabajo en los Estados Unidos de los años cincuenta, había conservado la visión tradicional de que los trabajadores buscan realmente la "satisfacción

¹¹⁸ Potere Operaio, "Italy 1969-70: A Wave of Struggles", suplemento de *Potere Operaio*, 27 de junio-3 de julio de 1970; *idem*, "The Communism of the Working Class"; *idem*, "Italy 1973: Workers' Struggles and the Capitalist Crisis", en *Radical America* 7, núm. 2 (marzo-abril), pp. 15-32.

¹¹⁹ Mario Tronti, "The Struggle against Labor", en *Radical America* 6, núm. 1 (mayo-junio de 1972), pp. 22-25.

en el trabajo".¹²⁰ En los Estados Unidos puede encontrarse este reconocimiento de que la revuelta contra el trabajo fabril va más allá del rechazo al trabajo "alienante" en los análisis de autores como John Zerzan ("Organized Labor versus the Revolt against Work" [1974]) y los autores de la revista *Zero*work.¹²¹

En esta forma, mediante el estudio y la experiencia de las luchas de los trabajadores en los años cincuenta y sesenta, han quedado minadas las antiguas teorías de la dominación capitalista total en la fábrica. Las nuevas teorías que han surgido, y la política de la que forman parte, han podido incorporar y trascender los conceptos anteriores de la tecnología capitalista de los economistas políticos marxistas. En lugar de las teorías antiguas que veían el cambio tecnológico como un subproducto de la competencia, o de los análisis más avanzados de la racionalidad tecnológica de la Escuela de Francfort, tenemos ahora algunos ejemplos de análisis que trascienden los conceptos unilaterales de la autonomía y las dominaciones capitalistas. Tales análisis integran la tecnología fabril, la estrategia capitalista y la autonomía de la clase trabajadora en un verdadero entendimiento dialéctico de la lucha de clases desde la perspectiva de las necesidades estratégicas de la clase trabajadora. Los estudios donde se ha logrado esta integración incluyen la investigación de diversos sectores industriales diferentes y el estudio de la estrategia capitalista a nivel del estado, en el plano nacional e internacional. En Italia, por ejemplo, se han realizado varios estudios en el sector petroquímico,

¹²⁰ Número Especial dedicado a James, *Radical America* 4, núm. 4 (mayo de 1974), p. 23.

¹²¹ John Zerzan, "Organized Labor versus 'The Revolt against Work': The Critical Contest", en *Telos* 21 (otoño de 1974), pp. 194-206.

que se está reorganizando como parte de un intento por controlar las luchas de los trabajadores en la crisis actual.¹²² Se han realizado algunos estudios similares de la restructuración en el sector automotriz, no sólo en Italia sino también en Gran Bretaña y los Estados Unidos.¹²³ Otros estudios se han realizado en industrias extractivas tales como la minería y la agricultura.¹²⁴ En todos estos estudios se ha tratado de estudiar la interacción de la clase trabajadora y el poder capitalista como la base para el fortalecimiento de la primera. Al mismo tiempo, el reconocimiento básico de la actividad autónoma de la clase trabajadora no sólo ha informado estos estudios fabriles o industriales sino que además ha servido de fundamento para una revisión de la estructura de la sociedad capitalista en conjunto, incluida la "esfera cultural" del consumo y la "calidad".

A partir del reconocimiento de que el capital incluye en su interior a la clase trabajadora (hasta que triunfen sus luchas de independencia), Mario Tronti volvió a Marx para analizar el proceso global de la acumulación. No le resultó difícil localizar el punto fundamen-

¹²² Sergio Bologna, "Questions of Method for Analysis of the Chemical Plan", tomado de *Quaderni Piacentini*, enero de 1973. Potere Operaio, "Porto Marghera: An Analysis of Workers' Struggles and the Capitalists' Attempts to Restructure the Chemical Industry, a Worker's Inquiry", tomado de *Potere Operaio*, noviembre de 1971.

¹²³ Ferruccio Gambino, "Worker's Struggles and the Development of Ford in Britain", en *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, marzo de 1976, pp. 1-18. Peter Linebaugh y Bruno Ramírez, "Crisis in the Auto Sector", en *Zero*work 1 (diciembre de 1975), pp. 60-84.

¹²⁴ William Cleaver, "Wildcats in the Appalachian Coal Fields", en *Zero*work 1 (diciembre de 1975), pp. 113-126; y Harry Cleaver, "Food, Famine and the International Crisis", en *Zero*work 2 (otoño de 1977), pp. 7-70.

tal de *El capital* donde Marx insiste en que el proceso de acumulación es, en el fondo, el proceso de la "acumulación de las clases, de la clase capitalista y de la clase trabajadora". En su artículo "Capital's Plan", publicado por primera vez en *Quaderni Rossi* en 1963, Tronti pasa de esta observación al examen de las diversas formas en que Marx analizó el "capital social global".¹²⁵ Se centra Tronti en el hecho de que el análisis de la circulación y la reproducción del Libro II de *El capital* involucra también la reproducción de las clases. Esta idea significaba que la equiparación del capital con la "fábrica", característica de la economía política marxista, era claramente inadecuada. La reproducción de la clase trabajadora no involucra sólo el trabajo en la fábrica sino también el trabajo en el hogar y en la comunidad de hogares. Este entendimiento iluminó enormemente la importancia de la extensa discusión que hace Marx del ejército de reserva en los capítulos del Libro I que se ocupan de la acumulación. La acumulación significa acumulación del ejército de reserva al igual que del ejército activo, de quienes trabajan en la reproducción de la clase y de quienes producen otras mercancías (además de la fuerza de trabajo). La "fábrica" donde trabajaba la clase trabajadora era la sociedad en conjunto, una fábrica social. Debía definirse de nuevo la clase trabajadora para incluir a los trabajadores no fabriles. Esta teoría proveía un punto de partida para entender dentro de un análisis marxista no sólo el número creciente de las luchas de los años sesenta que involucraron estudiantes, mujeres y desempleados en Italia, sino también las luchas similares libradas en otras partes de Europa y en los Estados

¹²⁵ El artículo de Tronti se publicó en inglés con el título de "Social Capital".

Unidos, así como las luchas de los campesinos del Tercer Mundo.

El concepto del capital como control social, o como fábrica social, equivale a una reformulación de la problemática de la "esfera cultural" postulada por los Teóricos Críticos. Donde estos autores ven el lugar central del "consumo" que pone en tela de duda toda la importancia del marxismo (entendido en el sentido de que la producción es la instancia fundamentalmente determinante), el trabajo de Tronti equivale a una reintegración de esa visión al marxismo al entender el "consumo" como la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. Como los Teóricos Críticos, Tronti percibe que el plan del capital engloba la totalidad de la sociedad pero, al revés de ellos, ve algo más que la producción del consentimiento inculcado. Entiende Tronti el plan del capital como una estrategia para afrontar una insurgencia de la clase trabajadora que se ha difundido por la comunidad de fuera de la fábrica. Y, al igual que en la fábrica, ve que esa estrategia está crecientemente amenazada por esa insurgencia. Desde la perspectiva de la revuelta de los trabajadores como una rebelión contra su calidad de trabajadores, no es difícil apreciar la revuelta en la esfera comunitaria, o cultural, como algo equivalente a una perturbación de la producción de la fuerza de trabajo. En lugar de la teoría unilateral de la hegemonía cultural burguesa, tenemos la base de una teoría dialéctica de la lucha en este sector de la fábrica social. Este enfoque permite la adaptación de gran parte del análisis marxista nuevo (y antiguo) de la división industrial del trabajo o la esfera cultural, y la posibilidad de integrar muchas de las ideas útiles de la Escuela de Frankfurt al mismo tiempo que se evitan sus fallas.

En Italia, las implicaciones de estas ideas acerca de la naturaleza de la fábrica social resultaron claras para muchos de los involucrados en estas luchas extraparlamentarias. Las diversas luchas que estaban surgiendo en la comunidad fuera de la fábrica industrial pudieron entenderse y apoyarse como componentes integrales de la lucha de la clase trabajadora contra el trabajo capitalista en todas sus formas. Mientras que algunos grupos, como el PO, continuaban enfocando primordialmente las luchas fabriles, otros como la Lotta Continua se desplazaron cada vez más hacia el apoyo a los conflictos comunitarios (como los suscitados por la reducción de los precios de la vivienda, los alimentos y los servicios públicos) y el intento de conexión de tales conflictos con las luchas fabriles. Sus esfuerzos condujeron a conexiones tales como el establecimiento de comités de movilización por parte de los trabajadores fabriles de Turín en apoyo de las luchas encabezadas por las amas de casa contra la empresa eléctrica controlada por el Estado.¹²⁶ Estas fueron las clases de batallas que engendraron los desarrollos teóricos y se vieron aclaradas por ellos.

Un momento político sumamente importante del desarrollo de estas luchas de la comunidad, y de su teorización, fue la unión de las luchas autónomas de las mujeres en grupos políticos organizados, conscientes. En este desarrollo podemos ver la clase de autonomía que C. L. R. James advirtió dos decenios atrás en su análisis de las luchas de los negros norteamericanos: la autonomía de un sector de la clase

¹²⁶ Bruno Ramírez, "The Working Class Struggle against the Crisis: Self-Reduction of Prices in Italy", en *Zerowork* 1 (diciembre de 1975), pp. 142-150.

trabajadora frente a otros sectores.¹²⁷ Este nuevo movimiento autónomo surgió a través de la lucha en contra de lo que muchas mujeres consideraban la dominación de las organizaciones de la Nueva Izquierda por los hombres, y en contra de su hincapié exagerado en la fábrica. Estas mujeres captaron no sólo el concepto teórico de la fábrica social sino también el papel decisivo de la lucha de los trabajadores no fabriles, que en su gran mayoría son mujeres. Mario Tronti y otros hombres del PO pudieron advertir que los esquemas de la reproducción del Libro II de *El capital* incluían la reproducción del trabajo. Las mujeres del PO pudieron advertir que era su trabajo lo que realizaba esa reproducción, y que había sido la lucha de las mujeres en contra de ese trabajo en la comunidad lo que se encontraba en el centro del movimiento por la reducción de los precios y de otras luchas comunitarias en Italia y otras partes.

Como una parte de sus luchas por traer al primer plano esta cuestión, algunas mujeres como Mariarosa Dalla Costa desarrollaron nuevos énfasis teóricos y nuevas organizaciones. En el terreno de la organización rompieron con el PO y organizaron la Lotta Femminista en Italia, y más tarde una campaña internacional de salarios para las amas de casa. Al nivel teórico expandieron enormemente el trabajo de Tronti sobre la parte no fabril de la clase trabajadora. Se concentraron en el papel decisivo del salario para ocultar no sólo la parte no pagada de la jornada laboral en la fábrica, sino también el trabajo no pagado fuera de ella. Aprovecharon el tra-

¹²⁷ James, "The Revolutionary Solution to the Negro Problem in the United States".

bajo de Marx sobre el ejército de reserva y el salario, pero fueron más allá al captar la reproducción de la fuerza de trabajo como algo colocado dentro de la planeación capitalista. Iluminaron la forma en que el salario divide a la clase jerárquicamente en sectores asalariados (fabriles) y no asalariados (amas de casa, estudiantes, campesinos, etc.), de tal modo que los grupos mencionados en último término parecen estar fuera de la clase trabajadora simplemente porque no se les paga un salario. Llevaron adelante el análisis del trabajo de la reproducción de la fuerza de trabajo y analizaron su estructura dentro del hogar y en las formas socializadas de escuelas, hospitales, etc.¹²⁸

Este entendimiento del salario como el instrumento fundamental de la división jerárquica de la clase produjo una iluminación decisiva del antiguo problema del papel del sexismo y el racismo en el capital. Como ha sostenido Selma James en su trabajo pionero sobre esta cuestión, el sexismo y el racismo pueden entenderse como casos particulares de la división que son casi siempre, al mismo tiempo, divisiones salariales.¹²⁹ Esto es cierto aun cuando las divisiones raciales o sexuales se hagan entre los no asalariados. Aquí la jerarquía es la del ingreso no asalariado. La extensión de este análisis al caso de los campesinos abrió la puerta para una nueva conceptualización del carácter internacional del capital y una nueva definición rigurosa del papel del campesinado dentro del sistema capitalista internacional en conjunto. Aquí estaba la respuesta al materialismo histórico de Althusser, renovado pero

¹²⁸ Mariarosa Dalla Costa, y Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community*.

¹²⁹ Selma James, *Sex, Race and Class*, y "Wageless of the World", en *All Work and No Pay*, comps. Edmond y Fleming.

estéril, de los modos de producción, al igual que una base más sólida para el rechazo de la política derivada de esa teoría. Si los neomarxistas como Frank habían podido desarrollar una teoría que explicara la gran diversidad de los arreglos de producción —sobre todo entre los campesinos—, el trabajo de Selma James proveía esa teoría, sobre todo combinada con los conceptos de la autonomía de la clase trabajadora y la nueva composición política para explicar la evolución de la estructura de la producción a través del tiempo.

Las implicaciones políticas de estas nuevas ideas eran muy extensas. Como mujeres, los miembros de Lotta Femminista y Salarios para el Trabajo Hogareño podían advertir que resultaban contraproducentes las estrategias izquierdistas para que las mujeres se "unieran" a la clase trabajadora contratándose en las fábricas. El hecho de contratarse en las fábricas, no significaba sólo un trabajo doble, porque las mujeres ya estaban trabajando para el capital en su casa, sino que también, una vez en las fábricas, las jerarquías salariales del capital, perpetuadas por los sindicatos y el Partido, mantendrían a las mujeres sojuzgadas como un grupo o divididas en esa misma jerarquía, lo que destruiría su poder colectivo. Así como C. L. R. James había defendido como necesaria la autonomía del movimiento negro, las mujeres se negaban ahora a resumirse en tales organizaciones.¹³⁰ Estas mujeres percibieron que la diferencia básica entre los asalariados y los no asalariados era una diferencia de poder. El salario —dinero— confiere poder, los recursos mate-

¹³⁰ Selma James, "Women, the Unions and Work, or . . . What Is Not to Be Done", en *Radical America* 7, núms. 4-5 (julio-octubre de 1973), pp. 51-72. Originalmente un folleto del Grupo de Trabajo de Notting Hill para la Liberación Femenina.

riales como una base para la lucha. En consecuencia, plantearon la demanda cualitativa de que el capitalista colectivo, el Estado, pagara salarios por el trabajo hogareño. En cuanto a la determinación cuantitativa de los salarios, se basaría en el poder de las mujeres, no en alguna medida de productividad capitalista. Era una demanda en contra de la división de asalariados/no asalariados. Trataba de aumentar el poder de las mujeres y, en consecuencia, el de la clase trabajadora en conjunto, al elevar el poder del nivel más bajo.¹³¹

Este trabajo constituyó un avance decisivo sobre el trabajo anterior de Tronti y otros. No sólo permitía un entendimiento más adecuado de la recomposición política de la clase trabajadora italiana, sino que abría también el camino para la generalización del trabajo anterior sobre la crisis capitalista a nivel mundial. La identificación del papel principal de los no asalariados en las luchas de los años sesenta en Italia, y la extensión del concepto al campesinado, proveyeron un marco teórico en el que podrían entenderse las luchas de los estudiantes y las amas de casa, los desempleados, las minorías étnicas y raciales de los Estados Unidos y Europa, y los campesinos del Tercer Mundo, como momentos de un ciclo internacional de la lucha de la clase trabajadora.

Al incorporar el trabajo de Dalla Costa, James y otros miembros del movimiento de Salarios para el Trabajo Doméstico al análisis de la crisis capitalista, podía extenderse ese análisis a los Estados Unidos y a todo el mundo. Un número creciente de artículos publicados en los Estados Unidos y en Europa han subrayado la posición y la importancia de los no asalariados en la crisis actual. Por ejemplo, *Operaio Multinazionale*

¹³¹ Silvia Federici, *Wages against Housework*.

(1974) contiene varios artículos que tratan, mediante el análisis del trabajador inmigrante o "multinacional", de integrar nuestro entendimiento de la conexión existente entre las luchas de los campesinos del Tercer Mundo, los estudiantes, las mujeres y las luchas del "Tercer Mundo" en los países desarrollados, y las luchas de la clase trabajadora asalariada.¹³² Estos artículos ayudan a localizar los orígenes de la crisis internacional actual en la fábrica social en conjunto, y por ende a percibirla como algo inmensamente más profundo de lo que generalmente se cree.

En 1975, el primer número de la revista *Zerowork* sostenía, mediante algunos estudios detallados de las luchas libradas en los Estados Unidos, que tales luchas eran de la misma clase que los conflictos italianos que, como lo había demostrado el 68, minaron el orden keinesiano de la posguerra y obligaron al capital a adoptar la crisis como una estrategia para recuperar el control: realizar una huelga política contra las inversiones. Pero el derrumbe del esfuerzo keinesiano por movilizar la energía de la clase trabajadora no ocurría sólo al nivel del trato de la productividad en la fábrica. El análisis del movimiento de los derechos civiles, del poder negro, del poder estudiantil, de la oposición a la guerra y los derechos de las mujeres, demostró que el derrumbe se había producido por toda la fábrica social. No sólo se había tambaleado la inversión industrial en sectores prominentes como el automotriz y la minería bajo los ataques de una nueva insurgencia de la clase trabajadora, sino que las inversiones en capital humano de la era Kennedy-Johnson, en *ghettos* y universidades, habían sido minadas por los nuevos movimientos de los no asalariados. Todas estas luchas ha-

¹³² Alessandro Serafini y otros, *L'Operaio Multinazionale in Europa*.

bían sido percibidas antes por los teóricos de la Nueva Izquierda, pero nunca antes había podido integrarse su análisis con el de la clase trabajadora, ni había podido verse la autonomía de tales luchas, ni analizarse el patrón de su circulación entre los sectores de la clase.¹³³

Los nuevos trabajos sobre las luchas de los asalariados y no asalariados del Tercer Mundo y el bloque socialista que aparecieron en el segundo número de *Zerowork* han iluminado el carácter verdaderamente internacional del ciclo de luchas. Una revisión de las luchas de los campesinos y los trabajadores agrícolas de Europa Oriental, la Unión Soviética y Vietnam demostró que el patrón de la ofensiva de los trabajadores y la estrategia capitalista tenía mucho en común con las luchas de los campesinos y los trabajadores agrícolas de "Occidente". Estos estudios contribuyen a la reinterpretación de varios fenómenos fundamentales, como el papel del acceso a la tierra y el papel de los trabajadores multinacionales. Contra las concepciones tradicionales de propiedad de la tierra como simplemente una característica pequeñoburguesa o feudal, estos estudios iluminaron la forma en que la tierra aparece a la vez como un garante de ingreso y un instrumento para dividir a los no asalariados. Contra la concepción de la migración de trabajadores como simplemente un espectáculo de trabajadores explotados, conducidos por la manipulación capitalista, se subraya el papel de la movilidad autónoma de la mano de obra como una forma de lucha contra el capital.¹³⁴

Todo esto ha llevado a una reinterpretación fundamental de la teoría de la crisis de Marx. Entendida la clase trabajadora como colocada dentro del capital

¹³³ *Zerowork* 1 (diciembre de 1975).

¹³⁴ *Zerowork* 2 (diciembre de 1977).

pero capaz de un poder autónomo para perturbar el proceso de acumulación y salirse así del capital, ya no puede pensarse que la crisis es un "frenamiento" ciego, generado por las leyes misteriosamente invisibles de la competencia. Principiando por el trabajo de Antonio Negri sobre la teoría de la crisis de Marx, se ha reinterpretado la crisis en términos de las relaciones de poder entre las clases, y se ha identificado la competencia sólo como una organización de esta relación.¹³⁵ La percepción de la crisis, por parte de Marx, como un medio para restablecer las condiciones del crecimiento, se ve en términos de la restauración del control adecuado sobre la clase trabajadora. En consecuencia, "la" crisis moderna surge como un fenómeno de dos momentos: un primer momento, donde la lucha de la clase trabajadora impone la crisis al capital, y un segundo momento en que el capital trata de volver la crisis contra la clase trabajadora para recuperar el mando. En el ciclo actual de la crisis internacional, los años sesenta figuran así como el período en que el capital perdió el control de la fábrica social en conjunto, debido a un ciclo internacional de ofensiva de la clase trabajadora. Y los años setenta figuran como el período en que el capital ha lanzado una ofensiva internacional en la que se está usando la manipulación directa de los precios de los alimentos y los energéticos, de las tasas de cambio y la deuda internacional, para lograr por conductos internacionales lo que las políticas keinsianas no pudieron hacer a nivel nacional: recuperar

¹³⁵ Antonio Negri, "Marx sul ciclo e la crisi", en *Operai e Stato*, por Bologna y otros. Véase también a Sergio Bologna, "Moneta e crisi: Marx Corrispondente della 'New York Daily Tribune', 1856-57", en *Crisi e Organizzazione Operaia*, por S. Bologna, P. Carpi gnano y A. Negri.

el control conteniendo las luchas salariales dentro de los límites del aumento de la productividad. Al mismo tiempo, la organización de esta segunda fase de la crisis internacional por parte del capital ha incluido el intento de descomposición de la clase en términos tecnológicos y geográficos. De acuerdo con esta teoría, esto ha involucrado también una nueva evaluación del análisis hecho por Marx de la tendencia a largo plazo del capital a sustituir el capital variable por el capital constante, una tendencia que en la visión de Marx conducía a una crisis fundamental de un sistema basado en el empleo de mano de obra.¹³⁶

Estas son algunas de las ideas principales que en conjunto constituyen el inicio de un análisis estratégico del patrón del poder de la clase trabajadora: 1) la clase trabajadora como un poder autónomo; 2) el capital que incluye en su interior a la clase trabajadora, de modo que el capital es la lucha de clases; 3) la tecnología como una división particular del poder de la clase trabajadora generada por la lucha de clases; 4) la organización de la clase trabajadora como una función de la composición de la clase y por lo tanto la especificidad histórica del sindicalismo, la socialdemocracia y el leninismo como soluciones válidas de la organización de la clase trabajadora; 5) la recomposición política a medida que la clase trabajadora supera la división del capital; 6) la clase trabajadora incluye a

¹³⁶ Véanse las páginas finales de Mario Montano, "Notes on the International Crisis", en *Zero work* 1 (diciembre de 1975), pp. 32-59. Peter F. Bell hace un examen general de las diferencias existentes entre la clase de teoría de la crisis implicada por este trabajo y los enfoques tradicionales de la economía política en "Marxist Theory, Class Struggle and the Crisis of Capitalism", en *The Subtle Anatomy of Capitalism*, comp. J. Schwartz.

asalariados y no asalariados; y por lo tanto 7) el capital como capital social o como fábrica social; 8) la crisis capitalista como crisis de poder entre las clases; y 9) la recomposición política de la clase trabajadora y la descomposición capitalista como la sustancia de los dos momentos de la crisis.

En el bosquejo anterior he tratado de aclarar cómo una nueva lectura de Marx ha sido un momento importante en el desarrollo de estos elementos. La lectura que hace Panzieri de Marx sobre la organización del trabajo; la lectura que hace Tronti de *El capital* sobre la acumulación; la lectura que hace el grupo de Salarios para el Trabajo Doméstico de la discusión de Marx sobre el ejército de reserva y del salario; la lectura que hace *Zero work* de los *Grundrisse* sobre el fin del trabajo, entre otras, han sido momentos necesarios e importantes en el desarrollo de un análisis que tiene mayor utilidad estratégica para el desarrollo del poder de la clase trabajadora que el marxismo ortodoxo u occidental. ¿Qué clase de lecturas son éstas? ¿Cómo difieren de los enfoques tradicionales? Me parece que no son ejercicios de ideología o de fortalecimiento de la estrategia capitalista. No buscan una crítica del capitalismo. Más bien buscan herramientas nuevas para el desarrollo del poder de la clase trabajadora. Panzieri descubre la autonomía de la clase trabajadora para imponer la transformación de la tecnología y la planeación capitalistas. Tronti descubre las bases teóricas de la exploración de la conexión existente entre las luchas fabriles y no fabriles. Salarios para el Trabajo Doméstico redescubre el salario como una clave del poder de superación de las divisiones de clase. *Zero work* advierte que las luchas contemporáneas contra el trabajo crean una crisis histórica del capital.

Dada la meta de una lectura estratégica o política de

El capital (derivada de las necesidades de las luchas contemporáneas), ¿qué hay en *El capital* que nos permita separarlo de sus orígenes decimonónicos y utilizarlo para iluminar las luchas de la crisis actual? La respuesta consiste en que *El capital* provee una iluminación fundamental de la naturaleza de las categorías y relaciones existentes en la sociedad capitalista: ¡siempre hay dos perspectivas, la del capital frente a la de la clase trabajadora! El análisis de toda categoría y todo fenómeno debe tener dos lados; no hay ningún lugar objetivo más allá de estas dos perspectivas. La búsqueda de Althusser y otros, de una "ciencia objetiva", es tan inútil como la de la economía política clásica o la de Karl Mannheim. El reconocimiento del carácter inevitablemente doble del análisis no sólo refleja la lucha de clases sino que la reproduce.

Por ejemplo, consideremos la discusión del salario que hace Marx. Primero, el salario es ingreso para un trabajador pero es un costo para un capitalista. Segundo, el capital utiliza la forma salarial para ocultar su explotación y la separación del capital variable y la plusvalía. Pero luego la clase trabajadora utiliza las demandas salariales para atacar esta explotación. Finalmente, el salario es un instrumento fundamental para dividir a la clase trabajadora y debilitarla, para asegurar su explotabilidad. Pero al mismo tiempo puede convertirse en un arma para atacar esa misma división.

Es mediante la aplicación de tal análisis doble, o de clase, que explora el significado de cada categoría desde las perspectivas divergentes de las dos clases, a todas las demás categorías de *El capital*, que podemos interpretar a Marx y descubrir cómo podemos aprovechar su trabajo. No debemos hundirnos en los errores de la filosofía o de la economía política que, no pu-

diendo mostrar cómo las determinaciones del capital se imponen a la clase trabajadora y se forjan en sus luchas contra la clase trabajadora, a lo sumo revelan la perspectiva unilateral del propio capital. No debemos conformarnos con tales enfoques porque a través del espectáculo de las luchas actuales podemos ver ahora cómo la obra de Marx revela la postura de los trabajadores como algo antitético al capital y dotado del poder necesario para destruir la determinación del capital. La estrategia revolucionaria no es algo adicional. Es una parte esencial del estudio de la relación de clase. Aunque esta relación está cambiando de continuo, aunque el siglo diecinueve ha quedado muy atrás, subsiste la naturaleza doble del capital. Su análisis no es simple, pero al mismo tiempo no tenemos ningún interés creado que nos impida desenmascarar las complejidades supuestamente incomprensibles con que los "marxistas profesionales" oscurecen el significado de *El capital*.

Me parece que esta es una lección importante del trabajo reciente antes bosquejado. Implica una forma política de lectura de *El capital* que involucra dos pasos: *mostrar cómo se relaciona cada categoría y relación con la naturaleza de la lucha de clases y la aclara y mostrar qué significa eso para la estrategia política de la clase trabajadora*.¹³⁷ Estos dos momentos se interrelacionan inmediatamente y a menudo si se hace lo primero se hace

¹³⁷ En una discusión de los principios de Marshall, Mario Tronti señala la unilateralidad de Marshall y la necesidad de considerar el punto de vista de la clase trabajadora: "Esto es exactamente lo contrario de la verdad desde nuestro punto de vista, donde todo descubrimiento de una ciencia social objetiva puede y debe traducirse al lenguaje de las luchas. El problema teórico más abstracto tendrá el significado de clase más concreto" ("Workers and Capital", p. 30).

implícitamente lo segundo. Por ejemplo, al revelar la forma en que el dinero es una parte integral del capital —una mediación impuesta por el capital como parte de la forma mercantil—, Marx está afirmando implícitamente que toda estrategia de la clase trabajadora para destruir el capital debe involucrar en última instancia la destrucción del dinero.

Esta demanda de que cada categoría se relaciona explícitamente con la lucha de clases no reduce todo a la lucha de clases, porque la lucha de clases no es una causa independiente, externa, de las categorías y relaciones. Tampoco es una consecuencia exterior, derivada, de tales categorías y relaciones. La lucha de clases es la confrontación del esfuerzo de la clase capitalista por imponer su orden social—con todas sus categorías y determinaciones— y los esfuerzos de la clase trabajadora por afirmar sus intereses autónomos. La lucha de la clase trabajadora es la actividad revolucionaria que pone en tela de duda las “reglas del juego” de la sociedad capitalista. Es por esta razón que todas esas reglas y determinaciones deben leerse desde una perspectiva que insista en la evaluación de cada aspecto del capital desde el punto de vista de la estrategia de la clase trabajadora. Esta es la fuente del carácter doble de las categorías capitalistas. La “ciencia” de los filósofos y los economistas políticos es sólo la visión que de sí mismo tiene el capital. La lectura política de *El capital*, y del capital, es una actividad estratégica de la clase trabajadora. No hay ningún tercer punto objetivo por encima de la lucha, porque la actividad revolucionaria revela el otro lado por todas partes. La importancia vital del trabajo que he reseñado antes brevemente consiste en su redescubrimiento de este hecho y su iniciación de la realización de este proyecto estratégico.

Este proyecto es exactamente el proyecto deman-

dado en la discusión que hace Marx del fetichismo. Debemos recordar que, después de todo, es en la discusión detallada de la forma mercancía del capítulo Uno que Marx se queda corto al denunciar el análisis que acaba de emprender como algo fetichista porque sólo se ocupa de las relaciones existentes entre las cosas y no de las relaciones sociales existentes entre las clases. Sostiene Marx que debemos ver detrás de ese fetichismo de la mercancía en el que aparecen, como las ideas religiosas, como “seres independientes dotados de vida propia que se ponen en relación entre sí y con la especie humana”. En otras palabras, debemos ver más allá de la propia exposición que hace Marx de la forma mercancía donde las mercancías parecen interrelacionarse por su propio impulso. Cuando Marx pasa en el capítulo Dos al análisis del intercambio como una actividad entre personas y luego, en el resto del libro, al análisis de otros aspectos de las relaciones sociales del capital, está haciendo exactamente lo que prescribe: poner la mercancía y todas sus determinaciones en su lugar dentro de la relación de clase. Esta es una parte importante del proyecto que he bosquejado antes: analizar el significado de cada categoría del capital dentro del contexto de la confrontación de clase.

Hay ciertas regularidades, o “leyes”, del intercambio de mercancías, así como hay una lógica de la propia forma de mercancía, pero esa lógica y esas leyes son sólo las que logra imponer el capital. Lo que nos muestra Marx en *El capital* son las “reglas del juego” establecidas por el capital. Estas reglas reflejan su propia estructura interna: la lucha contradictoria de dos clases. Nuestro problema consiste en aclarar la importancia y el significado de cada una de estas determinaciones y “reglas” para la clase trabajadora, en lugar

de aceptarlas simplemente como si estuviesen dadas en forma objetiva.

LA LECTURA DEL CAPÍTULO UNO

Uno de los conceptos más básicos de *El capital*, que ha sido fundamental para las lecturas de Marx que bosquejé antes, es el del valor. Desafortunadamente, hasta donde yo sé, el concepto mismo nunca se ha sometido a una lectura política y esto ha generado un uso confuso y contradictorio. Me parece que esto puede evitarse mediante una lectura política del análisis que Marx hace del valor en el capítulo Uno del Libro I de *El capital*. Para tal efecto, he tratado de aplicar a la elucidación e interpretación de los diversos conceptos y categorías del Capítulo Uno el enfoque doble que describí antes.

La "lectura" de este capítulo debe hacerse con cuidado, porque Marx está tratando sólo con unas pocas de las determinaciones del capital: lo que llama la forma mercancía. Muchas de las otras determinaciones del capital se trazan cuidadosamente en resto del Libro I y en los Libros II y III, en lo que Marx (y Engels, quien editó los Libros II y III) consideró como una progresión de desarrollo lógico de determinaciones cada vez más complejas. Es por esta razón que la fuerza de trabajo como una mercancía, la plusvalía, el capital, la acumulación, la ganancia, los salarios, etc., casi no aparecen en este capítulo. Paradójicamente, es por esta razón también que la dificultad del capítulo Uno no reside en su complejidad sino en su sencillez. Esta es una de las razones por las que ha resultado tradicionalmente difícil, aun misteriosa, la interpretación del capítulo Uno. En virtud de que el primer capítulo

excluye en su mayor parte la discusión explícita de la relación existente entre la forma mercancía y el capitalismo, muchos intérpretes han caído exactamente en la trampa del fetichismo de la mercancía contra la que previene Marx. Tales intérpretes han visto las determinaciones de la forma mercancía como características abstractas de cualquier intercambio de mercancías, desde las de un "modo de producción simple" hasta el intercambio de capital en forma de mercancías. De este modo, todo el análisis de la Sección I, incluido el del intercambio en el capítulo Dos y el del dinero en el capítulo Tres, se ha tratado como si fuese separable del análisis del capital, que sólo entraría en la Sección II, en "La Transformación del dinero en capital", como si el dinero de la Sección I fuese alguna categoría histórica o la de algún modo de producción precapitalista.

Pero el orden de la exposición de Marx no es ahistórico ni trata de reproducir un desarrollo histórico donde el dinero de la categoría precapitalista preceda a las categorías del capital. "Sería, por tanto, falso y no viable el seguir las categorías económicas por el orden con que aparecen históricamente como categorías determinantes. Lejos de ello, el orden de sucesión en que aparecen se halla determinado por la relación que guardan entre sí en la moderna sociedad burguesa y que es cabalmente el inverso del que se manifiesta en su proceso natural o en la serie del desarrollo histórico."¹³⁸

En lo que se refiere a la naturaleza del valor y el dinero en la sociedad precapitalista, sólo diría lo siguiente en este punto: es una buena idea que se tome en serio la prevención que hace Marx en la "Introduc-

¹³⁸ Marx, *Contribución a la crítica de la economía política (Introducción de 1857)*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VI, *Grundrisse*, p. [28].

ción" a la *Contribución a la crítica de la economía política*, en el sentido de que no es válida la aplicación de categorías apropiadas para el capitalismo a otros sistemas sociales sin modificación. "Así, pues, la economía burguesa nos suministra la clave de la economía antigua. Pero no, ni mucho menos, a la manera de los economistas que mezclan y confunden todas las diferencias históricas y ven en todas las formas de sociedad la sociedad burguesa. Cabe comprender lo que es el tributo, lo que son los diezmos, etc., conociendo la renta de la tierra. Pero no hay que identificarlos." ¹³⁹

Como parte de esta discusión metodológica, Marx examina en forma explícita el caso del dinero. Advierte Marx que, aunque es sin duda cierto que "el dinero puede existir y ha existido en el tiempo histórico antes que existieran el capital, los bancos, el trabajo asalariado, etc.", ocurre que el "dinero" estaba menos desarrollado en la sociedad precapitalista y por lo tanto era diferente. "De este modo, aunque la categoría más simple [dinero] pueda haber existido históricamente antes que la más concreta [capital], puede ocurrir que en todo su desarrollo intensivo y extensivo corresponda precisamente a una forma combinada de la sociedad." ¹⁴⁰

Así pues, si deseamos analizar la naturaleza del valor y el dinero en la sociedad precapitalista —lo que no trato de hacer aquí—, tendremos que seguir el ejemplo de Marx y tratar de ver cómo necesita modificarse la teoría de *El capital* para que resulte útil en otras situaciones.

El capítulo Uno establece las determinaciones de un sistema totalmente desarrollado de intercambio mer-

¹³⁹ *Ibid.*, p. [26].

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. [24].

cantil, un sistema que sólo ha existido como un aspecto del capitalismo. En virtud de que el capitalismo es tal sistema totalmente desarrollado —por las razones que examinaré en el capítulo siguiente—, tales determinaciones son también determinaciones del capital y deben entenderse como tales. Si Marx estableció una distinción entre el dinero empleado como capital en la contratación de mano de obra asalariada y el dinero empleado como algo distinto del capital en la compra de servicios personales, como lo hizo, ello se debió a su percepción de situaciones en las que el capital no podía utilizar por completo el dinero para expandir su sistema. Esta distinción es válida sin duda, como lo es la diferenciación del uso del dinero por parte de la clase trabajadora o por parte del *rentier*. Pero estos no son usos del dinero como algún dinero abstracto en sí mismo, sino del dinero en un contexto de clase histórica particular. Desde el punto de vista del capital, todos estos usos del dinero deben subordinarse e integrarse a la reproducción ampliada del propio capital. Si no ocurre así, estos usos no estarán funcionando como dinero para el capital. Esto revela exactamente por qué resulta vital el entendimiento del valor y el dinero como partes integrantes del capital. Debemos entender por qué son formas apropiadas para el capital y reproducidas por él, para entender lo que significa su destrucción.

Otro problema es que resulta muy fácil interpretar que Marx acepta como un hecho natural las relaciones que está estableciendo. Tal cosa involucra el error, a menudo repetido por los economistas políticos marxistas, de ver el análisis que hace Marx de la forma mercancía como algo que sólo difiere del análisis de la economía política clásica por su corrección. Marx aprecia y corrige los "errores" de sus antecesores: tal es

el proyecto del Libro IV de *El capital* sobre las teorías de la plusvalía. Marx puede mostrarnos en forma más atinada la consistencia lógica del conjunto de reglas asociadas a la forma mercancía. Pero lo pudo hacer precisamente porque se salió de su perspectiva (la del capital) y pudo ver la forma mercancía como algo inherente al capital: tanto en la forma por la que compele a la clase trabajadora a trabajar "gratuitamente" para él, como en la forma en que encubre esa compulsión por una apelación a las relaciones del mercado. Marx no está demostrando por qué la "mano invisible" funcionó mejor aún de lo que pensaba Adam Smith. Está demostrando la estructura ideal que el capital trata de imponer y la forma en que logra y oculta al mismo tiempo esta imposición a través de la mediación mercantil, un disfraz que se reproduce de modo fetichista en la teoría económica de la mano invisible.

Nuestro problema no es, como el de Marx, de mera exposición. Entender la teoría del valor que aparece en el capítulo Uno es ver cómo podemos hacer lo que Marx nos dice que debemos hacer: integrar la discusión de la forma mercancía a nuestro entendimiento de las relaciones de clase que Marx desarrolló más en *El capital* y que ahora estamos extendiendo más aún. Para ello *debemos aplicar a la lectura de este primer capítulo todos nuestros conocimientos e interpretaciones del resto de El capital y de la lucha de clases que allí se analiza*. Marx extendió su análisis en una progresión lógica para lograr una exposición clara. *Nosotros debemos reintegrar la totalidad* y relacionar cada parte separada con cada una de las otras. No basta afirmar como un principio metodológico que la discusión de la plusvalía incluye la del valor porque el primero es una forma más desarrollada del último. Debemos mostrar esto en forma explícita. Debemos mostrar cómo las determinaciones

del valor se preservan y se suman en la plusvalía, así como debemos mostrar la forma en que las determinaciones de la plusvalía se preservan y suman en la totalidad de las relaciones de clase. Este es el sentido de la lectura política de *El Capital* que examiné antes. Sólo si hacemos esto podremos ver "como cada categoría y relación se relaciona con la naturaleza de la lucha de clases y la aclara". Esta es la única forma en que podemos empezar a entender lo que significan el valor y el dinero "para la estrategia política de la clase trabajadora en general". Y sólo si entendemos estas relaciones como momentos reales de la realidad contemporánea de la confrontación de clases, no como momentos abstractos de un modelo abstracto, podremos descubrir lo que tales relaciones significan, sobre todo ahora. Creo que, basados en tal entendimiento del valor, podemos evaluar el grado en que el resto de *El capital* y sus extensiones han sido, o pueden ser, reinterpretados en forma consistente y útil.

En lo que sigue, "vuelvo a leer" los parágrafos 1, 2 y 3 del capítulo Uno, en ese orden, y me ocupo en forma secuencial de la forma mercancía dentro del capital; el análisis de la forma mercancía en el valor de uso y el valor de cambio y en los aspectos cualitativos y cuantitativos; el trabajo abstracto como la sustancia del valor; el tiempo de trabajo socialmente necesario como la medida del trabajo abstracto; las formas del valor (terminando con la forma dinero); y por último, los aspectos del dinero iluminados por la forma dinero. En cada caso he tratado de presentar las perspectivas de las dos clases y de discutir brevemente las implicaciones para la lucha de la clase trabajadora. No hago un análisis separado del parágrafo 4 del capítulo Uno, que se ocupa del fetichismo, simplemente porque, como ya he explicado, todo este ensayo involucra el

trabajo de ver detrás de las apariencias de la forma mercancía para captar las relaciones sociales. Para concluir, resumo algunos de los principales resultados de la lectura de este capítulo.

II. LA FORMA MERCANCÍA

¿POR QUÉ inicia Marx su estudio del capital con el análisis de la mercancía, de productos útiles del trabajo humano que se compran y venden? Marx nos da una respuesta desde la primera frase del capítulo Uno: "La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un 'inmenso cúmulo de mercancías' y cada mercancía como su forma elemental. De ahí que nuestra investigación comience por el análisis de la mercancía".¹ Principia Marx por la mercancía porque tal es la forma

¹ En la traducción inglesa tradicional de Moore y Aveling, tomada de la tercera edición alemana, la primera oración dice así: "La riqueza de las sociedades donde prevalece el modo de producción capitalista aparece como 'una acumulación inmensa de mercancías; su unidad es una mercancía singular' (*subrayado* de Cleaver). La nueva traducción de Ben Fowkes, de donde se toma el pasaje que aparece en el texto, traduce más correctamente la expresión alemana "elementarform" por "forma elemental". En el prefacio a la primera edición alemana, donde se refiere Marx al método que usa en este capítulo, alude a la forma mercancía como la "forma celular": "Además, en el análisis de las formas económicas no podemos recurrir al microscopio ni a los reactivos químicos. Hay que sustituir ambos elementos por la capacidad de abstracción. Ahora bien, la forma de la *célula económica*, en la sociedad burguesa, es la *forma mercancía* bajo la que se presenta el producto del trabajo o la *forma valor* que la mercancía reviste. Al profano le parece que el análisis de estas formas gira en torno a meras sutilezas. Y se trata, en efecto, de *sutilezas*, pero a la manera de aquellas sobre que versa la anatomía micrológica" (K. Marx, *El capital*, Libro I, "Prólogo" a la 1a. ed. alemana (1983) en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII, que toma nota de los mencionados ajustes de la traducción inglesa.

elemental de la riqueza en la sociedad capitalista. Cuando leemos el resto de *El capital* descubrimos por qué ocurre que toda la riqueza asume la forma mercantil en la sociedad burguesa. Ese conocimiento aclara en mayor medida aún por qué debemos principiar por las mercancías: porque *la forma de mercancía es la forma fundamental del capital*. En este capítulo me propongo aclarar este punto fundamental especificando los aspectos básicos del capital que Marx designa por “forma mercancía” y bosquejando el desarrollo histórico del capital en términos de esa forma.

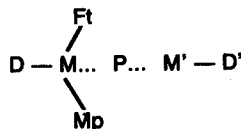
El capital se ocupa del capital. ¿Pero qué es el capital? En la concepción de Marx, el capital era sobre todo una relación social, más específicamente una relación social de lucha entre las clases de una sociedad burguesa: la clase capitalista y la clase trabajadora. Si el capital es básicamente la dinámica de la lucha de clases, sería razonable iniciar su estudio por el examen de las características más básicas de esa lucha. Aunque eso es exactamente lo que hace Marx, la relación existente entre la mercancía y la lucha de clases no es inmediatamente obvia. Para aclarar esta relación, debe entenderse que la lucha de clases se refiere a la forma en que la clase capitalista impone la forma mercancía a la masa de la población obligando a la gente a vender una parte de su vida como fuerza de trabajo en forma mercantil para sobrevivir y ganar algún acceso a la riqueza social. En otras palabras, la gran mayoría de la gente se ve colocada en una situación en la que está obligada a trabajar para no morir de hambre. La clase capitalista crea y mantiene esta situación de compulsión obteniendo el control total de todos los medios de producción de la riqueza social. La imposición generalizada de la for-

ma mercancía ha significado que el trabajo forzado se convierta en el medio fundamental de organización de la sociedad, del control social. Significa la creación de una clase trabajadora, una clase de personas que sólo pueden sobrevivir vendiendo su capacidad de trabajo a la clase que controla los medios de producción.

Puede sonar paradójica la afirmación de que el capital es la lucha entre el capital y la clase trabajadora. ¿Cómo puede algo ser la lucha entre sí mismo y algo más? Simplemente porque la clase trabajadora, mientras trabaje para el capital, no es “algo más”: existe como fuerza de trabajo dentro del capital. ¿Significa eso que el capital es a la vez el todo y una parte? No, siempre es el todo, y ese es el punto difícil, porque la clase trabajadora se encuentra enfrentada al todo, incluida ella misma en un sentido muy especial. Bajo el control del capital, el trabajo crea cosas útiles, mercancías, ingreso, y en última instancia plusvalía, o ganancia, que a su vez, manejados por la clase capitalista, se usan para dominar a los trabajadores, y siempre más trabajadores además. Así pues, mediante la forma mercancía, el trabajo en la forma alienada “muerta” de los productos y del valor que crea se domina a sí mismo (“trabajo viviente”) como capital. En este sentido podemos ver también al capital dentro del trabajo como una clase particular de distorsión social en la que una clase muy específica de la actividad social —el trabajo— asume una existencia espectral en su forma muerta y domina toda la actividad social imponiendo cada vez más trabajo. En efecto, *podemos definir el capital como un sistema social basado en la imposición del trabajo a través de la forma mercancía*. Dada la forma en que el trabajo muerto no sólo dominaba el trabajo vivo sino que en esa dominación también absorbía la fuerza vital de este

último para su propia expansión, Marx se refirió a menudo al capital como algo “vampiresco”.

Este entendimiento de la naturaleza del capital es obviamente muy diferente del utilizado por la economía burguesa y por algunas interpretaciones de Marx, donde se ve el capital en una forma cosificada, es decir, simplemente como cosas: medios de producción, ganancias, fondos invertibles. Estos son, en efecto, momentos de la organización de la relación social, pero no deben tomarse erradamente por la relación misma. No habrá dificultad para recordar esto si tenemos presente la formulación que hace Marx del capital como un conjunto circular de relaciones que se reproducen a sí mismas e incluyen todos estos aspectos:



En esta formulación, donde los guiones representan relaciones de intercambio y los puntos de la elipsis representan relaciones de producción, podemos ver cómo los *fondos invertibles* (D) compran los *bienes* (M) usados en la *producción* (medios de producción, Mp, y *fuerza de trabajo*, Ft) para ponerlos a *trabajar* (P) en la producción de *capital-mercancías* (M'), que puede venderse por un *ingreso* (D') que genera una ganancia (D' - D). Todos estos son momentos de la totalidad que es el capital. En el Libro I se realiza un examen de cada aspecto de esta totalidad, aunque el análisis de la forma de este proceso se desarrolla más plenamente en el Libro II de *El capital*, donde analiza Marx los ciclos de

la reproducción en términos de cada uno de estos momentos.²

Si la forma mercancía es la forma fundamental de la relación de clases del capital, y si esa forma consiste en la creación forzada de una situación en la que el único acceso a la riqueza social (alimento, vestido, etc.) para los trabajadores es la venta de su fuerza de trabajo, *se sigue que todos los productos del trabajo deben asumir forzosamente la forma mercancía*. Esto es así simplemente porque tales productos deben venderse a la clase trabajadora para asegurar su supervivencia y crecimiento. Dado que la riqueza para el capital no es más que la acumulación de trabajo y de los productos que el trabajo produce, y dado que tanto el trabajo como tales productos asumen la forma mercancía en el capital, la mercancía individual aparece como la forma elemental de esa riqueza.³

La forma mercancía es así un conjunto de relaciones de poder. La imposición de tales relaciones depende del poder del capital frente a la clase trabajadora. La

² Es en el Libro II, Sección I, “La metamorfosis del capital y su ciclo”, que analiza Marx los circuitos del capital-dinero (D), el capital productivo (P), y el capital-mercancías (M'), por separado y en conjunto.

³ En el capítulo Uno del Libro II, formula Marx explícitamente esta observación: “Pero, por otra parte, para que la masa de los productores directos, de los trabajadores asalariados, pueda efectuarse el acto T-D-M, tienen que poder disponer constantemente de los medios de vida necesarios en forma en que puedan comprarlos, es decir, en forma de mercancías. . . Tan pronto como se generaliza la producción por medio del trabajo asalariado, la producción de mercancías se convierte necesariamente en la forma general de la producción” (*El capital*, Libro II, cap. I, § 2, de la nueva traducción de Wenceslao Roces). Todas las referencias de páginas del segundo y tercer volúmenes de *El capital* corresponderán a la edición de *International Publishers*. Para facilitar la verificación de las citas en otras ediciones, también especificaré el capítulo y las secciones).

forma mercancía no es algún concepto apolítico que simplemente describa o denote un conjunto de relaciones en la sociedad capitalista. El poder del capital para imponer la forma mercancía es el poder para mantener el sistema mismo, un sistema donde la vida de la mayoría de la gente se convierte en fuerza de trabajo. Aquí reside la importancia de la distinción que se establece entre la fuerza de trabajo y la clase trabajadora. Cuando funciona como parte del capital, la clase trabajadora es fuerza de trabajo, y el capital define la clase por este hecho. Esto puede aclararse usando la distinción que hace Marx entre la clase trabajadora en sí misma y para sí misma. La clase trabajadora en sí misma está constituida por todos quienes se ven forzados a vender su fuerza de trabajo al capital y por ende a ser fuerza de trabajo. Es una definición basada puramente en un conjunto común de características dentro del capital. La clase trabajadora para sí misma (o clase trabajadora como clase trabajadora, definida políticamente) sólo existe cuando afirma su autonomía como una clase a través de su unidad en la lucha contra su papel como fuerza de trabajo.⁴ Paradójicamente entonces, de acuerdo con esta distinción, *la clase trabajadora es verdaderamente clase trabajadora sólo cuando lucha contra su existencia como una clase*. El resultado de la dialéctica de la clase trabajadora en sí misma y para sí misma no es la creación de una clase trabajadora pura

⁴ La discusión clásica que hace Marx de esta distinción entre la clase en sí misma y la clase para sí misma se encuentra en su análisis del campesinado francés. Encuentra Marx que los campesinos formaban una clase en la forma en que un saco de papas forma una clase. Es decir, todos tenían las mismas características y eran una clase en sí mismos, pero en virtud de que no actuaban juntos en el terreno político, no formaban una clase para sí mismos. Véase a Karl Marx, "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en Marx y Engels, *Obras escogidas*, vol. I, Progreso, Moscú, 1980, pp. 489 s.

tras la derrota revolucionaria del capital, sino más bien la disolución de la clase trabajadora como tal.⁵

Cuando estudiamos la forma mercantil que se impone a la clase trabajadora, es importante que no equiparemos esa imposición con la imposición del salario monetario. Este es el error de quienes leen a Marx demasiado estrechamente y definen la clase trabajadora sólo como trabajadores asalariados. La afirmación de que la clase trabajadora vende su fuerza de trabajo al capital debe entenderse en sentido amplio: la clase trabajadora incluye a quienes trabajan para el capital en diversas formas a cambio de una parte de la

⁵ Este punto básico, que la clase trabajadora lucha por terminar su existencia como tal, debe tenerse presente en todas las discusiones del "comunismo". El hecho de que el derrocamiento revolucionario del capital significará el fin de la clase trabajadora como tal no significa que esa clase no puede luchar unida contra el capital, como ha sugerido recientemente Jean Cohen en su reseña del libro de Agnes Heller, *Bedeutung und Funktion des Begriffs Bedürfnis im Denken von Karl Marx* ["Teoría de las necesidades en Marx"], ed. española, Ed. Península, Barcelona, 1978. Cohen sostiene que la clase trabajadora, como una clase creada dentro del capital, no puede tener demandas o "intereses" por encima del capital, y que las únicas de tales demandas, que Cohen llamaría "necesidades radicales", que amenazan el capital pueden provenir de individuos "que desafían su estatus de trabajadores y oponen la reducción de sus necesidades, personalidad, actividad e individualidad a los imperativos de las relaciones de clase" (*Telos* 33 [otoño de 1977], p. 180). Pero el hecho es que tales individuos se enfrentan al capital como una clase en sí mismos —todos tienen las mismas características básicas frente al capital—, y la única forma en que pueden obtener el poder necesario para derribar su sistema es la acción unida como una clase para sí mismos. Cuando derriben las puertas y escapan de la fábrica social, la oposición al capital que ahora los une habrá desaparecido y podrá crearse la sociedad poscapitalista, como dijo Marx, para "el cultivo de todas las cualidades del hombre social" (*Grundrisse* [Elementos fundamentales para la crítica de la economía política], ed. española FCE, México, 1983, *Obras fundamentales de Marx y Engels*, vols. VI y VII).

riqueza social total que producen. Como señaló Marx en su discusión de los salarios en la Sección vi de *El capital*, y como ha subrayado el Movimiento de Salarios para el Trabajo Hogareño, el salario monetario representa el pago sólo de una parte de ese trabajo. En la fábrica, la parte no pagada y no asalariada cuenta como plusvalía; el desarrollo del análisis de la fábrica social (véase la Introducción) ha aclarado la forma en que el capital puede obligar a la clase trabajadora a trabajar para él en muchas otras formas. El aspecto más cuidadosamente analizado en esta cuestión es el trabajo involucrado en el adiestramiento y el mantenimiento de la propia fuerza de trabajo —el trabajo realizado por el trabajador asalariado pero también por los trabajadores domésticos no asalariados—, principalmente esposas y niños. Otro trabajo formalmente no asalariado incluye cosas tales como el viaje al trabajo, la realización de las compras, y las partes del trabajo escolar, el trabajo comunitario y el trabajo eclesiástico que sirven para reproducir fuerza de trabajo para el capital. El trabajo no asalariado no deja de ser pagado; más bien se vende por lo menos parcialmente al capital a cambio de ingreso no asalariado. Lo importante aquí es que el análisis de la forma mercancía en la relación de clase debe incluir este tipo de intercambio al igual que el intercambio directo de salarios por fuerza de trabajo.

Si la forma mercancía es la forma básica de la relación de clases, su estudio resultará fundamental para el entendimiento del carácter de la lucha de clases en cualquier período histórico del capital, incluido el presente. Esto no quiere decir que el entendimiento de las determinaciones básicas de la forma mercancía sea suficiente para comprender la lucha; sólo significa que tal cosa es necesaria. Hay obviamente muchas otras

determinaciones que también deben entenderse para percibir la especificidad histórica. Pero si se advierte esta importancia fundamental se advertirá por qué resulta tan vital el entendimiento de las abstracciones aparentemente áridas del capítulo Uno. Para precisar este punto bosquejaré la historia de la lucha de clases tal como se describe en *El capital* en términos de la omnipresencia de la forma mercancía.

LA ACUMULACIÓN ORIGINARIA

En la Sección vii del Libro I de *El capital*, Marx nos muestra cómo impuso originalmente el capital la forma mercancía de la relación de clases. Nos muestra cómo lo que él llama acumulación originaria fue básicamente la creación original de las clases de la sociedad capitalista mediante la imposición del trabajo y el intercambio de mercancías. En el capítulo 24 demuestra Marx que el secreto de esta imposición fue exactamente ese “proceso histórico de la separación del productor de los medios de producción” (básicamente la tierra), lo que significó que los trabajadores tendrían que vender su fuerza de trabajo al capital para obtener los medios de subsistencia, y que todos los productos del trabajo tendrían que asumir así la forma mercantil. En el capítulo 24 describe Marx cómo fueron sacados los campesinos de la tierra y empujados hacia la ciudad, donde en unión de los antiguos sirvientes feudales formaron una fuente potencial de fuerza de trabajo para el capital. Pero el capítulo 24 muestra que esta expropiación de la tierra, la fuente de alimento y vestido, no bastó para empujar a la gente hacia las fábricas, porque muchos prefirieron el vagabundeo o una vida de “crimen” a las condiciones opresivas y los bajos

salarios de la industria capitalista. Sus luchas contra la nueva disciplina de la organización capitalista del trabajo obligó a los dueños del poder a promulgar una "legislación sangrienta" para obligarlos a meterse a las fábricas. "Así fue como la población campesina, violentamente expropiada de la tierra y obligada a vagabundear, se vio obligada por una serie de leyes grotescamente terroristas a aceptar la disciplina impuesta por el sistema del trabajo asalariado, marcada a fuego y torturada".⁶ En los manuscritos de los *Grundrisse* ha descrito Marx el dilema afrontado por el capital en estos términos: "Se los *obliga* a trabajar bajo las condiciones estatuidas por el capital. Quien carece de propiedad se inclina más bien a ser vagabundo, bandido o mendigo que a ser trabajador".⁷ Como vemos en el capítulo 24, la contrapartida de esta creación de una clase trabajadora obligada a vender su trabajo como mercancía fue el surgimiento de la clase capitalista responsable de esta imposición: primero los capitalistas agrarios y luego los industriales.

Aunque esta creación y acumulación "originaria" de una clase trabajadora se realizó primero en una forma masiva en Inglaterra y Europa Occidental (la "alborada rosada" del capitalismo), también se inició rápidamente en todo el mundo. El capital al expandirse, reestructuró la sociedad existente para expropiar su riqueza y obtener el control del trabajo de su población. Marx analiza esta extensión de la imposición primitiva de la forma mercancía en los capítulos 24-25. Una y otra vez vemos cómo la clave de la expansión colonial capitalista, más allá del robo inicial de la ri-

⁶ Marx, *El capital*, Libro I, cap. 24, § 3, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

⁷ Marx, *Grundrisse*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vols. VI y VII.

queza local, reside en su capacidad para separar el trabajo de la tierra, y otros medios de producción, para crear así una clase trabajadora, tanto asalariada (que trabaja en las fábricas, en las plantaciones, etc.,) como no asalariada (que trabaja para reproducirse como una reserva frente a los asalariados). En algunos casos, la creación de trabajo asalariado fue enteramente marginal. A menudo, el capital, reforzó las formas existentes del control y la producción sociales (por ejemplo, el gobierno indirecto) o transformó las sociedades existentes en formas nuevas que no usaban el trabajo asalariado pero estaban bien integradas en el capital (por ejemplo, la esclavitud del siglo XVI al XIX; la aparcería después de la Guerra civil norteamericana). Tales sectores no asalariados de la clase trabajadora formaron una parte vital de la nueva fuerza de trabajo del capital a nivel mundial. "La esclavitud velada de los trabajadores asalariados de Inglaterra", escribió Marx. "necesitaba, para su pedestal, la esclavitud pura y simple en el nuevo mundo."⁸ Han variado grandemente las formas en que el trabajo desempeñado por estos trabajadores no asalariados ha sido importante para el capital, desde el mero autosostenimiento como un ejército de reserva latente hasta la producción de alimentos y materias primas vitales para todo el orden mundial del capital, como ocurrió en el caso de la esclavitud del algodón.

Durante tales períodos de acumulación original, la lucha entre las clases emergentes trataba de determinar si el capital podría imponer la forma mercancía de las relaciones de clase, es decir, si tenía el poder necesario para sacar a los campesinos y a las gentes tribales

⁸ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 19, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

de la tierra, para destruir sus artesanías y su cultura a fin de crear una nueva clase de trabajadores. *Es importante advertir que esta fue en verdad una lucha y no una manipulación unilateral.* Las luchas de los trabajadores potenciales no sólo dificultaron las cosas para el capital mediante el crimen, el vagabundeo, las rebeliones y las guerras de resistencia, sino que no siempre “ganó” el capital. Por ejemplo, el capital nunca pudo convertir a la masa de indios norteamericanos en un sector de su clase trabajadora. Sólo pudo eliminarlos como una raza mediante el genocidio y la importación de esclavos negros e inmigrantes blancos para remplazarlos.

LA LUCHA POR LA JORNADA DE TRABAJO

Cuando las posibilidades de eludir el capital se vieron reducidas o eliminadas, la lucha cambió de la imposición de la forma mercancía al *grado* de tal imposición. En otras palabras, la nueva clase de trabajadores, incapaz de evitar todo trabajo para el capital, luchó sin embargo para limitar la parte de sus vidas y energías que debía entregar para sobrevivir. La lucha sobre la duración del trabajo se hizo central.

El análisis que hace Marx de la historia del conflicto sobre la duración de la jornada de trabajo, en el capítulo 8 del Libro I, muestra claramente cómo continuó la lucha por el grado de imposición de la forma mercancía aun después de que ya no se discutía su existencia. En el análisis de Marx, sólo hay dos actores de esta lucha: el capital y la clase trabajadora. En el parágrafo 5 del capítulo 8 muestra Marx cómo en Inglaterra, por largo tiempo durante su ascenso, el capital trató de imponer, a menudo a través del Estado, una jornada de trabajo cada vez más larga a su creciente fuerza de

trabajo. Durante este tiempo, los esfuerzos de los trabajadores trataron de limitar y contener esta absorción creciente de su tiempo y energía. Por lo tanto, no fue cosa fácil la extracción de estas horas adicionales de la clase trabajadora. Como señala Marx: “Hubieron de pasar una serie de siglos para que llegara el día en que el trabajador ‘libre’, dentro de un modo de producción capitalista ya desarrollado se prestara voluntariamente, es decir, se viera socialmente obligado a vender su derecho de primogenitura por un plato de lentejas”.⁹

Al principio del período colonial, el capital hubo de usar la fuerza para lograr que las poblaciones indígenas aceptaran en absoluto la forma mercancía. Frente a una resistencia continua al trabajo regular y extendido, los gobiernos coloniales se vieron reiteradamente obligados a usar medios tales como las carnicerías, los impuestos en dinero, o el desplazamiento a tierras pobres para forzar a estas poblaciones a trabajar lo suficiente para generar una ganancia a favor del capital. Esta negativa a trabajar se llamó naturalmente “atraso” por parte de los economistas del capital (quienes desarrollaron una curva de oferta de trabajo “que se dobla hacia atrás” para describirlo), y los politólogos burgueses justificaron el uso de la fuerza con apelaciones a la necesidad de “civilizar” pueblos primitivos.¹⁰

⁹ *Ibid.*, cap. 8, § 5.

¹⁰ La curva de oferta de trabajo “que se dobla hacia atrás” se basa en un intercambio entre los salarios y el “ocio”. A salarios bajos, los trabajadores trabajarán más al aumentar los salarios, pero si los salarios pasan de cierto punto, los trabajadores empezarán a sustituir el trabajo por el “ocio”, y bajará el número de horas trabajadas. En las colonias, la respuesta era a menudo el establecimiento de un “impuesto por cabaña”, o un pago determinado de dinero que los indígenas debían hacer al gobierno colonial. Dado que el trabajo en una mina o una plantación era la única forma de obtener dinero, el

Este problema ha sido siempre muy agudo donde la tierra es abundante (el Hemisferio Occidental, África) y los nativos "atrasados" pueden huir hacia el interior. Esta fuga para eludir el capital no debe verse simplemente como una evitación del trabajo "capitalista" y una preferencia por el "autocontrol" de trabajo. Más bien debe reconocerse, como lo ha revelado cierto trabajo antropológico reciente (por ejemplo, el trabajo de Marshall Sahlins sobre la "sociedad abundante original"),¹¹ que el "autocontrol" del trabajo significaba en realidad menos trabajo y más tiempo para otras actividades sociales. Ahora podemos redescubrir la conciencia que Marx tenía de esto: "La maquinaria más desarrollada obliga así al trabajador a trabajar durante más tiempo que el salvaje".¹² Como revela el análisis que hace Marx de la teoría del colonialismo de E. G. Wakefield, en el capítulo 25, cuando la disponibilidad de tierra posibilitaba tal escape, los ideólogos del capital percibían su naturaleza con mayor claridad y por ende enunciaban en forma muy coherente la necesidad de restringir tal disponibilidad.

En estas condiciones, *la lucha de clases se presentaba como la combinación contradictoria de dos clases activas*. Los capitalistas trataban de forjar y expandir esta forma nueva del control social. La clase trabajadora trataba de escapar y luego de limitar la imposición que se hacía sobre sus vidas. Dado que el capital tuvo la iniciativa durante este período, es correcto verlo en la ofensiva, y

resultado indirecto era el trabajo forzado. Al mantener muy baja la tasa salarial se obligaba a los trabajadores locales a trabajar muchos días para ganar el dinero necesario para el pago del impuesto.

¹¹ Véase a Marshall Sahlins, *Stone-Age Economics*.

¹² Marx, *Grundrisse*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vols. VI-VII.

a la clase trabajadora como resistente y a la defensiva en sus esfuerzos por fijar límites a su explotación.

Pero a medida que el capital se desarrollaba rápidamente durante la revolución industrial y crecía el tamaño y la fuerza de la clase trabajadora, la actividad de esta última se hizo cada vez más agresiva; empezó a afirmar sus propias demandas autónomas frente al capital. En este punto, el trabajo reciente que produce la noción de la autonomía de la clase trabajadora ayuda también a dirigir nuestra atención hacia ciertos aspectos del análisis que hace Marx del pasado. Podemos redescubrir que Marx analiza la forma en que la lucha por limitar la jornada de trabajo triunfó y, pasando al ataque, los trabajadores trataron de acortar esa jornada, afirmando una demanda autónoma de menos trabajo. En los párrafos 6 y 7 del capítulo 8, Marx traza uno de sus análisis más vívidos de la lucha de clases, bosquejando el crecimiento de un poder y la agresividad de la clase trabajadora que obligó al capital, por la vía del Estado, a acortar reiteradamente la jornada de trabajo. Aquí la iniciativa no está en manos del capital sino en el poder creciente de la clase trabajadora. La clase trabajadora pasa de la resistencia al ataque. Marx muestra cómo, frente a esta ofensiva de la clase trabajadora, "el poder del capital se debilitó gradualmente, al mismo tiempo que crecía el poder de ataque de la clase trabajadora". Este poder creciente reduce reiteradamente la jornada de trabajo, desde quince o más horas hasta las ocho horas que ahora consideramos "normales". También redujo la semana laboral, de siete días a cinco, creando en el proceso el descanso de fin de semana. En esta forma, Marx nos muestra cómo la determinación del período de tiempo en que se impone formalmente la forma mercancía, cómo el "establecimiento de la jornada normal de tra-

bajo", fue "el fruto de una larga y porfiada guerra civil, más o menos encubierta, entre la clase capitalista y la clase trabajadora".¹³

Este análisis del elemento temporal de la forma mercancía que muestra cómo surgió la estructura oficial, "legalmente sancionada" de la jornada normal de trabajo es valiosísimo para entender lo que quería decir Marx cuando hablaba de las "leyes" del modo capitalista de producción. Refiriéndose a las leyes legales que regulaban la estructura temporal del trabajo, dice Marx: "Como se ve, estas meticulosas normas, que fijan con militar uniformidad los límites y las pausas del trabajo al toque de campana, no eran, ni mucho menos, el fruto de las cavilaciones parlamentarias. Fueron surgiendo, paulatinamente, al calor de la propia situación, como leyes naturales del moderno modo de producción. Su formulación, reconocimiento oficial y proclamación por el Estado eran el resultado de largas luchas de clases".¹⁴ Estas "leyes del movimiento" de la sociedad capitalista *son el producto directo de la lucha de clases* y denotan sólo lo que el capital ha podido imponer con su fuerza, dado el poder creciente de la clase trabajadora. Tales leyes ocurren "a espaldas" de los actores sólo en la forma en que son el resultado imprevisible de la confrontación del poder de las dos clases.

Además, descubrimos también el desarrollo del poder de la clase trabajadora en la forma en que también logra mantener y aumentar sin cesar su porción de la riqueza social al mismo tiempo que trabaja menos horas. Puede verse, en efecto, que la clase trabajadora ha *usado* al capital para proveer a sus necesidades al

¹³ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 8, § 7, FCE, México, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, vol. VIII.

¹⁴ *Ibid.*, I, cap. 8, § 6.

mismo tiempo que trabajaba menos. Esta es una fase de ese prolongado proceso descrito por Marx, donde el desarrollo del capital es también el desarrollo del fundamento material en que la clase trabajadora puede superar eventualmente al capital.

Aunque la discusión de los períodos de la historia de la lucha de clases referente a la cuestión del grado en que se impondrá la forma mercancía se ha expresado hasta ahora en términos de la duración de la jornada de trabajo, es claro que también involucra las cuestiones de la laboriosidad y las condiciones *con* que se desempeñará el trabajo. Marx se ocupa en varios lugares de las luchas libradas por estas cuestiones. En el capítulo 8, al examinar la jornada de trabajo, se muestra cómo la lucha por la duración de la jornada es también, hasta cierto punto, una lucha por las condiciones del trabajo; así ocurre, por ejemplo, en el parágrafo 4 que se ocupa del trabajo diurno y nocturno. Pero el análisis más detallado de las cuestiones de la laboriosidad y las condiciones aparece en el capítulo 13. Allí demuestra Marx cómo el desarrollo de la maquinaria, que avanzó rápidamente a medida que los trabajadores forzaban la reducción de la duración de la jornada de trabajo, resultó ser no sólo un medio de elevación de la productividad sino también un medio para aumentar enormemente la velocidad y la intensidad del trabajo. En el parágrafo 3, inciso c, muestra Marx cómo la maquinaria impone al trabajador "una mayor inversión de fuerza de trabajo en el mismo tiempo una tensión acrecentada de la fuerza de trabajo, haciendo que los poros del tiempo en que se trabaja se llenen más, es decir, imponiendo al obrero una condensación del trabajo".¹⁵ Esta aceleración, conti-

¹⁵ *Ibid.*, I, cap. 13, § 3, c.

núa diciendo Marx en los párrafos 5, 9 y en otras partes, produce nuevos tipos de luchas de la clase trabajadora, desde el sabotaje de las máquinas a manos de los luditas hasta las luchas a largo plazo libradas contra el capital para limitar y reducir la intensidad del trabajo y mejorar sus condiciones. Todas estas luchas por la duración, la intensidad y las condiciones del trabajo se refieren a la fuerza de trabajo que la clase trabajadora se ve forzada a vender a los capitalistas. Son cuestiones cuantitativas del *grado* en que se impondrá la forma mercancía. Como dice Marx, "la extensión de la jornada de trabajo y la intensidad de éste se excluyen entre sí".¹⁶

LA LUCHA POR LA PRODUCTIVIDAD Y EL VALOR DE LA FUERZA DE TRABAJO

El éxito de la clase trabajadora en la reducción del trabajo creó históricamente una crisis profunda para el capital y lo obligó a buscar nuevas estrategias. Una respuesta a la disminución del trabajo no pagado en la fábrica consistió en extender la jornada de trabajo no asalariado fuera de la fábrica. El análisis de la fábrica social ha iluminado la forma en que el acortamiento de las horas de trabajo y la exclusión de mujeres y niños del trabajo fabril —una tendencia iniciada después de que Marx escribió *El capital*— fueron contrarrestados en parte por el capital mediante un incremento del trabajo realizado en el hogar y en la escuela para mantener o mejorar la calidad de la fuerza de trabajo. Pero en virtud de que estos incrementos no podían compensar por completo la declinación de las horas traba-

¹⁶ *Ibid.*

jadas en la fábrica, se necesitaba un tipo de cambio diferente. La otra forma principal encontrada por el capital para mantener, reproducir y expandir su control fue como acabamos de ver la sustitución de la mano de obra por la maquinaria, de modo que menos trabajo humano pudiera producir tanto como antes o más. Es importante advertir que el esfuerzo por elevar la productividad no fue simplemente otro aspecto de la explotación capitalista sino *un cambio del plan estratégico del capital que le impuso el crecimiento del poder de los trabajadores*. Marx no tenía dudas a este respecto: "Tan pronto como la creciente rebeldía de la clase obrera obligó al Estado a acortar por la fuerza el tiempo de trabajo, empezando por dictar a la fábrica propiamente dicha una jornada de trabajo normal, a partir del momento en que, por tanto, se cerró el paso de una vez por todas a la producción incrementada de plusvalía mediante la prolongación de la jornada de trabajo, el capital se lanzó con toda su fuerza y plena conciencia de lo que hacía sobre la producción de la plusvalía relativa por medio del desarrollo acelerado del maquinismo".¹⁷

En este punto, la lucha dejó de referirse primordialmente al *grado* de la imposición de la forma mercancía para ocuparse fundamentalmente del *precio* de la imposición. La clase trabajadora acepta la forma mercancía pero exige una porción mayor de la riqueza social, es decir, un precio mayor por su mercancía, la fuerza de trabajo. Incapaz de contrarrestar un incremento secular del precio de la fuerza de trabajo por un incremento de la jornada de trabajo, el capital recurre al aumento de la productividad como el único medio para pagar el precio mayor y para mantener y aumen-

¹⁷ *Ibid.*

tar los beneficios. Esta es la estrategia de la fuerza que permite aumentar en términos absolutos la riqueza y por ende el poder del capital y de la mano de obra: el valor de la fuerza de trabajo disminuye en relación con la plusvalía, de modo que aumentan las ganancias, pero la cantidad absoluta de los valores de uso adquiridos por la clase trabajadora todavía puede aumentar.¹⁸ El cambio de la relación existente entre el precio y la productividad determina la distribución relativa de esa fuerza. Vemos en Marx que esta relación surgió primero mediante los esfuerzos separados de capitales individuales. Gracias al trabajo de Panzieri, cuya revisión de *El capital* le permitió redescubrir la organización del trabajo como una organización planeada de la clase trabajadora, y gracias al trabajo de Tronti y otros sobre el período keinesiano, podemos ver también como el capital trató de institucionalizar la plusvalía relativa mediante contratos sindicales y el "trato de la productividad" keinesiano en los Estados Unidos durante los años cuarenta y cincuenta.¹⁹ Lo que revela un estudio cuidadoso de *El capital* es que esta posibilidad es inherente a la estrategia de la plusvalía relativa. Yo añadiría que tal estudio también pone finalmente al marxismo posterior a Marx al nivel de la economía burguesa, que desde hace mucho tiempo entendió, aunque en una forma distorsionada, la esencia de la plusvalía relativa (la conexión de los salarios con la productividad marginal en la teoría microeconómica neoclásica) y, con mayor coherencia aun, la esencia de la producción como una planeación corporativa de las

¹⁸ Véase una discusión más extensa de la plusvalía relativa en el capítulo IV, última sección, más adelante.

¹⁹ Panzieri, "Surplus Value and Planning"; Tronti, "Workers and Capital".

relaciones de poder entre las clases (el campo de la ingeniería de la eficiencia y de la administración del trabajo en general).

Conectando los salarios y la productividad, el capital trata de crear una situación en la que la lucha de la clase trabajadora por el precio de la forma mercancía se convierta en el motor mismo del crecimiento del capital en una forma nueva. Así como el triunfo de la clase trabajadora en cuanto al acortamiento de la jornada de trabajo obliga al capital a desarrollar estrategias nuevas, la presión en favor de la elevación de salarios en la fábrica (y de la elevación del ingreso fuera de ella) obliga al capital a desarrollar la ciencia y la tecnología para elevar la productividad al mismo ritmo. Esto ocurre en parte mediante los esfuerzos de la corporación individual por elevar directamente sus propias ganancias, como en la época de Marx, y cada vez más —a medida que la presión de la clase trabajadora obliga a los capitalistas a cobrar conciencia de sus intereses de clase comunes— mediante los esfuerzos combinados de la clase capitalista en conjunto —a través del Estado como planeador—, representada en las instituciones de planeación gubernamentales y privadas, tales como la Asociación Nacional de Planeación.²⁰ Cada nuevo ataque de la clase trabajadora se convierte en un aguijón para la búsqueda de formas nuevas del crecimiento capitalista. En la medida en que funcione la estrategia, *esta fase de la lucha por la forma mercancía contempla a dos partes activas que se usan recíprocamente para su propio desarrollo.*

Sin embargo, la posición de la clase trabajadora es ambigua. Por una parte obtiene cada vez más poder

²⁰ Véase una breve introducción a las diversas instituciones de la planeación capitalista en William Domhoff, *The Higher Circles*.

el punto de eliminar la necesidad del trabajo, el capital afrontará una crisis fundamental. "El capital es la contradicción puesta en movimiento: tiende a reducir al mínimo el tiempo de trabajo, al mismo tiempo que hace de él la fuente única y la medida de la riqueza. . . , el capital pone en marcha todas las fuerzas de la ciencia y de la naturaleza. . . , para hacer a la creación de la riqueza (relativamente) independiente del tiempo de trabajo; pero, de otra parte, trata de medir en tiempo de trabajo las inmensas fuerzas sociales así creadas".²⁴ La crisis aparece porque la producción capitalista no se interesa en la producción como tal sino en el control social mediante la imposición de trabajo a través de la forma mercancía y por ende la obtención de valor. Pero dice Marx: "Tan pronto como el trabajo en forma directa deja de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo dejará y tendrá que dejar necesariamente de ser su medida y, con ello, el valor de cambio [la medida] del valor de uso".²⁵

Marx vio en el desarrollo de esta contradicción la posibilidad creciente de que los trabajadores se liberaran del trabajo y derrocaran al capital. Vio Marx que cada vez le resultaría más difícil al capital encontrar formas de imposición del trabajo al aumentar la productividad, y que cada vez sería más obvio para la clase trabajadora que el trabajo debe disminuir en lugar de aumentar. Al aumentar la contradicción entre el nivel creciente de la productividad social y la continua insistencia del capital en más trabajo, la lucha de la clase trabajadora ha asumido más y más el carácter de una lucha contra el trabajo. En los términos que he usado aquí, esto equivale a una reapertura de la cuestión de

²⁴ *Ibid.* p. [593].

²⁵ *Ibid.* p. [593].

si el capital tiene poder para imponer trabajo a través de la forma mercancía, a cualquier precio. Así se explica la profundidad de la crisis actual. Lo que está en juego es la supervivencia misma del sistema. O el capital encuentra formas nuevas para imponer el trabajo y obtener así valor, o la lucha de clase trabajadora contra el trabajo hace explotar al sistema y funda uno nuevo.

Ahora, la creación de un nuevo orden social ya no requiere un retorno a la tierra y las artesanías, como piensan algunos socialistas —románticos o científicos—, sino que incluye el desarrollo más pleno de un sistema social muy productivo de riqueza adecuada y de trabajo decreciente, antes que creciente, al aumentar la productividad. En tal sistema, como previó tan brillantemente Marx hace un siglo. "La medida de la riqueza, por tanto, no es, ni mucho menos, el tiempo de trabajo, sino el *tiempo disponible*".²⁶ Así pues, el desarrollo del capital, impulsado por las demandas de la clase trabajadora, ha creado el fundamento material real necesario para pasar de "la reducción del trabajo necesario para generar trabajo excedente" a un sistema en el que: "La reducción del tiempo de trabajo necesario, que ya no beneficiará al plustrabajo, permitirá [entonces] el libre desarrollo de la individualidad. Los ocios y los medios puestos al alcance de todos harán que la reducción al mínimo del trabajo social necesario favorezca el desarrollo artístico, científico, etc., de cada cual".²⁷

La clasificación anterior de la lucha de clases por los interrogantes de *si, en qué grado, y a qué precio* se impondrá la forma de mercancía, es a la vez histórica y analítica. Hay cierta tendencia histórica general del

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

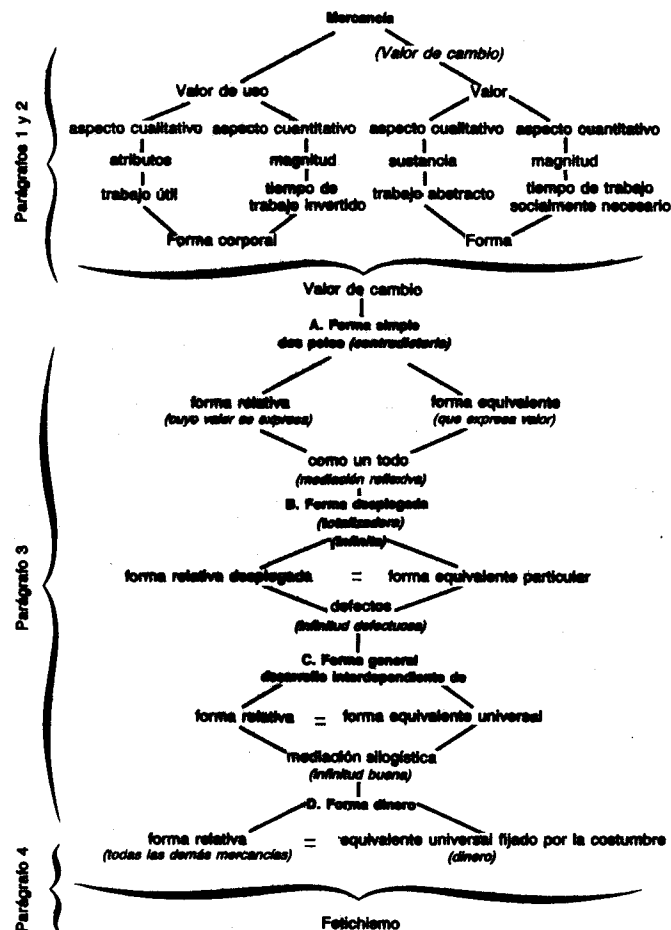
desarrollo trazado por Marx, donde domina uno u otro de los tipos, pero es también evidente que estas luchas están siempre mezcladas. Lo que quiero subrayar es que en cada caso, y durante cada período, la lucha entre el capital y la clase trabajadora se refiere siempre a la forma mercancía porque siempre se refiere al trabajo, y el trabajo en el capital se impone mediante dicha forma. Por esta razón resulta interesante ahora una disección detallada de la mercancía. Así se obtiene un punto de partida para el entendimiento de la naturaleza de la lucha de clases en la crisis actual. Además, si es cierto que la esencia misma del sistema está en juego en la crisis actual, se justifica más aún la aclaración de las características fundamentales de ese sistema.

La presentación que hace Marx de la mercancía completamente disecada en el capítulo Uno principia por la forma apariencial de la mercancía, continúa con una exposición cuidadosamente organizada y extremadamente detallada de la naturaleza de la *sustancia*, la *medida* y la *forma* del valor de uso y el aspecto de valor de la mercancía, y termina en la forma dinero (véase la gráfica 1). Como se indicó en la Introducción, hay una lógica clara en el modo de presentación usado por Marx. Tras un análisis inicial de la mercancía en valor de uso y valor de cambio, del valor de uso en un aspecto cualitativo y otro cuantitativo, y del valor de cambio en su esencia cualitativa (valor), presenta Marx una progresión sintética en la exposición de la naturaleza del valor desde las categorías relativamente simples de pocas determinaciones (por ejemplo, el trabajo abstracto) hasta las categorías cada vez más complejas (por ejemplo, las formas de valor), que son más concretas porque son síntesis de más y más determinaciones y por ende representan "la unidad de diversos espec-

tos". La *sustancia* del valor se examina primero en forma aislada de la medida y la forma (parágrafo 1). Su *medida* se examina luego en relación con la *sustancia* (parágrafos 1 y 2). La *forma* es entonces la expresión en desarrollo de la *sustancia* y la *medida* (parágrafo 3). Además, las relaciones existentes entre los conceptos cada vez más concretos son "dialécticas" por cuanto reproducen aspectos particulares de las relaciones dialécticas del capital. La presentación aparece así como una "construcción a priori", que según esperaba Marx "reflejará idealmente la vida del tema", la lucha de clases, aunque se hubiese logrado por un análisis arduo de muchos años y una reconstrucción pieza por pieza.²⁸ Como he indicado también en la Introducción, la clase de lectura que hago aquí requiere la integración del material del capítulo Uno con el de otras partes de la obra de Marx. Así pues, en la medida en que aplique yo, a la interpretación de ciertos pasajes, materiales tomados de otras partes de *El capital*, o de otras obras, lo hago con el objeto de entender el capítulo Uno dentro del análisis más amplio, en lugar de reconstruir la evolución de lo que Marx escribió y pensó.

²⁸ K. Marx, *El capital*, FCE, México, "Postfacio a la 2ª edición".

GRÁFICA 1. Diagrama de la estructura del capítulo Uno de *El capital*



III. LA SUSTANCIA Y LA MAGNITUD DEL VALOR

LO NOTABLE de la crisis actual no es el incremento del desempleo: esa fue una característica destacada de la Gran Depresión y de las recesiones de los años cincuenta. Es más bien la inflación que ha acompañado al desempleo: el aumento general de los precios de casi todas las mercancías que compramos. El aumento de los precios afecta a todas las personas, ya tengan o no un empleo asalariado. Cualquiera que sea la forma de nuestro ingreso, la inflación mina su valor real. Para la clase trabajadora en particular, la inflación tiene el efecto directo de reducir el valor de la mercancía que esa clase puede vender: su fuerza de trabajo. Para la clase capitalista ocurre al contrario. Dado que los miembros de esta clase son dueños de las mercancías cuyos precios aumentan, su riqueza, encarnada en esas mercancías, tiende a aumentar con los precios, y lo mismo ocurre, por lo tanto, con su ingreso derivado de la venta de tales mercancías. En igualdad de otras circunstancias, la inflación tiende a reducir el ingreso de la clase trabajadora y aumentar el ingreso del capital, provocando un traslado de valor de una clase a la otra, sobre todo cuando el aumento del empleo reduce aún más el ingreso nominal de la clase trabajadora.

La segunda característica notable de la crisis es su carácter mundial. La inflación no es ahora un fenómeno nacional, confinado a ciertos países mientras otros se deflactan; es un fenómeno internacional cuyos elementos principales no son ningún misterio: el au-

mento extraordinario de los precios de los alimentos y los energéticos, que involucran aumentos de precios en el mundo desarrollado y una carencia absoluta en ciertas partes del mundo subdesarrollado, han derivado de algunas políticas gubernamentales explícitas. En el caso de los energéticos, es bien sabido que los países de la OPEP aumentaron extraordinariamente sus precios del petróleo crudo a partir de 1973. Es menos sabido en los Estados Unidos que el gobierno norteamericano también alentó este movimiento.¹ Tampoco se sabe que la Unión Soviética y China han seguido a la OPEP en los aumentos de sus precios internos y de exportación.² En el caso de los alimentos, los grandes aumentos de los precios en los Estados Unidos, y por ende en gran parte del mercado internacional de alimentos donde dominan los Estados Unidos, también derivaron de la política gubernamental. Una combinación de promoción de las exportaciones, restricciones a la producción, devaluación, y ventas especiales a la Unión Soviética en 1972 y 1975, elevaron los precios de los alimentos y los mantuvieron elevados, provocando en Occidente una reducción del ingreso real y contribuyendo a la hambruna generalizada en algunas partes de Asia y África.³

Estos aumentos de precios y estas escaseces supuestas de alimentos y energéticos nos han obligado a contemplar muchos aspectos de estas mercancías al igual que su precio. Dado que las mercancías se distribuyen

¹ Véase a V. H. Oppenheim, "Why Oil Prices Go Up (1) The Past: We Pushed Them", en *Foreign Policy* 25 (invierno de 1976-1977), pp. 24-57.

² "OPEP Oil Price Change and COMECON Oil Prices", Investigación de Radio Europa Libre, RAD Background Report+244 (Europa Oriental), 29 de noviembre de 1976.

³ Véase a Cleaver, "Food, Famine and the International Crisis", pp. 32-53.

en la sociedad capitalista de acuerdo con su precio, su aumento ha significado una reducción de la disponibilidad y esto ha planteado la cuestión cuantitativa de la escasez, una preocupación aguijoneada por la literatura de los límites de crecimiento. ¿Hay, y habrá, suficientes alimentos, suficientes energéticos? Tales interrogantes conducen inevitablemente a un cuestionamiento fundamental del origen de las mercancías y de la base de su producción. Al mismo tiempo, algunos interrogantes planteados previamente sobre la calidad de estos "productos" han adquirido una urgencia nueva por su creciente carestía. ¿Qué nos están dando por nuestro dinero? ¿Son estos los bienes que queremos? ¿Son seguros para nosotros, para nuestro ambiente? Si no lo son, ¿cuál es la razón?

Junto con esta mayor conciencia política y este cuestionamiento ha surgido una gran diversidad de luchas alrededor de estas preguntas. El crecimiento continuo de grupos de acción de consumidores, el movimiento ecológico y el movimiento contra el hambre, deriva de estos cambios. Entre los más afectados por el aumento de los precios y la disminución de la disponibilidad ha venido creciendo una acción directa agresiva para contrarrestar la reducción inevitable de su ingreso. Estos grupos han pasado de la ira a la apropiación directa y la protesta violenta. Por todo el territorio de los Estados Unidos, las pérdidas de las empresas (y las ganancias de la clase trabajadora) por causa de los robos en las tiendas han venido creciendo constantemente a medida que más y más de los trabajadores peor pagados se rehúsan a pagar los precios crecientes.⁴ En la

⁴ Véanse las dos publicaciones del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *The Cost of Crimes against Business* y *Crime in Retailing*. Sobre una forma relacionada de apropiación directa, véase a Jerry Adler, "Employee Theft: A \$6 Billion Hand in the Till",

Unión Soviética y Europa Oriental ha continuado aumentando el robo al Estado.⁵ En lugares tan diversos como Turín, Italia, y Crystal City, Texas, los trabajadores se han negado a pagar las crecientes tarifas del gas y la electricidad y han practicado lo que ha llegado a conocerse como la "autorreducción" de los precios.⁶ El robo a la compañía telefónica se ha vuelto una práctica generalizada en los Estados Unidos. La "Navidad Negra" ocurrida en Nueva York durante el reciente apagón reveló la inclinación general a olvidarse colectivamente de pagar el precio en absoluto siempre que ello sea posible.⁷ Cuando los trabajadores han podido identificar al gobierno nacional como responsable de los aumentos de precios, lo han atacado, a menudo violentamente. Los acontecimientos de Polonia en junio de 1976 y de Egipto en noviembre del

en *Sunday News Magazine of the New York Daily News*, 11 de septiembre de 1977.

⁵ Véase "Whoever Steals, Lives Better", en *New York Times*, 13 de abril de 1976. No sólo es endémico en la Unión Soviética y Europa Oriental el robo al Estado, sino que, en las explosiones periódicas (como la de Polonia en junio de 1976), dos acciones favoritas de los protestantes parecen ser el incendio de la sede del Partido Comunista por una parte, y el saqueo de las tiendas estatales por la otra.

⁶ Ramírez, "The Working Class Struggle against the Crisis"; Dick Merkel, "Crystal Citizens Rejoice: Zavala Judge Blocks Cutoff", en *San Antonio Express and News*, 3 de septiembre de 1977, p. 1.

⁷ Véanse los numerosos artículos que describen y analizan los acontecimientos de julio 13-14 en el *New York Times*, julio 14-20 de 1977. La Navidad Negra fue sólo el ejemplo dramático más reciente de esta clase de actividad. La apropiación directa generalizada durante los disturbios ocurridos en las grandes ciudades a mediados de los años sesenta hizo que se les llamara "motines de mercancías". Véase a Russel Dynes y E. L. Quarantelli, "What Looting in Civil Disturbances Really Means", en *Transaction Magazine* 5, núm. 6 (mayo de 1968), pp. 9-14. Véase un análisis global de ese período en Paolo Carpinano, "U. S. Class Composition in the 1960s", en *Zerowork* 1 (diciembre de 1975), pp. 7-31.

mismo año son dos de los casos más dramáticos en que el levantamiento violento obligó al gobierno a dar marcha atrás en los aumentos ya acordados a los precios de los alimentos.⁸ En los Estados Unidos, el boicot a la carne, el boicot al café, y la negativa de los alijadores a cargar el trigo destinado a la Unión Soviética, fueron acciones destinadas a frenar los aumentos de precios.⁹

En tal período, cuando un área decisiva de la lucha de clases gira alrededor de los precios, la cantidad y la calidad de las mercancías, es evidente que adquiere una nueva urgencia un análisis adecuado de lo que son las mercancías, a quiénes sirven y qué representan sus precios. Los trabajadores se sienten atacados, y con razón. Lo esencial es el entendimiento de la naturaleza del ataque y la forma de contrarrestarlo. Veremos que el análisis de Marx nos da un punto de partida para el entendimiento de la lucha de clases de la que estos cambios son un elemento. Aclararemos más aún las cosas si aplicamos su análisis a las diversas mercancías individuales que desempeñan un papel importante en la crisis, por ejemplo los alimentos y los energéticos, cuyos aumentos de precios han desempeñado el papel mayor en la inflación actual, y la fuerza de trabajo cuyo valor ha sido reducido por esa inflación.

⁸ Véase un análisis resumido de los acontecimientos polacos en Cleaver, "Food, Famine and the International Crisis", pp. 58-60. Sobre Egipto, véanse los artículos del *New York Times*, "Thousands in Egypt Riot over Price Rise", 19 de enero de 1977; "Cairo Eases Prices, but Rioting Goes On", 19 de enero de 1977; "Egypt's Cities Seem Calm after 2 Days of Price Riots", 21 de enero de 1977.

⁹ Cleaver, "Food, Famine and the International Crisis", pp. 37-40.

LOS DOS ASPECTOS DE LA MERCANCÍA: EL VALOR DE USO Y EL VALOR DE CAMBIO

Marx inicia su disección de la mercancía analizándola en sus dos características. Señala que cada mercancía tiene una existencia doble. Es a la vez un valor de uso y un valor de cambio. Tomando la primera parte de la gráfica 1, tenemos:



Una mercancía es un valor de uso porque tiene un valor en el uso, una utilidad: "satisface necesidades humanas de una u otra clase". También es un valor de cambio porque tiene un valor en el proceso de cambio; es decir, puede cambiarse por alguna otra cosa.

El valor de uso y el valor de cambio de una mercancía no son simplemente dos determinaciones, o aspectos, diferentes; son determinaciones contradictorias. Una mercancía es un valor de uso sólo si es inmediatamente útil para quienquiera que lo tenga. Es un valor de cambio sólo si no es inmediatamente útil y se usa sólo para cambiarlo por alguna otra cosa. Así pues, el valor de cambio no es sólo diferente del valor de uso; es exactamente su opuesto; estos aspectos se definen por su posición contradictoria entre sí. Pero sólo son los dos aspectos de la mercancía, y ésta es la unidad y oposición, donde los opuestos sólo tienen su unidad y oposición, donde los opuestos sólo tienen su significado frente al otro y por ello están inextricablemente unidos, es exactamente lo que entiende Marx por una relación contradictoria.

Pero esta parece ser una situación imposible, por-

que para ser un valor de uso una cosa debe usarse y no cambiarse. Y para ser un valor de cambio una cosa no debe usarse sino cambiarse. Esta situación contradictoria, que Marx analizó más a fondo en la *Contribución a la crítica de la economía política*, sólo puede encontrar su solución en el proceso efectivo del cambio: "el proceso de cambio debe englobar la evolución y la solución de estas contradicciones".¹⁰ Marx llama metamorfosis de la mercancía a la realización de los dos aspectos contradictorios que ocurre en el proceso de circulación. Antes de que una mercancía se venda y se consuma, el valor de uso y el valor de cambio tienen sólo una existencia abstracta y potencial. Una vez vendido, intercambiado por dinero (M-D), se realiza su carácter de valor de cambio. Pero en este cambio aparece la forma de su valor de cambio como el dinero que lo realiza. En virtud de que el análisis completo de este proceso requiere un entendimiento del valor, que sólo se desarrolla más adelante en el capítulo Uno, y del cambio, que se analiza en el capítulo Dos, la discusión de Marx sobre la forma en que esta solución puede ocurrir en efecto se presenta en el capítulo Tres. En el capítulo Uno tenemos sólo una yuxtaposición abstracta del valor de uso y el valor de cambio. Marx ilustra estas relaciones con una diversidad de mercancías aparentemente inocuas: linos, hierro, relojes y granos (trigo). Digo "aparentemente" porque la mayoría de estas mercancías desempeñaron un papel decisivo en el período de desarrollo capitalista analizado por Marx: los linos en la industria textil, el hierro en la producción de maquinaria y cañones, los relojes en la medición del trabajo,

¹⁰ K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, pp. 231-372.

el trigo como el medio básico de subsistencia de la clase trabajadora. Para ser tan cuidadosos como Marx en esta exposición, sugiero que nos concentremos en las mercancías decisivas del período actual: la fuerza de trabajo, los alimentos y los energéticos.

Al enfocar la mercancía fuerza de trabajo, cuyo valor de uso y valor de cambio analiza Marx en las Secciones segunda y tercera del Libro I de *El capital*, vamos directamente al corazón del capitalismo. Vimos en el capítulo anterior que la fuerza de trabajo, o la capacidad para trabajar, es una mercancía porque la clase trabajadora se ha visto obligada en todo el mundo a vender su fuerza y sus capacidades al capital. El valor de uso de la fuerza de trabajo, como enseña Marx en los capítulos 6 y 7, es su capacidad para trabajar y producir valor y plusvalía. Su valor de cambio es el valor que obtiene la clase trabajadora a cambio de su venta. El valor de uso y el valor de cambio de la fuerza de trabajo son claramente contradictorios porque la fuerza de trabajo sólo puede ser valor de cambio para la clase trabajadora (porque no tienen medios de producción) y no valor de uso. Pero la misma fuerza de trabajo tiene valor de uso para los capitalistas que la compran y la ponen a trabajar.

En el caso de la parte de los alimentos que se produce como mercancía, también, resulta revelador un análisis de su carácter doble. Gran parte de los alimentos consumidos ahora en los Estados Unidos y Europa Occidental son producidos por grandes empresas agroindustriales capitalistas dentro y fuera del país: las gigantescas granjas corporativas trigueras de los estados de la planicie, las plantaciones bananeras de Centroamérica, y las haciendas ganaderas de la pampa argentina son productores capitalistas que venden sus productos en un mercado internacional. Para el mo-

mento en que llegan a la mesa, esos alimentos incluyen no sólo el trabajo pagado y no pagado de los trabajadores de la producción y el transporte sino también el trabajo de los cocineros, sobre todo amas de casa. Se afirma generalmente que el valor de uso de los alimentos reside en sus cualidades nutritivas y estéticas. Su valor de cambio reside en el dinero que reciben por su venta las corporaciones agroindustriales y los intermediarios. Como ocurre con la fuerza de trabajo y todas las demás mercancías, la realización de los dos aspectos se resuelve mediante el cambio.

Estas ilustraciones iluminan algo más profundo en la forma mercancía. Las dos categorías de valor de uso y valor de cambio no son sólo conceptos abstractos captados por el razonamiento mental con el instrumento de la abstracción analítica. No existen sólo en el paso de la mercancía por el proceso de cambio. *Estos dos aspectos expresan también la contradicción doble característica de las relaciones de clase en el capitalismo.* El valor de uso y el valor de cambio se oponen en una unidad contradictoria en la misma forma que la clase capitalista y la clase trabajadora están opuestas y unidas. Cada uno es el opuesto del otro pero al mismo tiempo existe, como tal, sólo en la relación. Podemos ver cómo la relación de clase incluye estos aspectos de la forma mercancía y cómo la forma mercancía es en sí misma por lo menos parcialmente apropiada para este tipo de sociedad sin clases.

Además, podemos ver cómo *los dos aspectos sugieren dos perspectivas de clases diferentes.* Más fundamentalmente, la visión de la mercancía como valor de uso es la perspectiva de la clase trabajadora. Esta clase contempla las mercancías (por ejemplo, los alimentos o los energéticos) primordialmente como objetos de apropiación y consumo, cosas que pueden usarse para satis-

facер sus necesidades. El capital contempla estas mismas mercancías primordialmente como valores de cambio: meros medios para el fin de incrementarse a sí mismo y su control social por la vía de la realización de plusvalía y ganancia. Pero el ejemplo de la fuerza de trabajo muestra que estas perspectivas no son tan simples y fijas. En el contexto del capital hemos visto a la clase trabajadora descubriendo su propia fuerza de trabajo como una mercancía enajenable que sólo puede tener valor de cambio para ella, y no valor de uso. De igual modo, el interés primordial del capital no reside en el valor de cambio de la fuerza de trabajo sino en su valor de uso. Pero en virtud de que el capital está interesado en la plusvalía, debe interesarse al mismo tiempo en el valor de uso de la fuerza de trabajo —la cantidad de valor que puede producir— y en su valor de cambio, o sea la cantidad de valor que debe pagar. De igual modo, la clase trabajadora también se interesa por el uso que se dé a su fuerza de trabajo cuando lucha por las condiciones de trabajo.

Volviendo a los alimentos, aunque la clase trabajadora se interesa primordialmente por el valor de uso de los alimentos, el hecho de que éstos tengan un valor de cambio, un precio en dinero que limita el acceso de los trabajadores, significa que también deben interesarse por ese valor de cambio. Además, el capital debe prestar alguna atención al valor de uso si quiere vender sus productos. Los alimentos descompuestos raras veces se venden; el arroz milagroso debe tener un sabor aceptable; el pan debe ser blanco u oscuro de acuerdo con el grupo de trabajadores al que se venda. Podemos ver cómo cada perspectiva depende de la otra. Es precisamente porque los trabajadores tienen necesidades (y no tienen medios para producir lo que necesitan) que el capital puede vender tales valores de

uso y obtener los valores de cambio que desea. Es precisamente porque la fuerza de trabajo es un valor de uso para el capital, que es un valor de cambio para los trabajadores.

Esto nos conduce a dos nuevas observaciones. Primero, para cada clase, la significación de cada mercancía no es unilateral sino que incluye tanto el valor de uso como el valor de cambio. Sin embargo, la preocupación de la clase trabajadora por el valor de cambio y la preocupación del capital por el valor de uso derivan del éxito del capital en la imposición de su sistema social. Segundo, debido a que la significación de una mercancía difiere para la clase trabajadora y para el capital (es primordialmente un valor de uso para la primera y un valor de cambio para el segundo), el significado del valor de uso y el valor de cambio de cualquier mercancía dada no es el mismo para el capital que para la clase trabajadora. Esto ilumina la importancia del enfoque delineado en la Introducción: la necesidad de considerar el carácter doble de cada categoría, la necesidad de descubrir la perspectiva de las dos clases sobre cada categoría del análisis. Debemos ver cómo difieren los significados del valor de uso y el valor de cambio para cualquier mercancía de acuerdo con las perspectivas de las dos clases.

Examinemos estas cuestiones en el caso de nuestras tres mercancías. Primero, veamos la fuerza de trabajo. Si examinamos la cuestión del valor de uso de la fuerza de trabajo desde las dos perspectivas de clase, podemos ver que producen resultados muy distintos. Apparentemente, el valor de uso de la fuerza de trabajo pertenece por entero al capitalista que la ha comprobado y la consume en el proceso productivo. Como hemos visto en el capítulo anterior, el valor de uso final del trabajo, que es el valor de uso de la fuerza de

trabajo, es su papel como el instrumento fundamental del control social capitalista. Para el capitalista, su capacidad de imponer el trabajo significa la retención del control social. Pero el valor de uso de la fuerza de trabajo para el capital es también su capacidad para producir valor y plusvalía. Pero el control y el valor no son valores de uso separados. Como veremos en seguida, la sustancia del valor es trabajo y el trabajo es el instrumento del control social.¹¹ Por lo tanto, la plusvalía no es sólo plustrabajo sino también el objetivo de la producción capitalista y un indicador de su éxito en su imposición como sistema social.

Pero a pesar de que el valor de uso del trabajo es formalmente el dominio del capital, ello es así sólo desde el punto de vista del capital. Desde el punto de vista de la clase trabajadora, el trabajo puede tener también ciertos tipos de valores de uso para ella. Si hacemos a un lado la noción romántica, políticamente peligrosa, de que la clase trabajadora obtiene un valor de uso del trabajo mismo —una noción apropiada tal vez para una época de artesano ya ida—, podemos ver todavía cómo trata la clase trabajadora de

¹¹ La separación del concepto del valor frente al control social bajo el capital equivale, quizá sin intención, a reintroducir la dicotomía planteada entre la economía (el valor) y la política (el control). Este parece ser el fundamento de la discusión de Montano acerca de que el capital va “*más allá del valor*”, debido a la reducción del trabajo productivo, a trabajar como “control político en su forma más pura” (“Notes on the International Crisis”, pp. 57-58). Esta formulación confusa es empleada también por Christian Marazzi en su ensayo “Money in the World Crisis: The New Basis of Capitalist Power”, en *Zerowork 2* (otoño de 1977), pp. 94-95. Lo que olvidan ambos autores, y lo que constituye un punto básico de este libro, es que la sustancia del valor (trabajo) y del dinero (como la expresión fundamental del valor) es siempre el control social a través del trabajo forzado.

convertir en su propia ventaja el trabajo que le impone el capital. En la medida en que los trabajadores obtengan una parte del producto que producen, el valor de uso de su trabajo para ellos es un trabajo útil, por lo menos indirectamente, el trabajo que produce valores de uso que satisface sus necesidades. Más directamente, la combinación de trabajadores en las fábricas provee una experiencia de acción conjunta en la que aprenden a volverse contra el capital mediante su organización como una clase. Dice Marx: “A medida que aumenta el número de obreros simultáneamente empleados, aumenta su resistencia y, con ello, aumenta también, necesariamente, la presión del capital para vencerla”.¹²

Como hemos visto, el valor de cambio de la fuerza de trabajo es el dinero que recibe por su venta la clase trabajadora. Pero este valor de cambio es, para la clase trabajadora, a la vez ingreso y una fuente de poder en su lucha con el capital, mientras que para el capital es un costo y una deducción del valor total producido, una amenaza para la plusvalía y por ende para el poder del capital. En virtud de estas diferencias, hay a menudo una lucha sobre la forma en que recibirá la clase trabajadora el valor de cambio de su fuerza de trabajo: salarios en dinero, salarios en especie, servicios sociales, ayuda social, compensaciones de desempleo, pensiones, etc.

Veamos ahora los alimentos como una mercancía y apliquemos el mismo enfoque. Para la clase trabajadora, el valor de uso de los alimentos es sobre todo su papel como nuestra mercancía de consumo fundamental: la nutrición para vivir. Dada nuestra necesi-

¹² K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 11, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

dad de este valor de uso de los alimentos, el capital entendió pronto que su control sobre los alimentos como una mercancía le daba control sobre los trabajadores. Fue por esta razón que el medio de producción más básico arrancado a los trabajadores en el período de la acumulación originaria fue la tierra: la condición tradicionalmente necesaria para la producción de alimentos. Así pues, el valor de uso fundamental de los alimentos, para el capital, es el poder de obligar a la clase trabajadora a trabajar para obtenerlos. La necesidad que tiene la clase trabajadora de este valor de uso ha llevado así al capital a hacer de la escasez —el hambre— un ingrediente básico de su orden social. “Todo depende, pues, de que se haga del hambre un acicate permanente de parte de la clase obrera.”¹³ Este es un punto muy básico inmediatamente aplicable a la crisis actual, donde el hambre está desempeñando un papel mortal en la lucha entre las clases. Debido a que los alimentos desempeñan este papel en la estrategia del capital contra la clase trabajadora, ello significa que también la clase trabajadora reconoce en los alimentos un requerimiento fundamental para el desarrollo de su poder en contra del capital. Sobre todo entre los sectores menos poderosos de la clase, quienes ocupan las capas más bajas de la jerarquía del ingreso, es crítico el valor de uso de los alimentos en sus luchas. No es sorprendente que las luchas de los campesinos se transformen a veces en tomas de cosechas o de tierras. Generalmente sólo pueden pasar a otros niveles tales luchas mediante una dotación adecuada de alimentos.

Estas observaciones sirven para aclarar la importancia de las perspectivas de ambas clases sobre el valor de cambio de los alimentos. Como ocurre con otras mer-

¹³ *Ibid.*, capítulo 23, § 4.

cancías, su valor de cambio para el capital es una fuente de plusvalía; pero para la clase trabajadora, el valor de cambio de los alimentos, en relación con el valor de cambio de la fuerza de trabajo, determina su acceso a los alimentos y los valores de uso de nutrición y fuerza que ellos proveen. Por lo tanto, el valor de cambio de los alimentos reduce el ingreso y el poder de la clase trabajadora y fortalece la posición del capital en términos de las ganancias y del control. En efecto, fuera de la escasez absoluta, el precio (la forma dinero del valor de cambio) es el arma fundamental del capital para “volver permanente el hambre”. Cuando, como ocurre en la crisis actual, el capital decide manipular un aumento mundial del valor de cambio de los alimentos, no sólo está aumentando sus ganancias sino también su poder frente a la clase trabajadora. Por lo tanto, no debe sorprendernos el hecho de que la respuesta de diversos sectores de la clase trabajadora a tal ataque sea una función de su poder. Cuando tienen escaso poder, no pueden evitar la inanición, como ocurrió en el Sahel; cuando tienen más poder, podrán impedir o limitar el impacto de tales ataques, como ocurrió en Egipto, Polonia o los Estados Unidos.

¿Y qué decir de los energéticos, la otra mercancía cuyo aumento de precio parece estar desempeñando un papel tan fundamental en la crisis? Un análisis de clase del valor de uso y el valor de cambio de los energéticos ilumina varias relaciones importantes. Los tipos de energéticos que consideramos de ordinario como mercancías son el petróleo, el carbón, el gas, la electricidad o, en los países menos desarrollados, la leña, el carbón vegetal o el excremento. Cuando cuestionamos la naturaleza del valor de uso de estas mercancías desde las perspectivas de las dos clases, obtenemos algunos resultados interesantes. Desde el punto

de vista de la clase trabajadora, algunas de estas mercancías se consumen más o menos directamente: la electricidad para dar energía a los aparatos domésticos, las luces, o el equipo de calefacción; el gas natural, el carbón, la leña o el excremento para proveer (en ciertas situaciones) energía para calefacción, cocina y alumbrado. La gasolina provee energía para las podadoras de césped, las lanchas y, sobre todo, los automóviles. Al igual que los alimentos, son mercancías de consumo cuyos valores de uso residen en su capacidad para reducir el trabajo y hacer más agradable la vida. Hay también una especie de jerarquía aparente en la utilidad de estos bienes energéticos; varía su versatilidad y su valor estético. Aunque el ordenamiento puede variar para usos diferentes y diversas culturas, podemos ver generalmente que la electricidad o el gas natural generan mayor versatilidad y pueden manejarse con mayor facilidad que el carbón vegetal o el excremento, por ejemplo.

Al mismo tiempo, es claro también que varios "bienes energéticos" no son mercancías por los trabajadores sino productos intermedios que tienen un valor de uso de materia prima sólo para el capitalista que tiene los medios de producción necesarios para emplearlos. Tal es el caso del petróleo crudo o el uranio, o de ciertas clases de carbón. Estas mercancías sólo se usan para producir otras clases de mercancías energéticas tales como la gasolina o la electricidad que luego se venden a los trabajadores. Pero también aquí es obvio que grandes cantidades de estas mercancías energéticas no se venden directamente a los consumidores en absoluto, sino sólo a otros capitalistas como insumos intermedios para la producción de toda clase de mercancías. En ambos casos, los energéticos aparecen como capital constante cuyo valor de uso para

el capital reside en el valor que transfieren al producto, un paso necesario para la producción de plusvalía. Es posible que este capital constante de energéticos no produzca plusvalía, pero es necesario para su producción.

Esto presenta otra faceta que debemos entender. En la medida en que el energético sea un sustituto de la fuerza humana en el proceso productivo, y en la medida en que la clase trabajadora tenga un interés en el gasto de su propia fuerza de trabajo como valor de uso (en sus luchas por las condiciones de trabajo), también podrá ver en la mercancía energética el valor de uso de la reducción del gasto de sudor humano requerido. En otras palabras, para la clase trabajadora, el energético tiene el valor de uso no sólo de reducir el trabajo en el hogar sino también de reducir el trabajo en la fábrica. Sin embargo, si el valor de uso del energético para la clase trabajadora es su capacidad para reducir el trabajo, ocurre todo lo contrario para el capital. A través de la historia, como enseña Marx en el capítulo 13 de *El capital*, el papel fundamental del energético no humano en la producción ha sido la creación de la máquina y por ende de los sistemas complejos de maquinaria en los que se basa la industria moderna. Por una parte, el valor de uso que deriva el capital de este uso de energéticos para impulsar la maquinaria reside en el aumento de la productividad que generan. Cuando esto eleva la ganancia y las inversiones, equivale a la conversión del aumento de la productividad en una fuente de más trabajo y más control social. Además, podemos ver que el uso creciente de los energéticos para impulsar la maquinaria ha significado la creación de "un organismo de producción perfectamente objetivo, con que el obrero se encuentra como una condición material de producción ya prepa-

rada".¹⁴ Aquí vemos que el valor de uso del energético para el capital permite una reorganización del control ejercido sobre los trabajadores. En efecto, como señala Marx detalladamente, los energéticos han sido, una y otra vez, la clave para la descomposición del poder de la clase trabajadora que amenazaba al capital: "Según Gaskell, la máquina de vapor fue desde el primer momento el antagonista de la 'fuerza del hombre', que permitió al capitalista aplastar las crecientes pretensiones de los obreros cuando éstos empezaban a empujar a la crisis al naciente sistema fabril".¹⁵ Lo que entonces se aplicaba a las máquinas de vapor se aplica igualmente a las máquinas de combustión interna o nucleares de la época moderna. Y el desarrollo continuo de nuevas fuentes de mercancías energéticas ha sido esencial para el desarrollo de estas armas.

Estas observaciones debieran bastar para ver más allá del debate actual sobre la crisis energética, donde la única alternativa a las demandas aparentemente incesantes de más energéticos por parte del capital ha sido un movimiento de retorno a la tierra que ha defendido, a menudo por razones ecológicas, una reducción del uso de energéticos en aras de un retorno a métodos de producción intensivos en trabajo. Las alternativas no se plantean entre el sudor humano y el pillaje dispendioso de recursos naturales, sino más bien entre un uso de los energéticos en interés de la clase trabajadora y un uso de los energéticos en interés del capital. No es necesario rechazar los automóviles—que tienen un valor de uso real para los trabajadores— para rechazar las creaciones del capital de cambios de modelos, tragones de gasolina, que

¹⁴ *Ibid.*, capítulo 13, § 1.

¹⁵ *Ibid.*, capítulo 13, § 5.

solo tratan de aumentar las ventas y las ganancias. No es necesario rechazar el uso de los energéticos a fin de reducir el sudor en la agricultura para rechazar el uso dispendioso de fertilizantes inorgánicos que beneficia primordialmente a las compañías petroleras.

Este análisis de los diferentes valores de uso de las mercancías energéticas para las dos clases ayuda también a descubrir las perspectivas diferentes sobre sus valores de cambio. Por principio de cuentas, es claro que el aumento del valor de cambio de los energéticos, como el de los alimentos, ha significado un aumento de las ganancias de los vendedores de mercancías energéticas (por ejemplo, las compañías petroleras, las compañías carboníferas) mediante una disminución del valor de cambio de la fuerza de trabajo para los trabajadores. Esto ha ocurrido en dos formas: directamente, en el caso de los energéticos comprados para el consumo, e indirectamente en el caso de los energéticos usados como un insumo en la producción de otras mercancías de consumo. Debido a este efecto indirecto, la reducción del valor de los salarios no agrícolas debida al aumento de los costos de los alimentos no ha significado siempre un aumento del ingreso de los agricultores. Más bien, su ingreso ha disminuido por el aumento del valor de cambio de los energéticos y de los insumos agrícolas derivados de los energéticos. En esta forma, el aumento de valor de cambio de los energéticos ha sido un arma poderosa del capital para atacar el ingreso de la clase trabajadora y para devaluar la fuerza de trabajo dentro y fuera de la granja.

Pero las implicaciones de esta manipulación del valor de cambio (porque lo que tenemos aquí es un caso en que el precio se separa tajantemente del valor) van más allá del ataque directo al salario. Vimos antes que el valor de uso fundamental de los energéticos para el

capital es el remplazo de fuerza de trabajo por capital constante en una composición orgánica creciente del capital. Pero en el período posterior a la segunda Guerra Mundial, la versatilidad de esa arma se fundó, por lo menos en parte, en un bajo valor de cambio de las mercancías energéticas. La gran abundancia de petróleo barato propició la reconstrucción de Europa en la posguerra y en general permitió la reorganización del trabajo industrial y la expansión del capital en el Mundo Occidental. Entonces, ¿cómo puede servir al interés del capital el aumento de los valores de cambio de las mercancías energéticas? En primer lugar, debemos recordar que esta es una estrategia de crisis, que el capital no ha adoptado por gusto, sino por necesidad, la estrategia del aumento de los precios de los energéticos. En segundo lugar, el aumento del precio de los energéticos se está usando por lo menos en dos sentidos importantes que derivan de nuestro análisis anterior. Ya he examinado la forma en que esta estrategia permite una transferencia masiva de valor de la clase trabajadora al capital. Al mismo tiempo, concentra plusvalía en el sector energético —sobre todo en el petróleo y la petroquímica—, un sector que, junto con la agricultura norteamericana, ya tiene la más alta composición orgánica del capital en la industria. Hay así un desplazamiento de capital, de la composición orgánica baja a la alta, dentro de la estructura industrial existente, un movimiento que tiene algunos efectos similares a la elevación de la composición orgánica mediante la inversión. Por último, esto significa la canalización y concentración de plusvalía en forma de “petrodólares”, en una forma que permite la planeación del patrón de la expansión capitalista a un grado sin precedente (mediante el control de los mecanismos de reciclaje).

En esta forma podemos entender por lo menos algunos de los aspectos fundamentales de la crisis actual, analizando los alimentos y los energéticos como mercancías en términos de las dos perspectivas de clase de sus valores de uso y valores de cambio. Emprendiendo tal lectura política de estos conceptos en la situación histórica particular, podemos ver que no sólo depende el significado del valor de uso y del valor de cambio de cada mercancía de la perspectiva de clase, y de la fase del proceso de cambio, sino que además son contradictorias ambas perspectivas de clase. El valor de uso (o valor de cambio) de un objeto para el capital no es igual al valor de uso (o valor de cambio) de la misma mercancía para la clase trabajadora. El valor de cambio se reconoce generalmente como una categoría socialmente determinada. Pero ni siquiera del valor de uso puede decirse que esté dado por sus propiedades intrínsecas (físicas o de otra índole), sino que tal valor debe evaluarse en el contexto de la lucha de clases en cualquier momento dado.

Esto pone en claro una de las razones para interpretar con cuidado y en sentido amplio algunos de los comentarios que hace Marx sobre los valores de uso en su *Contribución*. Los valores de uso, dice Marx en cierto momento, no expresan “sin embargo, ninguna relación social de producción”.¹⁶ “El valor de uso, en cuanto indiferente ante la determinación económica de forma, es decir, el valor círculo de consideraciones de la economía política. Sólo entra en su círculo cuando él mismo es una determinación formal”.¹⁷ Ahora bien, es indudable que el valor de uso no ex-

¹⁶ K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, 1983, p. 233.

¹⁷ *Ibid.*, p. 234.

presa las relaciones sociales del capital en la misma forma que el valor de cambio. Y es indudable también que este último es fundamental para el capital. Sin embargo, como acabamos de ver, los valores de uso son "formas determinadas" en muchos sentidos. Su naturaleza y su papel pueden expresar, sin duda, relaciones sociales. En *El capital* examina Marx esta cuestión en varias formas: a) la variación de los valores de uso de la fuerza de trabajo en la división de trabajo, b) el valor de uso particular de los medios de producción, y c) las características de los valores de usos productivos y vendidos a la clase trabajadora. Más adelante, en el Libro II, descubrimos el papel importante de las distinciones que se establecen entre los valores de uso en los esquemas de reproducción en la Sección tercera. En el Libro III se encuentra el examen del abaratamiento de los componentes de las materias primas y muchos otros puntos donde el análisis del valor de uso desempeña un papel importante.

En sus *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner* (1879), el propio Marx rechazó explícitamente como una "sandez" la interpretación de que el valor de uso no tiene ningún lugar en su análisis, fuera de ser un aspecto de la mercancía. Cita Marx explícitamente por lo menos tres sentidos diferentes en los que el valor de uso interviene en el análisis: a) detrás del valor de uso se encuentra el trabajo útil, un aspecto del carácter doble del trabajo que produce mercancías (véase el capítulo IV más adelante); b) "en el desarrollo de la forma de valor de la mercancía. . . el valor de una mercancía está representado en el valor de uso de la otra (mercancía)" (véase el capítulo V más adelante); y c) "la propia plusvalía deriva de un valor de uso 'específico' de la fuerza de trabajo. . . etc., etc." Y concluye Marx: "para mí, por lo

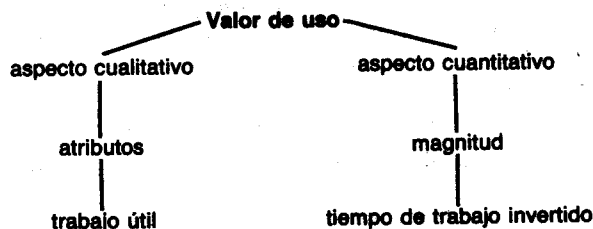
tanto, el valor de uso desempeña un papel mucho más importante que el concedido hasta ahora en la economía".¹⁸

LOS ASPECTOS CUALITATIVO Y CUANTITATIVO DEL VALOR DE USO Y DEL VALOR DE CAMBIO

El aspecto inflacionario de la crisis actual, incluido el aumento extraordinario de los precios de alimentos y energéticos, ha significado para la mayoría de nosotros la compra de menos mercancías y en consecuencia de una menor diversidad de mercancías. Las comidas se han vuelto más limitadas, con menores cantidades de alimentos caros tales como la carne. El aumento del costo de la gasolina reduce el número y la extensión de los viajes y las vacaciones. En general, el consumo se restringe en términos cuantitativos, cualitativos. Estas circunstancias no pueden dejar de volver inmediatamente importante el análisis de los aspectos cualitativos y cuantitativos de las mercancías.

Vimos en la sección anterior que Marx analizó las mercancías primero en cuanto al valor de uso y el valor de cambio. Y vimos que tales categorías encarnan ciertos aspectos de la naturaleza de clase de la sociedad capitalista productora de mercancías. En el parágrafo 1 del capítulo Uno, procede Marx al análisis de cada uno de estos dos aspectos en una determinación cualitativa y otra cuantitativa mediante el mismo proceso de abstracción. Tomando el paso siguiente de la gráfica 1, tenemos:

¹⁸ K. Marx, *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, pp. 447 ss.



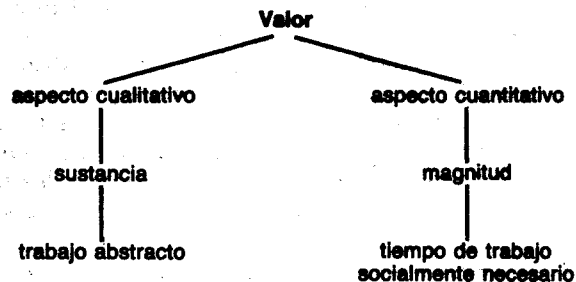
La determinación cualitativa del valor de uso se expresa en los atributos (por ejemplo, atributos físicos tales como el peso, atributos sociales tales como el control). La determinación cuantitativa de estos atributos está dada por su magnitud y su medida (por ejemplo, toneladas, grados). Detrás de estos atributos o cualidades particulares —descubriremos más adelante— se encuentra el trabajo útil particular, concreto, que los produjo. Detrás de su cantidad está el tiempo de trabajo efectivamente invertido en su producción.

El aspecto cuantitativo inmediato del valor de cambio parece expresado por “la proporción en que valores de uso de una clase se cambian por valores de uso de otra”.¹⁹ Pero esto permanece vago y aparentemente accidental porque todavía no se ha analizado el aspecto cualitativo del valor de cambio. En virtud de que esto requiere un mayor análisis del valor de cambio, no podemos hablar en este punto, en sentido estricto, de los dos aspectos del valor de cambio. Sin embargo, podemos hacer algunos comentarios preliminares sobre el significado de estos dos aspectos de la forma

¹⁹ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 1, § 1, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, vol. VIII.

mercancía en términos del valor de uso y el valor de cambio, teniendo presente lo que se verá más adelante.

Primero, podemos advertir que estas dos determinaciones no son independientes, ni su relación es aleatoria. En el caso del valor de uso, la cualidad precede a la cantidad en la discusión. En el caso del valor de cambio, el orden parece invertido al principio, pero la “determinación cuantitativa” permanece en efecto envuelta en el misterio hasta que se revela más adelante el fundamento cualitativo. Cuando se hace esa revelación, descubrimos que el interrogante se había planteado mal y que los aspectos cualitativo y cuantitativo del valor de cambio son realmente los del valor, del que el valor de cambio es sólo la forma de aparición. En este punto advertimos también que los dos aspectos de la mercancía son en realidad los del valor de uso y el valor. En el análisis del valor, como ocurre en el caso del valor de uso, la consideración de su cualidad (sustancia, o trabajo abstracto, como veremos en la sección siguiente) aparece antes que la de su cantidad (tiempo de trabajo socialmente necesario, como veremos en la sección 4).



Es lógica la razón de este orden. Para tener una cantidad, debemos tener una cantidad de algo, de

alguna cualidad. Antes de que podamos hablar de diez toneladas de proteína de trigo, o de cuarenta toneladas de carbón, debemos entender primero las cualidades que hacen de la proteína de trigo o del carbón lo que son: de otro modo, la medida carece de sentido. Al mismo tiempo, sin embargo, es claro que la cualidad sin la cantidad carece de sentido. Nunca podremos confrontar el trigo, el carbón, o el valor sin confrontar alguna cantidad. La medida de esa cantidad es pues la combinación de calidad y cantidad.

Segundo, al igual que ocurre en el caso del valor de uso y el valor de cambio, estos aspectos cualitativo y cuantitativo no son simplemente dos categorías lógicamente determinadas; también ellas *encarnan la dialéctica compleja de dos perspectivas de clase* y su lucha. Algo de esto estuvo implícito en la discusión anterior de las perspectivas de clase sobre el valor de uso y el valor de cambio, pero debemos ser más claros. Al principio, *la perspectiva de la clase trabajadora es primordialmente cualitativa*. Es decir, la clase trabajadora se interesa básicamente por la adquisición de ciertos tipos de cosas: alimentos, ropa, vivienda, música, todas las cosas que nos permitan llevar la clase de vida que deseamos. La cantidad de las cualidades dadas de valores de uso es secundaria; no carente de importancia en absoluto, pero secundaria. Desde luego, queremos por lo menos una casa entera, dos zapatos, tres comidas diarias; la cantidad es obviamente un ingrediente necesario; pero el foco es al principio la clase de vida —los pies protegidos, el albergue, la alimentación— y no su medida.

La perspectiva del capital es primordialmente cuantitativa. Al capital no le interesan básicamente las cualidades particulares de las mercancías que produce, sólo que sean valores de cambio y vehículos de la plusvalía.

Las otras cualidades son secundarias. Que una casa esté bien construida o mal construida, que los alimentos sean puros o adulterados, son cosas secundarias, aunque a menudo sean funcionales, ante el monto del valor de cambio y de ganancia que pueda obtenerse.

Más parecería ser la palabra clave del capital, no *cuál tipo*. El tipo interviene sólo en la medida en que sea necesario producir tal tipo de mercancía o tal otra para venderla en mayor cantidad. Lo mismo se aplica a las mercancías que compra el capital como medios de producción. Aquí el interés primordial es que el valor de cambio de este capital constante se mantenga bajo, para que la tasa de ganancia sea elevada. Ciertas cualidades particulares de los medios de producción se requerirán obviamente, pero son medios para un fin.

Sin embargo, sería un error detenernos aquí, contemplar románticamente a la clase trabajadora como poseedora de un monopolio sobre la calidad y al capital como interesado sólo con lo vulgar y cuantitativo. Dentro de la lucha de clases, la confrontación de las perspectivas es más compleja. En su lucha con el capital, la clase trabajadora se ve obligada a interesarse directamente por la cantidad. La lucha por los salarios, la duración de la jornada de trabajo, y la intensidad del trabajo, se refieren a la cantidad de trabajo que deberá ejecutarse a cambio del salario. La clase trabajadora no podría interesarse menos en el valor por sí mismo. Lo que quiere es una cantidad mayor de una diversidad más grande de valores de uso por menos trabajo. La cantidad se vuelve importante sólo porque es mediante estas luchas cuantitativas que obtenemos acceso a las mercancías particulares, cualitativamente distintas, que deseamos, y al tiempo necesario para disfrutarlos. La limitación cuantitativa del valor de cambio de la fuerza de trabajo, necesaria para que el

capital obtenga plusvalía, produce un límite cualitativo en el consumo de la clase trabajadora y por esa razón se resiste.²⁰

Por otra parte, como vimos antes, el capital, en sus esfuerzos por mantener su control sobre la clase trabajadora, debe interesarse profundamente por la naturaleza de la fuerza de trabajo que pone a trabajar, y por la estructura del proceso industrial a través del cual controla y planea esa fuerza de trabajo. Fuera de la fábrica presta atención a las cualidades de las mercancías que vende y a través de sus valores de uso trata de organizar la fábrica social en conjunto. Como un ejemplo de estos dos intereses, podemos advertir el extenso análisis que hace Marx del papel de la diversificación de las cualidades de las mercancías y del proceso de producción en la producción de plusvalía relativa. Esa producción, enseña Marx, requiere la expansión cuantitativa de la diversidad del consumo existente y la producción de nuevas necesidades y valores de uso cualitativamente diferentes, lo que implica a su vez la expansión del "círculo de diferencias cualitativas dentro del trabajo". Así enseña Marx cómo se ve impulsado el capital, por el ataque cuantitativo de la clase trabajadora sobre el tiempo de trabajo y la plusvalía absoluta, a la exploración "del planeta en todas direcciones, para descubrir en él nuevos objetos útiles y nuevas propiedades útiles [de los mismos]" y por ende a cultivar "todas las cualidades del hombre social".²¹ Este es exactamente el lado del capital —la forma en que expande la diversidad de la existencia al tiempo que "crea la sociedad burguesa"— que Marx vio como su aspecto históricamente positivo, por cuanto represen-

taba un avance sobre las sociedades anteriores y echaba las bases de la sociedad poscapitalista.

Pero Marx no se detuvo en estas concepciones generales sobre las implicaciones de la dialéctica de la cantidad y la calidad en la lucha de clases. En seguida demostró de modo mucho más preciso cómo las contradicciones de este proceso desarrollaban el capital y propiciaban su disolución a la vez. Este fue el proceso que examiné al final del capítulo II, donde el aumento cuantitativo del monto del capital constante, sobre todo la maquinaria, por trabajador, conduce a una transformación cualitativa de la relación existente entre el capital y la clase trabajadora y en última instancia a la posibilidad de su destrucción. Este es el proceso en que la extensión cuantitativa del trabajo más allá del trabajo necesario lo transforma cualitativamente en plusvalía. La inversión de esa plusvalía en maquinaria aumentadora de la productividad tiende a aumentar el trabajo en intensidad y a través del tiempo. Pero los límites naturales, y especialmente los límites sociales, de esta extensión (por el poder de la clase trabajadora) conducen en última instancia a una reducción del tiempo de trabajo. Como antes vimos, la esencia misma de la productividad es el aumento de la cantidad de producción con una cantidad de trabajo dada y por lo tanto menor. La reducción cuantitativa del tiempo de trabajo necesario a medida que se aplican al proceso productivo más y más maquinaria, ciencia, y tecnología, debe conducir en última instancia a su transformación cualitativa a medida que el trabajo "en la forma directa" deja de "ser la gran fuente de la riqueza". En tales circunstancias, cuando la fábrica, o la fábrica social, ya no puede proveer el espacio necesario para la imposición del trabajo, disminuye la cualidad de ese trabajo como valor.

²⁰ Marx, *Grundrisse*.

²¹ *Ibid.*, p. [312].

La misma crisis para el capital, y oportunidad para la clase trabajadora, puede contemplarse desde el otro lado. La reducción cuantitativa del tiempo de trabajo es también un aumento cuantitativo del tiempo disponible. El problema perpetuo del capital consiste en convertir este tiempo libre potencial en expansión en tiempo de trabajo. Los procesos antes mencionados vuelven esto cada vez más difícil, y la imposición de trabajo, de plustrabajo, y por ende de su control cualitativo sobre la sociedad, se vuelve cada vez más difícil. El desarrollo mismo dé un capitalismo fundado sobre la imposición de trabajo crea así "las condiciones materiales para volar estos cimientos hasta las nubes".²²

Para plantear este análisis en términos más concretos, podemos contemplar el desarrollo del capital en la agricultura productora de alimentos y en el sector de los energéticos. En estos dos sectores, el desarrollo de la tecnología y la sustitución del capital variable por el capital constante son de los más avanzados, por lo menos en los subsectores más importantes: la producción norteamericana de granos y carne, y la industria petrolera y petroquímica. En ambos casos, el análisis de estos desarrollos revela, primero, cómo el desarrollo y la reorganización de las tecnologías productivas han sido en gran parte una respuesta a la necesidad de contrarrestar el poder de la clase trabajadora y, segundo, cómo la exclusión del trabajo de la producción ha creado algunos sectores que cada vez son menos capaces de proveer el trabajo que el capital necesita para su control social. En términos más generales, estos dos sectores son prototípicos de la fábrica en conjunto. A medida que se han hecho más evidentes en los Estados Unidos y Europa Occidental los

límites de la capacidad para imponer trabajo fabril a masas salariales rentables, el capital ha buscado dos soluciones principales. Una ha sido la multinacionalización de los sectores intensivos en trabajo que han sido reasignados a las áreas del Tercer Mundo (y cada vez más a los países socialistas), donde el poder de la clase trabajadora es más débil. La otra es la reestructuración del resto de la fábrica social para expandir la imposición del trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo. La profundidad y generalización de la crisis actual revela cómo las luchas de los trabajadores asalariados y no asalariados han planteado límites críticos a estas estrategias, límites para cuya superación todavía debe encontrar estrategias nuevas el capital.

Este análisis de la dialéctica de lo cualitativo y lo cuantitativo en la lucha de clases ayuda a aclarar la naturaleza política del ataque de la clase trabajadora contra el capital que produjo la crisis. Una de las formas en que se ha planteado a menudo la antigua dicotomía entre la política y la economía ha consistido en llamar "economicistas" a las luchas de los trabajadores que se consideran puramente cuantitativas, por ejemplo las luchas por más salarios, por una jornada laboral más corta, etc. Se dice que estas luchas se libran dentro del capital, que es en sí mismo esencialmente cuantitativo. Las luchas "políticas" son sólo las que desafían la "cualidad" del capital mismo, es decir, las que amenazan con el derrocamiento "revolucionario" del capital por la vía de la toma del poder estatal. Por lo que llevamos visto, debe ser obvio que las luchas por la duración y la intensidad de la jornada de trabajo (el grado de la imposición de la forma mercancía) son a la vez cuantitativas y cualitativas: cuantitativas porque se refieren a la cantidad de trabajo que se realizará para el capital, cualitativas porque ponen en tela de duda la

²² Marx, *Grundrisse*, p. [312].

realización de suficiente plusvalía para el mantenimiento del control del capital. La lucha "cuantitativa" por el salario también plantea el interrogante de la realización de plusvalía y la supervivencia del capital.

La parte de verdad de las "luchas puramente cuantitativas" reside en el trato de la productividad. Si logran atarse los incrementos de la productividad, la lucha se encontrará en efecto dentro de los límites del capital (véase el capítulo IV más adelante). Pero aun aquí, el aumento de la productividad, y la reorganización de la clase trabajadora que ello implica, crean un cambio cualitativo en las relaciones de clase. De igual modo, el aumento del acceso de los trabajadores a la riqueza a través del trato de la productividad expande la base absoluta en la que podrán librarse las luchas futuras. Es exactamente sobre estos cambios cualitativos que la clase trabajadora desarrolló el poder necesario para romper el trato de la productividad y arrojar al sistema a una profunda crisis "política".

De igual modo, algunas luchas de los trabajadores que parecen ser "cualitativas" amenazan el desarrollo, antes que el derrocamiento, del capital. Por ejemplo, puede verse que la estrategia del "control de la fábrica por los trabajadores" conduce al control de los trabajadores sobre sí mismos, al igual que el de los medios de producción, a favor del capital. Así se ha observado en la estrategia seguida por el capital, de participación en Francia, de codeterminación en Alemania, o de control de los trabajadores en Yugoslavia. Mientras que el control social aumente el trabajo impuesto y la acumulación, no le importa al capital que la administración tenga cuellos blancos o azules. El propio Marx vio que el capitalismo no podría abolirse simplemente reemplazando a los administradores capitalistas con administradores socialistas trabajadores: "De ahí que ciertos

socialistas se equivoquen de medio a medio al pensar que el capital es necesario, pero no los capitalistas. El concepto de capital implica que las condiciones objetivas del trabajo —producto del trabajo mismo— asuman propia personalidad con respecto a él, o, lo que es lo mismo, que se hagan valer como propiedad de una personalidad aparte, ajena al trabajador. El concepto de capital implica el de capitalista".²³ Este pasaje demuestra el entendimiento de Marx de que no había ninguna diferencia real entre una acumulación de capital "capitalista" y una acumulación de capital "socialista", en cuanto se entiende el capital como una relación de clase del trabajo impuesto a través de la forma mercancía. La experiencia primordial de Marx en la lucha contra tales estrategias de "control de los trabajadores" ocurrió en sus conflictos con los planes prudonianos de las cooperativas. Son mucho más amplias las implicaciones en el caso de los países "socialistas" actuales y de las estrategias "socialistas" actuales para la clase trabajadora. La lucha de clases, que ahora es a la vez económica y política, tiene un aspecto cuantitativo y un aspecto cualitativo. Todo intento por olvidar un aspecto o el otro, o por dejar de captar su interrelación, conducirá inevitablemente a resultados peligrosos.

NO VALOR DE CAMBIO SINO VALOR —CUYA SUSTANCIA ES EL TRABAJO ABSTRACTO

El proceso mediante el cual enseña Marx cómo se encuentra el valor detrás del valor de cambio es otro ejercicio analítico en el campo de la abstracción. Para

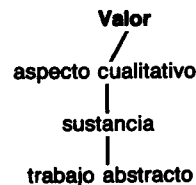
²³ *Ibid.*

que pueda haber una equivalencia cuantitativa en el intercambio

1 cuarto de trigo = x quintales de hierro,

debe existir en las dos cosas diferentes algo común a ambas que permita su comparación cuantitativa. Como antes vimos, para medir o comparar cantidades debemos tener clara la cualidad que se está midiendo (y comparando cuantitativamente). Antes de que podamos entender la comparación cuantitativa de "1 cuarto" y "x quintales", debemos de descubrir la cualidad común al trigo y al hierro que permite su equiparación en el cambio. Para descubrir este elemento común, Marx hace abstracción de lo que los vuelve diferentes: los valores de uso particulares del trigo y el hierro. "Como valores de uso, los bienes son, después de todo, cualidades *diferentes*." Cuando Marx agrega que "como valores de cambio son meramente cantidades *diferentes*", está afirmando que son cantidades diferentes de alguna cualidad común.

Pero hacer abstracción de sus valores de uso es hacer abstracción de sus atributos particulares. Esto, a su vez, es hacer abstracción de las características especiales del trabajo humano que creó tales atributos y los hizo diferentes de otras mercancías: el cultivo de los granos y la fundición. Al hacer abstracción de su realidad material como valores de uso y como productos de formas particulares del trabajo útil, estas mercancías surgen sólo como productos del trabajo humano en abstracción de toda particularidad, Marx llama trabajo abstracto a este trabajo humano común a estas mercancías. Como productos del trabajo humano abstracto, estas mercancías son cualitativamente equivalentes y por esta razón los llama Marx *valores*.



En la terminología de Marx, estos productos del trabajo abstracto son valores. Así como las mercancías son valores de uso y valores de cambio cuando tienen esos valores, también son valores cuando tienen valor. Sin embargo, la afirmación de que una mercancía tiene valor no implica simplemente que dicha mercancía es el producto del trabajo abstracto y que será intercambiado. Otra enunciación de la relación existente entre el valor y el trabajo abstracto consistirá en decir que la *sustancia* del valor es el trabajo abstracto. Como veremos, la cantidad de valor puede ser mayor o menor, pero esto se refiere a la magnitud de su cualidad esencial, o su sustancia: el trabajo abstracto. De igual modo, la sustancia del valor puede expresarse en forma más o menos completa mediante formas diferentes del valor de cambio. Su forma y su magnitud son necesarias para el valor, pero ambas deben diferenciarse de la sustancia. Esto significa que el reconocimiento de que el valor es el aspecto cualitativo del valor de cambio significa algo más que "simplemente una cualidad". El trabajo abstracto es la esencia del valor, lo que no puede alterarse sin perder el concepto mismo. El trabajo abstracto es la sustancia, o la esencia, de la forma de valor: el valor de cambio. O a la inversa, Marx afirma que el valor de cambio es la forma fenoménica, o la forma de aparición del valor, el modo mediante el cual adquiere el valor una expresión reconocible en el capital. En otras palabras, el trabajo para

el capital sólo tiene sentido y sólo aparece como una relación social cuando está incorporado en un producto que se cambia (y, en última instancia, que genera plusvalía).

Marx inició el análisis de la mercancía al nivel de la apariencia. Luego pasa analíticamente a la sustancia del valor de cambio. Resume Marx este proceso en su obra *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner*: "Analizo ésta [la mercancía], y lo hago fijándome ante todo en la forma bajo la cual se presenta. Y descubro que la 'mercancía' es, de una parte, en su forma material, un *objeto útil* o, dicho en otros términos, un *valor de uso*, y de otra parte, *encarnación del valor de cambio* y, desde este punto de vista, 'valor de cambio' ella misma. Sigo analizando el 'valor de cambio' y encuentro que éste no es más que una 'forma de manifestarse', un modo especial de aparecer el *valor* contenido en la mercancía, en vista de lo cual procedo al análisis de este último".²⁴ En el capítulo iv, que analiza el examen que hace Marx de la forma del valor en el parágrafo 3 del capítulo Uno, veremos exactamente cómo se manifiesta esta esencia en aparición a través del valor de cambio.

Este análisis, este proceso mental de abstracción, a través del cual aislamos una sola determinación, no es, sin embargo, un proceso que ocurra fuera del mundo. Tampoco lo son los conceptos con los que denotamos esas determinaciones. El trabajo "abstracto" no es simplemente un concepto abstracto, porque el concepto denota la cualidad social muy real del trabajo bajo el capitalismo. Esto no se señala muy claramente en el capítulo Uno a causa del grado de abs-

tracción asociado al modo de exposición de Marx. Para descubrir adecuadamente las complejas relaciones de clase que se encuentran detrás del "trabajo abstracto", debemos examinar otras partes de los escritos de Marx. Lo que descubrimos es que Marx demuestra con toda lucidez que el proceso de abstracción no ocurre sólo en nuestra imaginación. Por el contrario, el trabajo abstracto es semánticamente significativo como un concepto no porque todo el trabajo humano sea básicamente similar, no porque algún elemento común sea necesario para la equivalencia del cambio y sea revelado por ella. Es significativo porque el capital mismo, en su lucha continua con el trabajo para crear y mantener la división del trabajo que es la base de la producción mercantil, el cambio, y el control social, trata continuamente de volver al trabajo más maleable para sus necesidades. Esto debe hacerlo mediante un cambio y un desplazamiento continuos del trabajo para superar las luchas de los trabajadores. La meta es una oferta de trabajo flexible, adaptable, donde cualquier aspecto específico del trabajo, por ejemplo la fuerza o la habilidad, se vuelva cada vez menos importante. Con el desarrollo del capital, el trabajo es crecientemente "abstracto", precisamente en el sentido real de que tiene menores determinaciones fijas. En otras palabras, una fuerza de trabajo maleable equivale efectivamente a una masa homogénea, cualquiera de cuyas partes puede aplicarse siempre que el capital lo necesite en la máquina industrial. Es posible que la enunciación más clara que hace Marx de esta situación se encuentre en la "Introducción" a la *Contribución a la crítica de la economía política*:

Podría pensarse que, con ello, sólo se había encontrado la expresión abstracta de esta relación, la más simple y vieja de todas, en

²⁴ K. Marx, *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, p. 448.

que los hombres—bajo cualquier forma de sociedad que sea— se manifiestan como productores. Y esto es exacto, en uno de los aspectos. Pero no lo es en el otro. La indiferencia con respecto a cualquier tipo determinado de trabajo presupone una totalidad muy desarrollada de tipos de trabajos reales, entre los cuales ninguno es predominante con respecto a todos. De este modo, las abstracciones más generales sólo aparecen dentro del desarrollo concreto más rico, en que uno se manifiesta como algo común frente a todos. Y entonces deja de pensarse solamente bajo una forma especial. Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado espiritual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia ante el trabajo determinado surge en una forma de sociedad en que los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en que el tipo determinado de trabajo es para ellos algo casual y, por tanto, indiferente. . . . Donde más desarrollada aparece esta situación es en la forma más moderna de existencia de la sociedad burguesa: en los Estados Unidos. Así, pues, la abstracción de la categoría “trabajo” o “trabajo en general”, trabajo sin más, punto de partida de la economía moderna, se convierte aquí en una verdad práctica.²⁵

El trabajo abstracto designa así la homogeneidad del trabajo que el capital trata de lograr mediante su creciente división y control del trabajo.

En este punto, es muy importante que no olvidemos nuestro enfoque en este estudio. Debemos ver también que hay otro aspecto de este esfuerzo del capital por reducir el trabajo a trabajo abstracto. Tal es la actividad de la clase trabajadora. La creación de una clase trabajadora crecientemente homogénea no es simplemente el resultado de las manipulaciones del capital. También es el resultado de las luchas de la clase trabajadora por alcanzar su propia unidad frente al capital. En sus luchas por tales metas comunes como la reducción de la jornada de trabajo, mejores condiciones de trabajo, salarios mínimos, etc., los trabajadores

ganan cohesión a medida que actúan más y más como una clara clase para sí misma. La homogeneidad resultante se vuelve cada vez más peligrosa para el capital porque es una base fundamental del poder de la clase trabajadora. La unidad buscada por la clase trabajadora no es la unidad del trabajo abstracto dentro del capital sino una unidad fuera y en contra del capital.

En vista de estos significados contradictorios de la homogeneidad para las dos clases, la única forma en que el capital puede satisfacer su necesidad de una homogeneidad controlable del trabajo abstracto es, paradójicamente, a través de la imposición de la heterogeneidad, a través de la división de los trabajadores. Es sólo dividiendo y enfrentando a un grupo de trabajadores contra otro que el capital puede impedir su peligrosa unidad y mantener a la clase suficientemente débil para controlarla. *La contradicción existente entre los esfuerzos del capital por unificar la clase como fuerza de trabajo a través de la división y los esfuerzos de los trabajadores por superar estas divisiones para unirse en contra del capital es una de las características más fundamentales y más importantes de la lucha de clases.*

En la aplicación de su estrategia de dividir para conquistar, el capital ha usado siempre las divisiones históricamente dadas que ha heredado del pasado, por ejemplo las divisiones entre las razas, entre los sexos, entre los grupos de edad, entre grupos étnicos o nacionales. Al mismo tiempo, el capital ha transformado, desarrollado y aumentado estas divisiones en formas innumerables. Por ejemplo, todas las llamadas divisiones técnicas del trabajo útil son también divisiones de la clase trabajadora, destinada a mantenerla bajo control. Así descubrimos en los capítulos 11 a 13 del Libro I de *El capital* que la clave para el éxito del capital en el mantenimiento del control del poder productivo de la

²⁵ Marx, *Grundrisse*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VI, p. [25].

cooperación —del trabajador colectivo en la fábrica— es su capacidad para imponer una división salarial jerárquica sobre los trabajadores que se asocia a cierta división del trabajo útil y los enfrenta entre sí. De igual modo las mayores divisiones del trabajo, como la división entre la ciudad y el campo, la división colonial del trabajo, y la división del trabajo entre ramas industriales, sirven para dividir a la clase trabajadora y ayudan a controlarla. La división del trabajo en las manufacturas, escribe Marx, “de una parte, se manifiesta como un progreso histórico y una fase necesaria de desarrollo en el proceso económico de formación de la sociedad, es al mismo tiempo, por otra parte, un medio de explotación civilizada y refinada”.²⁶

La jerarquía salarial, que es decisiva para el control de la fábrica por parte del capital, desempeña también un papel fundamental en la fábrica social más amplia. En virtud de que el salario monetario como el valor de cambio de la fuerza de trabajo es la forma más plenamente desarrollada del cambio entre el capital y el trabajo, su presencia o ausencia es fundamental para la determinación de la relación de diversas partes de la clase trabajadora con el capital y de las relaciones existentes entre esas mismas partes. El trabajo de Salarios para el Trabajo Hogareño ha revelado que, en la discusión del ejército de reserva que aparece en el capítulo 23, la división básica entre el sector “activo” y el sector de “reserva” de la clase es una división entre un sector asalariado y un sector no asalariado. El propio examen que hace Marx del papel fundamental del ejército de reserva no asalariado para el control del ejército de trabajadores asalariados revela el carácter

fundamental de la división entre asalariados y no asalariados. Nuevas investigaciones han revelado que todas las divisiones llamadas no económicas, como la división racial, sexual o nacional, son también divisiones jerárquicas y básicamente divisiones salariales (en este sentido, aun las divisiones jerárquicas del ingreso de los no asalariados son divisiones “salariales”).²⁷

El capital mantiene su control mediante la manipulación dinámica de estas divisiones. Por ejemplo, el éxito de un sector de la clase trabajadora para obtener mayores salarios es usado por el capital, siempre que ello es posible, para acentuar la jerarquía salarial. En este proceso podemos ver el carácter intensamente político de esta cuestión dentro de la lucha de clases. Una y otra vez señaló Marx cómo utiliza el capital muy conscientemente estas divisiones para mantener el control sobre el trabajo como trabajo abstracto. Conviene citar *in extenso* una de sus discusiones más instructivas de este proceso:

Cada centro industrial y comercial de Inglaterra posee ahora una clase trabajadora dividida en dos campos *hostiles*, los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. El trabajador inglés ordinario odia al trabajador irlandés como un competidor que reduce su nivel de vida. En relación con el trabajador irlandés, el trabajador inglés se considera un miembro de la nación *gobernante* y en consecuencia se convierte en un instrumento de los aristócratas y los capitalistas ingleses *en contra de Irlanda*, con lo que fortalece *el dominio de tales aristócratas y capitalistas sobre sí mismo*. El trabajador inglés cultiva los prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el trabajador irlandés. Su actitud hacia el trabajador irlandés es muy semejante a la de los “blancos pobres” hacia los negros en los antiguos estados esclavistas de los Estados Unidos. El irlandés le

²⁶ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 12, § 5, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

²⁷ Véase a James, *Sex, Race and Class*.

paga con intereses en su propia moneda. Ve en el trabajador inglés el cómplice y el instrumento estúpido de *los gobernantes ingleses de Irlanda*.

Este antagonismo se mantiene artificialmente vivo e intensificado por la prensa, el púlpito, las revistas cómicas; en suma, por todos los medios a disposición de las clases gobernantes. *Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase trabajadora inglesa*, a pesar de su organización. Este es el secreto gracias al cual mantiene su poder la clase capitalista. Y la clase capitalista está muy consciente de esto.²⁸

La relevancia contemporánea inmediata de este análisis puede observarse por todas partes en el sistema capitalista mundial. El análisis que hace Marx de la relación existente entre el inmigrante irlandés y los trabajadores ingleses ejemplifica los intentos recientes del capital por enfrentar a los trabajadores inmigrantes contra los trabajadores nacionales en Norteamérica, el Norte de Europa, y más recientemente en los países de la OPEP. Los mexicanos o puertorriqueños en los Estados Unidos, los italianos o filipinos en Canadá, los argelinos o portugueses en Francia, los turcos o italianos en Alemania, y los sudcoreanos en Irán, pueden verse fácilmente como los colegas de los irlandeses de Marx en Inglaterra. Y la lección no se limita a las divisiones nacionales sino que es igualmente aplicable a diversas divisiones dentro de los países: negros/blancos, hombres/mujeres.

Sin embargo, el reconocimiento de la relevancia inmediata de este análisis para la situación actual significa ver también, necesariamente, el otro lado: la actividad de la clase trabajadora dentro de estas divisiones y contra ellas. Por una parte, la movilidad internacio-

nal de los trabajadores que exigen más ingreso y un trabajo menos arduo: primero una negativa al trabajo no asalariado y una demanda de salario, luego en la lucha contra el trabajo asalariado una tendencia a romper la conexión existente entre el trabajo y el ingreso y a convertir el salario en una transferencia unilateral de recursos del capital al trabajo. Por otra parte, uno de los elementos más importantes del ciclo de las luchas de la clase trabajadora que creó la crisis actual para el capital fue la capacidad de la clase trabajadora para superar estas divisiones y alcanzar nuevos niveles de su propio tipo de homogeneidad contra el trabajo abstracto.

La lucha dinámica entre estas dos clases por la cuestión de la división y la homogeneidad puede presentarse con provecho mediante los conceptos de la composición, la recomposición política y la descomposición. Entendida como una estructura particular del poder dentro de la clase, la división del trabajo se ve, no desde el punto de vista técnico sino político, como cierta composición de la clase trabajadora. Desde el punto de vista del capital se desea una composición que debilite suficientemente a la clase para darle el control al capital. Para la clase trabajadora, esa misma composición es un obstáculo. Su superación se designa como una recomposición política de la clase donde la estructura del poder se recompone más favorablemente para los trabajadores.²⁹ Tal recompo-

²⁸ En *Zero work* 1 se define así la recomposición política: "Entendemos por 'recomposición política' el nivel de unidad y homogeneidad alcanzado por la clase trabajadora durante un ciclo de luchas en el proceso de tránsito de una composición a otra. Esencialmente, este concepto involucra la destrucción de las divisiones capitalistas, la creación de unidades nuevas entre diferentes sectores de la clase, y una expansión de las fronteras de lo que incluye la 'clase trabajadora'" (p. 4).

²⁸ Marx a Meyer y Vogt, 9 de abril de 1870, *Marx-Engels Selected Correspondence*.

sición política basada en una división del trabajo dada mina la utilidad de esa división para el capital. A su vez, el capital se ve obligado a tratar de descomponer el nuevo nivel del poder de los trabajadores mediante la imposición de una nueva división técnica o social del trabajo a través de un proceso de represión y restructuración.

Podemos descubrir muchos ejemplos de este proceso durante la crisis actual. Si el nuevo poder logrado por los trabajadores inmigrantes durante el último ciclo de luchas se basó en una recomposición política en la que superaron su división frente a los trabajadores nacionales, los actuales ataques generalizados del capital contra los trabajadores inmigrantes deben verse como un nuevo intento de su parte por descomponer ese nivel de poder mediante las deportaciones masivas y la restructuración mundial del patrón de la inversión. Vemos así algunos esfuerzos por expulsar a los trabajadores de los Estados Unidos y Europa Occidental y regresarlos a su estatus de ejército de reserva latente (México), o enviarlos a nuevas áreas de desarrollo capitalista (por ejemplo, la entrada de trabajadores a Europa Oriental y a los países de la OPEP en el Cercano Oriente). De igual modo, vemos que algunos sectores particulares de la producción, tales como la agricultura y los energéticos, tratan de introducir tecnología nueva y una nueva organización del trabajo para descomponer el creciente nivel del poder de la clase trabajadora. En los Estados Unidos, por ejemplo, vemos el esfuerzo continuo por mecanizar ciertos cultivos en vista de las luchas de los trabajadores agrícolas (tanto nacionales como multinacionales). Vemos también el esfuerzo por restructurar el sector de los energéticos, sobre todo en relación con el petróleo y el carbón, para minar el poder de los mineros del carbón

en los Apalaches y el poder creciente de los trabajadores en el Medio Oriente. En Europa vemos ejemplos similares en los esfuerzos del plan Mansholt por eliminar a un campesinado recalcitrante, de los planeadores soviéticos por industrializar la producción de carne, del capital italiano por restructurar su sector petroquímico, y de Europa en general por pasar a la energía nuclear en un grave avance en la sustitución del capital variable por capital constante.³⁰ En todos estos ejemplos, el capital contesta la recomposición política de la clase trabajadora con su propio nivel de nuevo de la composición orgánica.

Los mismos procesos se están desarrollando fuera de la fábrica a medida que el capital responde a la recomposición lograda en los años sesenta por grupos no asalariados tales como los estudiantes, los desempleados, los receptores de la ayuda social y las amas de casa. Mediante nuevos planes para la restructuración de la educación, programas de compensaciones de desempleo, programas de ayuda social, y la apertura del mercado de trabajo para las mujeres, el capital trata de reimponer nuevas conexiones entre el ingreso y el trabajo. Así confrontamos la crisis fiscal de la educación superior, la expansión de los programas de adiestramiento industrial, el crecimiento de los programas de reciclaje de la educación de adultos, los esfuerzos por ligar las estampillas alimenticias y otros pagos de ayuda social a los programas de trabajo, etcétera.³¹

³⁰ Véanse los artículos que aparecen en *Zerowork 2*, de Serafini y otros, "L'Operaia Multinazionale in Europa", y de Bologna, "Questions of Method for Analysis of the Chemical Plan".

³¹ Véanse los artículos que aparecen en *Zerowork 1 y 2*, y compárense con las discusiones de los mismos programas que aparecen en Consejo de Asesores Económicos, *The Economic Report of the President: 1978*.

Este análisis de la lucha por el trabajo abstracto como la sustancia del valor —el trabajo impuesto por el capitalista— provee una perspectiva desde la que podemos evitar los errores usuales de considerar las divisiones de la clase trabajadora como una estratificación sociológica donde el surgimiento de una “clase media” ha destruido la relevancia del análisis de Marx de una lucha de dos clases, o como el resultado unilateral de un capitalismo omnipotente que simplemente manipula a los trabajadores como peones en un mercado de trabajo segmentado.³² En ambos casos se descuida el estudio del crecimiento del poder de los trabajadores. Vemos, por el contrario, el patrón efectivo de la estratificación o segmentación del mercado de trabajo como el resultado de una lucha de clases real y a menudo violenta, donde ambas clases tienen un poder autónomo.

Una vez entendido este proceso fundamental, puede entenderse la configuración particular de las divisiones en el contexto de circunstancias históricamente específicas. Por ejemplo, el entendimiento del hecho de que el trabajo femenino requiere un análisis histórico de la jerarquía hombre/mujer que ya está presente en las sociedades donde se impuso la forma mercancía, así como un análisis de la forma en que el nuevo orden reforzó o cambió esa jerarquía. La existencia continua de esta división, así como su evolución estructural particular, sólo puede entenderse adecuadamente mediante el análisis del patrón de la lucha de la clase trabajadora y la respuesta capitalista antes examinados. Este tipo de análisis no reduce el fenó-

meno del sexismo (o del racismo) al fenómeno del capitalismo exactamente porque requiere el reconocimiento y la explicación de la relación respectiva de hombres y mujeres con el capital y del hecho de que esta división se basa en la dominación de los hombres sobre las mujeres y no a la inversa. De igual modo, no se reduce así el análisis a un examen de las manipulaciones del capital ni de las luchas de la clase trabajadora en conjunto. Por el contrario, un examen de los procesos de la recomposición y descomposición políticas involucra el análisis de las actividades autónomas de los diversos sectores de la clase y la forma en que se interrelacionan para enfrentarse al capital como una clase.

No puede exagerarse la importancia política del entendimiento de la naturaleza de clase del trabajo abstracto y de los procesos que lo engendran. Al centrar nuestra atención en la homogeneidad que la clase trabajadora opone al trabajo abstracto del capital y en los procesos de la recomposición política mediante los cuales se alcanza esa homogeneidad, este enfoque ilumina la política de clase del trabajo abstracto y la división del trabajo en que se basa. Al estudiar estos procesos reales, dejamos atrás el mundo ideológico de la conciencia de clase y el partido izquierdista para descubrir cómo la clase trabajadora está forjando su propia unidad, así como los puntos fuertes y débiles de sus estrategias y tácticas.

Este análisis sugiere algunos aspectos básicos de la organización de la clase trabajadora. En virtud de que las divisiones son jerárquicas, siempre hay bandos dominantes y dominados. En estas circunstancias, las divisiones han funcionado cuando el capital ha podido actuar del lado dominante que se beneficia con la división. Las divisiones no son imagi-

³² Michael Reich, David M. Gordon, y Richard C. Edwards, “A Theory of Labor Market Segmentation”, en *American Economic Review*, mayo de 1973, pp. 359-365.

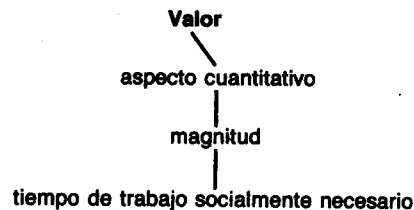
narias o simplemente ideológicas, divisiones que puedan superarse con la "conciencia de clase". Los hombres se benefician del trabajo de las mujeres; los blancos se benefician del estatus inferior de los negros; los trabajadores nacionales se benefician del hecho de que los trabajadores inmigrantes tomen los empleos peores.

Por lo tanto, la lucha tendiente a destruir las divisiones encuentra generalmente su iniciativa en el grupo dominado, pues no puede esperarse que el otro bando trabaje siempre para destruir sus privilegios. Los esfuerzos por superar el racismo, el sexismo, el imperialismo, o la explotación de los estudiantes en los años sesenta fueron encabezados por las luchas de los negros, no de los blancos; de las mujeres, no de los hombres; de los campesinos, no de los norteamericanos; de los estudiantes, no de los profesores o administradores. Fue a partir de estos esfuerzos autónomos que las luchas circularon a otros sectores de la clase, recomponiendo la estructura del poder. La subversión de la autonomía de tales sectores, como trataron de hacerlo en general la izquierda y los sindicatos, disolviéndolos en sus propias organizaciones jerárquicas, sólo puede perpetuar las divisiones útiles para el capital. La realidad de la autonomía complica el significado de la homogeneidad de la clase trabajadora contra el capital. Tal autonomía sugiere que la unidad de la clase trabajadora debe entenderse como algo indirecto, al igual que la homogeneidad del capital (la maleabilidad a través de la división). En otras palabras, la unidad de la clase trabajadora se logra a menudo sólo indirectamente a través de la complementariedad en el ejercicio del poder contra el capital por diferentes sectores de la clase involucrados en la

lucha, no en términos del tipo ilusorio de homogeneidad directa de las instituciones leninistas.

LA MAGNITUD DEL VALOR ES EL TIEMPO DE TRABAJO SOCIALMENTE NECESARIO

Hasta aquí, Marx nos ha enseñado que el valor es la clave del valor de cambio y que la sustancia cualitativa del valor es el trabajo abstracto, que equivale a decir el trabajo bajo el capitalismo. Luego pasa a ocuparse de la cuestión de la magnitud del valor para poder realizar un análisis cuantitativo tanto como un análisis cualitativo.



La medición del valor debe significar la medición de su sustancia: el trabajo abstracto. Marx sostiene que la medición de la magnitud del trabajo abstracto sólo puede significar la medición del tiempo durante el cual se ejecuta. "La cantidad de trabajo... se mide por su duración." Ahora bien, la medición del tiempo requiere alguna unidad, o cuántum, de magnitud. Tal unidad puede seleccionarse aparentemente de acuerdo con la conveniencia, ya que tenemos muchas unidades de tiempo estándares: semana, día, hora, minuto. Pero la magnitud del trabajo abstracto, su tiempo, debe entenderse como un concepto y un fenómeno social, al igual que el propio trabajo abstracto.

En consecuencia, no puede medirse directamente por el reloj o el calendario. Como ocurre con el trabajo abstracto, el tiempo de trabajo debe entenderse dentro de la totalidad del capital. La medición del tiempo de trabajo abstracto sólo puede hacerse dentro del marco de la masa social total del tiempo de trabajo homogéneo, abstracto, extraído de una unidad de trabajadores por "una unidad innumerable". Pero aun si reconocemos esto, debemos enfocar este concepto con mucho cuidado. Desafortunadamente, muchos tienden a pensar que la magnitud del valor de una mercancía está determinada por la cantidad del tiempo de trabajo abstracto incorporada en ella por el trabajador que la produjo. Pero si se concibe el valor de una mercancía como el resultado directo del trabajo de la producción de esa mercancía individual se pierde el carácter social del valor y se lo contempla en cambio como cierta sustancia metafísica inyectada mágicamente en el producto por el contacto del trabajador. Tal teoría del valor se asemeja a la antigua teoría química del flogisto donde se concebía el principio del fuego como una sustancia material incorporada en objetos inflamables. Una teoría del flogisto del valor conduce a resultados tan grotescos y políticamente peligrosos como la identificación de "trabajadores productores de valor" otorgada exclusivamente a quienes hacen un trabajo físico directamente del producto. De aquí sólo falta un paso para llegar a la categorización ritual de los trabajadores "reales" y los trabajadores "improductivos" y las posiciones políticas habitualmente asociadas a tal enfoque.

Marx nos enseña por lo menos dos procedimientos para escapar a esta trampa. En el capítulo Uno nos invita a considerar el hecho de que la calidad del trabajo varía siempre de una persona a otra. Hay siempre jerarquías de productividad entre los trabajadores,

debidas a variaciones de la habilidad y del equipo utilizados en la producción de la misma mercancía. Por lo tanto, en cualquier momento dado se alcanza efectivamente la "homogeneidad" del trabajo sólo al nivel del promedio social en término de la calidad (trabajo abstracto) y la cantidad (tiempo) del trabajo. Dice Marx: "Tiempo de trabajo socialmente necesario es el que se requiere para crear cualquier valor de uso en las condiciones de producción normales, socialmente dadas, y con el grado social medio de destreza e intensidad del trabajo".³³ En los capítulos 12-14 que se ocupan de la manufactura y la industria moderna, en el "capítulo sexto inédito", introduce Marx una discusión explícita del trabajador "colectivo", o "agregado", que también nos alejan de toda teoría del flogisto del valor. En el capítulo 14 se ocupa Marx de esto con referencia a la cuestión del trabajo productivo (productor de valor): "Ahora, para trabajar productivamente, ya no es necesario que la propia mano intervenga en el proceso de trabajo; basta con ser órgano del trabajador colectivo, con realizar cualquiera de sus subfunciones. La anterior determinación del trabajo productivo, derivada de la naturaleza misma de la producción material, sigue siendo valedera para el trabajador total, considerado como una colectividad. Pero no vale ya para cada uno de sus miembros, individualmente considerado".³⁴ En el "capítulo sexto inédito", se refiere Marx a esto de modo más vívido aún en un pasaje que conviene citar en extenso:

... como con el desarrollo de la *subsunción real del trabajo en el capital* o del *modo de producción específicamente capitalista*, no es el

³³ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. I, § 1, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

³⁴ *Ibid.*, capítulo 14.

obrero individual sino cada vez más una *capacidad de trabajo socialmente combinada* lo que se convierte en el *agente* real del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos —éste trabaja más con las manos, aquél más con la cabeza, el uno como director (*manager*), ingeniero (*engineer*), técnico, etc., el otro como capataz (*overlooker*), el de más allá como obrero manual directo e incluso como simple peón—, tenemos que más y más *funciones de la capacidad de trabajo* se incluyen en el concepto inmediato de *trabajo productivo*, y sus agentes en el concepto de *trabajadores productivos*, directamente explotados por el capital y *subordinados* en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera el *trabajador colectivo* en el que el taller consiste, su *actividad combinada* se realiza materialmente (*materialiter*) y de manera directa en un *producto total* que al mismo tiempo es una masa total de mercancías, y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo.³⁵

Estos conceptos muy importantes deben hacernos abandonar definitivamente toda tendencia a tratar de entender el valor en términos de casos individuales.

Para entender la magnitud del valor, la distinción fundamental que debemos establecer es la que separa el trabajo útil que produce mercancías como valores de uso y el trabajo abstracto que las produce como valores. La medida directa del tiempo de trabajo efectivamente invertido sólo puede ser la magnitud del trabajo útil y nunca la del valor. Entre ese tiempo de trabajo útil y el valor se encuentra la mediación social que aparece como una promediación. En otras palabras, mientras que la cantidad efectiva de tiempo de trabajo útil requerido para producir mercancías individuales

³⁵ K. Marx, *Capítulo sexto inédito*, Siglo XXI, México, 1971, pp. 78-79.

de un tipo dado puede variar en lugares diferentes, el valor expresa el promedio social que dará las condiciones “normales” de la producción prevalecientes en cualquier período dado. Como ocurre siempre con Marx, la determinación social es central; la particularidad individual es derivada: la parte sólo tiene sentido dentro del marco del todo. Esto significa que el valor de una mercancía producida en un lugar, porque está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario, será el mismo que el de las mercancías producidas en otra parte, aunque en realidad “contenga” más o menos tiempo de trabajo útil porque los trabajadores que las produzcan tengan una productividad menor o mayor que el promedio.³⁶

Aunque esta promediación social aparece en este punto sólo como una necesidad conceptual, debe entenderse como un proceso social efectivo de considerable importancia en el desarrollo de varias estrategias capitalistas fundamentales. Es un proceso social efectivo en el sentido de que el capital tiene una tendencia a redistribuirse desde las áreas de baja productividad hasta las áreas de alta productividad (cuando esta diferencia genera una diferencia de ganancias). Tal redistribución tiende a producir un promedio social de hecho, al igual que por principio. Los mecanismos de tal redistribución fluctúan desde la expansión de la inversión corporativa en plantas de alta productividad y el cierre de las plantas de menor productividad hasta la competencia entre las corporaciones y la diseminación de las innovaciones similares

³⁶ La “productividad” se refiere siempre a la cantidad de mercancías producidas por una cantidad dada de trabajo útil con un “grado de habilidad y de intensidad” dado. Véase una discusión más amplia de este punto en el capítulo IV, más adelante.

que incrementen la productividad por toda la industria.

Al mismo tiempo, descubrimos también en el análisis que hace Marx de la plusvalía relativa y la introducción de maquinaria que el tiempo de trabajo aumenta en efecto en dos formas diferentes. Primero, la minimización de los costos de operación con maquinaria requiere a menudo una operación continua de veinticuatro horas, lo que genera la tendencia al alargamiento de la jornada de trabajo y a la creación del trabajo nocturno. Segundo, la suave regularidad de la operación de la máquina tiende a obligar a los trabajadores a trabajar de modo más continuo, "llenando los poros de la jornada de trabajo". Este es un proceso que puede entenderse a la vez como el aumento de la laboriosidad del trabajo y como la eliminación de los momentos o minutos de respiro que los trabajadores podrían aprovechar de otro modo durante su tiempo de trabajo. Estos dos fenómenos, al cambiar la cantidad de trabajo útil (e indirectamente "productor" de valor) realizado en un período de tiempo dado, cambian la naturaleza de ese tiempo haciéndolo "producir" más valor. Tal "tensión incrementada de la fuerza de trabajo o condensación del trabajo" significa más sudor, más esfuerzo, y a menudo mayores accidentes para los trabajadores involucrados.³⁷

³⁷ Es equívoca la afirmación, hecha a menudo, de que los trabajadores "producen" valor. Así suena el valor como alguna sustancia metafísica, una especie de flogisto. Como hemos visto, el trabajo es la sustancia del valor bajo el capital. Entre mayor sea el trabajo ejecutado en un tiempo dado, más valor habrá (suponiendo, como siempre, que los productos de ese trabajo también asumen la forma de valor, valor de cambio, mediante la venta). Existe el mismo problema lingüístico cuando decimos que el capital constante "transfiere" su valor al producto. El hecho es que el capital constante es necesario para la producción y requiere cierta cantidad de trabajo para produ-

Esto nos lleva a otras consideraciones sobre la naturaleza del tiempo mismo bajo el capitalismo. Hasta ahora hemos visto la imposibilidad de concebir el tiempo simplemente en términos del tiempo cronológico directo de la producción, dado el carácter de "promedio social" del trabajo abstracto. Acabamos de ver también que un incremento de la intensidad del trabajo cambia sin duda el significado de un período de trabajo dado. Pero el análisis que hace Marx del tiempo de trabajo sugiere más que esto. Tal análisis es una exposición de uno de los elementos políticos básicos de las relaciones de clase del capitalismo. El tiempo de trabajo que hemos venido examinando está sobre todo completamente dentro del contexto de la estructura de la producción capitalista. Es el único tiempo que cuenta desde el punto de vista del capital. En la perspectiva del capital, el "tiempo de trabajo" es el único tiempo vivo porque ese tiempo produce dinero. Más tiempo de trabajo significa menos pérdida o más plusvalía; por esta razón, el capital trata de incrementarlo por todos los medios que puede concebir. Todo el tiempo gastado por la clase trabajadora que no es trabajo —exactamente el tiempo que los trabajadores tratan de aumentar— es tiempo muerto para el capital (en seguida examinaré la forma en que el capital trata de convertir tal tiempo muerto en tiempo de trabajo). En cambio, el tiempo de trabajo es tiempo perdido para la clase trabajadora. Después de todo, es algo que se ha visto obligada a vender al capitalista; pertenece al capitalista y es tiempo perdido para el

cirse. El "valor" final de un producto nuevo, $c + v + p$, es simplemente igual a la suma del trabajo (abstracto) requerido para producir el capital constante (c), más el trabajo nuevo que ha transformado el capital constante en ese producto nuevo ($v + p$). No hay nada metafísico en estas relaciones, y debe evitarse el lenguaje que sugiera lo contrario.

trabajador. Así pues, en contradicción con el capital, el tiempo de trabajo es tiempo muerto para el trabajador. Es sólo durante el tiempo en que no trabaja que el trabajador se encuentra libre para vivir y desarrollar su propia vida.

El capital trata de convencernos de que el tiempo es universal y simplemente una entidad física. Pero nosotros sabemos que no es así. Una hora de tiempo de trabajo no es igual a una hora de tiempo libre en modo alguno. Marx cita en los *Grundrisse* un ejemplo particularmente vívido de la conciencia que tienen los trabajadores de este hecho fundamental:

En el *Times* de noviembre de 1857 encontramos un clamor de ira, verdaderamente gracioso, de un plantador de las Indias occidentales. Este señor, abogando por el retorno de los negros a la esclavitud, expone cómo los *quashees* —los *niggers* libres de Jamaica— se contentan con producir lo estrictamente necesario para su sustento; su verdadero artículo de lujo, al lado de este “valor de uso” es, según él, la holgazanería (*indulgence and idleness*); toman a chacota el azúcar y el capital invertido en las plantaciones y se burlan con irónica malignidad de los plantadores que se arruinan, y para realzar los colores de esta malignidad e indolencia ponen incluso a contribución el cristianismo que les han inculcado.³⁸

Esta es una razón básica del hecho de que el tiempo sea un terreno fundamental de la lucha de clases. Los relojes se han convertido en instrumentos de opresión dentro del capital porque los minutos de tiempo de trabajo son oro para el capital. Si bien es cierto que los relojes no pueden medir el trabajo directamente porque el valor está determinado por el promedio social, siguen siendo instrumentos para la extracción de la

mayor cantidad de tiempo de trabajo que sea posible en cada lugar de trabajo, lo que determina indirectamente, como hemos visto, la cantidad de valor producida.

La lucha por el tiempo entre el capital y la clase trabajadora, que Marx analiza luego con alguna profundidad en el capítulo 8, que se ocupa de la jornada de trabajo, se realiza en el taller en muchas formas. En el capítulo anterior examiné algunas de tales formas, por ejemplo la lucha abierta por la jornada de trabajo “normal”. Marx examina también la lucha por la intensidad del tiempo de trabajo, que acabamos de mencionar, y la “roedura” de la jornada de trabajo mediante la cual tratan los capitalistas (y los trabajadores, aunque Marx se ocupó menos de esto) de aumentar (o disminuir) la cantidad de trabajo en toda oportunidad: al principio y el final del día, en los descansos para comer, en los descansos para ir al baño, etc. En los capítulos 18 y 19 que se ocupan de los salarios por tiempo y por pieza, aprendemos también cómo el capital trata de manipular la forma de pago del capital variable para aumentar la cantidad del tiempo de trabajo, por ejemplo manteniendo bajos los pagos por hora o por pieza. Ahora, cuando la cuestión de la cantidad de trabajo que el capital puede imponer a los trabajadores es otra vez un factor importante del conflicto, vemos muchos experimentos con patrones nuevos de manipulación del tiempo, como la semana de cuatro días o el tiempo flexible, donde ambas clases tratan de mejorar su posición.

Pero si son numerosas y variadas las luchas por el tiempo en la fábrica o la oficina por el tiempo de trabajo asalariado, lo más problemático es la cuestión de la lucha por el tiempo fuera de la jornada de trabajo “oficial”. En el siglo diecinueve, cuando

³⁸ Marx, *Grundrisse*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VI, pp. [231-232].

Marx vivió y escribió, era muy escasa la cantidad de tiempo de los trabajadores fuera del trabajo. El tiempo de que disponían apenas les alcanzaba para realizar su reproducción como fuerza de trabajo. En tales circunstancias, las actividades tales como comer, dormir y copular, que normalmente podrían concebirse como actividades de "tiempo libre" para el disfrute de los trabajadores, quedaban reducidas a la tarea de paliar el daño (físico y psicológico) sufrido en la fábrica. En su discusión de la reproducción simple en el capítulo 21, Marx vio esto como una situación en la que "la clase obrera, aun fuera del proceso directo de trabajo, es pertenencia del capital, ni más ni menos que el instrumento de trabajo muerto".³⁹ La jornada de "trabajo" ya incluía el trabajo fabril y el tiempo "libre". En estas condiciones concluyó Marx que "el capitalista puede confiar tranquilamente el cumplimiento de esta condición al instinto de conservación y perpetuación de los propios trabajadores".⁴⁰

Ahora bien, como vimos en la discusión de la forma mercancía, Marx percibió también cómo tendía el aumento continuo de la productividad, al reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario, "a reducir el tiempo de trabajo a un mínimo", y cómo se fortalece más y más esta tendencia con el progreso de la ciencia y la tecnología. Esta tendencia a la reducción del tiempo de trabajo es al mismo tiempo una tendencia a "crear tiempo disponible", tiempo libre para los trabajadores. El problema recurrente del capital consiste en encontrar algunos procedimientos para convertir este tiempo libre en tiempo de trabajo. Dada la rapidez de

este desarrollo, Marx pudo prever la crisis fundamental que eventualmente plantearía a un sistema basado en la imposición de trabajo. Pudo prever que, cuando los trabajadores "se apropiaran de su propio trabajo excedente, el tiempo disponible dejaría de tener una existencia antitética" y se convertiría en la verdadera medida de la riqueza. Lo que no pudo prever, y esto es evidente una y otra vez en *El capital*, fueron las numerosas estratagemas que el capital inventaría para reestructurar la sociedad en conjunto, tanto dentro como fuera de la fábrica, tanto durante el tiempo "de trabajo" como durante el tiempo "libre", para convertir todo el tiempo en tiempo de trabajo. Cuando Marx meditó sobre los esfuerzos del capital por recuperar el tiempo disponible y convertirlo en tiempo de trabajo, pensó en la expansión industrial y la creación de nuevos empleos fabriles y de oficina. La única excepción a esta regla fue el ejército de reserva, donde vio claramente Marx que el "tiempo libre" era una parte integral y necesaria del funcionamiento del "mercado de trabajo" del capital. Pero aunque esta concepción es fundamental, nunca desarrolló Marx un análisis de la lucha por el contenido del tiempo libre entre el capital y la clase trabajadora.

Como vimos en la Introducción, el desarrollo histórico del capital ocurrido después de Marx, que él no pudo prever, fue la expansión del control capitalista para estructurar toda la sociedad en una gran fábrica social, para que todas las actividades contribuyeran a la expansión de la reproducción del sistema. Cuando Marx escribió, por ejemplo, en el capítulo 13, párrafo 3, sobre el empleo de las mujeres y los niños, vio a estas personas arrastradas cada vez más hacia la máquina industrial para ser exprimidas diariamente, recuperándose por la noche como los trabajadores varo-

³⁹ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 21, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

⁴⁰ *Ibid.*

nes adultos. No había necesidad de ninguna teoría especial acerca de la familia, el trabajo hogareño o el trabajo escolar, porque estas actividades ocupaban una parte insignificante del día. Pero más tarde, con la expulsión de las mujeres y los niños de las minas, los molinos y las fábricas, con la creación de la familia nuclear moderna y el sistema escolar público por parte del capital, tal teoría resulta vital. Ahora debemos estudiar cómo estructura el capital el "tiempo libre" para expandir el valor. Debemos ver cómo ha estructurado el capital el trabajo hogareño con la economía doméstica y la televisión para asegurarse de que el tiempo de las mujeres contribuya sólo a la reproducción de la fuerza de trabajo de ellas mismas, de sus esposos y sus hijos. Debemos ver el deseo de la reproducción de la vida como fuerza de trabajo detrás de la propaganda del capital en el sentido de que conviene al individuo o a la familia tener una casa "bonita" o una educación "buena".

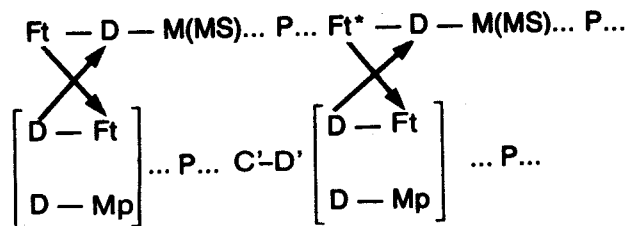
Debemos ver cómo desarrolló el capital la economía hogareña, no para enseñar a las futuras amas de casa a usar la riqueza (mercancía y tiempo libre) de la sociedad para su enriquecimiento, sino para que aprendieran a arreglárselas con lo poco que tienen. Es cierto que los trabajadores demandaron un acceso más fácil a la educación pero también debemos ver cómo forjó el capital la educación "pública", no para la "ilustración" de los hijos de los trabajadores, sino para satisfacer sus propias necesidades de habilidades particulares, de nueva tecnología, de nuevas estrategias de control social y, sobre todo, para inculcar la disciplina. Tanto el trabajo hogareño como el trabajo escolar tratan de contribuir al mantenimiento del valor de la fuerza de trabajo a nivel ínfimo. Entre mayor sea el trabajo ejecutado por las mujeres en el hogar, menor será el valor

que deben recibir los trabajadores del capital para reproducirse a un nivel dado. Entre más trabajen los estudiantes en la escuela, menor será el valor que deba invertirse en su adiestramiento y disciplina para la fábrica (o el hogar). Por esta razón, un aumento del trabajo hogareño o el trabajo escolar, al disminuir la cantidad de capital variable necesaria para la reproducción de la clase trabajadora, puede contribuir a la expansión de la plusvalía (o a la inversa, una disminución puede minar esta expansión, como se verá más adelante). En efecto, debemos ver cómo ha surgido la fábrica "social" de los esfuerzos de los trabajadores por escapar de la fábrica industrial y del control social del capital: cómo abarca ahora, dicha fábrica, virtualmente la totalidad de lo que llaman los Teóricos Críticos la esfera "cultural" de la vida. El capital trata de moldear todas las actividades de "ocio" o tiempo libre —lenguaje, literatura, arte, música, televisión, medios noticiosos, películas, teatros, museos, deportes— a su propia conveniencia. Así pues, en lugar de ver el "tiempo no dedicado al trabajo" no asalariado automáticamente como tiempo libre, o como tiempo completamente antitético al capital, nos vemos obligados a reconocer que el capital ha tratado de integrar también este tiempo dentro de su proceso de acumulación, para que la recreación sólo sea la re-creación de la fuerza de trabajo. Dicho de otro modo, el capital ha tratado de convertir el "consumo individual" en "consumo productivo" mediante la creación de la fábrica social. Cuando Marx formuló el circuito de la fuerza de trabajo como Ft-D-M, donde la fuerza de trabajo (Ft) se cambia por el salario en dinero (D), que luego se cambia por medios de subsistencia (M-medios de subsistencia), el consumo de los trabajadores aparecía como el producto final del circuito. El esfuerzo por

volver "productivo" ese consumo trata de estructurarlo como un proceso de producción cuyo producto es la fuerza de trabajo. Quizá podamos simbolizar mejor esta situación como un circuito de la reproducción de la fuerza de trabajo:

$$Ft - D - M(MS) \dots P \dots Ft^*$$

onde M(MS) ... P representa el consumo que involucra el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo (Ft^*). El asterisco de Ft^* indica un cambio. A pesar de que el trabajo de la procreación y la crianza de hijos aumenta la población, el trabajo (por ejemplo el trabajo doméstico) de P implica todavía un valor menor *per capita*, de modo que $Ft^* < Ft$. Esto tiene un impacto positivo sobre el excedente porque el nivel de capital variable es menor de lo que sería en otras circunstancias. Por lo tanto, la nueva organización de la fábrica social por parte del capital puede representarse por el diagrama siguiente, donde los ciclos del capital industrial y de la reproducción de la fuerza de trabajo están interrelacionados:



Si el circuito del capital individual produce bienes de "consumo", se interconectará además el circuito de la reproducción de la fuerza de trabajo vendiendo su producto C' a los trabajadores como sus medios de

subsistencia $M(MS)$ a cambio de sus salarios (D), que se convierten en los ingresos del capital (D').⁴¹

En este patrón de desarrollo, que se ha difundido tan rápidamente en el siglo veinte, reconocemos la eterna tendencia del capital a generalizarse y a universalizarse (véase más adelante el examen de la forma desplegada de valor) y su respuesta ante la dificultad creciente de encontrar trabajo fabril para imponerlo como el medio del control social. Marx previó la contradicción. No pudo prever esta forma de socialización del trabajo que constituye por lo menos una solución temporal.

Sin embargo, aquí, como en todos los aspectos del capital, debemos ver que todavía hay dos bandos, todavía hay una lucha que nunca se ha integrado por completo. Como sostuve en la Introducción, debemos evitar la ceguera de los marxistas contemporáneos que ven y analizan las diversas formas de la dominación capitalista en la esfera cultural pero no pueden ver cómo la lucha de la clase trabajadora ha arrojado reiteradamente esa dominación a una crisis. Es cierto, el capital planea toda la vida social; pero no estamos en el Mundo Feliz. La clase trabajadora ha afirmado su autonomía con vigor y reiteradamente. Así como la lucha de la clase trabajadora en la fábrica ha obligado al capital a reorganizarse, su lucha en la esfera "cultural" ha obligado al capital, una y otra vez, a buscar vías nuevas para evitar la pérdida completa del control. La historia de la revuelta "cultural" es una historia anti-

⁴¹ Véase una discusión más completa del circuito de la reproducción de la fuerza de trabajo en el apéndice de Harry Cleaver, "Malária, the Politics of Public Health and the International Crisis", en *Review of Radical Political Economics* 9, núm. 1 (primavera de 1977), pp. 81-103.

gua que involucra todas las esferas de la comida comunitaria, la familia, la educación, el arte, la literatura y la música. Lo fundamental es la advertencia de que la respuesta del capital se asemeja más a menudo a una búsqueda desesperada de una táctica nueva que al proceso suavemente orquestado de asimilación contemplado por los profetas de la "hegemonía cultural burguesa".

La prueba contemporánea de la verdadera autonomía de las luchas de la clase trabajadora en estas esferas ha sido su contribución fundamental a la crisis actual del capital. La familia, una de las unidades de organización fundamentales de la fábrica social del capital, se ha visto crecientemente escindida porque las luchas de las mujeres, los niños y aun los hombres eludieron todos los esfuerzos tendientes a "integrarlos". El capital busca ahora, con desesperación, algunas vías para unir otra vez a la familia o para encontrar instituciones alternativas. El sistema de escuelas públicas, otra de las instituciones fundamentales de la hegemonía "cultural", también se encuentra casi totalmente desorganizado. Continúa la crisis de las escuelas, cuyas raíces residen en parte en la crisis de la familia, que fue tan obviamente un componente básico del ciclo de luchas de los años sesenta. El capital hace experimento tras experimento para encontrar el método de remodelar la "educación" de manera adecuada para controlar a los estudiantes. Estos son sólo dos de los ejemplos más obvios del derrumbe de la fábrica social, de las instituciones "culturales" del capital; hay muchos otros ejemplos. Y a medida que se derrumban estas instituciones de control, estas instituciones que convierten el tiempo libre en tiempo de trabajo, la clase trabajadora gana más y más tiempo no estructurado para desarrollar su lucha independiente del capital. Así pues, el

derrumbe de tales instituciones no es sólo la señal del triunfo en este conflicto, sino que además abre un espacio nuevo para la expansión de la lucha.

Ya no hay ninguna necesidad de predicar contra la "ética del trabajo", esa "extraña aflicción" que Paul Lafargue contempló hace algunos años como una infección de la clase trabajadora.⁴² Los trabajadores han rechazado ya la definición que hace el capital del tiempo vivo como tiempo de trabajo, y no sólo han demandado el "Derecho a ser flojos" sino que además se han venido saliendo cada vez más con la suya. La jornada laboral de veinticuatro horas (recuérdese el "aprendizaje" durante el sueño) se ha convertido sólo en un sueño nostálgico para el capital y en una ilusión fantástica para los Teóricos Críticos que no pueden entender el carácter comprensivo de la crisis. El capital ha tratado de identificarse con la sociedad, pero esa identidad ha sido rechazada por la clase trabajadora y ese rechazo amenaza ahora la existencia misma del propio capital. En un periodo como este, cuando la alta productividad permite la satisfacción de todas las necesidades de la clase trabajadora, y cuando la crisis pone en claro que el capital no lo permitirá, la negativa a todo trabajo, tanto dentro como fuera de la fábrica, sigue siendo un factor importante en el conflicto de las clases. Las demandas de los trabajadores fabriles, de menos trabajo y paga mayor, no son integrables si su lucha contra el trabajo hace que los salarios sigan aumentando más de prisa que la productividad. Las deserciones escolares y la perturbación de la educación no pueden verse como un elemento del desarrollo

⁴² El ensayo de Paul Lafargue, *The Right to Be Lazy*, se publicó originalmente en 1883 como un ataque al lema de "El Derecho al Trabajo".

capitalista cuando la falta de disciplina impregna las escuelas, las colas de desempleados y la fábrica. En estos casos podemos ver que el tiempo tiene siempre un contenido y que hay una lucha por ese contenido y su duración. El tiempo aparece como un elemento cada vez más importante en la lucha de clases, y el conflicto a través del tiempo ha planteado de nuevo los interrogantes básicos acerca de la naturaleza del trabajo y del tiempo libre.

El surgimiento de cantidades crecientes de tiempo libre durante la crisis, al proveer la base para la expansión de la lucha, se ha mostrado antitético al tiempo de trabajo pero todavía dentro del capital tanto como en su contra. En última instancia la clase trabajadora, en el derrocamiento revolucionario del capital, irá más allá del tiempo de trabajo y del tiempo libre. Porque el tiempo libre, como hemos visto, es tiempo libre del trabajo tanto como tiempo libre para la clase trabajadora. Aquí el término usado por Marx, del tiempo disponible, tiene quizá menores connotaciones confusas de alguna "libertad" abstracta.

Estas consideraciones del tiempo de trabajo socialmente necesario del capital, y de la lucha de la clase trabajadora en su contra y sus demandas de tiempo libre, pueden enseñarnos mucho acerca de la naturaleza y los límites de diversas estrategias políticas. Por ejemplo, no hay siquiera alguna disponibilidad real de tiempo cuando la lucha se convierte en trabajo político. Es aquí que surgió el Partido como una institución básica dentro del capital porque, como los sindicatos y tantas otras instituciones, estructura el "tiempo libre" en formas que en última instancia contribuyen a la reproducción del sistema, aunque en una reorganización. Al mismo tiempo, los aspectos integradores de la "re-creación", del tiempo ocioso, muestran los límites

del simple "disfrute libre" del tiempo libre, del "juego". Es cierto que los trabajadores luchan por tiempo para vivir, tiempo para amar, tiempo para jugar. Pero hemos visto cómo puede el capital estructurar ese tiempo y volverlo contra los trabajadores. Como ocurre con el trabajo en la fábrica, nunca se trata de saber si lo disfrutamos o no, sino de saber si la actividad es impuesta y estructurada para asegurar la reproducción del sistema. Es mediante la conexión de la confrontación con el capital durante todos los períodos de tiempo que puede volverse efectivamente el tiempo contra el capital. Las demandas parciales pueden satisfacerse si el capital puede encontrar algunos medios de compensación. Puede proveerse una jornada laboral más corta (y por ende más tiempo libre) si aumenta la productividad y si se estructura ese tiempo libre. Lo excitante de la crisis actual es precisamente tal convergencia y la complementariedad de los ataques de la clase trabajadora contra la totalidad de la fábrica social del capital. No sólo hay toda clase de trabajadores demandando menos tiempo de trabajo, sino que también se están negando a dar una compensación por ello. No sólo están trabajando menos en la fábrica sino que también están utilizando el tiempo libre para destruir su propia fuerza de trabajo. Quienes tienen empleos a tiempo completo o parcial usan su "tiempo libre" para vigorizarse, no para trabajar, sino para negarse de nuevo a trabajar. Quienes están "desempleados" y se supone que deben ejecutar el trabajo de buscar trabajo, usar su tiempo libre para hacer funcionar el mercado de trabajo, están usando en cambio su tiempo en evitar el trabajo y aumentar sus demandas de compensaciones de desempleo, pagos de asistencia social, etc. Aquí reside el peligro real para el capital: la clase trabajadora está diciendo: "Queremos todo, in-

cluido nuestro tiempo: no más tiempo de trabajo y por ende no más tiempo libre, sólo la vida para vivirla como nos dé la gana". Tal demanda es totalmente imposible de asimilar dentro del capital, cuya crisis continúa porque no ha encontrado todavía una estrategia para derrotarla.

LOS VALORES DE USO Y LAS MERCANCÍAS COMO PROCESOS SOCIALES

El último punto, subrayado por Marx en el último párrafo del parágrafo 1, es que la "mercancía" es una categoría social. Los comentarios de Marx no son simplemente formales o definitorios: que las mercancías sean sólo mercancías en la medida en que sean la unidad del valor de uso y del valor de cambio implica que un producto debe ser cambiado y consumido para ser una mercancía. Esto es cierto sin duda, pero lo más importante es que la forma mercancía nunca debe cosificarse; nunca es una cosa. Hablamos de las mercancías como cosas o de las cosas como mercancías, pero sólo porque atraviesan por una serie específica de interacciones sociales. En este paso no son cosas sino procesos sociales. Como habrá aclarado ya el análisis, las cosas son cosas (valores de uso) sólo en sus propiedades particulares. Marx indica ahora que, para ser mercancías, estas propiedades deben ser tales que las conviertan en valores de uso sociales. Aun así, esas cosas son sólo valores de uso en sentido latente y sólo se convertirán en valores de uso efectivos si se consumen. "Finalmente" dice Marx en las dos últimas frases del capítulo 1, "ninguna cosa puede ser *valor* sin ser objeto de uso. Si es inútil, lo será también el trabajo contenido en él, no contará como trabajo [abstracto] ni

creará, por tanto, valor alguno". Así pues, todas las categorías son las del proceso. Hemos visto ahora que el valor de uso, el valor de cambio, el trabajo abstracto, el valor y el tiempo de trabajo socialmente necesario son categorías sociales que designan determinaciones particulares de la forma mercancía, lo que es fundamental para el proceso social más básico de todos: la lucha de clases.

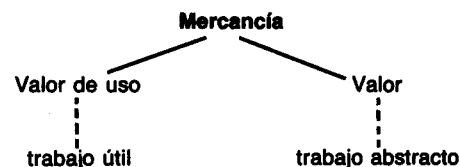
IV. EL CARÁCTER DOBLE DEL TRABAJO

CUANDO Marx afirma, en el parágrafo 2 del capítulo Uno, que el carácter doble del trabajo “es el eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política”, lo hace porque quiere subrayar especialmente lo que es nuevo y peculiar en el modo de producción capitalista. Marx quiere señalar cómo la imposición generalizada de la forma mercancía añade valor a la utilidad mediante el control sobre el trabajo, un control que crea trabajo abstracto por las vías que hemos visto. Resulta difícil exagerar la importancia de la distinción y la interrelación existente entre el trabajo útil y el trabajo abstracto. El propio Marx, en una carta a Engels, escribió: “Lo mejor que hay en mi libro es: 1. (y sobre eso descansa toda la inteligencia de los hechos) subrayar, desde el *primer* capítulo, *el doble carácter del trabajo*, según se exprese en valor de uso o en valor de cambio”.¹

La discusión del trabajo abstracto ha revelado ya algo de esta importancia. Vimos cómo llegó Marx al trabajo abstracto mediante un análisis del trabajo útil creador de valores de uso. Vimos también algo de la dialéctica de la lucha por la división del trabajo útil mediante la cual trata el capital de crear valor (trabajo abstracto) y la clase trabajadora trata de impedirlo. En el parágrafo 2 vuelve Marx al análisis del carácter

¹ Marx a Engels, 24 de agosto de 1867, en K. Marx y F. Engels, *Cartas sobre “El capital”*, Barcelona, Laia, 1974, p. 137.

doble del trabajo en tres pasos. Primero, enfoca el trabajo útil, que produce valores de uso. Esto le permite luego señalar el carácter especial del trabajo productor de valor (trabajo abstracto). Por último, con estas dos perspectivas a la mano, aclara Marx el análisis de la productividad y provee el fundamento necesario para su exposición posterior de la estrategia de la plusvalía relativa del capital



EL TRABAJO ÚTIL

Para que el capital tenga producción y cambio de mercancías, debe controlar diversas clases de trabajo útil concreto productor de valores de uso cualitativamente diferentes. Sin esto, no ocurrirían ni la producción ni el cambio capitalistas. Esto implica una división social del trabajo útil en la sociedad. Para tener y controlar un número creciente de clases de producción, el capital debe estar en posibilidad de asignar el trabajo más o menos como le convenga, debe alcanzar justamente esa maleabilidad del trabajo que está detrás del trabajo abstracto, como antes vimos. Una división social constantemente cambiante del trabajo implica que los trabajadores deben ser cambiados con frecuencia de una clase de trabajo útil a otra.

Ahora bien, la división del trabajo útil necesario para la producción capitalista ocurre a varios niveles. Marx menciona la organización interna de la fábrica

industrial capitalista como un lugar donde existe la división del trabajo sin cambio entre productores individuales. Podemos ver otras ramas de la fábrica social más amplia donde también ocurre esto. Por ejemplo, en la familia hay una división del trabajo entre esposos, esposas e hijos. La producción de valores de uso por cada persona se pone a disposición de las otras sin cambio en el mercado. Sin embargo, como hemos visto, estas divisiones son aspectos esenciales de la división del trabajo útil.

En su discusión, Marx hace la afirmación general de que el trabajo útil, productor de valores de uso, "es una condición de existencia del hombre independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad natural eterna para que opere el cambio de materias entre el hombre y la naturaleza". Al sostener que esta situación es "independiente de todas las formas de sociedad", postula Marx el trabajo útil como un concepto genérico representativo de un aspecto de la sociedad humana presente en todos los modos de producción. Esto se asemeja a su argumento acerca de la producción en la "Introducción" a la *Contribución a la crítica de la economía política*. En esa discusión distinguió Marx entre el carácter general de la producción presente en todas las sociedades y las características específicas de la producción que están presentes en diferentes clases de sociedades (como modos de producción diferentes) y las distinguen.² Los comentarios que aparecen en *El capital* sobre el trabajo útil (por oposición al trabajo abstracto) especifican además el carácter general de la producción como producción de valores de uso.

² K. Marx "Introducción a la crítica de la economía política", en *Grundrisse, Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VI, p. [6-7].

Para interpretar esta dicotomía entre el trabajo útil y el trabajo abstracto en sentido político, necesitamos aplicar la misma clase de análisis que ya hemos aplicado al valor de uso y al valor de cambio. Por ejemplo, como en el caso del valor de uso y el valor de cambio, podemos ver con facilidad en el trabajo útil el "lado" de la clase trabajadora, y en el trabajo abstracto el "lado" capitalista, simplemente porque el trabajo útil produce los valores de uso que desea la clase trabajadora y el trabajo abstracto es la sustancia del valor y la plusvalía para el capital. Desafortunadamente, los marxistas se han detenido muy frecuentemente en este punto y han obtenido la peligrosa conclusión política de que podríamos lograr la eliminación del capital simplemente eliminando el lado capitalista del trabajo abstracto mientras se preserva el trabajo útil. En efecto, en el socialismo y el comunismo, se sostiene que la liberación del trabajo útil frente al valor significa la liberación de la clase trabajadora para alcanzar toda su potencialidad como una clase involucrada en el trabajo útil. Este argumento se asemeja al enfoque de Proudhon que Marx criticó tan tajantemente: la eliminación del lado malo y la preservación del lado bueno.³ Uno de los más infames ejemplos de este tipo de razonamiento puede encontrarse en la proposición hecha por Lenin en 1918 en el sentido de que debería adoptarse rápidamente en la URSS el *tailorismo* como una organización avanzada y científica del trabajo útil.⁴ Supone Lenin que el aspecto capitalista del *tailorismo* como una forma refinada de la explotación desaparece automá-

³ Véase *Miseria de la filosofía*, de Marx, o una breve enuncianción de su crítica a Proudhon en Marx a Annenkov, 28 diciembre 1846, en *Obras fundamentales*, FCE, México, vol. IV.

⁴ V. I. Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético*, Progreso, Moscú, 1976, p. 28.

ticamente con la eliminación de la propiedad privada y la clase capitalista después de la revolución.

Las fallas teóricas, ya no digamos las políticas, de tales argumentos aparecen de inmediato cuando realizamos nuestro análisis de clase, recordando la relación íntima existente entre el trabajo útil y el trabajo abstracto analizada en la sección que se ocupó de la sustancia del valor. Vemos que la preocupación por el trabajo abstracto (valor) lleva a los capitalistas a moldear la división del trabajo útil, y por ende su misma estructura, para lograr la homogeneidad del trabajo abstracto. Por esta razón, *el trabajo útil en el capital debe verse como el material mismo con el que se fabrica el trabajo abstracto*. El trabajo impuesto a la gente mediante la forma mercancía, que constituye la sustancia del valor en el capital, sólo existe en la estructura fluida del trabajo útil concreto. La eliminación del trabajo capitalista o trabajo abstracto sólo puede significar la eliminación del trabajo útil concreto, por cuanto esta es una actividad impuesta como una forma de control social. Una y otra vez en *El capital*, enseña Marx cómo la forma del trabajo útil se moldea en la lucha de clases. La cooperación, como la forma básica de la organización del trabajo moderno, es el producto del capital y ostenta su huella. El trabajo útil en la industria, ya sea del período de la manufactura o del período de la maquinaria, siempre está moldeado por las necesidades del capital de controlar la clase. Dado que el trabajo útil es en esta forma el productor de control del valor y del valor de uso, no puede ser "liberado". El trabajo útil debe ser aplastado en sus formas actuales para aplastar al valor mismo. Algunos de los comentarios que hace Lenin sobre el problema del derrocamiento del Estado capitalista nos dan una guía mejor sobre este punto: el Estado no puede ser capturado y usado tal como está,

sino que debe ser destruido. Lo mismo ocurre con el trabajo útil tal como existe en sus formas concretas bajo el capital.

Hablar del "trabajo útil" poscapitalista es tan problemático como hablar del Estado poscapitalista: su transformación debe ser a la vez cualitativa y cuantitativa. El concepto de un Estado poscapitalista estructurado para "marchitarse", para ser eliminado con la mayor rapidez posible, provee quizá una analogía útil con el concepto del "trabajo" poscapitalista. Hemos visto que el capital tiende constantemente a extender el trabajo. La extensión cuantitativa y cualitativa (división del trabajo) del trabajo útil como un medio de control social se encuentra detrás del trabajo abstracto y por ende del valor. Pero hemos visto también que esta extensión sólo se ha logrado frente a la oposición de la clase trabajadora. Podemos postular que, en la sociedad poscapitalista, la victoria de estas luchas significará seguramente la reducción cuantitativa del trabajo útil como un elemento esencial de su transformación cualitativa: "reducir al mínimo el trabajo necesario [en la sociedad]".⁵ Consecuentemente, la perpetuación y expansión del trabajo útil en la sociedad socialista contemporánea, como la perpetuación del Estado, es una señal segura de que el capital no ha sido destruido. Así pues, no basta hablar sólo de la transformación cualitativa del trabajo en abstracción a partir de su reducción cuantitativa. Quienes atacan al trabajo "alienado" o hablan de la "degradación" del trabajo bajo el capitalismo entienden la forma en que el capital transforma el

⁵ K. Marx, *Grundrisse*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VI, p. [302].

trabajo útil en un modo de dominación.⁶ Desafortunadamente, no captan la relación dialéctica existente entre la expansión cuantitativa del trabajo como control social y su transformación cualitativa. Como hemos visto, el capital es, ante todo, cuantitativo en su expansión. El capital moldea la cualidad como parte de esa expansión. Para hablar del derrocamiento del trabajo capitalista debemos tomar en cuenta ambos aspectos. La única forma en que puede obtenerse el trabajo “no alienado” —o el trabajo como una actividad que no es una función de la dominación— es la eliminación del elemento de compulsión que ha sido inseparable de su expansión cuantitativa.

En efecto, el “trabajo cero” (*zerowork*) significa la conversión del “trabajo útil” en un elemento de lo que Marx llama “el desarrollo pleno de la actividad misma”. El desarrollo capitalista, escribió Marx, ha creado los elementos materiales que permitirán, después de la revolución, “el desarrollo de la rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo, y cuyo trabajo, por ende, tampoco se presenta ya como trabajo, sino como desarrollo pleno de la actividad misma”.⁷ ¿Qué significa la “actividad misma”? ¿En cuál tipo de situación no es trabajo el trabajo? Marx tenía poco que decir sobre este tema, principalmente por razones de principio.⁸ Rechazaba el proyecto socialista utópico de bosquejar por adelan-

⁶ Véase, por ejemplo, a Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital*.

⁷ K. Marx, *Grundrisse*, FCE, p. [231].

⁸ La única discusión detallada hecha por Marx de la relación existente entre el trabajo bajo el capital y la actividad en general fue la parte de su análisis de la alienación que se ocupa del “ser genérico”, un análisis que, significativamente, no reanudó en los *Grundrisse* ni en *El capital*.

tado la naturaleza de la sociedad poscapitalista. Sintió claramente que tal sociedad sería inventada en el proceso de la revolución por la masa de trabajadores de acuerdo con sus posibilidades y deseos y no de acuerdo con alguna fantasía intelectual. Cuando se ocupó de la naturaleza general de la sociedad poscapitalista, sus comentarios más frecuentemente reiterados evocaban “el desarrollo artístico, científico, etc., de cada cual” por la reducción del trabajo necesario a un mínimo.⁹ Así pues, Marx consideró el proceso revolucionario como algo a la vez negativo —la libertad frente al capital y el fin de una clase definida por el trabajo— y positivo: la libertad para el desarrollo de una nueva etapa en la evolución de la humanidad. Los comentarios formulados por Marx provinieron principalmente de los períodos de revolución en los que examinó las acciones de los propios trabajadores para obtener alguna indicación de la dirección de su lucha (por ejemplo, durante la Comuna).¹⁰ Así pues, aunque rechazaba la especulación utópica, podemos postular que, dentro del proceso revolucionario, Marx habría abrazado cálidamente el lema “Todo el Poder para la Imaginación”.

Volviendo a su discusión del trabajo útil dentro del capital, los seres humanos y la Naturaleza se presentan como si trabajaran unidos: ambos son fuentes de riqueza. Pero hay aquí otra dicotomía problemática: una clara división implicada entre ambos que hace de la “Naturaleza” algo externo a lo que se “oponen” los humanos. Cuando Marx reanuda este análisis en el

⁹ Marx, *Grundrisse*.

¹⁰ Véase el análisis que hace Marx de la Comuna en *La guerra civil en Francia*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XV.

Libro I, en el capítulo sobre el proceso de trabajo, vemos que mantiene esta distinción. La naturaleza aparece como el objeto del trabajo que realizan los humanos empleando instrumentos y herramientas.¹¹ Pero gradualmente empezamos a ver en *El capital* otro aspecto, a medida que la Naturaleza se vuelve crecientemente un aspecto de la organización social y se incorpora a ella en lugar de permanecer fuera, como un objeto sobre el que trabajan los individuos como sujetos. En el Libro III, en la discusión de la renta de la tierra, vemos que, a medida que se trabaja cada vez más el suelo (la Naturaleza) y se invierte capital en él, su fecundidad original, o "natural" (cuyas variaciones son una de las razones de la renta diferenciada), se vuelve imposible de identificar en gran medida. En suma, debemos reconocer que cualquier concepto separado de la Naturaleza se vuelve crecientemente difuso a medida que vemos cómo el capital "la" engloba y "la" transforma, hasta que ya no puede identificarse como algo externo. Estas consideraciones tienen una importancia fundamental para entender la "ciencia natural" y la tecnología como elementos integrales del trabajo útil y por ende abstracto dentro del capital. Como empezamos a ver en la discusión de las innovaciones elevadoras de la productividad (y reorganizadoras del trabajo) en los capítulos 10-13 que se ocupan de la plusvalía relativa, la ciencia y la tecnología son inseparables de la lucha de clases.

Veamos dos ejemplos del área de la producción de alimentos. En el Libro III examina a Marx la reticencia de los agricultores inquilinos a invertir en el desarrollo tecnológico porque una parte o la totalidad de las ganancias extraordinarias irán a manos del terrate-

¹¹ Marx, *El capital*, Libro I, cap. 5, §1.

niente.¹² Esto frena el cambio y mantiene baja la productividad. Algunos estudios más recientes han revelado que la investigación científica que condujo al desarrollo de nuevas variedades de granos de alto rendimiento para su uso en el Tercer Mundo derivó directamente de los esfuerzos capitalistas por afrontar el desasosiego y la revuelta de la clase trabajadora en esas partes del globo.¹³ En términos más generales, podemos sostener que la estructura misma de la ciencia y el patrón de su desarrollo están configurados por su papel en la sociedad capitalista y por ende en la lucha de clases. Marx subrayó este aspecto político de la ciencia y la invención, concretado en las formas siempre cambiantes de la maquinaria y del trabajo útil asociado a ellas: "Podría escribirse toda una historia de los inventos hechos de 1830 para acá cuya única finalidad era la de emplearse como medios de guerra del capital contra los obreros amotinados".¹⁴ La importancia de este hecho, desde el punto de vista de la clase trabajadora, reside en la necesidad de analizar y entender las formas actuales y futuras del trabajo útil en su aspecto político: como armas del capital. Cada vez que el capital planea una nueva organización del trabajo útil, o la introducción de una nueva tecnología, tales planes deben analizarse en términos de su papel en la descomposición del nivel actual del poder de la clase trabajadora. No se trata de generar un nuevo movimiento ludita, sino de prever la estrategia y la técnica capitalistas para formular estrategias y tácticas de defensa.¹⁵

¹² Marx, *El capital*, Libro III, capítulo 47, §4.

¹³ Harry Cleaver, "The Origins of the Green Revolution".

¹⁴ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 13, § 5, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

¹⁵ Véanse algunos ejemplos de esta clase de análisis en los artículos

Al precisar los orígenes y el significado del trabajo abstracto, introduce Marx explícitamente la movilidad del trabajo en el capitalismo, de una clase de trabajo útil a otra. Se refiere aquí a este asunto como un procedimiento para la superación de la particularidad del trabajo útil y la generación de trabajo abstracto: "A simple vista, podemos convencernos, además, de que, en nuestra sociedad capitalista, una porción determinada del trabajo humano se encauza alternativamente hacia la forma del trabajo de sastrería o la del trabajo textil, con arreglo a la tendencia variable de la demanda de trabajo. Estos cambios de forma del trabajo pueden provocar fricciones, pero son inevitables".¹⁶

Para explicar mejor este trabajo abstracto, Marx advierte que, además de ser cualitativamente determinado por la movilidad, y cuantitativamente determinado por el tiempo, en cierto sentido tiene una existencia real en forma de fuerza de trabajo simple, o promedio. Esto se explica en forma más completa en la *Contribución a la crítica* donde afirma: "Esta abstracción del trabajo general humano *existe* en el trabajo medio que puede ejecutar todo individuo medio de una sociedad dada, una determinada inversión productiva de músculos, nervios, cerebro, etc., humanos. Es trabajo *simple*, en que todo individuo medio está entrenado y que puede ejecutar bajo una u otra forma".¹⁷ Ahora bien, este concepto parece muy vago. La enunciación del "trabajo no calificado" evoca la

de Zerowork 1, y en Gambino, "Workers' Struggles and the Development of Ford in Britain".

¹⁶ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 1, § 2, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

¹⁷ Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, FCE, p. 236.

limpieza de las calles, la cavadura de zanjas, y otras tareas simples. Pero es claro que Marx no tiene en mente el mínimo común denominador físico. "Se trata", dice en *El capital*, "simplemente de dos formas diferentes de emplear la fuerza humana de trabajo. Ciertamente que ésta necesita hallarse ya más o menos desarrollada para poder emplearse en tal o cual forma".¹⁸ Esta no es una determinación biológica sino social, cuyo carácter varía a través del tiempo y de los países. Marx parece decir aquí que el trabajo que puede desempeñar una "persona típica", digamos en los Estados Unidos de 1775 y en los Estados Unidos de 1975, o en los Estados Unidos de 1975 y en Papúa en 1975, es muy diferente. La vaguedad de la noción desaparece cuando la planteamos en esta forma concreta. Los trabajadores de todos estos períodos y lugares podrían ser adiestrados para desempeñar ahora un "trabajo típico" en una fábrica o una oficina de la ciudad de Nueva York. Pero la cantidad de adiestramiento que requeriría nuestro agricultor de 1775 o nuestro tribeño de 1975 sería considerablemente mayor y de un orden diferente, con inclusión no sólo de las habilidades lingüísticas, matemáticas o mecánicas, sino también de regularidad y disciplina. Desde luego, el concepto de los cambios del "trabajo típico" tiene el mismo orden de dificultad que el concepto de los cambios de los niveles de vida a través del tiempo, es decir, del valor de la fuerza de trabajo.

LA PRODUCTIVIDAD

Marx puede especificar ahora con mayor precisión el significado de un cambio de la productividad a la luz

¹⁸ K. Marx, *El capital*, Libro I, cap. 1, § 2, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VIII.

de la discusión del carácter doble del trabajo. “La fuerza productiva”, dice Marx, “es siempre, naturalmente, la fuerza productiva de un trabajo útil, concreto, y sólo determina, en realidad, el grado de rendimiento de la actividad productiva encaminada a un fin en un espacio de tiempo dado”. Esto significa que un cambio de la productividad es un cambio del trabajo útil y no un cambio del trabajo abstracto. Esta es una de las razones más importantes de que el reconocimiento de la diferencia existente entre el trabajo útil y el trabajo abstracto sea “el eje”. Dicho de otro modo, al entender el carácter distintivo del trabajo que el capital trata de imponer (trabajo abstracto), Marx puede analizar por primera vez el significado de los cambios de la productividad que han constituido una parte tan importante de la lucha de clases. Un ejemplo: si decimos que el mismo número de trabajadores produce en un período de tiempo dado el doble de valores de uso, estamos diciendo que la productividad del trabajo útil se ha duplicado. Dado que el tiempo de trabajo permanece igual (aunque Marx no lo menciona, también debemos mantener fija la intensidad del trabajo para que la cantidad de valor permanezca igual), la cantidad de trabajo abstracto o de valor presente en cada unidad del producto se ha reducido a la mitad.

Una de las estrategias más importantes del capital se basa en este fenómeno. En el capítulo 10, que se ocupa del concepto de plusvalía relativa, descubrimos cómo se ve impulsado el capital, por las luchas de la clase trabajadora (por acortar la jornada de trabajo, reducir la intensidad del trabajo, elevar los salarios), a elevar la productividad del trabajo útil mediante la sustitución de la fuerza de trabajo por los medios de producción.¹⁹

¹⁹ En el capítulo 23 del Libro 1, examina Marx esta sustitución de

Al elevar la productividad del trabajo útil que produce los medios de subsistencia (o los insumos de su producción), el capital reduce el valor de las mercancías que recibe la clase trabajadora para reproducirse. Si bajan los valores de los medios de subsistencia, el capital podrá pagar a los trabajadores menos valor que antes y sin embargo los trabajadores recibirán todavía tantos valores de uso como antes (¡o más aun!). Si puede reducirse en esta forma la cantidad de capital variable que debe invertirse en la fuerza de trabajo, al mismo tiempo que permanece constante la cantidad total de trabajo y por ende el valor, aumentará la porción de ese valor que el capital recibe como excedente. Esta es la estrategia de la plusvalía relativa.

La plusvalía relativa ha sido desde hace largo tiempo una de las estrategias fundamentales del capital en la lucha de clases; pero además, como vimos en la Introducción, durante la era keinesiana buscó el capital su institucionalización en “tratos de productividad” que conectaran los aumentos salariales a los aumentos de la productividad mediante los contratos sindicales y la política estatal. Si consideramos que uno de los aspectos más fundamentales de la crisis internacional actual es la forma en que los ataques de la clase trabajadora contra la productividad (aunados a sus demandas salariales) han trastornado estos tratos de productividad y minado la plusvalía relativa, este pequeño parágrafo 2

la fuerza de trabajo (F_t) por los medios de producción (M_p) como un aumento de la composición técnica del capital ($M_p + F_t$), o bien, en la medida en que la composición del valor ($c + v$) refleje los cambios de la composición técnica, como un aumento de la composición orgánica del capital ($c + v$). Como una razón matemática, la composición orgánica mide la composición técnica en términos de valor, pero como un índice político representa cierta división del trabajo y la composición política relacionada del poder de las clases.

del capítulo Uno, descartado a menudo como una exposición redundante de las observaciones hechas en el parágrafo 1, empieza a asumir su verdadera importancia, y así se revela la relevancia contemporánea del énfasis de Marx. Además, cuando miramos a nuestro alrededor y vemos cómo se está ejecutando el ataque masivo del capital contra el valor del salario a través de la inflación mundial mediante una restructuración mundial de la división del trabajo, podemos advertir la importancia del entendimiento de las manifestaciones concretas de esta estrategia para entender mejor cómo se pueden prever sus direcciones y afrontarlas.

V. LA FORMA DE VALOR

ESTE PARÁGRAFO sobre la forma de valor se inicia con la forma simple de valor y termina con la forma dinero. La ruta de este desarrollo nos conduce directamente hacia la expresión final del valor: el dinero, cuyas determinaciones se precisan en los capítulos dos y tres de *El capital*. En la crisis actual resulta vitalmente importante el entendimiento del dinero como valor, con todo lo que ello implica. No debe haber nada de ofuscación, sino sólo claridad, acerca del papel que desempeña el dinero en el contraataque actual con el que está respondiendo el capital durante este período. No es sólo que el capital esté tratando de privarnos del dinero directamente, mediante despidos y reducciones salariales, e indirectamente a través de precios mayores (de los alimentos, la ropa, la transportación, etc.) y de reducciones en las cantidades y cualidades de los servicios que obtenemos a cambio de nuestros impuestos (protección contra incendios, atención sanitaria, etc.), sino que esta crisis ha involucrado también algunos cambios fundamentales en todo el sistema monetario. El más notable de estos cambios ha sido la devaluación sistemática del dinero interno a través de la inflación y la reorganización del sistema monetario internacional de acuerdos institucionales entre los estados nacionales capitalistas sobre asuntos monetarios. Para empezar siquiera a interpretar lo que está pasando, debemos entender lo que significa el dinero. ¿Qué es el dinero en el capital? ¿Cuáles papeles desempeña en la lucha de clases? ¿Son estos papeles los mismos ahora que en tiempos de Marx? Estos interro-

gantes no se responden en *El capital*, por supuesto, pero obtenemos allí algunas ideas fundamentales sobre la naturaleza del dinero y su lugar en el capital que, en su mayor parte, son tan ciertas ahora como cuando escribía Marx. Con estas ideas resulta más fácil el entendimiento de lo que está ocurriendo ahora, es decir, la forma en que el capital está usando el dinero como un arma en nuestra contra.

Para ilustrar el concepto del dinero que se está usando contra la clase trabajadora no necesitamos esperar a la exploración del análisis que hace Marx de la forma de valor; podemos aprovechar de inmediato los escritos de los economistas burgueses. Uno de los papeles más importantes de la inflación después de la segunda Guerra Mundial, que demuestra cuán importante puede ser la inflación en la lucha de clases, es el caso del capital que usa la inflación en el Tercer Mundo con el objetivo explícito, calculado y racionalizado, de transferir indirectamente ingreso real de la clase trabajadora al capital. Tales políticas de desarrollo por la vía de la inflación requieren la inflación artificial de los precios por la vía de la política fiscal o monetaria del gobierno. Esta depreciación del valor del dinero genera una gran disminución de los salarios reales de los trabajadores. Dado que el valor de los activos capitalistas aumenta con la inflación, esta estrategia logra una transferencia de valor de la clase trabajadora al capital. Como una racionalización de este ataque contra la clase trabajadora, los economistas burgueses del desarrollo, tales como W. A. Lewis, manosearon la misma "teoría de la abstinencia" que Marx desechó en el parágrafo 3 del capítulo 22 del Libro I, hace un siglo.¹ Los capitalistas llegaron a esa posición,

¹ W. A. Lewis, "Economic Development with Unlimited Supplies of Labor", en *Manchester School*, mayo de 1954, pp. 139-191.

decían, porque tuvieron una mayor propensión a ahorrar y a invertir su ingreso que la pródiga clase trabajadora. Por lo tanto, tales "economistas del desarrollo" sostenían que una transferencia de ingreso real de la irresponsable clase trabajadora a los capitalistas sabios, previsores, generaría directamente un aumento del ahorro y de la inversión. En otras palabras, mediante una devaluación calculada y continua del dinero en manos de la clase trabajadora, el capital trataba de enriquecerse y de facilitar una acumulación más rápida. Este es, en efecto, un ejemplo del uso del dinero como un arma por parte del capital. Ahora la inflación, aunque generada por métodos diferentes, está privando otra vez a los trabajadores de su ingreso real en mayor medida y a escala mundial.

A pesar de ejemplos tan flagrantes del uso del dinero como un arma, la Izquierda en general y los economistas marxistas en particular se han ocupado poco de la forma de valor, la forma dinero, o el dinero mismo en el capital. Podríamos vernos tentados a atribuir este hecho simplemente a un error intelectual: la tendencia general a tratar la circulación de las mercancías como un fenómeno "superficial" que reacciona ante los cambios de las relaciones de producción "subyacentes". El valor se "crea" en la producción y sólo se "realiza" en la circulación mercantil. En estas circunstancias, la sustancia del valor se toma como lo realmente importante, la realidad esencial e independiente del valor. La forma de valor se contempla como algo externo e indiferente a su contenido, como una mera formalidad no esencial. Los cambios de la forma, tales como la devaluación del dinero en la inflación, se toman como derivaciones incontrolables de los cambios de la producción. En otras palabras, dado que la circulación se contempla sólo como un reflejo de las

luchas que se libran en la producción y alrededor de ella, el dinero y las mercancías no se ven como elementos importantes de la lucha misma.

Pero no debemos atribuir la política de la falta de interés de la Izquierda por la forma de valor y el dinero simplemente a un error intelectual básico, acerca de la relación existente entre la circulación y la producción, o acerca de cualquiera otra cosa. Más bien debemos explicar la inversa: por qué ha conducido reiteradamente, la política de la Izquierda, a tal olvido de la forma de valor.

Un período crítico de este desarrollo fue el de la Segunda Internacional. Ya he mencionado los debates de esa época sobre partidos, sindicatos o parlamentos y sobre economía o política. Hasta cierto punto, estos debates se referían a la forma, la forma de organización de la clase trabajadora. Los demócratas sociales, por una parte, defendían las formas de organización que consideraban adecuadas para las luchas libradas sobre la duración, la intensidad y los salarios de la jornada de trabajo: los sindicatos y el parlamento. Los bolcheviques, por otra parte, pedían el rechazo de estas formas y la aceptación de otra: el partido leninista. Su rechazo de las formas socialdemócratas no se debía simplemente a la preferencia por otras formas, sino que se relacionaba con el carácter fundamental inmediato del contenido básico de la lucha de clases: el derrocamiento del capitalismo. Para Lenin y otros, esto significa la lucha por la toma del poder estatal en medio de otros grupos políticos bien organizados, que no pertenecen a la clase trabajadora. El éxito bolchevique en cuanto a tal toma del poder en Rusia, en 1917, garantizó el triunfo de la concentración en el "contenido" (el derrocamiento del estado) dentro de una forma dada (el partido), e interrumpió por varios de-

cenios la discusión marxista ortodoxa de la forma de la organización. En adelante, la organización no partidista y toda una serie de luchas no partidistas se consideraron secundarias y no esenciales.

Con el Partido en el control, y con la forma fundamental del control de clase bien establecida, se sostuvo que podrían abordarse otros problemas. Lenin reconoció en algunas ocasiones que el restablecimiento de las formas burguesas de organización de la producción (es decir, las jerarquías salariales) era un retroceso. A veces simplemente no podía ver las relaciones existentes entre la forma y el contenido de clase. Podemos ver esto, por ejemplo, en sus concepciones sobre el sistema de Taylor citadas en el capítulo anterior. Esta tendencia a separar la forma del contenido (a olvidar o distorsionar el contenido de clase de las formas) se fortaleció constantemente a medida que el "desarrollo" y la acumulación de capital se convertían en los objetivos primordiales del Partido. La oposición del Partido a otras formas de organización puede verse en su actitud negativa hacia las experiencias de los "consejos de trabajadores" en Europa Occidental después de la primera Guerra Mundial y su aplastamiento de los "soviets" en la propia Rusia. Es posible que el ejemplo más notable de la ofuscación entre forma y contenido haya sido la representación de los campos de trabajo forzados del Gulag, no como una forma de control de la clase trabajadora sino como una forma adecuada para los objetivos revolucionarios de la defensa de la clase trabajadora.

Aunque los problemas enormes de la época —por ejemplo, las relaciones entre campesinos y trabajadores, la intervención extranjera, el bajo nivel del desarrollo industrial— vuelven sin duda más entendibles estas tendencias, la Izquierda los ha tratado errónea-

mente como externos a la cuestión de la forma de la lucha y la organización. En lugar de captar cómo estaba históricamente determinada la antigua fórmula de la dominación del Partido y cómo estuvo involucrada en el fracaso de la Revolución Rusa, la Izquierda ortodoxa, de modo completamente ahistórico, toma como dada para siempre esa fórmula: una fórmula rígida para toda la eternidad.² “Únete al partido y aplasta al Estado” se ha convertido en su lema, cualquiera que sea el partido y cualquiera que sea el Estado.

¿Y más adelante? De nuevo, las discusiones del desarrollo “socialista”, al confundir las cuestiones de la forma y el contenido, ocultan el carácter de clase del “desarrollo” propuesto. Ocultan el objetivo de poner a todos otra vez a trabajar por el incremento de la acumulación. Sólo que aquí se invierte el hincapié. Al discutir el “socialismo”, la Izquierda habla sólo de la forma (la organización de la producción) y nunca del contenido (la imposición del trabajo). Detrás de las máscaras del partido de la clase trabajadora, o aun del control de los trabajadores, se encuentra la promesa de esa paradoja continua del capital que Marx atacó tantas veces: una productividad creciente que, en lugar de liberar del trabajo a la clase trabajadora —y por ende liberarla de su naturaleza como clase trabajadora—, generará cada vez más trabajo y cada vez más acumulación.

Estas tendencias políticas se reflejaron en los debates de los economistas políticos marxistas acerca del valor, surgidos de tiempo en tiempo durante los últimos sesenta años. En los Estados Unidos de hoy, el legado

² Véase la relación cambiante entre la organización y la composición de las clases en Bologna, “Class Composition and the Theory of the Party”.

de la última generación marxista en el área de la teoría del valor se encuentra en gran medida dentro de esta tradición. Por ejemplo, tanto Paul Sweezy como Ronald Meek, dos economistas marxistas muy leídos e influyentes, se concentran en la sustancia y la magnitud del valor, con exclusión casi total de la forma. El “problema del valor cualitativo” de Sweezy sólo se ocupa de las cualidades del trabajo abstracto y del tiempo de trabajo socialmente necesario, y se olvida por completo de la forma.³ El comentario que hace Meek del capítulo Uno dedica quince páginas al problema de la reducción cuantitativa y sólo un párrafo muy breve a la forma de valor (a la que dedica Marx 24 páginas).⁴ A pesar de que algunos marxistas como Baran y Sweezy reconocieron el período keinesiano como un período nuevo —y aun adoptaron algunas de las herramientas de Keynes—, no pudieron entender el papel del dinero por sí mismo, en la fusión keinesiana del Estado y la economía, o concentrarse en dicho papel. A pesar de que estos economistas percibieron que las luchas de los negros, estudiantes y mujeres eran las luchas más importantes de los años sesenta, no pudieron entenderlas como las luchas de la parte no asalariada de la clase trabajadora y por ende no pudieron advertir la importancia del dinero en tales luchas, o prever la importancia del dinero en el contraataque del capital. En este período en que se está usando el dinero como un instrumento del Estado

³ Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, FCE, México, 1945, pp. 33-51.

⁴ Ronald Meek, *Studies in the Labour Theory of Value*, pp. 173-174. A. Leontiev dedica cerca de cuatro páginas a la forma de valor en su *Political Economy*, pp. 64-67, e I. I. Rubin, en su *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Siglo XXI, México, 1974, en “Cuadernos de Pasado y Presente”, núm. 53, pp. 165-176, sólo lo hace un poco mejor.

capitalista contra la clase trabajadora, en una crisis donde el ataque del capital se caracteriza en parte por la devaluación del dinero de la clase trabajadora mediante la manipulación de los precios de alimentos y energéticos, no podemos aceptar ninguna discusión teórica o política que olvide estos elementos.

Tampoco podemos aceptar las discusiones de la organización de la clase trabajadora que traten de restringir nuestras opciones a fórmulas antiguas. La preocupación de los socialdemócratas por las formas de la democracia parlamentaria que olvidan su contenido burgués, y por ende su utilidad limitada para la clase trabajadora, y la preocupación de la Izquierda por la sustancia de la lucha de clases, que reduce la forma de esa lucha al partido, son dos direcciones políticas que tratan de atar a la clase trabajadora dentro del capital. Para los socialdemócratas, el recurso a las acciones extralegales es algo antidemocrático y antisocial(ista). Para la Izquierda, tras la toma del poder estatal (es decir, dentro de los países socialistas), las luchas por la duración de la jornada de trabajo o por los salarios son contrarrevolucionarias y sediciosas. En ambos casos se apoya el uso de la fuerza de la policía estatal para proteger el capital y disciplinar a la clase trabajadora. Watts y Budapest, Detroit y Praga: las analogías vienen fácilmente a la mente.

Pero las luchas de la clase trabajadora han brotado repetidamente por encima de estas restricciones. Tanto en la democracia burguesa como en la socialista, la clase trabajadora continúa negando los límites "legales" del capital mediante acciones que van desde la apropiación directa hasta las huelgas locas y la lucha armada. Desde los campos de carbón y las ciudades de los Estados Unidos hasta los campos de trigo de Rusia y las fábricas del sur de China, conti-

núa la lucha de la clase trabajadora. Uno de los factores notables de la crisis mundial actual es el surgimiento de *una multiplicidad de formas de la lucha de la clase trabajadora*. Para entender estas formas y desarrollar una organización más fuerte aún, debemos entender la forma más fundamental de la propia lucha de clases. Varios aspectos de esta forma aparecen en el análisis que hace Marx de la forma de valor.

Su análisis del valor de cambio como una forma, o de la forma de valor, se divide en cuatro incisos (véase la gráfica 1):

- 1) La forma simple o singular
- 2) La forma total o desplegada
- 3) La forma general
- 4) La forma dinero

Estos incisos son analíticos y se ocupan de cuatro etapas de la determinación de la forma de valor. Marx pasa de la forma más simple que puede identificar: la relación existente entre dos mercancías singulares intercambiables: $x_A = y_B$, a la forma plenamente desarrollada $x_A = y_{\$}$. En cada etapa, la forma de valor recibe una determinación más completa como un elemento distinto de la mercancía. Marx nos enseña cómo, así como el valor de uso recibe una expresión y una existencia en la forma corporal de la mercancía, el valor recibe una expresión y una existencia independientes en la forma del dinero. El progreso a través de las etapas es un progreso de la expresión de valor en una forma cada vez más general desde el punto de vista fenomenológico, principiando por una mercancía singular escogida al azar, para pasar luego a una variedad de mercancías, a una mercancía dada cual-

quiera que puede cambiarse universalmente por todas las demás, y finalmente a una mercancía dada fijada por la costumbre social: el dinero. Descubrimos así no sólo la expresión plenamente desarrollada del valor sino también, al mismo tiempo, exactamente la característica definitoria del dinero en una economía capitalista. En los *Grundrisse*, antes de que Marx hubiese elaborado el modo de presentación usado en *El capital*, es obvio que el entendimiento del dinero era una preocupación fundamental de sus estudios del valor y el trabajo abstracto. En los cuadernos que integran el "Capítulo sobre el dinero" se examinan muchas de las determinaciones del capítulo Uno, no como cualidades abstractas de las mercancías en general, sino directamente como determinaciones del dinero, y el dinero aparece directamente como la mercancía última.

LA FORMA SIMPLE, SINGULAR O FORTUITA DE VALOR

"La forma más simple de la mercancía", escribió Marx a Engels, "[...] contiene todo el *secreto de la forma dinero*, y por tanto, en germen, el de *todas las formas burguesas del producto del trabajo*".⁵ En el parágrafo 3 del capítulo Uno, principia en consecuencia por esa forma más simple de la mercancía: un cambio de dos mercancías singulares cualesquiera en cantidades dadas:

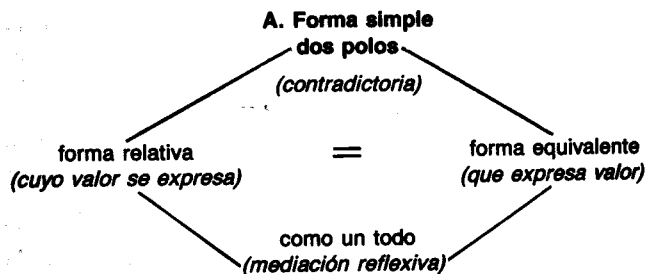
$$x \text{ mercancía A} = y \text{ mercancía B}$$

vale

⁵ Marx a Engels, 22 de junio de 1867, en K. Marx y F. Engels, *Cartas sobre "El capital"*, Barcelona, Laia, 1974, p. 128.

Lo que demuestra Marx es muy simple, a saber: cómo ocurre que, a través de este cambio, el valor de la mercancía A encuentra una expresión independiente y una manifestación concreta en la mercancía B. Se llama accidental a esta relación de cambio simple, o singular, porque es fortuito cuál mercancía exprese el valor de la otra. Esta relación no es una ecuación matemática, reversible, aunque se presente arriba en forma de una ecuación. Marx tiene cuidado de explicar que el signo de igual "vale". La expresión "vale" no es reversible. Tal como está escrita, esta expresión dice que $x\text{A}$ vale $y\text{B}$. Esto no es lo mismo que $y\text{B}$ vale $x\text{A}$. Si A vale B, entonces B expresa el valor de A. Si B vale A, entonces A expresa el valor de B. La mayor parte del análisis de esta parte consiste en el análisis del funcionamiento y los significados de esta relación no reversible.

Marx se ocupa primero de los aspectos cualitativos de esta relación, olvidando las constantes cuantitativas x y y . Formaliza Marx la naturaleza asimétrica de la expresión analizando las formas que hay dentro de la forma.



La mercancía A es la forma relativa del valor porque su valor se expresa en la mercancía B y en relación con

la mercancía B. La mercancía B es la forma equivalente porque sirve como el equivalente material del valor de la mercancía A. En otras palabras, la mercancía A tiene el papel de ver expresado su valor, mientras que (el valor de uso corporal de la) mercancía B desempeña el papel de proveer una forma fenoménica de aparición para el valor de A. Es por esto que el valor de cambio es la forma de valor, porque es la forma de aparición, o manifestación, del valor. Es por esto también que, para expresar el valor de la mercancía B, es necesario invertir la ecuación a $yB = xA$. Entonces B tiene la forma relativa y A tiene la forma equivalente.

De nuevo, descubrimos que tenemos a la vez una oposición y una unidad. Tenemos una oposición porque la forma relativa de valor y la forma equivalente son exactamente opuestas entre sí y forman dos polos opuestos contradictorios. Tenemos una unidad porque cada polo es una expresión parcial de la forma simple del valor de cambio en conjunto. En conjunto, estas formas son "dos momentos inseparables entre sí". A no puede tener la forma relativa si no tiene un equivalente B, y viceversa. Otra vez descubrimos esa "unidad de los opuestos" que encontramos en el caso del valor de uso y el valor de cambio de la mercancía. Las dos expresiones parciales del valor representan los dos lados del proceso de cambio efectivo. Cuando se lleva un producto al mercado, el propietario descubre lo que "vale" cambiándolo. Lo que se adquiere es la expresión de su valor. En términos formales, para descubrir si el propietario obtuvo un trato "justo", tendría que venderse de nuevo el equivalente para ver si lo que "vale" se expresó por un equivalente igual a la mercancía original. Esta unidad de los opuestos, como la que existe entre el valor de uso y el valor de cambio, tiene la forma de la lucha de clases: dos perspectivas y

fuerzas opuestas unidas en una totalidad contradictoria. Así ocurre obviamente cuando el "producto" llevado al mercado es la fuerza de trabajo de la clase trabajadora. Cuando se vende fuerza de trabajo al capital, tiene la forma relativa y el valor recibido (por la vía del salario o de otro ingreso) tiene la forma equivalente. Un examen de cada una de estas formas aclarará mejor la relación.

La forma relativa de valor. ¿Por qué es valor lo que expresa B y no alguna otra cosa? Porque la única cosa que la otra mercancía tiene en común con A es el valor. Esto se garantiza por el hecho de que son diferentes valores de uso. Si no fuesen diferentes, sino idénticos, por ejemplo, veinte metros de tela es igual a veinte metros de tela, la expresión podría expresar todas las características comunes de las dos cantidades de tela. No sería una forma de valor y sería en gran medida carente de sentido, como carece de sentido cualquiera otra expresión de la forma A es igual a A, tomada en sí misma. Dado que la única cosa común es el valor, ese es el único aspecto de la mercancía A que puede expresarse por la forma corporalmente diferente de la mercancía B. Por lo tanto, la mercancía A tiene una representación de su valor en B: su valor alcanza una expresión independiente.

Pero el valor es trabajo y Marx señala que estas relaciones entre las dos mercancías representan necesariamente las relaciones existentes entre el trabajo contenido en ellos. Es mediante la ecuación de los dos productos del trabajo que podemos ver el trabajo abstracto separado del trabajo útil que los produjo como mercancías particulares. En otras palabras, lo que vemos es la forma en que el mundo del cambio de las mercancías, aparentemente fragmentado, expresa sin embargo las relaciones sociales subyacentes del capital

y el trabajo que lo originaron. La ecuación de cambio expresa la reducción de los diversos tipos de trabajo útil a trabajo abstracto que se obtiene mediante la división social del capital y el desplazamiento del trabajo en la lucha con la clase trabajadora. Así como la maleabilidad y el desplazamiento del trabajo implicaba la sustituibilidad de un trabajador por otro y por ende la "abstracción" del trabajo, el cambio expresa la sustituibilidad del trabajo incorporado por trabajo incorporado y por ende del valor.

En su discusión del aspecto cuantitativo de la forma relativa de valor, Marx hace dos observaciones. Primero, la única forma en que puede expresarse relativamente la magnitud es en términos de la misma unidad de cualidad. Una vez establecido que las dos mercancías son semejantes en términos de valor, es posible advertir cómo la cantidad de valor existente en una de las mercancías puede expresarse por una cantidad del valor de uso de la otra mercancía. Segundo, se demuestra en seguida cómo variará la expresión de valor al cambiar la productividad de la mercancía A de la mercancía B. Antes, en el parágrafo 1, había examinado Marx el impacto de las variaciones de la productividad durante la discusión del tiempo de trabajo socialmente necesario, y en el parágrafo 2 enseñó cómo dependía esto de los cambios relativos del trabajo útil y del trabajo abstracto. Se recordará, por ejemplo, que un aumento de la productividad social de alguna mercancía reducirá el valor por unidad, si el tiempo y la intensidad de la producción son constantes, porque una cantidad mayor de valor de uso incorporará la misma cantidad de valor total. En este parágrafo enseña Marx cuáles son las implicaciones de este hecho para la forma simple de valor y la expresión cuantitativa del valor de la mercancía A. Esto es bastante obvio.

Si la productividad de la mercancía A aumenta, de modo que su valor baja, debe haber una disminución de la cantidad intercambiada de la mercancía B mientras no cambie la productividad de la mercancía B. Si la productividad del trabajo útil que produce B aumenta, de modo que su valor por unidad baja, debe haber un aumento de la cantidad de B que expresa el valor de A. Si cambia la productividad de ambas mercancías, la variación cuantitativa podrá calcularse tomando en cuenta ambos efectos. Lo que esto implica es exactamente por qué se llama relativa a la forma relativa de valor. Así pues, el valor relativo de la mercancía A puede cambiar (debido a un cambio del valor de la mercancía B), aunque su valor (en términos del tiempo de trabajo abstracto) permanezca constante. O bien, su valor relativo puede permanecer constante, aunque cambie el valor de A.

La forma equivalente. Como hemos visto, la mercancía en la forma equivalente expresa a través de su forma corporal, su valor de uso, el valor relativo de la otra mercancía. Examinemos esta relación más de cerca. Cuando decimos que B expresa el valor de A, estamos hablando de una relación de mediación conocida como reflexión. En esta relación, la mercancía A se relaciona con un aspecto de sí misma (el valor) a través de otra mercancía, de modo similar a la manera de las personas que llegan a conocer su imagen a través de un espejo o su personalidad a través de los comentarios de otros al respecto.⁶ Al hablar del modo en que el equivalente realiza tal servicio, dice Marx: "Para poder crear un espejo de valor así, el trabajo del sastre [productor de la mercancía B], a su vez, necesita no

⁶ Véase un análisis detallado de esta clase de relación en la discusión de los Otros que hace Jean-Paul Sartre en *El ser y la nada*.

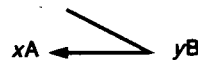
reflejar nada que no sea su cualidad abstracta consistente en ser pura y exclusivamente trabajo humano".⁷ En una nota de pie observa Marx que Hegel llamó a esta clase de relación "categorías reflejas".⁸ En la primera edición alemana de *El capital* escribió Marx: "Su ser de equivalente [de la chaqueta], por decirlo así, no es más que una *determinación refleja* del lienzo".⁹ Tam-

⁷ K. Marx, *El capital*, Libro 1, cap. 1, § 3, inciso a, nota, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, vol. VIII, FCE, México.

⁸ *Ibid.* Este análisis de Marx es similar al análisis que hace Hegel de la reflexión en la Lógica, y no hay duda de que Marx aprovechó esa discusión. La discusión de Hegel aparece convenientemente en el Libro de la Esencia que se divide en tres partes: esencia, apariencia y realidad. Para Hegel, la esencia es "entrar en mediación consigo mismo a través de la negatividad de sí mismo" (A relacionado con su valor a través de B). La metáfora de un espejo que usa Marx para discutir la revelación de la esencia a través de la reflexión también la usa Hegel: "La palabra reflexión se aplica originalmente cuando un rayo de luz en una línea recta pega en la superficie de un espejo y se regresa". O bien, "la reflexión o la luz arrojada sobre sí mismo, constituye la distinción entre la esencia y el ser inmediato, y es la característica peculiar de la esencia misma" (párrafo 112). Descubrimos también que, para Hegel, la apariencia es la forma en que la esencia "se revela", o se expresa. Además, esta expresión existe en la realidad: "En consecuencia, la esencia no es algo que esté más allá o detrás de la apariencia, sino que —justo porque es la esencia que existe— la existencia es Apariencia (Aparición)". Sin embargo, esta existencia no debe basarse "en sí misma sino en algo más" (párrafo 131), no en el bien A sino en el bien B. Así pues, la discusión de Marx se aproxima mucho a la de Hegel, y el discurso de Hegel puede informar el análisis de Marx. El hecho de que Hegel esté realizando un ejercicio filosófico, mientras que Marx está analizando la forma mercancía de la lucha de clases, no debe oscurecer esta relación. Sólo debe mantenernos alertas para poder entender no sólo las semejanzas sino también las diferencias entre ambos. Véase *La ciencia de la lógica*, en la traducción española de Augusta y Rodolfo Mondolfo, Solar-Hachette, B. Aires, 1976.

⁹ K. Marx, "La mercancía", capítulo 1 de la primera edición alemana (1867) de *El capital*, Libro 1, en *Idem*, Siglo XXI, México, 1975, *Apéndice*, T. 1, vol. 3, p. 993.

bién, "la *forma relativa de valor de una mercancía* tiene como *vehículo* o está *mediada* por su *relación con otra mercancía*".¹⁰ En otras palabras, la mercancía A puede entrar explícitamente en relación consigo misma como valor sólo a través de la mediación de otra mercancía cuya misma "otredad" es el opuesto o el negativo de A, y así puede expresar un solo aspecto de la mercancía A. En esta forma podemos ver cómo la apariencia, o la forma fenoménica (el valor de cambio) del valor, expresa su esencia, el valor mismo. Podríamos representar esta relación de mediación refleja así:



Esta relación de reflexión es un aspecto de la forma de mercancía de las propias relaciones de clase. Ahora podemos ver más profundamente la simple polaridad/unidad discutida antes. Señalé que la forma relativa de valor y la forma equivalente permanecen como polos opuestos de igual modo que lo hacen la clase trabajadora y el capital. Ahora podemos ver que así como la forma relativa de valor encuentra su significado sólo en la forma equivalente, la clase trabajadora se reconoce a sí misma como clase trabajadora sólo a través de su relación con el capital. En efecto, sólo es clase trabajadora dentro de esta relación. La forma relativa expresa así la perspectiva de la clase trabajadora. Si se destruye el capital, no habrá más clase trabajadora como tal. Y a la inversa, la negativa a

¹⁰ K. Marx, *La forma de valor*, en *El capital*, Libro 1, Siglo XXI, México, 1975, *Apéndice*, T. 1, vol. 3, p. 1030 y en C. Marx y F. Engels, *Escritos económicos menores*, vol. XI de *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, p. 421. Nos basamos en la traducción de Wenceslao Roces.

funcionar como clase trabajadora (es decir, a trabajar) propicia la destrucción del capital. Expresado en el lenguaje anterior, la masa de trabajadores ve reflejada su condición conjunta como clase trabajadora a través del capital que actúa como un espejo mediador de este reconocimiento. Es así como la clase adquiere a la vez definición y auto-reconocimiento. Esto es cierto en términos de la clase en sí misma, donde todos los trabajadores cambian su fuerza de trabajo por ingreso, y de la clase para sí misma donde los trabajadores descubren su unidad a través de la lucha. La perspectiva del capital es la de la forma equivalente. La forma equivalente ilumina y expresa una cualidad única de las mercancías, el valor, así como el capital trata de imponer y expresar la cualidad común de la gente como trabajadores, como fuerza de trabajo. Como la clase trabajadora, el capital es capital sólo cuando se yuxtapone a la clase trabajadora, pero la relación no es paralela. La clase trabajadora trata de romper esta relación recíproca con el capital —de romper el espejo—, mientras que el capital trata de mantener y expandir la identidad de la gente como trabajadores.

En la edición inglesa de *El capital*, discute Marx la forma equivalente bajo el rubro de tres “peculiaridades”. *Primero*, en la forma equivalente, el “valor de uso se vuelve la forma de manifestación, la forma fenoménica de su opuesto, el valor”. Dado que el valor de la mercancía A se expresa como algo distinto de sí misma, a través de su relación con otro valor de uso, se hace evidente el carácter distintivo del valor como una relación social. “Esta expresión indica en sí misma que alguna relación social se encuentra en el fondo del asunto”. Así lo hemos visto. *Segundo*, el trabajo útil concreto, que se encuentra detrás del valor, se manifiesta en forma similar. También hemos examinado

esto en la discusión del carácter doble del trabajo. *Tercero*, el trabajo de quienes son ostensiblemente individuos “privados”, “asume la forma de su opuesto, el trabajo directamente social en su forma”. Marx observa que Aristóteles, a pesar de haber igualdad entre ellos, no pudo captar lo que era esa conmensurabilidad (valor) porque vivió en una sociedad basada en la esclavitud donde no había igualdad social entre el trabajo. Por lo tanto, no pudo formular Aristóteles una noción del trabajo productor de valor o de la forma en que el cambio privado podría expresar tal trabajo social. La noción del valor, y el papel de la forma equivalente, sólo podrían entenderse cuando la producción de mercancías ya no fuese esporádica sino universalizada por la sociedad capitalista y las relaciones entre los humanos se redujeran a las de los propietarios de mercancías. En la primera edición alemana de *El capital* incluyó Marx una cuarta peculiaridad que discutió con alguna extensión: el modo en que el “fetichismo de la forma mercancía es más notable en la forma equivalente que en la forma relativa del valor”.¹¹ En la tercera edición alemana, en la que se basan nuestras actuales traducciones inglesas, casi toda la discusión del fetichismo de la forma mercancía (y la de sus categorías) se relega a una cuarta sección. Sólo subsiste una referencia pasajera al “carácter enigmático de la forma equivalente que pasa inadvertido para los economistas políticos burgueses”. Ese “carácter enigmático” es el modo en que la forma equivalente parece estar naturalmente dotada de su propiedad de ser un equivalente, porque es su forma corporal, o natural, lo que expresa el valor de la otra mercancía. También el capital se ve a sí mismo como una relación “natural” por cuanto pre-

¹¹ *Ibid.*

senta el trabajo de todos como una manifestación de la naturaleza humana y no como una actividad que se ven compelidos a realizar.

Las deficiencias de la forma simple y la transición a la forma total o desplegada. La discusión de la forma relativa y la forma equivalente debe ayudarnos a entender el modo en que esta forma simple del valor de cambio expresa el valor de una mercancía de una manera independiente y clara. En el proceso, Marx nos ha enseñado cómo intervienen necesariamente la sustancia y la magnitud del valor, y reciben expresión, en la forma. Vemos también cómo la contradicción interna existente en cada mercancía, entre el valor de uso y el valor (como un reflejo de la relación de clase), se hace evidente (aparente) externamente por la yuxtaposición de las dos mercancías. En la expresión xA igual a yB , el análisis muestra la manera en que la forma corporal del equivalente B figura sólo como un valor de A, mientras que la forma corporal de A figura sólo como un valor de uso cuyo valor se expresa en B. Esto, aunado al hecho de que el valor, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, es la base de la igualdad expresada, nos muestra cómo todos los elementos que hemos analizado hasta ahora —el trabajo socialmente necesario, etc.— se combinan en sus interrelaciones elementales en esta forma simple de valor. En la forma desplegada, la forma general y la forma dinero que siguen, vemos cómo se toman en cuenta nuevas determinaciones para obtener una expresión más completa y más compleja del valor.

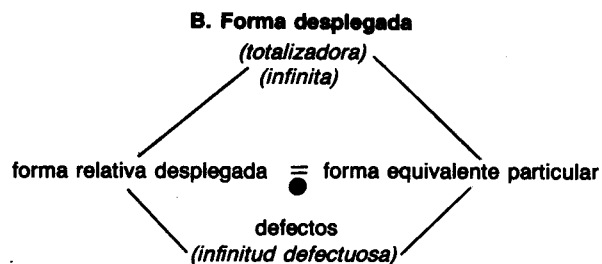
La discusión subsecuente que hace Marx de las formas de valor más desarrolladas ilumina varios aspectos de la forma mercancía no incluidos en la forma simple, que en consecuencia sigue siendo deficiente. En la forma simple, el valor de A se expresa en la forma de

B. Pero mientras que esto da a su valor una expresión independiente, hay sin embargo una contradicción entre esta forma y la naturaleza del valor. Al hablar de esta “deficiencia”, dice Marx que la forma simple está “lejos de expresar la igualdad cualitativa y la proporcionalidad cuantitativa de A con *todas* las mercancías”. Esto es obviamente cierto, ¿pero a qué se debe? La razón se encuentra en el análisis anterior del valor. Vimos allí que el valor expresa el trabajo abstracto. Vimos también que el trabajo abstracto está universalmente sujeto a la imposición de la forma mercancía de modo que hay una producción generalizada de mercancías. Vimos además que la noción del tiempo de trabajo socialmente necesario se basa en promedios de toda la sociedad productora de mercancías. Ahora bien, si la sustancia y la magnitud del valor reflejan esta universalidad de la forma mercancía, lo mismo debe ocurrir obviamente con la expresión fenoménica del valor. La forma de valor debe representar estas interconexiones entre todas las mercancías. El desarrollo de la forma de valor debe involucrar el avance en esta dirección. Si, en la forma simple, A encuentra su expresión en otra mercancía, B, y si además el B escogido no importa o es accidental (y aquí tenemos otra razón para llamar accidental a esta forma), cualquier mercancía podría ser la escogida. “En posibilidad”, dice Marx, “tiene tantas expresiones de valor simple diferentes como mercancías existan de un tipo diferente de sí mismo”. Por esta razón, la segunda forma del valor, la forma desplegada de valor de la mercancía A, consiste en “una serie, prolongada a cualquier extensión, de las diversas expresiones simples de ese valor”. De este modo se resuelve la contradicción inmediata entre la representación individual del valor de A y la multiplicidad de las mercancías (la universalidad del

valor). Esta forma nueva tiene también sus contradicciones, por supuesto, que originan la forma siguiente.

LA FORMA TOTAL O DESPLEGADA DE VALOR

La discusión de las deficiencias de la forma simple nos ha enseñado por qué no expresa tal forma el valor de un modo completo. Siendo accidental y confinada a las relaciones de una a una entre mercancías, dicha forma no puede mostrar la interconexión existente entre cada mercancía y todas las demás. El obvio paso siguiente,



implicada precisamente por la naturaleza accidental de la relación, es la suma de todas las expresiones posibles del valor de una mercancía dada, como hemos visto. Esto da la forma familiar de una secuencia interminable de ecuaciones de valor simple, por ejemplo:

$xA = yB$		yB	
$xA = wC$	o bien	$xA = wC$	
$xA = zD$		zD	
etc.		etc.	

Cada ecuación tiene las características de la forma simple de valor: la polaridad existente entre la forma relativa y la forma equivalente, la unidad de los opuestos, la reflexión, etc. De este modo se preserva la forma anterior dentro de la forma más completa que contiene todas las relaciones de la forma anterior con la lucha de clases.

Esta forma es interminable, en el sentido de que el número de ecuaciones sólo está limitado por el número de mercancías y éste es aumentado de continuo por el capital. Es decir, siempre podemos añadir una más: no se expresa directamente en la forma ningún límite teórico. *Este carácter interminable expresa una de las características más básicas del capital: su búsqueda de infinitud.* El capital trata de expandirse constantemente, y tiende a hacerlo poniendo constantemente más y más personas, materiales y producciones bajo su control. No se justifica aquí la discusión de las fuentes de ese crecimiento (en la Introducción mencionamos algunas ideas), sino sólo la observación de que la forma desplegada expresa esa tendencia hacia la infinitud. Esa infinitud, por supuesto, es la perspectiva que el capital tiene de sí mismo. La de la clase trabajadora es muy diferente. Aunque la actividad de la clase trabajadora tiene a veces el efecto de desarrollar el capital, ese mismo desarrollo la coloca en última instancia en posición de negar las pretensiones de infinitud del capital y de destruirlas.

Por otra parte, *la clase trabajadora descubre a través del capital una clase de infinitud diferente*, la de las posibilidades potencialmente infinitas de vivir. En el movimiento mismo mediante el cual abre el capital un mundo de mercancías y actividades siempre en crecimiento, la clase trabajadora advierte la vasta potencialidad de la sociedad más allá de las barreras de la

tradición, constantemente revolucionadas por el capital, y más allá del capital mismo, que trata de restringir las posibilidades a las que sólo le interesan a él.¹²

En esta segunda forma, la suma significa que se ha expandido ahora la relación de reflexión, mediante la cual se da una expresión independiente al valor relativo de A a través de un equivalente particular. "Todas las demás mercancías se convierten ahora en un espejo del valor de las telas". Por esta razón la llama Marx la forma relativa "desplegada". La forma equivalente sigue siendo particular en el sentido de que, aunque hay una lista interminable de equivalentes, cada uno de ellos es una expresión particular del valor relativo de A. Es sólo en la forma siguiente que se generaliza la forma equivalente.

La mercancía A, cuyo valor relativo va a expresarse, es aleatorio en esta forma desplegada. Tenemos entonces una situación en la que todas las mercancías, menos una sirven como la expresión del valor de todas las demás. De este modo, las diversas clases de trabajo útil que produjeron todas estas mercancías se expresan como iguales a través de la interrelación de los productos.

La importancia que tiene para Marx esta forma nueva se relaciona directamente con su carácter comprensivo. El carácter accidental desaparece porque todas las mercancías están involucradas de modo sistemático. La forma es una forma de totalidad social; es decir, refleja una situación que abarca toda la sociedad, y esto representa mejor la totalidad de la producción generalizada de mercancías bajo el capitalismo.

Hasta aquí hemos hecho notar la relación existente

¹² K. Marx, *Grundrisse*, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. VI.

entre esta forma y la expresión de la sustancia del valor. Pero la forma se relaciona también con la magnitud de la cantidad de valor. En la forma simple vimos que las proporciones cuantitativas x y y del intercambio $xA = yB$, aunque realizadas en los intercambios, estaban dadas por la cantidad de trabajo incorporada en cada mercancía. Sin embargo, una razón de que se llamara también accidental a esta forma era el hecho de que la proporción parecía ser aleatoria, o determinada por el azar. Pero en esta forma desplegada, donde el carácter accidental y el azar desaparecen, "se vuelve ahora claro que no es el cambio de mercancías lo que regula la magnitud de su valor, sino al contrario, la magnitud de su valor controla las proporciones de su cambio".

Deficiencias de la forma desplegada. Aunque esta forma nos da una representación más completa del valor, volviendo manifiesto un aspecto de la interrelación existente entre todas las mercancías, Marx señala por qué aun esta forma es inadecuada. Los defectos son tres, de acuerdo con Marx, desde el punto de vista de la forma relativa de valor:

1) La serie de ecuaciones que representan la expresión relativa de valor está inconclusa, o es interminable.

2) La serie es un mosaico ensamblado de expresiones independientes que, careciendo de conexiones entre ellas, se desintegra.

3) La forma relativa de valor de cada mercancía es diferente porque la lista es diferente. En consecuencia, no hay una representación común del valor que vuelva obvia la universalidad.

Y luego, desde el punto de vista de la forma equivalente:

1) Porque tenemos equivalentes particulares, tenemos una serie de formas equivalentes no relacionadas, fragmentarias.

2) El trabajo incorporado en cada equivalente aparece así sólo como trabajo particular, no como trabajo general o abstracto.

3) El trabajo abstracto se manifiesta así sólo a través de la totalidad de sus formas particulares, pero esa totalidad es una serie siempre incompleta que carece de unidad interna.

En suma, lo que está diciendo Marx no es sólo que una expresión adecuada de valor debe representar la interacción de todas las (infinitas) mercancías del capital, sino también que debe hacerlo de un modo que vuelva explícita la interacción teórica de todas ellas. La mera serie de ecuaciones, de la clase que obtenemos en la relación desplegada de valor, no logra esto. Vista desde ambos lados de la ecuación tenemos una serie inconclusa, fragmentada y desconectada. Por esta razón, *sigue sin expresarse la interacción universal que produce el trabajo abstracto*. En el caso de la fragmentación, el problema es que en $x_A = y_B$, $x_A = w_C$, etc., B y C no están relacionados y no tenemos una expresión única o común del valor de A. En el caso de la ausencia de una terminación, el problema consiste en que la adición de una nueva mercancía en esta forma cambia la expresión de valor. Dado que siempre habrá nuevas mercancías añadidas (mientras el capital se las arregle para crecer), la lista de mercancías siempre carecerá de una

terminación y será imposible una representación singular del trabajo abstracto universal. Esta crítica de Marx a la forma desplegada es similar a la crítica que hace Hegel de la infinitud defectuosa, que también es una serie desconectada, interminable.

¿Cómo se supera esta dificultad? La respuesta está ya contenida en la forma. Si A se cambia por B, C, D, etc., y las últimas mercancías expresan el valor de la primera, será cierto también que B, C, D, etc., se cambian por A. En consecuencia, A, visto como equivalente, expresa el valor de B, C, D, etc. En otras palabras, sólo tenemos que cambiar las perspectivas, observar el cambio desde el otro punto de vista, para resolver el problema. Ya hemos visto antes esta inversión de la perspectiva, en la forma simple de valor: $x_A = y_B$. Vimos allí que las ecuaciones individuales no son reversibles; es decir, si las invertimos cambiamos su significado. Tal como está, $x_A = y_B$ expresa el valor relativo de A en la forma corporal de B. Para obtener una expresión de valor para B, debemos cambiar las perspectivas y escribir $y_B = x_A$. Está ocurriendo el mismo intercambio: de A por B y viceversa. Aunque el movimiento es el mismo, las consecuencias del cambio de perspectiva son más importantes en el caso de la forma desplegada. Mientras que, en el caso de la forma simple, tras de la inversión obtenemos otra forma simple, aquí pasamos

y_B	y_B
de $x_A = w_C$	a $w_C = x_A$
z_D etc.	z_D etc.

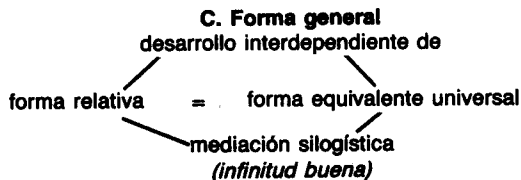
Las consecuencias son más importantes porque ahora logramos lo que necesitábamos: una expresión común de valor de todas las mercancías, o sea x_A .

Ahora tenemos una lista "infinita", pero ya no fragmentaria porque cada mercancía se conecta con cada una de las demás mercancías a través de una expresión común de valor en A.

Para resumir las características de la forma de valor (y por ende del capital) que ha revelado el análisis de las dos primeras formas, señalamos que dicha forma es *contradictoria* —contiene tanto la oposición como la unidad de dos polos—; *reflexiva* —los polos, mediante su interacción, revelan la esencia peculiar que los une—; *totalizadora* —esa esencia depende de todos los elementos y debe ser expresada por todos ellos—; *infinita* —el mundo de mercancías del capital se expande de continuo—. En la discusión que hace Marx de la forma general encontramos un refinamiento mayor de estas características.

LA FORMA GENERAL DE VALOR

Ahora hemos visto cómo surge la forma general. Vimos que la forma desplegada es una extensión natural de la forma simple, ya que el equivalente escogido es arbitrario; y la forma general, a su vez, surge de un cambio de perspectiva sobre la forma desplegada. Hemos pasado de una expresión simple, fortuita y parcial del valor relativo de diferentes mercancías a una expresión que expresa el valor (de cualquier mercancía) en términos de una sola mercancía.



Para cada mercancía, la expresión de su valor ocurre en una forma simple o singular (es decir, $yB = xA$), pero dado que el equivalente es el mismo para todos, esta forma es también general y unificada. El valor tiene ahora un representante singular. Equiparándolo a este representante singular, el valor de una mercancía no sólo se distingue de su valor de uso corporal, sino que, por el hecho de la singularidad, de su representación, se expresa en los términos comunes a todas las mercancías.

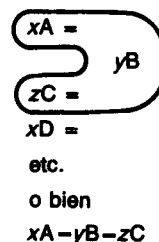
Esta forma es general, o universal en todas sus partes. La forma relativa de cualquier mercancía dada es universal "porque es, a la vez, la forma relativa de valor de todas las demás mercancías".¹³ Es decir, el valor relativo de todas las mercancías se expresa en la misma forma, en el mismo equivalente. La forma equivalente es universal porque el equivalente se ha convertido en la forma única de aparición del valor de todas las mercancías. Por esta razón, el trabajo que los produce cuenta como la "forma universal de realización del trabajo humano, como trabajo universal", o trabajo abstracto. El equivalente universal se ha convertido así en el símbolo, o el representante, de la situación social que examinamos antes como originadora del trabajo abstracto y del mundo de las mercancías: el capital y su estructura de clases. Aunque se llama a ésta la forma general, y hablamos del equivalente universal y de la forma universal relativa de valor, esto no implica en modo alguno que hayan desaparecido las contradicciones internas características de las formas anteriores en algún tipo de armonía universal. Por el contrario,

¹³ K. Marx, "La mercancía", capítulo 1 de la primera edición alemana (1867) de *El capital*, Libro I, en *Idem*, Siglo XXI, México, 1975, *Apéndice*, T. 1, vol. 3, p. 1000.

tales contradicciones subsisten en sentidos nuevos. Existen todavía la polaridad y la reflexión irreversibles y contradictorias de la forma simple, y los aspectos totalizadores e infinitos de la forma desplegada. Pero ahora hay un aspecto nuevo. Por el hecho mismo de que el equivalente universal ha adquirido el carácter de la intercambiabilidad directa con cualquiera otra mercancía, todas las demás mercancías han perdido esa calidad. Ya no pueden cambiarse directamente entre sí, sino que deben cambiarse primero por el equivalente universal.

Esta observación ilumina un aspecto fundamental de la forma general, a saber: que al mismo tiempo que la forma equivalente se convierte en la expresión universal de valor de todas las demás mercancías, también se convierte en el mediador universal entre todas ellas. Vimos antes cómo las mercancías individuales se relacionaban con su propio valor a través de la mediación de un equivalente (mediante la reflexión). Ahora vemos cómo esto, como una característica de la forma general, forma parte de otra relación, o sea la diferente clase de mediación desempeñada por el equivalente universal: "Al verse reflejadas en una y la misma mercancía como magnitudes de valor, todas las mercancías se reflejan recíprocamente como magnitudes de valor".¹⁴ Esta reciprocidad entre dos mercancías cualesquiera (todas las combinaciones), esta reflexión mutua de las mercancías a través de la cual se relacionan como valores, se asemeja a la interacción de los propietarios de mercancías individuales característica de la sociedad productora de mercancías. Pero este tipo de relación recíproca está mediado por el equiva-

lente universal.¹⁵ Ahora bien, el equivalente es un mediador por partida doble: primero, para la expresión de valor de cada mercancía; segundo, para la relación de cada mercancía con cada otra mercancía como valores. Esta segunda forma de mediación entre dos extremos se asemeja a una mediación silogística. En el silogismo se unen dos extremos por la mediación de un término intermedio. En este caso, el equivalente universal media la relación entre dos mercancías cualesquiera. Para ilustrar, véase cómo la relación entre xA y zC está mediada por su relación mutua con yB :



Lo que hace el mediador universal es iluminar la característica particular de valor de cada mercancía individual como el elemento universal que los une. Al actuar así, el equivalente universal incorpora explícitamente cada individuo a la relación de valor universal. De nuevo, podemos ver aquí cómo la forma general logra la unión de los elementos dispares de la serie en una totalidad, ya no fragmentada sino captada como un todo. La serie de ecuaciones de mercancías

¹⁵ Esta reciprocidad entre dos mercancías cualesquiera es, en ciertos sentidos, como la reciprocidad de la Sociedad Civil de Hegel. Pero la mediación de la relación recíproca a través de un equivalente universal es diferente del concepto de la reciprocidad de Hegel. La introducción que hace Marx de la mediación silogística, que Hegel introduce en el Libro del Concepto, la vuelve muy distinta.

¹⁴ *Ibid.*, p. 1001.

sigue creciendo y es potencialmente infinita, pero esa infinitud ya no es una tediosa adición de elementos separados. El mundo capitalista de las mercancías se ha expresado ahora como una infinitud integrada y unida donde la aparición de una mercancía nueva ya no significa la creación de un nuevo infinito sino la continuación de un proceso infinito captado en su propia actividad.

Esto es, en efecto, el capital. Su extensión no es aleatoria, ni proviene "del exterior". El mundo del capital no se "agranda" externamente sino que genera su propia expansión, una parte de la cual es la expansión del mundo de las mercancías. Es un mundo infinito como un universo que se expande, no como una bolsa de compras a la que echemos una mercancía tras otra. Ya hablemos de su expansión internacional, a medida que diferentes partes del mundo se introducen a la órbita de la imposición de control social por parte del capital a través del trabajo, o de su expansión hacia todos los sectores de la producción industrial, o de su expansión hacia todos los aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo (la búsqueda de la jornada de trabajo de 24 horas), las nuevas "áreas" de control no son meras adiciones. Su control deriva de las luchas anteriores y lo busca el capital para aplicarlo en la organización general. El colonialismo trajo materias primas a las fábricas inglesas. El control de la producción textil complementó el control de la manufactura de ropa. Se quiere lograr que el control de la recámara ayude a controlar la oferta de trabajo, etc.

La nueva forma de mediación expresada en la forma general, la mediación que asegura la interrelación de todos los elementos del mundo de las mercancías (y del capital), es fundamental para la forma en que el capital organiza su control. La mediación del

equivalente universal entre todos los elementos expresa ciertamente la tendencia del capital a mediar todas las relaciones en la fábrica social. Interviene en todas partes: entre los productores de mercancías con el dinero M-D-M, entre los administradores y los trabajadores con los salarios y las leyes, entre padres e hijos con la escuela, entre hombres y mujeres con el matrimonio y los anticonceptivos, entre ella misma y blancos con negros, etc.

¿Pero qué se quiere decir cuando se afirma que el capital interviene como una fuerza mediadora en todas partes? En los ejemplos que acaban de citarse, vemos que la entidad mediadora que estoy llamando capital va desde el dinero hasta el Estado y los grupos de trabajadores. Esto plantea una cuestión discutida en la Introducción que aquí debemos subrayar de nuevo para que tales afirmaciones tengan sentido, a saber: que estas entidades mediadoras son momentos del propio capital. Quizá no resulte muy difícil ver el dinero como capital (de ello nos ocuparemos en la sección siguiente), pero es más problemático ver el Estado, o segmentos particulares de la clase trabajadora, como capital. Subrayé antes el hecho de que la clase trabajadora forma parte del capital, es capital, porque el capital no es un solo polo sino que incluye a la clase trabajadora y es la clase trabajadora, por lo menos mientras la clase trabajadora funcione como fuerza de trabajo, mientras esté trabajando. Así pues, una parte de la clase trabajadora puede mediar como capital porque en ese papel es capital. Por ejemplo, los hombres median la relación existente entre el capital (la industria o el Estado que paga el salario) y las mujeres en su papel de amas de casa. El capital (C) - los hombres asalariados (H) - las mujeres no asalariadas (M), cada uno de estos tres elementos es una parte del

capital, pero cada uno desempeña un papel diferente: el capital impone trabajo (a cambio del salario), los hombres son trabajadores asalariados en la fábrica o la oficina, las mujeres son trabajadores no asalariados en el hogar. Cada uno de los elementos media los otros dos en formas diferentes. Hay C-H-M, pero también hay C-M-H y H-C-M. Los tres elementos hacen una totalidad, una subtotalidad de la sociedad capitalista pero con todo una totalidad. En el primer caso, C-H-M, los hombres median la relación de capital con sus esposas haciéndolas trabajar para reproducir la fuerza de trabajo de los hombres (cocinando lavando, copulando, etc.), y absorbiendo la carga de la revuelta de las mujeres contra su condición. En el segundo caso, C-M-H, las mujeres median la relación de los hombres con el capital. Lo hacen, por ejemplo, cuando compran en las tiendas, donde se aclara la equivalencia real del salario en dinero con los medios de subsistencia: las mujeres tienen que estirar el gasto, y si lo hacen mal (dados los precios, etc.) son ellas quienes son culpadas en lugar del capital. En el tercer caso, H-C-M, el capital media la relación entre hombres y mujeres a través de leyes matrimoniales, control natal, etc. Aquí el capital aparece como el Estado con sus leyes y su fuerza política.

El capital usa este mismo tipo de mediación en su división de otros segmentos de la clase trabajadora. Examinemos brevemente otros dos casos bien conocidos: la escuela y el uso de los trabajadores inmigrantes. En el caso de la escuela, el capital puede representarse por la administración (A), cuyo problema consiste en organizar sus relaciones con dos grupos de trabajadores: estudiantes (E) y profesores (P). La organización jerárquica habitual de la escuela coloca a los profesores en medio, entre los estudiantes y la administración

escolar A-P-E. Este papel es por lo menos doble. El profesor debe recibir las directrices, las reglas, el sistema de calificación de la administración, y todas esas cosas, e imponerlas al estudiante. Por la otra parte, los profesores deben absorber todo el descontento de los estudiantes por su "educación". A veces, en el caso de huelgas de profesores o en los períodos de despidos y escasez de empleos, el capital trata de usar a los estudiantes para disciplinar a los profesores: A-E-P. O esto puede ocurrir ocasionalmente, cuando los estudiantes intervienen para impedir que se despidan a un profesor popular. En general, la administración media las relaciones entre estudiantes y profesores (P-A-E) a través de sus diversas estructuras institucionales, desde la estructura de clases hasta el uso de la policía. En el caso de los trabajadores inmigrantes tenemos el conocido esfuerzo del capital para enfrentar a los trabajadores inmigrantes (I) con los trabajadores locales (L). Los empleadores (E) tratan de usar las demandas de empleo e ingreso de los inmigrantes para debilitar los sindicatos dominados por trabajadores locales (E-I-L). Al mismo tiempo, se coloca a los trabajadores asalariados locales entre las demandas de ingreso de los inmigrantes y el capital (E-L-I). Por supuesto, en todo esto desempeña el capital su propio papel, por ejemplo estructurando las relaciones entre trabajadores inmigrantes y locales, tanto en la fábrica como en la comunidad, de modo que tendremos L-E-I.

El entendimiento de esta clase de mediación en la lucha de clases no sólo ayuda a volver más inteligible su complejidad sino que también ilumina la forma en que la iniciativa y el poder de la clase trabajadora pueden destruir este tipo de determinación y obligar a una recomposición de las relaciones de clase. Esto ocurre, entre otros casos, cuando la clase trabajadora rehúsa la

mediación y la hace a un lado. Por ejemplo, cuando las amas de casa demandan un salario directamente del capital, están haciendo a un lado la mediación de los hombres que el capital trata de imponer, y están estableciendo C-M directamente. O bien, cuando los estudiantes apedrean el edificio de la escuela para exigir la cesación de la guerra, o para impedir las reducciones presupuestarias, están haciendo a un lado la mediación de los profesores y estableciendo A-E, una confrontación directa entre ellos y el capital. Esto puede ocurrir también cuando la mediación planeada por el capital genera conflictos tan severos que una parte de la sociedad empieza a derrumbarse o se ve obligada a adoptar formas nuevas. Veamos otra vez la escuela, por ejemplo. En las universidades, durante los años sesenta, los estudiantes planteaban generalmente sus luchas de modo directo frente a la administración o más allá. Pero en las escuelas secundarias era raro que el ataque principal de los estudiantes contra la disciplina se dirigiera en contra de la administración. Se dirigía, por el contrario, contra otros estudiantes o contra los profesores. Los profesores debían servir como mediadores, pero ante la presión constantemente creciente de los estudiantes —su resistencia pasiva, su oposición a la disciplina, su violencia—, las labores de los profesores se volvieron tan difíciles que impusieron un cambio en su relación con el capital. La negativa de los estudiantes a sentarse tranquilamente y trabajar fue un factor importante (junto con la inflación, etc.) de las nuevas demandas de menos trabajo y más dinero por parte de los profesores. La necesidad de más disciplina en un salón de clases es el equivalente de la aceleración en una línea de ensamblado: aumenta la intensidad de la jornada de trabajo y el valor de la fuerza de trabajo. En estas circunstancias, los pro-

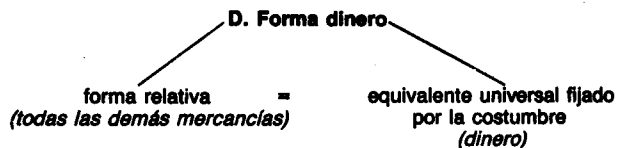
fesores se han movilizado para formar nuevos sindicatos militantes, los que han creado toda una alineación nueva del poder en la educación. Frente a la negativa de los profesores a tratar de imponer la disciplina en situaciones peligrosas, es decir, su negativa a trabajar, las administraciones escolares y los gobiernos municipales se han visto obligados a pagar mayores salarios, a traer policías, y guardias de seguridad, etc. Estos acontecimientos representan un gran debilitamiento del control del capital sobre la creación de nueva fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, plantean problemas graves para la estrategia de la clase trabajadora. ¿Cómo podrá organizarse este poder creciente de los estudiantes y los profesores para dirigirlo más en contra del capital que en contra de ellos mismos? El poder autónomo de los estudiantes impuso la creación de un nuevo nivel de organización y poder autónomos entre los profesores, una recomposición de la estructura de clases. Pero mientras no se entiendan la dinámica y la dirección de estos acontecimientos, existe el peligro del derrumbe y la derrota finales. Aun en las universidades presentamos un desarrollo similar, aunque menos dramático, en los años sesenta. Las luchas de los estudiantes contra la guerra impusieron una recomposición del profesorado que incluyó a una generación nueva de radicales, una generación que ha contribuido a la organización reciente de los profesores de nivel universitario. También ha conducido a un derrumbe general de la capacidad de la educación superior para disciplinar, planear y organizar la oferta de trabajo. La persecución de los grados ha caído bajo la presión estudiantil y ha sido remplazada por una inflación de los grados hasta el punto de que un grado de doctorado ya no constituye ninguna garantía de empleo. Todos estos desarrollos han generado el esfuerzo actual del capital

por reimplantar la disciplina del trabajo en las escuelas a través de la crisis fiscal y de una restructuración nacional de la educación. Tal restructuración debe involucrar necesariamente los esfuerzos tendientes a encontrar nuevos tipos de mediación para sustituir los que está destruyendo la lucha de la clase trabajadora.

En última instancia, la lucha de clases trata de destruir las divisiones impuestas a la clase trabajadora por el capital. Pero aunque los trabajadores pueden buscar la unidad de estudiantes y profesores contra la administración, o de los hombres y las mujeres contra el capital, o de negros y blancos, es claro que la destrucción de la mediación no es algo tan simple como "unirse y luchar". Como he sostenido antes, en la sección sobre el trabajo abstracto, las divisiones son reales y jerárquicas; son divisiones de poder, y la unidad requiere una lucha de poderes, no sólo de diferentes segmentos de la clase trabajadora contra el capital sino también, a veces, entre tales segmentos. El problema de la organización política consiste en el desarrollo de tales luchas dentro de cada clase para fortalecerla y no para debilitarla. El análisis de la mediación iluminado por la forma general de valor nos enseña más acerca del carácter de tales luchas. Constituye por lo menos un paso hacia su resolución.

LA FORMA DINERO

La transición de la forma general a la forma dinero es mucho más simple que las transiciones anteriores. La única diferencia entre ambas es que, en la forma dinero, el equivalente universal ha sido fijado por la costumbre social en una mercancía dada. En cuanto esto ocurre, ese equivalente universal funciona como dinero y tenemos la forma dinero.



Dado que todo el análisis se ha orientado hacia este punto, convendrá formular la relación en sentido inverso. El dinero se define en parte como un equivalente universal (en capítulos posteriores de *El capital* se examinan otras determinaciones). La forma dinero es la relación total

yB
zC = x oro
wD
etc.

y debe diferenciarse del dinero que, en este caso, es el oro. Esta forma dinero contiene todas las determinaciones de las formas anteriores. Tiene la unidad contradictoria y las relaciones reflexivas entre la forma relativa y la forma equivalente iluminadas en la forma simple. Tiene la totalidad y la infinitud iluminadas en la forma desplegada y fundidas en la forma general. Y tiene el carácter mediado discutido en la forma general. Como el capital, entonces, la forma dinero es contradictoria, reflexiva, totalizadora, infinita, y mediada.

El dinero no aparece simplemente como un elemento de esta totalidad sino como la expresión de esta totalidad en su papel de equivalente universal. El dinero, en este punto, es a la vez una mercancía entre muchas y la expresión única de sus interacciones como momentos en el mundo del capital, es decir, como valor. El dinero, al expresar todas las mercancías como

valores, expresa el dominio del capital: las relaciones sociales que convierten todos los valores de uso en mercancías. Como un momento en la forma dinero, el dinero es una parte del capital y por ende es capital. Si el capital es sobre todo las relaciones sociales de la forma mercancía (de la que el mundo de las mercancías es un momento), *el dinero es la expresión fundamental de la propia forma mercancía*. En la sociedad capitalista, tener una moneda en la mano es tener una gota dorada de esa misma sociedad. Mira con cuidado esa moneda, como si fuese una bola de cristal, y detrás de su lustre dorado, que ha atrapado muchos ojos, descubrirás la sangre y el sudor de la lucha de clases.

Cuando examinamos de nuevo los papeles de la forma equivalente en las diversas relaciones que hemos descubierto, sabemos ahora que estamos viendo el papel del dinero. Por ejemplo, el dinero aparece como un equivalente en unidad contradictoria con la fuerza de trabajo. Hace lo mismo con todas las demás mercancías y, al actuar así, les muestra (a través de la reflexión) su carácter como valores, y por ende como parte del capital. La tendencia del capital a expandirse infinitamente es en parte la tendencia a convertir las relaciones sociales en relaciones monetarias, es decir, a convertir todos los valores de uso en valores igualándolos con el dinero. El dinero se convierte en la varita mágica que permite incorporar al capital los nuevos elementos del mundo.

Hacer un objeto igual al dinero es darle un precio. Por lo tanto, la forma precio es una subforma de la forma dinero, donde cualquiera

$$yB = x \text{ oro.}$$

Pero la forma precio nunca está sola. Es parte de la forma dinero. *La mercancía que se iguala a alguna canti-*

*dad de dinero, es decir, a la que se le asigna un precio, queda instantáneamente atada a todo el mundo del capital.*¹⁶ ¿Cómo? Al fijar un precio, se afirma que este valor de uso, habiendo sido producido por el trabajo útil de algún tipo, es sólo un producto especial de ese instrumento universal del control del capital: el trabajo. Hacer a un objeto igual al dinero es hacerlo igual a todas las demás mercancías, y eso es igualar el trabajo que la produjo a todos los demás trabajos, afirmar su carácter abstracto (descartamos, como lo hace Marx, los casos en que se fijan precios a cosas que no son productos del trabajo). Ya no importa que la cantidad de trabajo incorporada sea socialmente necesaria o no; como hemos visto, a menudo no es necesaria. Socialmente se ha afirmado la igualdad cualitativa del trabajo y se ha fijado la cantidad. El dinero le muestra a la mercancía que es un producto del trabajo abstracto, un valor.

El dinero no sólo iguala todas las mercancías como productos del trabajo sino que también interviene como mediador universal entre todos estos elementos diferentes del capital. Cuando la fuerza de trabajo se iguala al dinero, ese dinero media su relación con el capital. El salario en dinero (d) es una forma en que el capital (C) media su relación con la clase trabajadora (Ft): (C-d-Ft). Hay muchas otras formas, como vimos en la sección precedente, pero el salario en dinero es la más fundamental y, por esta razón, establece la impor-

¹⁶ Ya en su análisis de la producción y circulación de mercancías, percibió Marx cómo la fijación de un precio para un producto lo incorpora al capital, aun cuando se produzca en modos de producción no capitalistas (*El capital*, Libro II, capítulo 4). Ahora, desde la perspectiva de la fábrica social, donde los modos de producción llamados no capitalistas se entienden como formas de organización del trabajo no asalariado, esto es más cierto aún.

tancia de la relación no asalariada con el capital. Como hemos visto, las relaciones no asalariadas pueden ser mediadas en diversas formas; por ejemplo, los hombres median la relación con sus esposas no asalariadas con el capital. Para todos los trabajadores, se cambia el trabajo por los medios de subsistencia, pero no siempre se hace directamente por un salario. Los niños trabajan para el capital en la medida en que producen su fuerza de trabajo para papeles futuros como trabajadores (asalariados y no asalariados), pero no están directamente asalariados. Ellos, como las amas de casa, son sostenidos por los recursos (dinero) obtenidos por su padre o su madre asalariados. La relación con el capital está mediada directamente por el padre mediante el salario en dinero, pero para los niños y las amas de casa hay también el padre o el esposo. En estas circunstancias, el hecho de que los niños y las mujeres de la familia trabajan para el capital está oculto por su condición de no asalariados. Parecen estar sólo en alguna relación privada con el asalariado varón, pero no con el capital.

Esto sugiere una consideración importante acerca del dinero, que con frecuencia se olvida: para que el dinero desempeñe el papel de mediador o de equivalente universal, deben existir muchas relaciones en las que no medie directamente. El lugar de *El capital* donde Marx expone esto más claramente es la discusión de los asalariados y no asalariados. Para que el capital pueda usar el salario en dinero como mediador en su relación con la clase trabajadora como trabajadores asalariados, debe mantenerse a sí mismo. Pero la afirmación de que siempre deben existir los no asalariados bajo el capital equivale a afirmar que el dinero es el mediador universal en una forma peculiar. En última instancia, todos deben obtener mercancías para

sobrevivir, pero no necesariamente a través del salario. Sin embargo, el dinero sigue siendo el mediador universal porque incluso define su ausencia. Los no asalariados se definen por referencia a los asalariados, definidos por su falta de control sobre algún dinero. Es posible que los niños no reciban dinero, pero reciben lo que compra el dinero; lo que no tienen es el control, pero el dinero que los sostiene, que compra sus alimentos, circula de todos modos. Es precisamente por esta razón que los no asalariados luchan por salarios, no porque quieran expandir el dominio del capital —que ya padecen—, sino para obtener poder, poder para destruirlo.

Hay muchos sentidos en que el mantenimiento de las relaciones no monetarias, o no asalariadas, es importante para el capital. La imagen de la multitud que se revuelve a las puertas de la fábrica es una visión tradicional pero limitada. A menudo hemos examinado los casos de los estudiantes, las mujeres y los habitantes de los ghettos del mundo desarrollado que no ganan salarios. Pero como vimos en el examen de la acumulación originaria, el caso del Tercer Mundo es más dramático aún. El capital creó y mantuvo vastas reservas de fuerza de trabajo no asalariado que en parte se mantenían a sí mismas. Este era uno de los objetivos principales del colonialismo: la creación de un ejército de reserva a nivel mundial. Y la pobreza sigue siendo el instrumento para mantener a muchos millones vivos pero (así se espera) fácilmente disponibles cuando le convenga al capital. Estas reservas se aprovechan luego, ya sea como inmigrantes en las áreas donde su trabajo barato pueda usarse para frenar las demandas salariales de trabajadores más poderosos (como ocurre con los trabajadores mexicanos y caribeños atraídos hacia los Estados Unidos, los traba-

jadores de países mediterráneos atraídos al norte de Europa), o para su empleo en sus propias áreas cuando las fábricas viajeras buscan su trabajo barato en la localidad. Por supuesto, las cosas no han funcionado siempre tan bien, y las luchas de los no asalariados los han vuelto inadecuados para las fábricas del capital.

Podemos ver que la división entre asalariados y no asalariados es un aspecto fundamental del dinero. Es esta una subdivisión entre algunas mercancías (alguna fuerza laboral personal) y el dinero. Esto lleva a una división básica entre la presencia directa del dinero, y su presencia indirecta, o la forzosa coexistencia de relaciones monetarias y no monetarias en el capital.

El hecho de que el dinero sea un mediador —se interpone entre el capital y la clase trabajadora— significa dos cosas. Primero, desde el punto de vista de la clase trabajadora, el ataque al capital debe usar y a la vez rehusar esta mediación, exactamente como las mujeres y los estudiantes han usado y dejado de lado a los hombres y los profesores, respectivamente. Las huelgas revelan ya esta tendencia en el capital, en que los trabajadores rehúsan la mediación del salario y atacan directamente al capital negándose a trabajar, saboteando, tomando las fábricas, etc. Otra forma en que la lucha de clases rehúsa la mediación del dinero es la negación del precio. Esta es la esencia de la apropiación directa e incluye no sólo el precio de la fuerza de trabajo sino también los precios de otras mercancías. Involucra la auto-reducción de los precios de los servicios públicos o la vivienda, el cambio de las etiquetas en un supermercado, el uso de rondanas de 15 centavos en lugar de las planillas de 50 centavos en el metro, o la eliminación total del precio mediante los robos en las tiendas, los robos de los empleados, o las Navidades Negras de toma de botines. Esta negativa del precio es

un rechazo de las reglas del juego fijadas por el capital. La negativa a la aceptación del papel del dinero es el rechazo de todo lo que hemos visto que ocurre en la determinación del dinero, todo el conjunto de relaciones de valor. Esta es la perspectiva de la clase trabajadora con un añadido.

En segundo lugar tenemos el significado del capital. Dado que el dinero es un mediador universal, en todos los casos en que se interpone entre la clase trabajadora y el capital, está sujeto a manipulaciones. Cuando las luchas salariales de la clase trabajadora frenaron los métodos tradicionales de manipulación del salario en dinero usados por el capital en los Estados Unidos y en Europa en los años treinta, era natural que el capital, mediante las ideas de Keynes y otros, buscara formas nuevas de uso del dinero en la lucha de clases. Las ideas keinesianas se referían básicamente al uso de la regulación estatal mediante la manipulación monetaria y fiscal de la dirección y la cantidad del flujo monetario para controlar a la clase trabajadora. Como una ideología, por supuesto, se presentó de modo diferente. Las políticas monetarias y fiscales se hicieron aparecer como instrumentos que garantizaran el crecimiento y el pleno empleo. Pero “crecimiento” significaba en realidad acumulación de capital, y “pleno empleo” significaba la imposición de trabajo con el mantenimiento del ejército de reserva mínimo necesario mediante el ajuste preciso de la economía. La estrategia keinesiana usa el dinero para estimular juiciosamente la economía, o para “enfriarla”. Esto significa la manipulación de la demanda de la clase trabajadora a través de la recesión o la inflación. Volvemos al ejemplo citado al principio de esta sección: el uso de la inflación para minar las luchas de la clase trabajadora y transferir valor al capital. Ahora que hemos visto lo

que es el dinero, y lo hemos contemplado como la forma de valor que incorpora su sustancia y su magnitud, como un mediador, esto debe entenderse mejor. La inflación significa la elevación de los precios, no debido a los incrementos del insumo de trabajo, sino debido a la deflación monetaria. Los precios son los equivalentes monetarios del valor de las mercancías expresados en la forma de precios. Elevar los precios significa aumentar la cantidad de dinero (oro o papel) que se entrega a cambio de mercancías. Si está fija la cantidad de dinero en poder de la clase trabajadora, disminuirá correspondientemente la cantidad que puede comprar. Así se reduce la cantidad de valor que recibe la clase trabajadora por su fuerza de trabajo, y aumenta la cantidad de plusvalía obtenida por el capital.

El único interrogante que podríamos plantear es si hace alguna diferencia el hecho de que la clase trabajadora no tenga ahora oro sino dinero de papel. Marx enseña en el capítulo 3 que no hay ninguna diferencia. Cuando el dinero actúa como medio de circulación (como mediador universal), no necesita existir en ninguna forma corporal, ni como oro ni aun como papel. Y en efecto, el dinero que recibe la clase trabajadora no es, a menudo, ni siquiera dinero de papel sino saldos de cuentas de cheques que luego se transfieren de nuevo al capital, poco a poco, a cambio de mercancías. En este caso, el dinero es simplemente dinero de cuenta que lleva la "cuenta" del flujo de valor (en trabajo y en mercancías) pero que no necesita "existir" en absoluto. Además, el hecho de que el dinero sea papel, cuando existe, significa que el valor representado por él se manipula con facilidad. Cuando $x_B = y$ oro, la elevación del precio significaría aumentar el insumo de trabajo en B, o la reducción del insumo de

trabajo en la producción de oro. Pero en el caso del papel sólo representa cierta cantidad del valor. En estas circunstancias es fácil elevar los precios simplemente mediante la circulación de más papel, de modo que una cantidad dada de mercancías, representada por una cantidad mayor de papel, tiene precios mayores (suponiendo una velocidad de dinero constante, etc.). Esta era precisamente la idea de Keynes, luego de Lewis y otros. El Estado podría imprimir más dinero, o expandir el dinero por la vía del sistema crediticio, y elevar así los precios, lo que reduciría el valor de cada unidad de dinero y así minaría los salarios de la clase trabajadora. Esta reducción podría hacerse independientemente de que los salarios de la clase trabajadora fuesen constantes o crecientes. En el último caso habría una tendencia natural de los capitalistas a elevar los precios para contrarrestar los incrementos de los costos, pero esto tendría que ir acompañado de una expansión adecuada de la oferta monetaria, algo que el Estado podría garantizar.

En la inflación actual, esta clase de manipulación del dinero se ha visto acompañada por otra: los aumentos administrados de los precios del petróleo y los alimentos que se han logrado mediante la restricción de la disponibilidad de tales mercancías básicas para apoyar el aumento del precio, en el caso del petróleo, y para generarlo, en el caso de los alimentos. Esto ha venido ocurriendo no sólo en uno o más países, debido a la acción del Estado sino por todo el mundo debido a la acción combinada de las corporaciones multinacionales y de varios Estados. En el caso del petróleo tenemos a la OPEP, las siete hermanas y los gobiernos de Occidente y de Oriente. En el caso de los granos alimenticios tenemos a los productores, los comerciantes en granos y los Estados Unidos y la URSS.

Los aumentos de precios resultantes, es decir, el aumento de la cantidad de dinero requerida para obtener una cantidad dada de valor en mercancías, han reducido los salarios de la clase trabajadora por todo el mundo y forman parte de una contraofensiva del capital a nivel mundial, que trata de frenar la ofensiva salarial. El capital ha entregado cada vez más la administración de los flujos de capital producidos por esta inflación a sus instituciones estatales internacionales tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.¹⁷

Como quiera que se logre la manipulación del dinero, ya sea a través de las corporaciones, los gobiernos nacionales, o el acuerdo internacional, debe estar claro ahora que el objetivo de las manipulaciones es la relación de valor existente entre la clase trabajadora y el capital. Hemos visto la forma compleja en que el dinero expresa esta relación de clase y el papel complejo que tiene en la base de esa relación. Hay muchos papeles del dinero y muchas instituciones monetarias que no se examinan en el capítulo Uno de *El capital*, pero el análisis del equivalente universal en la forma dinero y la forma precio nos ha dado algunas ideas fundamentales y básicas acerca del papel del dinero como medio de circulación y como mediador entre las clases. Tal análisis nos permite ver, si no los detalles, por lo menos el carácter básico del control monetario y la inflación en el período actual de la lucha de clases.

Como ocurre con las otras categorías de este capítulo, hemos visto cómo la observación de las relaciones de clase subyacentes detrás del "fetichismo"

¹⁷ Sobre el papel creciente del Fondo Monetario Internacional en el manejo del uso del dinero por parte del capital como un arma en contra de la clase trabajadora, véase a Marazzi, "Money in the World Crisis", pp. 104-106.

permite descubrir por lo menos algunos de los papeles políticos del dinero. El dinero aparece como un mediador para el capital, un mediador que oculta su control sobre el trabajo: el trabajo no asalariado en la fábrica y fuera de ella. El dinero es un instrumento para el control de la cantidad de valor o de riqueza obtenida por la clase trabajadora. Cuando el poder de la clase trabajadora aumenta hasta el punto de que puede detener la manipulación directa del salario en dinero por parte del capital (para eliminar las reducciones salariales), el capital trata de usar el dinero indirectamente mediante la alteración de las relaciones de valor a través de la inflación, que ataca al salario de la clase trabajadora en una forma indirecta. Esto se vuelve cada vez más importante a medida que la lucha de los trabajadores no asalariados por la obtención de un salario pone al descubierto el trabajo no asalariado que se encuentra detrás de la cortina salarial. De igual modo, la tendencia de la clase trabajadora a demandar más dinero por menos trabajo, a destruir la relación existente entre el valor producido y el valor recibido, ha vuelto también imperativo que el capital trate de usar formas nuevas de la manipulación del dinero para contrarrestarla. En el ciclo de luchas de los años sesenta, la lucha de la clase trabajadora destruyó crecientemente las determinaciones de valor y de las relaciones de dinero + precios hechas por el capital, y las alteró a favor de sus propios intereses. Eso puso en tela de duda la base misma del capital —su control sobre el trabajo— y fue la fuente de la crisis actual del capital. Dada la dificultad que experimenta ahora el capital para reestructurar las relaciones a su favor, el problema consiste en este momento en volver más eficientes nuestras luchas en el terreno nuevo de la crisis continua.

VI. CONCLUSIÓN

EL ANÁLISIS del capítulo Uno ha iluminado muchas determinaciones del capital —la lucha de clases— tanto en general como de sus diversas divisiones.

En términos de la relación de clase básica del capital y el trabajo, hemos visto que se trata fundamentalmente de una relación de trabajo que tiene la forma mercancía. El capital aparece como un medio de control social a través del trabajo, bajo circunstancias en que los capitalistas controlan los medios de producción y pueden obligar así a la clase trabajadora a trabajar para ellos. Esto no se logra con facilidad porque también la clase trabajadora tiene iniciativa y hay una lucha de poder continua, la lucha de clases por el trabajo. Ha variado el carácter de esa lucha —si se trabaja, cuánto se trabaja, a qué precio—, pero siempre se refiere al trabajo, a la forma mercancía.

El análisis de esa forma en el valor de uso y el valor de cambio iluminó algunas de las determinaciones de esa lucha por la mercancía llamada fuerza de trabajo y también la posición relacionada de otras mercancías, tales como los alimentos y los energéticos. Dado que desempeñan un papel en la lucha de clases y forman parte de ella, vimos que un examen del valor de uso y el valor de cambio desde la perspectiva de las dos clases rivales ayuda a definir y aclarar sus papeles y por ende la naturaleza de la lucha misma: una lucha por la riqueza material y el valor de cambio, que es la clave de esa riqueza bajo el capital. Esto se hizo más explícito por el desarrollo de la discusión del valor, cuya expresión final es el dinero. El dinero aparece como capital

frente a la clase trabajadora (es decir, como control sobre el trabajo), de modo que la lucha se refiere por lo menos en parte al dinero, mientras el dinero permanece dentro del capital.

Sin embargo, el análisis del valor iluminó también la forma en que la lucha de clases no es monolítica sino que está dividida. La discusión del trabajo abstracto reveló el papel central de la división de la clase trabajadora y la lucha por la recomposición de esa división. Este análisis mostró también que tales divisiones no son horizontales sino verticales, jerárquicas. El examen del dinero nos ha permitido ver también que siempre existen divisiones salariales, ya sea entre asalariados y no asalariados, o dentro de una jerarquía salarial. La existencia y el papel fundamental de estas divisiones implicaron la necesidad de que la lucha de la clase trabajadora se ocupara directamente de ellas en su organización. El reconocimiento de estas divisiones se debe al movimiento de Salarios para el Trabajo Doméstico como un momento de toda una serie de luchas por el salario y en contra de la jerarquía. Por lo tanto, la demanda de un salario habrá de superar la división capitalista de asalariados y no asalariados, de poner a todos los trabajadores al mismo nivel, para que todos puedan luchar por el ingreso y en contra del trabajo.

El examen de la forma de valor iluminó también la forma en que el capital trata de mediar su relación con un segmento de la clase trabajadora a través de otro segmento. Este es uno de los significados y una de las funciones de la jerarquía en la división de la clase. Se usan los asalariados para mediar la relación entre el capital y los no asalariados. Se usa a los perceptores de salarios altos para mediar las relaciones entre el capital y los perceptores de salarios más bajos. O a la inversa,

se usa a los no asalariados para disciplinar a los asalariados; se usa a los perceptores de salarios bajos para disciplinar a los perceptores de salarios altos. El análisis de la magnitud de valor, el tiempo de trabajo socialmente necesario, iluminó algunas otras determinaciones sugeridas por la división de asalariados y no asalariados, a saber: que el capital trata de extender su control social a través del trabajo por toda la sociedad, no sólo en el taller, para crear una fábrica social donde trabajen tanto los asalariados como los no asalariados. En consecuencia, la lucha por un salario es la demanda de reconocimiento de esta situación y la creación de una base (más riqueza) de la lucha autónoma en su contra. Además, la fábrica social incluye una lucha por el tiempo de trabajo similar a la que se desarrolla en la fábrica.

Estas observaciones nos permiten obtener también algunas conclusiones acerca de la estrategia de la clase trabajadora para enfrentarse al capital. Dado que el capital se contempla como control social a través del trabajo y el acceso limitado a la riqueza (salario), la lucha se libra por menos trabajo y mayor acceso a la riqueza (dinero). Este ha sido el carácter de la lucha en los últimos años, y en virtud de que rompe el trato de la productividad ataca la base del control capitalista. Esta no es simplemente una lucha cuantitativa o economicista, porque al destruir las relaciones existentes entre el trabajo y el ingreso desafía la naturaleza misma del capital. Tal lucha puede librarse en muchos campos; sólo la extensión real de la organización y el poder de la clase trabajadora limita su capacidad para abolir de inmediato la mayor parte del trabajo, para crear un acceso ilimitado a la riqueza, y para canalizar el aumento de la productividad hacia el logro del "trabajo cero". La intensidad de la lucha depende del grado del

poder. Cuando los trabajadores pueden organizarse suficientemente para apropiarse la riqueza en forma directa, así lo hacen. Al mismo tiempo, luchan para obtener la clase de riqueza que desean: las condiciones de trabajo, las actividades del tiempo libre, y los valores de uso. En este sentido, también, la lucha es cualitativa tanto como cuantitativa.

Pero dado que la clase está en efecto dividida, estas luchas por menos trabajo y más dinero (riqueza) reflejan esta división. Tanto la forma como los objetivos de la lucha son diferentes, dependiendo del segmento de la clase trabajadora involucrado. Evidentemente, un objetivo general de todos los segmentos de la clase es su unión para alcanzar mayor poder. Pero la unidad sólo puede lograrse mediante la interacción política de luchas diferentes, no resumiendo una lucha en otra. Hemos visto que los diversos segmentos jerárquicos no se encuentran en el mismo nivel de poder frente al capital. Por lo tanto, los menos poderosos, sobre todo, se han venido organizando en forma autónoma, de modo que su estatus menos poderoso no se reproduce simplemente dentro de alguna organización más amplia. Cada grupo se organiza alrededor de sus necesidades y establece alianzas con otros grupos sobre la base de un beneficio mutuo. Todos pueden luchar por menos trabajo y más riqueza, pero el poder autónomo de los menos poderosos restringirá la tendencia a sacrificar sus intereses en aras de los intereses de los más poderosos. Al mismo tiempo, dado que sus luchas se enfocan contra el capital, existe la posibilidad de que todas las luchas se unan con objetivos comunes.

Otra implicación para la organización, derivada de la forma en que se encuentra dividida la clase trabaja-

dora entre los asalariados y los no asalariados —trabajadores fabriles y trabajadores comunitarios— incluye el hecho de que las organizaciones autónomas mencionadas existen dentro de la fábrica y la comunidad y entre ellas. Su coordinación significa la unificación de las dos áreas de la lucha. Esto significa que el sitio de la lucha y la acción de la clase trabajadora y el sitio de una “controversia” pueden ser geográficamente diferentes pero unidos por esa acción. Algunos ejemplos de esto son las luchas comunitarias en el área de los Apalaches por cuestiones de las minas de carbón y las huelgas de los trabajadores fabriles italianos por controversias comunitarias. En esta forma se ejerce el poder de la clase trabajadora al nivel de la fábrica social, recomponiendo políticamente la división entre la fábrica y la comunidad.

BIBLIOGRAFIA

- Adelman, Irma, *Theories of Economic Growth and Development*, Stanford, Stanford University Press, 1961.
- Adler, Jerry, “Employee Thievery: A \$ 6 Billion Hand in the Till”, en *Sunday News Magazine of the New York Daily News*, 11 de septiembre de 1977, p. 13.
- Alquati, Romano, *Sulla Fiat e Altri Scritti*, Milán, Feltrinelli Editore, 1975.
- Althusser, Louis, *Elements d'autocritique*, París, Hachette, 1974. [*Elementos de autocritica*, Laia, Barcelona, 1975].
- , *For Marx*, Nueva York, Vintage Books, 1970 [*La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1967].
- , *Reading Capital*, Londres, New Left Books, 1970 [*Para leer el Capital*, Siglo XXI, México, 1968].
- Amin, Samir, *The Accumulation of Capital on a World Scale*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974 [*La acumulación a escala mundial*, Siglo XXI, México, 1974].
- Anderson, Perry, *Considerations on Western Marxism*. Londres, New Left Books, 1976.
- Baldi, Guido, “Theses on Mass Worker and Social Capital” en *Radical America* 6, núm. 1 (mayo-junio de 1972), pp. 3-21.
- Baran, Paul, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review Press, 1956 [*La economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959].
- Baran, Paul y Paul Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1964 [*El capital monopolista*, Siglo XXI, México, 1968].
- Baudrillard, Jean, *The Mirror of Production*, San Luis, Telos Press, 1975 [*El espejo de la producción*, Gedisa, Barcelona, 1980].
- Baumol, William, *Economic Dynamics*, 2a. ed. Nueva York, Macmillan, 1959.

- Bell, Peter F., "Marxist Theory, Class Struggle and the Crisis of Capitalism", en *The Subtle Anatomy of Capitalism*, comp. Jess Schwartz, pp. 170-194. Santa Mónica, Goodyear, 1977.
- Bernstein, Eduard, *Evolutionary Socialism*, Nueva York, Schocken Books, 1961 [*Socialismo evolucionista*, Fontamara, Barcelona].
- Bettelheim, Charles, *Class Struggles in the USSR*, Nueva York, Monthly Review Press, 1976 [*Las luchas de clases en la URSS*, Siglo XXI, México, 1978].
- Boddy R., y J. Crotty, "Class Conflict, Keynesian Policies, and the Business Cycle", *Monthly Review* 26, núm. 5 (octubre de 1974), pp. 1-17.
- Bologna, Sergio, "Class Composition and the Theory of the Party at the Origin of the Workers-Councils Movement", *Telos* 13 (otoño de 1972), pp. 14-21.
- "Questions of Method for Analysis of the Chemical Plan". Traducción al inglés de Big Flame (Inglaterra), tomado de *Quaderni Piacentini*, enero de 1973.
- P. Carpi gnano; y A. Negri. *Crisis e Organizzazione Operata*. Milán, Feltrinelli Editore, 1974.
- G. P. Rawick; M. Gobbin; A. Negri; L. Ferrari Bravo; y F. Gambino, *Operai e Stato. Materiali Marxist*, Milán, Feltrinelli Editore, 1972.
- Bowles, Samuel, y Herbert Gintis, *Schooling in Capitalist America*. Nueva York, Basic Books, 1976.
- Braverman, Harry. *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.
- Bronfenbrenner, Martin, "Radical Economics in America: A 1970 Survey". *Journal of Economic Literature* 8, núm. 3 (septiembre de 1970), pp. 747-766.
- Bujarin, Nikolai, *Imperialism and the World Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1973 [*La economía mundial y el imperialismo*, Siglo XXI, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 21, México, 1971].
- , "El imperialismo y la acumulación del capital", en Rosa Luxemburgo y Nikolai Bujarin, *El imperialismo y la acumulación de capital*, Siglo XXI, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 51, México, 1975.
- Carlo, Antonio, "Lenin on the Party", *Telos* 17 (otoño de 1973), pp. 2-40.
- Carnoy, Martin, *Education as Cultural Imperialism*, Nueva York, David McKay, 1974.
- Carpi gnano, Paolo, "U. S. Class Composition in the 1960s", *Zero work* 1 (diciembre de 1975), pp. 7-31.
- Castoriadis, Cornelius, "From Bolshevism to the Bureaucracy", *Our Generation* 12, núm. 2 (otoño de 1977), pp. 43-54.
- Cleaver, Harry, "Food, Famine and the International Crisis", *Zero work* 2 (otoño de 1977), pp. 7-70.
- "The Internationalization of Capital and the Mode of Production in Agriculture", *Economic and Political Weekly*, 27 de marzo de 1976, pp. A2-A16.
- "Malaria, the Politics of Public Health and the International Crisis", *Review of Radical Political Economics* 9, núm. 1 (primavera de 1977), pp. 81-103.
- "The Origins of the Green Revolution", Tesis de Doctorado. Universidad de Stanford, 1975.
- Cleaver, William. "Wildcats in the Appalachian Coal Fields", *Zero work* 1 (diciembre de 1975), pp. 113-126.
- Clecak, Peter, *Radical Paradoxes: Dilemmas of the American Left, 1945-1970*, Nueva York, Harper and Row, 1974.
- Cogoy, Mario. "The Fall of the Rate of Profit and the Theory of Accumulation of Capital: A Reply to Paul Sweezy", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, invierno de 1973, pp. 52-67.
- "Les Theories neo-Marxistes, Marx et l'accumulation du capital", *Les Temps Modernes* 314-315 (septiembre-octubre de 1972), pp. 396-426.
- Cohen, Jean. "Review of Agnes Heller, *The Theory of Need in Marx*". *Telos* 33 (otoño de 1977), pp. 170-184. Puede verse, en español: Enric Perez-Nadal, "Agnes Heller: hacia una fundamentación de la subjetividad revolucionaria", *Materiales (Crítica de la cultura)* 10, Julio-agosto de 1978, Barcelona.

- Colletti, Lucio, *From Rousseau to Lenin*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972.
- Consejo de Asesores Económicos, *The Economic Report of the President*, 1978. Washington, D. C.: Government Printing Office, enero de 1978.
- Dalla Costa, Mariarosa, y Selma James. *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1972.
- Domhoff, William, *The Higher Circles*, Nueva York, Vintage Books, 1971.
- Dunayevskaya, Raya. *For the Record, the Johnson-Forest Tendency or the Theory of State-Capitalism, 1941-51: Its Vicissitudes and Ramifications*. Detroit, News and Letters Committee, julio de 1972.
- *The Original Historical Analysis: Russia as State Capitalist Society* (1942). Detroit, News and Letters Committee, 1973.
- *Philosophy and Revolution*, Detroit, News and Letters Committee, 1973 [*Filosofía y revolución*, Siglo XXI, México, 1977].
- Dynes, Russell, y E. L. Quarantelli, "What Looting in Civil Disturbances Really Means", *Transaction Magazine* 5, núm. 6 (mayo de 1968), pp. 9-14.
- Edmond, Wendy, y Suzie Fleming, comps., *All Work and No Pay: Women, Housework and the Wages Due*. Bristol: Falling Wall Press, 1975.
- Engels, Friedrich, *Anti-Dühring: Her Eugen Dühring's Revolutions in Science*, Nueva York, International Publishers, 1970 [*Anti-Dühring: la subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, en Federico Engels, *Obras Filosóficas*, vol. XVIII de *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- , *Dialectics of Nature*, Nueva York, International Publishers, 1960 [*Dialéctica de la naturaleza*, en Federico Engels, *Obras Filosóficas*, vol. XVIII de *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México. Traducción de Wenceslao Roces al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- , *Ludwig Feuerbach*, Nueva York, International Publisher, 1935 [*Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*,

- en Federico Engels, *Obras Filosóficas*, vol. XVIII de *Obras fundamentales*, FCE, México. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- Fann, K. T., y D. C. Hodges, comps., *Readings in U. S. Imperialism*, Boston, Porter Sargent, 1971.
- Federici, Silvia, *Wages against Housework*, Bristol, Falling Wall Press, 1975.
- Frank, Andre Gunder, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969.
- , *Lumpen bourgeoisie: lumpendevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972 [*Lumpenburguesía: lumpen desarrollo*, Era, México, 1971].
- "Not Feudalism - Capitalism", *Monthly Review*, diciembre de 1963, pp. 468-478.
- Gambino, Ferruccio, "Workers' Struggles and the Development of Ford in Britain", *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, marzo de 1976, pp. 1-18.
- George, François, "Reading Althusser", *Telos* 7 (primavera de 1971), pp. 73-98.
- Glaberman, Martin, *Classe Operaia, Imperialismo e Rivoluzione negli USA*, Torino, Musolini Editore, 1976.
- *Punching Out*, Detroit, Correspondence Publishing Committee, 1952.
- *Union Committeemen and Wild Cat Strikes*, Detroit, Correspondence Publishing Committee, 1955.
- Glyn, A., y B. Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze*, Harmondsworth, Penguin Books, 1972.
- Gordon, David, "Recession Is Capitalism as Usual", *New York Times Magazine*, 27 de abril de 1975.
- Grossman, Henryk, *Die Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929 [*La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México, 1979].
- , "Marx, Classical Political Economy and the problem of Dynamics", en *Capital and class* 2 (verano de 1977), pp. 32-55.
- Gurley, John G., "Unemployment and Inflation", *Monthly Review* 29, no. 7 (diciembre de 1977), pp. 23-29.
- Hart, B. H. Liddell, *Strategy*, 2a., ed. Nueva York, New American Library, 1974.

Heckman, John, "Hyppolite and the Hegel Revival in France", *Telos* 16 (verano de 1973), pp. 128-45.

Hegel's *Logic*. Traducción inglesa de Williams Wallace, Oxford, Clarendon Press, 1975 [*Ciencia de la Lógica*, traducción al español de Augusta y Rodolfo Mondolfo, Solar-Hachette, B. Aires, 1968].

Heller, Agnes, *Bedeutung und Funktion des Begriffs Bedürfnis im Denken von Karl Marx* [Teoría de las necesidades en Marx, trad. J. Francisco Ivars, Península, Barcelona, 1978].

Hilferding, Rudolf, *Das Finanzkapital*, Viena, Brand, 1910 [*El capital financiero*, El Caballito, México, 1973].

Horowitz, David, comp., *Marx and Modern Economics*, Nueva York, Monthly Review Press, 1968 [*Marx y la economía moderna. Cien años de teoría económica marxista*, Laia, Barcelona, 1973].

Horkheimer, Max, "The Authoritarian State", *Telos* 15 (primavera de 1973), pp. 3-20 ["El estado autoritario", en *Palos* 1 (1980), México].

Howard, Dick, "Introduction to Castoriadis", *Telos* 23 (primavera de 1975), pp. 117-130.

Hung Hsueh-ping, "The Essence of 'Theory of Productive Forces' Is to Oppose Proletarian Revolution", *Peking Review*, 19 de septiembre de 1969, pp. 5-8.

"An Interview with C. Castoriadis", *Telos* 23 (Primavera de 1975), pp. 131-155.

"An Interview with Claude Lefort", *Telos* 30 (Invierno de 1976-1977), pp. 173-192.

Jacoby, Russell, "The Politics of the Crisis Theory: Towards the Critique of Automatic Marxism II", *Telos* 23 (Primavera de 1975), pp. 3-52.

James, C. L. R., Número Especial, *Radical America* 4, no. 4 (mayo de 1974).

James, C. L. R., *State Capitalism and World Revolution*, Detroit, Facing Reality Publishing Committee, 1950, 1956, 1969.

James, Selma, *Sex Race and Class*, Bristol, Falling Wall Press, 1975. "Women, the Unions and Work, or... What Is Not to Be Done", *Radical America* 7, nos. 4-5 (julio-octubre de 1973), pp. 51-72.

Kalecki, Michael, *Essays in the Theory of Economic Fluctuations*. Nueva York: Farrar and Rinehart, 1939.

—, *Studies in Economic Dynamics*, Toronto, Farrar and Rinehart, 1944.

—, *Theory of Economy Dynamics: An Essay on Cyclical and Long-Run Changes in Capitalist Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1968 [*Teoría de la dinámica económica; ensayo sobre los movimientos cíclicos y a largo plazo de la economía capitalista*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956].

—, *Sobre el capitalismo contemporáneo*, Crítica, Barcelona, 1979.

Kautsky, Karl, *La Question Agraire*, París, Maspero, 1970 [*La cuestión agraria*, Siglo XXI, México, 1974].

Kellner, Douglas, "Korsch's Revolutionary Historicism", *Telos* 26 (Invierno de 1975-1976), pp. 70-93.

Kidron, Michael, *Capitalism and Theory*, Londres, Pluto Press, 1974.

—, *Western Capitalism since the War*, Ed., rev. Harmondsworth, Penguin Books, 1970.

Laclau, Ernesto, "Feudalism and Capitalism in Latin America", *New Left Review* 67 (1971), pp. 19-38.

Lafargue, Paul, *The Right to Be Lazy*, Chicago, Charles H. Kerr, 1975.

Lanzardo, Dario, "Intervento Socialista nella lotta operaia: l'Inchiesta Operaia di Marx", *Quaderni Rossi* 5, pp. 1-30.

Lefort, Claude, "What Is Bureaucracy?", *Telos* 22 (Invierno de 1974-1975).

Lenin, V. I., "The Development of Capitalism of Russia", en *Collected Works*, vol. 3, Moscú, Progress Publishers, 1972 [*El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Progreso, Moscú, 1975].

—, *The Immediate Task of the Soviet Government*, Moscú, Progress Publishers, 1970 [*Las tareas inmediatas del poder soviético*, Progreso, Moscú, 1976].

—, *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*, Nueva York, International Publishers, 1939 [*El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Progreso, 1970].

- , *¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo*, Era, México, 1977. Edición preparada por Vittorio Strada.
- Leontief, A., *Political Economy, A Beginner's Course*, San Francisco, Proletarian Publishers, 1974.
- Lewis, W. A., "Economic Development with Unlimited Supplies of Labor", *Manchester School*, mayo de 1954, pp. 139-191.
- Liebich, Andre, "Socialisme ou Barbarie, a Radical Critique of Bureaucracy", *Our Generation* 12, no. 2 (otoño de 1977), pp. 55-62.
- Linebaugh, Peter, y Bruno Ramírez, "Crisis in the Auto Sector", *ZeroWork* 1 (diciembre de 1975), pp. 60-84.
- Luxemburgo, Rosa, *The Accumulation of Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1968 [*La acumulación del capital*, Grijalbo, México, 1968].
- , *Reform or Revolution*, Nueva York, Pathfinder, Press, 1970 [*¿Reforma o revolución?*, traducción al español en Grijalbo, México, 1967 y en: Rosa Luxemburgo, *Obras Escogidas* 1, Escritos políticos I, Era, México, 1978, pp. 27-84].
- Mandel, Ernest, *Late Capitalism*, Londres, New Left Books, 1975 [*El capitalismo tardío*, Era, México, 1979].
- , "The Laws of Uneven Development", *New Left Review*, enero-febrero de 1970, pp. 19-38. ["Las leyes del desarrollo desigual", en *Ensayos sobre el neocapitalismo*, Era, México, 1971, pp. 125-149].
- , *Marxist Economy Theory*, Nueva York, Monthly Review Press, 1970 [Puede verse, en español: *Tratado de economía marxista*, 2 vols., Era, México, 1969].
- Marazzi, Chistian, "Money in the World Crisis: The New Basis of Capitalist Power", *ZeroWork* 2 (otoño de 1977), pp. 91-112.
- Marcuse, Herbert, *Contrarrevolution and Revolt*, Boston, Beacon Press, 1972 [*Contrarrevolución y revuelta*, Joaquín Mortiz, México, 1973].
- , *An Essay on Liberation*, Boston, Beacon Press, 1969 [*Un ensayo sobre la liberación*, Joaquín Mortiz, México, 1970].
- , *One Dimensional Man*, Boston, Beacon Press, 1964 [*El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, México, 1968].

- Marramao, Giacomo, "Political Economy and Critical Theory", *Telos* 24 (verano de 1975), pp. 56-80.
- Marx, Karl, *Capital*. Libro 1, Editado por Frederick Engels, traducción inglesa de Samuel Moore y Edward Aveling. Nueva York: International Publisher, 1967.
- , *Capital*, Libro 1. Traducción inglesa de Ben Fowkes. Londres: Penguin Books, 1976.
- , *Capital*. Libros II y III. Editado por Frederick Engels. Nueva York: International Publishers, 1967.
- , *El capital. Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, 3 vols., basada en la edición en alemán de 1932 del *Instituto Marx-Engels-Lenin*, 2ª edición, 1959, basada en la edición alemana de 1955. Traducción de Wenceslao Roces.
- , *El capital. Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, nueva edición, basada en la ed. alemana de *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Dietz Verlag, Berlín, 1962, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vols. VIII, IX y X. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa.
- , *El capital. Crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, 1975-1981, 8 vols. Edición a cargo de Pedro Scaron. Traducción de Pedro Scaron, José Aricó et al.
- , *El capital. Libro I, Capítulo VI (inédito)*, Siglo XXI de Argentina, 1971. Traducción de Pedro Scaron.
- , "The Civil War in France", en *The First International and After*, editada por David Fernbach, Nueva York, Vintage Books, 1974 ["La guerra civil en Francia", Fondo de Cultura Económica, México, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vol. XV, *La internacional*. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- , *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Nueva York, International Publishers, 1970 [*Contribución a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vol. XI, *Escritos económicos menores*. Traducción de

- Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- , "The Eighteenth Brumaire of Luis Bonaparte", en *Surveys from Exile*, ed. por David Fernbach, Nueva York, Vintage Books, 1974 ["El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en *Obras escogidas en tres tomos*, Progreso, Moscú, 1980].
- , *Grundrisse*, trad. y ed. de Martin Nicolaus, Londres, Penguin Books, 1973 [*Grundrisse der Kritik der politischen ökonomie (Rohentwurf)*, 1857-1858. *Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador)*, 1857-1858, Fondo de Cultura Económica, México, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vols. VI y VII. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa. Y: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* 1857-1858, Siglo XXI, México, 1971-1976, 3 vols. Traducción de Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Aricó. La paginación utilizada corresponde a la de la edición alemana, que se reproduce al margen del texto de ambas traducciones, en corchetes].
- , "Marginal Notes on Adolph Wagner", en *Value: Studies by Karl Marx*, ed. por Albert Dragstedt, Nueva York, Labor Publications, 1976 ["Glosas marginales al 'Tratado de economía política' de Adolph Wagner", Fondo de Cultura Económica, México, 1983, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vol. XI, *Escritos económicos menores*. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- , *The Poverty of Philosophy*, Nueva York, International Publishers, 1963 [*Miseria de la filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vol. IV, *Los grandes fundamentos*. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- , "The Commodity" en *Value: Studies by Karl Marx*, ed. por Albert Dragstedt, Nueva York, Labor Publications, 1976 ["La mercancía", en *El capital*, Tomo I, vol. 3, *Apéndice*, Siglo XXI, México, 1975].

- , *Wage Labour and Capital: Value, Price and Profit*, Nueva York, International Publishers, 1976 [*Trabajo asalariado y capital y Salario, precio y ganancia*, Fondo de Cultura económica, México, 1983, en *Obras fundamentales de C. Marx y F. Engels*, vol. XI, *Escritos económicos menores*. Traducción de Wenceslao Roces, al cuidado de Alberto Cue y Ricardo Campa].
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *Correspondence 1846-1895*, Nueva York, International Publishers, 1935.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *Selected Correspondence*, Moscú, Progress Publishers, 1975.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *Cartas sobre El capital*, Laia, Barcelona, 1974. Traducción de Florentino Pérez.
- "The Marx Men", en *Wall Street Journal*, 5 de febrero de 1975.
- Mattick, Paul, *Marx and Keynes: The Limits of the Mixed Economy*, Boston, Porter Sargent, 1969 [*Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*, Era, México, 1975.].
- , "Marxism and 'Monopoly Capital'", en *Progressive Labour* 6, núm. 1 (mayo de 1967), pp. 39-49 ["Marxismo y capital monopolista", en *Crítica de la teoría económica contemporánea*, Era, México, 1980].
- Meek, Ronald, *Studies in the Labour Theory of Value*, Londres, Lawrence and Wishart, 1973. [Puede verse, en español: *Smith, Marx y Después. Diez ensayos sobre el desarrollo del pensamiento económico*, Siglo XXI de España, Madrid, 1980].
- Merkel, Dick, "Crystal Citizens Rejoice: Zavala Judge Blocks Cutoff", *San Antonio Express and News*, 3 de septiembre de 1977, p. 1. Montano, Mario, "Notes on the International Crisis", *Zero work* 1 (diciembre de 1975), pp. 32-59.
- Moszkowska, Natalie, *Zur Dynamik des Spätkapitalismus*, Zurich, Europa Verlag, 1943 [*Contribución a la dinámica del capitalismo tardío*, Siglo XXI, México, 1981, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 91].
- , *Zur Kritik Moderner Krisentheorie*, Praga, ed. por Michael Kacha, 1935 [*Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Siglo XXI, México, 1978, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 50].

- , *Das marxche System. Ein beitrag zu dessen Ausbau*, Berlín, ed. por H. Robert Engelmann, 1929 [*El sistema de Marx. Un aporte para su construcción*, Siglo XXI, México, 1979, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 77].
- Nicolaus, Martin, "Who Will Bring the Mother Down?" En *Readings in U. S. Imperialism*, editado por K. T. Fann y D. C. Hodges. Boston, Porter Sargent, 1971.
- "OPEC Oil Price Change and COMECON Oil Prices". Investigación de Radio Europa Libre, RAD Background Report+244(Europa Oriental). 29 de noviembre de 1976.
- Oppenheim. V. H., "Why Oil Prices Go Up(1) The Past: We Pushed Them", *Foreign Policy* 25 (Invierno de 1976-1977), pp. 24-57.
- Pannekoek, Anton, "The Theory of the Collapse of Capitalism", en *Capital and Class* 1 (primavera de 1977), pp. 59-82 ["La teoría del derrumbe del capitalismo", en K. Korsch, P. Mattick y A. Pannekoek, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Siglo XXI, México, 1978, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 78].
- Panzeri, Raniero, "Surplus Value and Planning: Notes on the Reading of Capital", en *The Labour Process and Class Strategies*, CSE. Pamphlet, no. 1 Londres, Stage 1, 1976.
- Perrow, Charles, comp., *The Radical Attack on Business*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1972.
- Poster, Mark, "The Hegel Renaissance", *Telos* 16 (Verano de 1973), pp. 109-127.
- Potere Operaio, "The Communism of the Working Class" Copia xerox en el archivo del autor.
- Potere Operaio, "Italy, 1969-70: A Wave of Struggles", Complemento a *Potere Operaio*, 27 de junio-3 de julio de 1970.
- Potere Operaio, "Italy, 1973: Workers' Struggles and the Capitalist Crisis", *Radical America* 7, no. 2 (marzo-abril de 1973), pp. 15-32.
- Potere Operaio, "Porto Marghera: An Analysis of Workers' Struggles and the Capitalists' Attempts to Restructure the Chemical Industry, a Worker's Inquiry". Traducción in-

- glesa de Big Flame (Inglaterra) tomada de *Potere Operaio*, noviembre de 1971.
- Poulantzas, Nicos, "The Capitalist State", *New Left Review*, 95 (enero-febrero de 1976), pp. 63-83. [Puede verse, en español: *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, México, 1979].
- , *Political Power and Social Classes*, Londres, New Left Books, 1975 [*Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, Siglo XXI, México, 1969].
- Quinton, Antony, "Spreading Hegel's Wings", *New York Review of Books*, 29 de mayo de 1975, pp. 34-37.
- Racheleff, Peter, *Marxism and Council Communism*, Brooklyn, Revisionist Press, 1976.
- Ramírez, Bruno, "The Working Class Struggle against the Crisis: Self-Reduction of Prices in Italy", *Zerowork* 1 (diciembre de 1975), pp. 142-150.
- Reich, Michael; David M. Gordon; y Richard C. Edwards, "A Theory of Labor Market Segmentation", *American Economic Review*, mayo de 1973, pp. 359-365.
- Rey, Pierre-Phillippe, *Les Alianzas de clases*, París, Maspero, 1976 [*Las alianzas de clases*, Siglo XXI, México, 2a ed., 1981].
- Robinson, Joan, *An Essay on Marxian Economics*, 2a. ed., Nueva York, St. Martin's Press, 1969 [*Ensayo sobre la economía marxista*, Fondo de Cultura Económica, 1944].
- , "The Labour Theory of Value", en *Monthly Review* 29, núm. 7 (diciembre de 1977), pp. 50-59.
- Romano, Phil, y Ria Stone [Raya Dunayevskaya], *The American Worker*, Detroit, Facing Reality Publishing Company, 1946.
- Rubin, I. I., *Essays on Marx's Theory of Value*, Detroit, Black and Red, 1972 [*Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Siglo XXI, México, 1974, "Cuadernos de Pasado y Presente", núm. 53].
- Sahlins, Marshall, *Stone-Age Economics*, Nueva York, Aldine-Atherton, 1972.
- Sartre, Jean Paul, *L'Être et le Neant*, París, Gallimard, 1943 [*El ser y la nada*, Losada, B. Aires, 1956].

Shoer, Karl, "Natalie Moszkowska and the Falling Rate of Profit", *New Left Review* 96 (enero- febrero de 1976), pp. 92-96.

Serafini, Alessandro y otros, *L'Operaia Multinazionale in Europa*, Milán, Feltrinelli Editore, 1974.

Stalin, José, *Dialectical and Historical Materialism*, Nueva York, International Publishers, 1940 [*Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Progreso, Moscú].

Sternberg, Fritz, *Der Imperialismus*, Berlín, 1926 [*El imperialismo*, Siglo XXI, México, 1979].

Sweezy, Paul, "On the Theory of Monopoly Capitalism", *Monthly Review* 23, núm. 11 (abril de 1972), pp. 1-23 ["Sobre la teoría del capitalismo monopolista", en *El capitalismo moderno y otros ensayos*, Nuestro Tiempo, México, 1973].

—, *The Theory of Capitalist Development*, Nueva York, Monthly Review Press, 1942 [*Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, 11a. reimp., 1981].

Sweezy, Paul y Leo Huberman, comps., *Paul Baran: A Collective Portrait*, Nueva York, Monthly Review Press, 1965 [*Paul A. Baran: El hombre y su obra*, Siglo XXI de España, Madrid, 1971].

Tarback, K., comp., *The Accumulation of Capital an Anti-Critique, and Imperialism and the Accumulation of Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972.

Tronti, Mario, *Operai e Capitale*, Turin, Einaudi, 1965, 1971.

—, "Social Capital", *Telos* 17 (Otoño de 1973), pp. 98-121.

—, "The Struggle against Labor", *Radical America* 6, no. 1 (mayo-junio de 1972), pp. 22-25.

—, "Workers and Capital", *Telos* 14 (Invierno de 1972), pp. 25-62.

U. S. Department of Commerce. *The Cost of Crimes against Business*, Washington, D. C. Government Printing Office, 1976.

Watson, Bill, "Counter-Planning on the Shop Floor", *Radical America* 5, no. 3 (mayo-junio de 1971), pp. 1-10.

Weissman, Steve. Why the Population Bomb Is a Rockefeller Baby", *Ramparts* 8, no. 11 (mayo de 1970), pp. 42-47.

"Whoever Steals, Lives Better", *New York Times*, 13 de abril de 1976.

Wolff, R. P.; B. Moore, Jr.; y H. Marcuse, *A Critique of Pure Tolerance*, Boston, Beacon Press, 1965.

Worland, S. T., "Radical Political Economics as a Scientific Revolution", *Southern Economics Journal* 39, no. 2 (octubre de 1972), pp. 274-284.

Yaffe, David, "Marxian Theory of Crisis, Capital and the State". *Bulletin of the Conference of Socialist Economists*, Invierno de 1972, pp. 5-58.

Zerowork: Political Materials 1, 1975, y 2, 1977. Apartamento 7, 417 East 65th Street, Nueva York, N. Y. 10021.

Zernan, John, "Organized Labor versus 'The Revolt against Work': The Critical Contest", *Telos* 21 (otoño de 1974), pp. 194-206.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	8
<i>Presentación, por Gustavo Esteva</i>	9
<i>Prefacio a la edición mexicana</i>	29
 I. <i>Introducción</i>	56
La crisis capitalista	59
El resurgimiento de Marx	63
Distintos enfoques a Marx	68
La lectura de <i>El capital</i> como economía po- lítica	73
La economía política de la Segunda Inter- nacional	74
El marxismo comunista	80
El keinesianismo neomarxista y la nueva izquierda	85
El resurgimiento de la ortodoxia	95
Los límites de la economía política	99
La lectura filosófica de Marx	106
La ortodoxia renacida	107
Una teoría crítica: la fábrica y la esfera cul- tural	118
La racionalidad tecnológica y la planea- ción	119
La lectura política de <i>El capital</i>	131
La tendencia Johnson-Forest	134
<i>Socialisme ou Barbarie</i>	141
La Nueva Izquierda italiana	146
La lectura del capítulo uno	174

II. <i>La forma mercancía</i>	181
La acumulación originaria	189
La lucha por la jornada de trabajo	192
La lucha por la productividad y el valor de la fuerza de trabajo	198
III. <i>La sustancia y la magnitud del valor</i>	209
Los dos aspectos de la mercancía: el valor de uso y el valor de cambio	214
Los aspectos cualitativo y cuantitativo del valor de uso y del valor de cambio	231
No valor de cambio sino valor cuya sustancia es el trabajo abstracto	241
La magnitud del valor es el tiempo de trabajo socialmente necesario	257
Los valores de uso y las mercancías como procesos sociales	276
IV. <i>El carácter doble del trabajo</i>	278
El trabajo útil	279
El trabajo abstracto	288
La productividad	289
V. <i>La forma de valor</i>	293
La forma simple, singular o fortuita de valor	302
La forma total o desplegada de valor	314
La forma general de valor	320
La forma dinero	330
VI. <i>Conclusión</i>	342
<i>Bibliografía</i>	347

Este libro se terminó de imprimir el 26 de marzo de 1985 en los talleres de Fuentes Impresores, S. A., Centeno 109, 09810, México, D. F. El tiro fue de 5 000 ejemplares